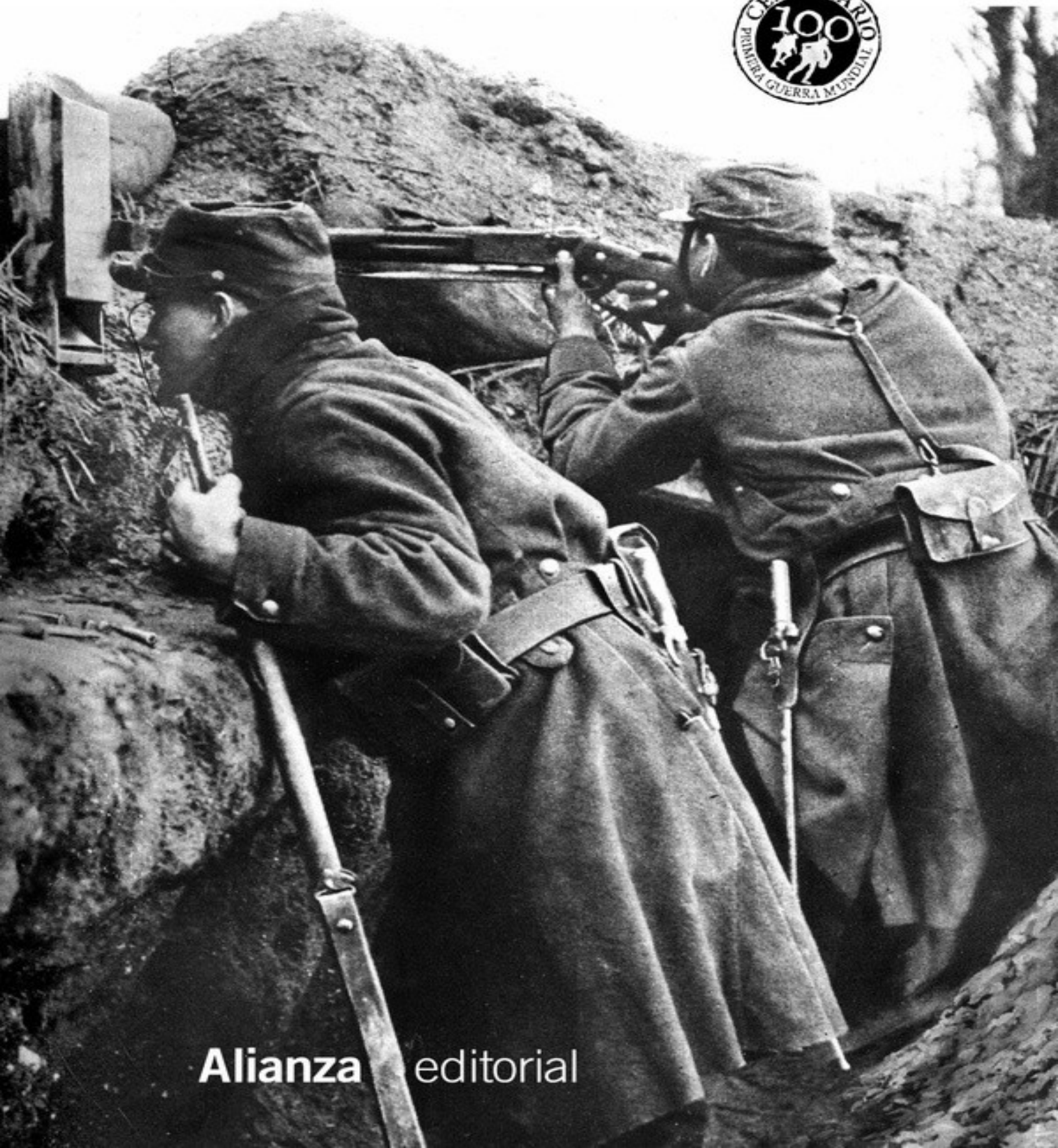
LA GRAN GUERRA 1914-1918

MARC FERRO



Alianza editorial

Marc Ferro

La Gran Guerra 1914-1918

Prefacio de Pierre Renouvin

Traducción de Soledad Ortega

Alianza Editorial

Contenido

Prefacio, Pierre Renouvin
Introducción

Primera Parte. ¿Por qué tuvo lugar la guerra?
1. La guerra liberadora
2. La guerra patriótica y emancipadora
3. La guerra inevitable
4. La guerra imaginaria
5. «Guerra a la guerra»
6. La declaración de guerra

Segunda Parte. La Gran Guerra. Formas, métodos y fines
7. Del movimiento a la inmovilidad
8. El punto fuerte y el punto débil
9. Verdún y las grandes batallas
10. El material humano y la guerra del material
11. Estilo directo y estilo indirecto
12. Guerra mundial, guerra total
13. Lo posible y lo imposible

Tercera Parte. La guerra, en tela de juicio
14. Las tensiones nuevas y las viejas
15. Las crisis de la guerra
16. Paz revolucionaria, paz de compromiso, paz victoriosa

Cuarta Parte. La metamorfosis
17. Entre guerra y cruzada
18. Las ilusiones de una victoria

Bibliografía

Créditos

Prefacio

En el estudio de todas las grandes «crisis» de la historia, los progresos de la investigación no están solamente ligados al estado de la documentación, sino también al interés que despierten los problemas en el medio en que vive el historiador. Ocurre así que la Gran Guerra, en el transcurso de medio siglo, ha sido colocada bajo diversos enfoques. Fueron primero, como es natural, las operaciones militares y navales las que retuvieron la atención; nada podía parecer más urgente que comprender las peripecias dramáticas de una lucha cuyo recuerdo estaba presente en el espíritu de todos, incluso de aquellos que no habían participado directamente en los combates. Se publicaban por docenas los testimonios de los jefes, los recuerdos de los combatientes, y los servicios históricos de los ejércitos, aun sin abrir sus archivos, confiaban a los interesados cantidades de documentos. Esta gran boga de las historias militar y naval ha durado quince años. La historia diplomática en sus aspectos esenciales –intervención de nuevos Estados en el conflicto, cohesión de las alianzas y fracasos de las tentativas de paz– ha despertado muy pronto una curiosidad muy viva, frenada, sin embargo, en gran parte, hasta estos últimos años, por las condiciones de acceso a los archivos. El estudio de la vida económica, cuyo plan provisional fue establecido desde 1923 por la *Dotación Carnegie para la paz internacional* a título de primer esbozo, pasó por diversos avatares; y solamente entre 1936 y 1939, en el momento en que se afirmaba la amenaza de un nuevo conflicto mundial, aparecieron las obras esenciales sobre la guerra económica. La adaptación de las instituciones políticas y administrativas al estado de guerra no ha despertado gran interés fuera del círculo de los especialistas y, en lo que se refiere a las fuerzas morales –trátese de movimientos socialistas o de aspiraciones de las minorías nacionales–, hay que constatar que su estudio no se ha descuidado, sobre todo después

de 1930, pero que ha sido enfocado con la óptica del esfuerzo de guerra; es decir, que el historiador se proponía mostrar cuál había sido el papel que esas «fuerzas disolventes» habían representado en la solución del conflicto.

A estos sucesivos enfoques añade Marc Ferro otro importante: pone el acento en «la psicología de los hombres de esos albores del siglo veinte», en el análisis de sus sentimientos y de sus aspiraciones. La actitud de las poblaciones en el momento en que comienza la guerra; las formas de cansancio cuando la prueba se prolonga; las esperanzas que despierta este cansancio en los militantes revolucionarios que desean ardorosamente sustituir la guerra entre las naciones por la guerra civil; la formación de grandes movimientos de opinión, a despecho de la «movilización de los espíritus»; la eficacia de esos movimientos: tales son sus grandes temas. No hay duda de que este dominio había sido ya parcialmente explorado; se había sacado a la luz el papel de los movimientos de opinión en la caída del zarismo, en el hundimiento de Austria-Hungría y en la declinación del espíritu de resistencia en Alemania en vísperas del armisticio. Del mismo modo, todos los historiadores habían estado de acuerdo, desde hacía mucho, para reconocer que la entrada de Italia en la guerra había sido determinada por la acción de una minoría ardiente, o bien que, durante los dos meses que precedieron a la intervención de Estados Unidos, el presidente Wilson se había preocupado constantemente en adaptar su política al estado de la opinión pública. Es verdad que el estudio de estos grandes remolinos era relativamente fácil. Ahora bien, el propósito de Marc Ferro va más lejos: quiere alcanzar los rasgos profundos de la conciencia colectiva, las bases del patriotismo y las formas que presenta su impugnación. En esta perspectiva, la historia militar conserva su lugar, porque la opinión pública, incluso en los momentos de cansancio, estuvo siempre dominada por las noticias que venían del frente; pero la historia diplomática pasa a lugar secundario, puesto que las negociaciones o las maniobras de las cancillerías eran secretas. Incluso pierde parte de su interés el

movimiento de las «minorías nacionales», en la medida en que no era más que un medio utilizado por la acción diplomática. Las preferencias del autor eran lógicas y, a su vez, explican las aparentes lagunas de su estudio.

Este análisis de los sentimientos y esta interpretación de las tendencias de la psicología colectiva tropiezan, sin embargo, en el plano de la investigación histórica, con especiales dificultades. La prensa es siempre una fuente insuficiente, porque las apreciaciones de los periodistas sobre los sucesos no corresponden nunca exactamente al estado de ánimo de sus lectores, y, en tiempo de guerra, esta insuficiencia se agrava profundamente, porque la censura traba la libertad de expresión y, además, la mayoría de los periodistas practican el conformismo. La distancia no deja de aumentar entre los temas desarrollados por el periódico y las tendencias de sus lectores que intentan reaccionar contra el «lavado de cerebro». El historiador no puede contentarse, pues, con las indicaciones que le da la lectura de los periódicos: tiene que buscar otras fuentes. Examina minuciosamente los documentos parlamentarios porque la tribuna resultaba con frecuencia más libre que la prensa; estudia la propaganda de los «grupos de presión», cuyo fin era orientar las corrientes de opinión y cuya acción se aplicaba sobre todo a la cuestión de los «objetivos de la guerra» o de las perspectivas de paz; se dedica a seguir todos los movimientos de protesta contra la guerra, en particular las huelgas políticas; y examina el comportamiento de las agrupaciones que representan intereses económicos. Sin embargo, estas investigaciones dejan en pie la cuestión principal, es decir, la actitud de la masa de la población frente a las presiones que se ejercían sobre ella. Para estudiar las corrientes de la psicología colectiva hay que intentar percibir esas profundas reacciones. ¿Cómo conseguirlo? Los informes de los servicios administrativos y de los servicios de policía, y también los de los servicios judiciales, pueden darnos una primera aproximación a condición de que unos y otros sean sometidos a una crítica rigurosa. Más importantes aún son las indicaciones que

suministran los archivos del control postal en todos los países donde, durante el transcurso de la guerra, la correspondencia de los «civiles» estaba tan vigilada como la de los militares; aunque hayan sido recogidos tan solo por medio de sondeos, estos testimonios directos resultan preciosos, aunque conviene tener en cuenta la arbitrariedad o los prejuicios que hayan podido orientar el trabajo de las comisiones de control. Además, hay que advertir también que ese género de documentos concede un lugar privilegiado a las opiniones extremas; quiero decir, a las de aquellos cuyas convicciones eran suficientemente ardientes como para hacerles descuidar el riesgo de que se retrasase la transmisión de su mensaje. Pues bien, en este vasto campo de estudios apenas ha comenzado la investigación. ¿Cómo evitar, en un ensayo de interpretación, las generalizaciones apresuradas o las opiniones arbitrarias?

El autor de este libro tiene plena conciencia de estos riesgos de error; sabe que, en el estado actual del trabajo histórico en Francia y fuera de Francia, los estudios de psicología colectiva no pueden ser más que esbozos y aporta a este desbroce de un tema difícil sus dotes, que son: curiosidad de espíritu, riqueza de imaginación y agudeza de visión, al mismo tiempo que demuestra el calor de sus convicciones. Los recuerdos que yo guardo de la época que nos ocupa y los documentos que he tenido la ocasión de consultar me llevan a pensar que algunos de sus juicios son discutibles y ciertas afirmaciones suyas excesivas. Por ejemplo, creo que las poblaciones, en la mayor parte de los Estados beligerantes, permanecieron más uniformemente ligadas al sentimiento nacional que lo que Marc Ferro parece inclinado a admitir. Pero esta obra es vigorosa, sugestiva y sincera y, al mismo tiempo, abre el camino para nuevas investigaciones, títulos que, sin duda, la recomiendan a la más interesada y plena atención de los lectores.

Pierre Renouvin

Introducción

A Eric
A Isabelle

El hecho de escribir un libro sobre la Gran Guerra cuando se es alumno, a la vez, de Pierre Renouvin y de Fernand Braudel puede parecer una impertinencia, pero ello sería desconocer o negar la amplitud de espíritu del gran maestro de los estudios sobre el primer conflicto mundial, su gozo en suscitar vocaciones y en escuchar opiniones distintas de las suyas, y sería suponer que el autor del *Mediterráneo* se niega a interesarse en los sucesos, cuando lo que de verdad desea es que sean comprendidos a todo lo largo del espacio temporal y en el ambiente de toda una civilización.

Por lo demás, cuando François Erval me invitó a escribir este libro, no me hubiera decidido nunca a aceptar su proposición si no hubiera tenido el sentimiento de aportar los resultados de una experiencia nueva.

No hay duda de que el examen sistemático de la mayor parte de los archivos cinematográficos me ha sugerido hipótesis y orientaciones de investigación. La imagen y la frecuencia de la cinta cinematográfica obligan a resucitar la psicología de los hombres de esos albores del siglo XX, a volver a hallar sus aspiraciones, y eso me ha parecido tan importante como el estudio de los mecanismos económicos o de los cálculos de la política.

Los efectos, la naturaleza de la guerra, aparecen de modo diferente al de la interpretación de sus contemporáneos cuando se llega al final de un estudio llevado a cabo desde este punto de vista. Nada más normal en este segundo nivel de análisis, puesto que los hechos son valorados en una historia que cuenta tres o cuatro generaciones. Pero, si bien era legítimo poner los hechos así, en perspectiva, cincuenta años después del gigantesco acontecimiento,

me era imposible llegar a un tercer estadio –al estudio propiamente científico del primer conflicto mundial–, fuera de algunos dominios en los que se dispone de instrumentos de trabajo suficientes como para aplicar el método estadístico, y aun el método estructural.

De este modo, a tres enfoques corresponden tres niveles de explicación. Su presentación planteaba problemas tanto más insuperables cuanto que, según nuestra opinión, el orden lineal y cronológico rompe a menudo la complejidad de ciertos fenómenos históricos. ¿Es que la guerra, tal como la han comprendido dirigentes políticos y jefes militares, no difiere de la guerra vivida por los combatientes, por la retaguardia o por los contrarios? Cada drama vivido tiene su propia cronología, su respiración, sus crisis, sus tiempos muertos, su progresión, que no coinciden con las divisiones en períodos abstractos que varían conforme a las ideologías.

Pues bien, contrariamente a lo que se esperaba, esas rupturas voluntarias me han abierto el camino en lugar de obstruirlo. Utilizando una expresión de Fernand Braudel, puedo decir que, apenas comenzado, el libro se me ha escapado de las manos y ha corrido por delante de mí. Yo había partido al estudio de la Gran Guerra y en el camino he tropezado con el fascismo, he visto apuntar las formas del totalitarismo y disociarse el sentimiento patriótico. Mucho antes de Versalles, surgían en filigrana las causas de la Segunda Guerra Mundial e incluso de la Guerra Fría: antes de Brest-Litovsk. ¿Me atrevería a añadir que la primera parte de este libro, escrito hace un año, me ha ayudado a comprender y a vivir la crisis de nuestro tiempo?

Septiembre 1966-septiembre 1968

PRIMERA PARTE

¿Por qué tuvo lugar la guerra?

Larga, dolorosa, mortífera, la Gran Guerra mostró cómo se mataban unos a otros millones de hombres que todavía la víspera juraban «guerra a la guerra». Fueron compañeros de armas de aquellos a quienes acusaban de ser militaristas, patrioteros, belicistas, e igualmente de millones de otros hombres que hicieron la guerra por deber o incluso sin saber muchos por qué.

Después de 1918, convertidos en excombatientes, ni unos ni otros pusieron en duda la legitimidad de su sacrificio: habían combatido en defensa de la patria, y la guerra que habían hecho era una «guerra justa». Durante cincuenta años no han cesado de repetir lo mismo.

Sin embargo, durante las hostilidades mismas nació en algunos la duda de si la continuación de la guerra tenía sentido. ¿Era verdaderamente necesaria tan terrible hecatombe? Los medios dirigentes así lo aseguraban, pero ¿eran sinceros?

En 1914 los llamados a filas no se habían planteado la pregunta; partieron todos, y cuando desfilaban, sus rostros resplandecientes mostraban cuál era su espíritu. La imagen es engañosa, no cabe duda, y un análisis más fino nos hablaría del desgarramiento de un padre, de un novio o de un esposo, pero eso no duró, en contraste sorprendente con 1939, donde, salvo en Alemania, el rostro de los movilizados expresa consternación y desesperación.

Es verdad que en 1914 se creía que la guerra iba a ser corta y que retornarían para Navidad aureolados con los laureles de la victoria; pero el caso es que en París, como en Londres o en Berlín, los soldados partieron cantando, llenos de ardor y con «la flor en el fusil».

Este fenómeno no puede ser disociado de los orígenes de la guerra, del recuerdo que ha dejado, y por eso quisiéramos dar

cuenta de él, tanto como de las causas propiamente económicas o políticas.

¿Cuáles eran las aspiraciones de la sociedad en vísperas de la guerra? ¿Cómo podía desear la paz y partir al mismo tiempo alegremente a la guerra? ¿Cuál era la naturaleza del sentimiento patriótico? ¿Qué fuerzas económicas o políticas mandaban en los estados, en las naciones y en las sociedades? A estas preguntas se asocia otra, y es de qué modo se encontraron, de repente, como desarmados, los que querían impedir la guerra.

CAPÍTULO 1
La guerra liberadora

Es preferible la guerra a esta eterna espera.

Encuesta sobre la juventud, 1913

Una sociedad «bloqueada»

1840-1914. Más aún que en el siglo precedente, las distancias disminuyen, el mundo se encoge, los intercambios se multiplican y la unidad de los hemisferios se afirma.

¿Tiene conciencia de ello la sociedad europea? En todo caso, sí advierte otros cambios, como, por ejemplo, que a las autoridades reconocidas y declaradas de la época tradicional –el rey, el sacerdote, la ley, la familia, el patrón o el oficial– se hayan añadido nuevos amos anónimos e incontrolables; son los que bajan brutalmente los precios agrícolas de Europa, provocando la ruina del campo; los que desencadenan las crisis económicas; los que hacen o deshacen la moda y la opinión. En este mundo extraño, en transformación, desaparecen muchas actividades milenarias y nacen y mueren oficios en menos de una generación; una patente de invención o una técnica de explotación destierra a la otra para morir a su vez, y surgen empresas mientras se desmoronan otras. Lo mismo ocurre en gran número de hogares humanos, y siempre en nombre de la ley, del progreso o de la libertad.

Parece que hay un hilo tenue entre esta opresión y la antigua, que es el ejército ascendente de los funcionarios. En los estados laicos, esta burocracia es el equivalente de la Iglesia; protege a los propietarios contra la presión que viene de abajo. En otros, su

acción se suma a la del clero, y las clases populares contemplan su desarrollo con poca simpatía. En 1870 había en Alemania un funcionario por cada 825 habitantes; en 1905 hay uno por cada 216. Como en la Rusia de Chéjov, no cesan de crecer y multiplicarse. En vísperas de la guerra, y en Francia, de cada 11 electores, uno es funcionario. Ahora bien, en la cúspide, esta nueva clase está, en Alemania, casi enteramente compuesta por nobles, y en la Francia republicana, el cuerpo de prefectos cuenta con 88 antiguos pares de Francia, y se calcula que la proporción es la misma entre los consejeros de Estado o los embajadores de la República.

El efecto es doble. Por un lado, la autoridad de los notables, metamorfoseada de este modo, consigue consolidarse y crece el número de ciudadanos que poseen una parcela de autoridad, por ínfima que sea. Como su porvenir está asegurado por el retiro, llegan otros que aumentan el número de los conservadores, sobre todo en las grandes ciudades en movimiento. Por otra parte, la insatisfacción de la masa se desarrolla entre todos los ciudadanos cuyo porvenir es incierto, entre los que no participan para nada en la gestión de la vida colectiva. Resultan estos particularmente numerosos en esas mismas grandes ciudades, donde han afluido a causa del derrumbamiento de los precios agrícolas. Su estatuto de nuevos ciudadanos urbanos les coloca en una situación inferior, y así, al cinturón que rodea los barrios de París pronto corresponden los cinturones de Milán, de Berlín o de San Petersburgo.

Prisioneros de un universo cuyos mecanismos son misteriosos, mientras la escuela les muestra el porvenir de la ciencia y les enseña la fe en el progreso, la masa de los ciudadanos del siglo XX no participa en absoluto en los asuntos públicos. La democratización de las instituciones, ocurrida durante los decenios precedentes, no era más que una ilusión y poco cambio producen en ellas las reformas. Cierto es que estas reformas han dado paso a una mejora global de las condiciones de la vida, del atuendo, de la instrucción o de las condiciones sanitarias y ocupan y estimulan a las clases educadas al mismo tiempo que las enriquecen y aumentan su dominio sobre la

sociedad; pero ello poco hace participar a las clases populares en la gestión de sus propios asuntos. «La muchedumbre de los candidatos en las elecciones resulta tan densa en torno al árbol de la cucaña, que el sector de la nación que suministra las salchichas no puede ni acercarse». La algarabía que acoge a los elegidos de los nuevos *zemstvo* tiene el mismo alcance que el *hoch* o el *hurrah* que más al Oeste saluda la elección de los representantes del pueblo; es decir, que pone fin a la acción política de los electores durante largos años y hasta la próxima consulta.

Entre las ciudades y el campo se igualan lentamente los papeles. Antaño, las ciudades eran «libres» y prisioneros los campos; pero a principios del siglo XX, el habitante de la ciudad poco participa ya en los asuntos del Estado, de la provincia o de la comunidad; el campesino y él están en igualdad de condiciones. Este, al menos, conserva la posibilidad de regular a su antojo el empleo de su tiempo, y este resto de libertad le concede más posibilidades de iniciativas que al obrero. Sin embargo, el campo ve reducirse su área de autonomía en el momento en que le afectan las crisis económicas y depende cada vez más de la ciudad, donde las decisiones se toman. El campesino reconoce pronto, bajo la indumentaria del alto funcionario que obra en nombre de la ley, a la persona, a la vez temida, amada y odiada, del antiguo amo.

Las soluciones

Víctimas de una tiranía más insoportable que la de la época pasada (los «buenos tiempos de antaño»), los que adquieren conciencia de esta desgracia buscan una salida. Entre los intelectuales, algunos encuentran apoyo en la fe religiosa; esta tiene un nuevo despertar en algunos países en los albores del siglo XX, y su renacimiento místico lo ilustra el renombre de un Péguy, de un Solovev o de un Bergson. «El gran público –escribe Georges Sorel– se siente feliz al encontrar en *L'Évolution créatrice* la idea de una potencia divina que anima a todo el mundo viviente» (1907).

Pero ¿qué ocurre con los demás? La prensa explota su necesidad de evasión, y es significativo que sea entre 1880 y 1913 cuando aparecen en cada país los periódicos que «no hacen política». Son: en Gran Bretaña, el *Daily Mail;* en Alemania, el *Täiglische Rundschau;* en Francia, *Le Petit Parisien;* en Rusia, *Los Navoe Vremja.*

Pero todo el mundo no es capaz de creer, de beber, de jugar a las cartas o de leer las gacetillas... Fuera de estas soluciones, no queda más que una doble salida: la huida o la rebelión; es decir, si se prefiere, la revolución o la emigración.

¿Revolución o emigración?

Del Ural a Los Abruzzos y al cabo Land's End, el descontento, la miseria y la persecución racial o política han empujado a 30 millones de europeos a cruzar el Atlántico. Y han hecho un descubrimiento capital: que de ahora en adelante poseen la posibilidad de transformar su existencia con tal de que estén dispuestos a todos los sacrificios y que hagan tabla rasa del pasado. Y así, van en busca de una nueva vida. Los británicos, los alemanes y los escandinavos son los que dan el ejemplo y les siguen los eslavos y los italianos. Pocos son los retornos, que serían la señal de un fracaso, de la quiebra de una existencia.

Algunos, igualmente optimistas, pero mucho más lúcidos, han escogido el ser revolucionarios. Entre ellos, los que padecen bajo todas las formas de opresión quieren suprimir toda autoridad, quieren la anarquía. Otros sueñan con un régimen de donde quedase excluida toda incertidumbre y donde los hombres pudiesen construir su porvenir con plena seguridad. Son los que abogan por el socialismo o el comunismo e intentan analizar con rigor el funcionamiento de la economía capitalista. Estos marxistas, convencidos de que han descubierto las «leyes» de la economía, estiman que su método es el único que tiene valor científico.

Los revolucionarios, minoritarios en el seno de una sociedad inconsciente, esperan despertar a los trabajadores y al resto de los oprimidos, pero, con excepción de los anarquistas, no saben ver que organizando sindicatos y partidos políticos, o fundando una Internacional, mantienen, de otra forma, la relación gobernantes-gobernados. Además, incluso dentro de los partidos y grupos revolucionarios, esta relación conserva un carácter de clase. El anarquista Kropotkin es un príncipe a quien se trata como tal, y Lenin, hijo de un alto funcionario, recibe mil consideraciones por parte de la policía zarista. En el Reichstag no hay más que dos antiguos obreros entre los 110 diputados socialdemócratas. Esta representación simbólica ni siquiera es respetada en el Palais Bourbon de 1914, lo que representa un retroceso en relación a febrero de 1848. En la dirección de la socialdemocracia rusa no se encuentra un solo trabajador. Y así, se advierte por todas partes una relación de obediencia de los simpatizantes hacia los miembros adheridos, de estos hacia los militantes y de los militantes hacia sus «jefes». En 1902, ante el fracaso del movimiento revolucionario, Lenin quiere organizar su futuro partido a semejanza de un ejército, con un Estado Mayor muy centralizado; es decir, que para lograr el éxito de la revolución, los trabajadores tienen que volverse previamente simples soldados. Verdad es que estos soldados serán educados, conscientes, políticamente libres, revolucionarios, pero no podrán por menos de continuar obedeciendo a los que piensan por ellos. El éxito de *¿Qué hacer?* traduce un estado de ánimo y un estilo. Los jefes de otras tendencias políticas especialmente los socialdemócratas– se indignan; pero en Rusia, como fuera de ella, manipulan a los militantes y a los electores lo mismo que los Estados Mayores al soldado o las iglesias a sus fieles. Y no tienen ni siquiera la excusa de querer realizar plenamente la revolución proletaria.

Sobre todo, los jefes de los partidos extremistas no perciben que, cuanto más numerosos son sus miembros, más significa esto que la sociedad se transforma, evoluciona, se diferencia, lo cual disminuye

las probabilidades de un alineamiento verdaderamente revolucionario.

Entre 1840 y 1914 no es en los primeros países llegados al desarrollo capitalista más caracterizado –es decir, Gran Bretaña, Francia y Alemania– donde aumentan las posibilidades de un trastorno social violento, sino en Rusia. El retraso económico de este país se traduce, en el plano social, por la debilidad de sus clases medias, incapaces de neutralizar la voluntad consciente de las clases populares, que desean una subversión total de las reglas de funcionamiento de la sociedad. Estas probabilidades aumentan del mismo modo en Italia; pero, en su caso, el espejismo americano opera más que en ningún otro sitio, en vísperas de la guerra, y arranca al movimiento revolucionario y a los futuros soldados de la revolución los elementos más dinámicos, más activos o más emprendedores.

Emigración o revolución: ¿se ha establecido suficientemente la relación entre estos dos fenómenos? Además, la alternativa es también válida después. Nadie es más conformista en Estados Unidos, o donde sea, que el nuevo inmigrante, que juzga sacrílega toda crítica sobre su patria de adopción[1], que representa para él la libertad, la justicia y la virtud. Todo predispone así a los elementos más nuevos de la sociedad americana para convertirse en conservadores e incluso en patrioteros. En Estados Unidos fue donde se ejecutó por primera vez a unos anarquistas (1886). Por un proceso a la vez semejante, inverso, pero simétrico, toda crítica viene a ser sacrílega después de 1917 en la patria de la revolución, y así ocurre que la Rusia de los soviets prohibirá la emigración, signo de no-satisfacción.

Las vibraciones de la sociedad

Volvamos a la vieja Europa, donde, desde hace más o menos tiempo, las vibraciones de la sociedad se debilitan lentamente, el paro se reabsorbe y la seguridad de todos parece asegurada. Tal es

el caso de Francia, que no ha sufrido jamás grandes corrientes de emigración y donde las probabilidades de revolución social disminuyen después de la experiencia de la Comuna de París. Lo mismo ocurre en Inglaterra después del fracaso del cartismo; a principios del siglo XX las huelgas son especialmente potentes, pero las manifestaciones violentas son menos amplias, y, de allí en adelante, no son más que los escoceses y los irlandeses quienes cruzarán los mares. En Inglaterra misma la única revuelta abierta es la de las mujeres: las sufragistas. En la Alemania guillermina, a principios de siglo, todo el mundo cree que, si algún día tiene lugar un cambio, se hará sin choques y de mano del estado mayor de la socialdemocracia, pronto dueña del Reichstag. Por tanto, la emigración a América ha cesado también en Alemania, desde que ha quedado demostrado que el país ha cobrado nuevo impulso.

1837 en Inglaterra, 1871 en Francia y 1910 en Alemania son las fechas del apogeo de oportunidades para una transformación efectiva de las estructuras sociales en los tres grandes países, fechas que siguen a una distancia respetuosa, pero como si fuesen su sombra, a la época de su máximo desarrollo industrial. Parece que cuanto más atrás se remonta el principio del desarrollo industrial, más se alejen las posibilidades de revolución social; que cuanto más se han agravado los antagonismos imperialistas, más se han suavizado los antagonismos internos. La prueba es que en Italia y en Rusia, que entraron en último lugar en la carrera hacia la industrialización y a quienes la política imperialista apenas ha enriquecido, las vibraciones de la sociedad siguen siendo muy amplias; la multiplicación de las marchas a Siberia o a América atestiguan, lo mismo que la de los gestos de revuelta en las ciudades o en los campos, que se niegan a seguir sometidos. Rusia e Italia son la patria de los anarquistas, de Bakunin y de Malatesta.

Es precisamente en Rusia y en Italia donde la oposición a la guerra atañe a la sociedad en toda su amplitud. Antes de fundar el comunismo y el fascismo –los dos regímenes que han marcado la primera mitad del siglo XX–, los rusos han firmado la paz en Brest-

Litovsk, y los italianos han pronunciado su «adiós a las armas» en Caporetto. Únicamente más tarde, cuando fue evidente que la tierra nativa estaba efectivamente amenazada, estas naciones se mostraron unánimes en batirse: la guerra tenía entonces un sentido.

Para los combatientes franceses, ingleses o alemanes no existía el equívoco: la guerra tenía por objetivo la salvaguardia de los intereses reales de la nación. Pero tenía, además, otro significado: al marchar a la guerra los soldados de 1914 hallaban un ideal de recambio que, en cierta manera, sustituía las aspiraciones revolucionarias. Así ocurría con los más desgraciados y los menos conscientes que, recluidos en el *ghetto* de la sociedad, se reintegraban a ella gracias a la guerra, pero, por ello mismo, se desmovilizaban en el plano revolucionario.

La guerra liberadora

Por otro lado, estos hombres iban a cambiar de existencia, como lo soñaban en secreto. Cierto es que en toda Europa sus condiciones de vida mejoraban, pero lentamente y no al mismo ritmo para todos. Puede constatarse que durante el mismo período en que el mundo de los negocios conoce, por ejemplo, en Francia una verdadera resurrección, entre 1900 y 1914 –«La Belle Époque»–, y en que el salario real de la masa de los obreros casi se duplica entre 1890 y la guerra, el número de imposiciones baja en el Monte de Piedad y nunca esta institución ha registrado tantos empeños como en vísperas de la Gran Guerra. La difusión de la prensa, el desarrollo de la instrucción, la publicidad, han creado necesidades materiales nuevas, tales como una alimentación más variada, vestimenta ciudadana, vajilla, bicicleta, etc. Además, les han revelado la posibilidad de vivir una existencia más interesante, más rica, más valiosa, y se sienten con un derecho imprescriptible a subir en la escala social. Ya en París, el artesano del barrio de Saint-Antoine o de Belleville atraviesa el canal de la Bastille todos los domingos y, vestido de burgués, va por los Grandes Bulevares al café-concierto y

después a la Ópera Cómica. Desde la puerta Saint-Martin a la Bolsa la distancia no es mayor que de la Bolsa a la calle de la Paix, donde los especuladores se codean ya con los notables. De arriba abajo de la sociedad todos se sienten impacientes por subir rápidamente y cada vez más arriba. El mismo fenómeno se produce en Berlín e incluso en Londres. Caroline E. Playne, una americana que residía entonces en Londres, constataba que:

> Las dificultades y las presiones de la vida han producido una generación muy en tensión; las gentes no tienen paciencia para esperar que las nuevas condiciones de la existencia les hagan un sitio..., y la guerra, si estallase la guerra, les liberaría de esta dificultad... Sin saberlo, estos hombres habían sustituido con un canto de odio el himno de la vida o de la revolución.

Los jóvenes hacen eco a las palabras de sus mayores:

> La existencia que llevamos no nos satisface, porque si bien poseemos todos los elementos de una vida bella, no podemos organizarlos en una acción *inmediata* que nos tomase en cuerpo y alma y nos arrojase fuera de nosotros mismos. Esta acción solo la permitiría un hecho: la guerra.

Por eso estos jóvenes parten a la guerra como a la aventura, felices por cambiar de vida, por viajar, al mismo tiempo que cumplen todos con su deber y seguro cada uno de ellos de volver pronto, coronado con los laureles de la victoria.

De este modo, la guerra de 1914 a 1918, en lugar de haber sido padecida, sufrida, liberó energías y fue acogida con entusiasmo por la mayoría de los hombres en edad de batirse[2]. Basta con ver el comportamiento de los movilizados que marchaban a la guerra, alerta todos, los franceses, los alemanes, los ingleses. Los rusos, más viejos, están menos alegres, y los italianos son más lentos en moverse, pero ya sabemos que vivían de otro sueño: los unos, el espejismo de América; los otros, de la espera de la Revolución.

Incluso en Rusia fueron pocos los refractarios a la movilización, y en Francia solo hubo un 1,5% de desertores, cuando las autoridades militares preveían de un 5 a un 13%.

Se ha dicho que el espíritu internacionalista había fracasado, que los socialistas no lograron impedir la guerra y que todos faltaron a sus juramentos. Este hecho, por otra parte, chocó a los contemporáneos; pero, sin embargo, cada ciudadano estaba persuadido de lo contrario, de que, respondiendo a la llamada de su país, cumplía con su deber de patriota y de revolucionario. No les cabía duda de que su país era víctima de una agresión y que, al hacer la guerra, los revolucionarios-soldados y los demás combatientes habrían de ser los artífices de la paz eterna; bello ideal este de la utopía de la *der des der*[3] que animaba a todos los *poilus.*

Así pues, el pacifismo y el internacionalismo se confundieron con el individualismo y el patriotismo, hecho bastante excepcional y que solo se explica por la supuesta naturaleza de esta guerra: era para todos una guerra de defensa patriótica y, por consiguiente, justa; y, en cualquier caso, una guerra ineluctable.

---

1 Excepto los anarquistas.

2 En Inglaterra, donde no había servicio militar obligatorio, hubo cerca de un millón de voluntarios, y lo mismo ocurrió más tarde en Estados Unidos.

3 «Dernière des desnières»: la última, sin duda alguna *[N. del T.]*.

CAPÍTULO 2

La guerra patriótica y emancipadora

Francia –como podría constatar un historiador pesimista– tiene menos el genio de las armas que el de la guerra civil y, a excepción de 1914, no ha sufrido nunca la experiencia de una larga y verdadera guerra patriótica. Basta con echar una mirada sobre su historia reciente o lejana para que quede claro que cada una de las luchas libradas por la nación más orgullosa de su gloria militar ha estado teñida, poco o mucho, de lucha civil; lo que es evidente en 1939-1945 lo ha sido también en la Revolución y el Imperio, en la época de Juana de Arco y de los Borgoñones, en el caso de Enrique IV y de la Liga y en los tiempos de Richelieu. Incluso en 1870 existió un partido que, secreta o abiertamente, deseaba la derrota de los que dirigían el país.

No fue así, sin embargo, en 1914-1918; en Francia no hubo «partido del extranjero».

Cierto es que la Gran Guerra tuvo sus contrarios, pero estos no eran solidarios del enemigo, sino que se declaraban pacifistas y adversarios de todos los gobiernos, si no de todas las guerras. Como Jaures, condenaban únicamente la guerra «imperialista», pero juzgaban legítima la defensa del territorio nacional amenazado de agresión.

Y así fue para todos y cada uno de los pueblos; incluso en Rusia, donde el odio a la autocracia era compartido por casi toda la población, el «derrotismo» no tuvo ningún eco. Por derrotismo se entiende, entre 1914-1918, no el pesimismo descorazonador, que debilita la moral del país y le conduce a la derrota, sino el deseo de que su propio país sea vencido, porque en ello podría ir su salvación.

Así, tanto en Francia como después en Italia, hubo algunos grupos de clericales que, hostiles al régimen y a su inspiración laica, deseaban para esa su «patria perdida» el castigo de Dios, pero no fueron más que un puñado. Por su lado, el ala más avanzada del socialismo juzgaba, con Lenin, que en 1914 nada sería más perjudicial para el porvenir de la revolución proletaria que una victoria militar en Rusia de los ejércitos zaristas, en Alemania de los ejércitos imperiales, etc. Ello significaba, para Lenin, que había que contribuir a la derrota de su propio país; pero se vio obligado a abandonar esa plataforma, que nadie aprobaba, y replegarse a posiciones internacionalistas y pacifistas, cuya consigna apuntaba a la transformación de la guerra europea en guerra civil.

Puesto que esto era la verdad en el caso de Rusia, en el de Francia, en el de Europa entera, la débil carrera de la Internacional estalló en pedazos al primer toque de corneta.

Para el francés o el alemán, el combate de 1914-1918 fue una lucha de paladines, tan clara, tan evidente como la Cruzada, la defensa de la madre, el combate por la fe o la lucha de clases, y ningún razonamiento podía dominar este instinto colectivo.

No cabe duda que el conflicto global de las dos coaliciones tuvo su origen en las rivalidades imperialistas; pero los combates singulares que enfrentaron, una a una, a las naciones respondían a otra necesidad: a una tradición arraigada en lo más profundo de la conciencia de los pueblos. Cada uno de ellos presentía que estaba amenazado en su existencia misma por el enemigo hereditario, y para todos el conflicto obedecía a una especie de rito fatal, lo que explica el carácter de la lucha «a vida o muerte», rasgo este que la naturaleza imperialista de esta guerra no bastaría a explicar.

La unanimidad patriótica

A los pueblos les venía esta pasión de una historia lejana, pero su unanimidad patriótica tenía un origen más reciente.

Desde hacía medio siglo, los progresos de la concentración geográfica de las actividades industriales y el desarrollo del capitalismo habían determinado fenómenos económicos *generales* que la edad pre-industrial no había conocido. Así, la agricultura inglesa entera había visto modificarse su destino por las leyes de 1846, o la industria francesa por los acuerdos de 1860. Después, durante los tres últimos decenios, el crecimiento económico de Francia había padecido un frenazo muy penoso, ligado a la crisis agrícola de Europa, debida, a su vez, a la explotación de los grandes países de ultramar: Canadá, Australia, etc. En Europa, cada una de las naciones tenía así el sentimiento de ser víctima de catástrofes y de estar rodeada de enemigos que miraban con malos ojos su prosperidad, su desarrollo, y ponían en entredicho su existencia misma. El sentimiento patriótico se convertía de este modo en una de las formas de la reacción colectiva de la sociedad frente a los fenómenos nacidos de la unificación económica del mundo; el movimiento de las nacionalidades era una variante de ello, que no estaba ligada exclusivamente a la opresión étnica o religiosa.

Patriotismo y regionalismo

La comparación se comprende mejor si se asocia el patriotismo de las naciones a la resurrección del regionalismo. Así, en Rusia, el desarrollo económico había tenido como consecuencia la penetración de colonos en todo el Imperio, y su presencia como un cuerpo alógeno a la vieja Rusia se hizo tanto más sensible cuanto que, con la puesta en valor de los yacimientos de Ucrania o con la explotación del Transiberiano, eran más numerosos en poblar y regentar esos territorios del contorno, donde antaño se contentaban con ejercer un control. Su presencia y la política de rusificación que preconizaron fue padecida como un acto de agresión y, de rechazo, los movimientos nacionales se desarrollaron con vigor, no solamente entre los que no se habían considerado nunca como rusos (tales

como los baltos, los fineses, etc.), sino también entre los ucranianos, pequeños-rusos, mordovianos, mari, etc.

Entre la obligación por parte de los ucranianos de hablar ruso y la prohibición para los escolares franceses de expresarse en *patois,* no hay más que una diferencia de grado, lo mismo que entre la rusificación llevada a cabo por los burócratas de San Petersburgo y la centralización realizada por los prusianos o los parisienses. La resurrección del regionalismo provenzal o bretón (en 1877 se celebró el primer congreso intercéltico), la supervivencia de la «cuestión meridional» y más aún del problema siciliano en Italia son fenómenos de la misma naturaleza; es decir, un patriotismo, pero disociado del tiempo presente.

De hecho, la presencia de funcionarios parisienses, prusianos o rusos aseguraba el reforzamiento de la unidad nacional en mayor medida que la disolvía, porque el poder central representaba la lucha contra las supervivencias feudales y la defensa contra el extranjero. Sus medios, muy acrecentados, le permitían igualmente hacer creer en la democratización de las instituciones políticas; pero, en realidad, se trataba más bien de una consolidación del Estado, aunque los ciudadanos del año 14 se imaginasen que, en lo sucesivo, eran libres en forma irreversible y que bastaría con perfeccionar o modificar el régimen social o político para que la ley asegurase a la democracia un funcionamiento perfecto. No se daban cuenta de que las clases dirigentes no habían hecho más que perfeccionar su religión; al primer catecismo habían añadido el que se aprendía en la escuela y repetía el periódico, puesto que, desde hacía treinta años, la difusión de la instrucción, el apogeo de la prensa y la resurrección de los deportes contribuían, sobre todo, a exaltar la fe en el país propio.

El segundo catecismo

A partir de 1880, la difusión de la instrucción, muy avanzada ya en Inglaterra y en Alemania, fue particularmente rápida en Francia y en

Rusia y fue acompañada del conocimiento del pasado nacional, que en lo sucesivo penetra el cuerpo social entero. ¿Cuáles eran sus enseñanzas?

En Francia

Para los franceses, el invasor ha venido siempre del Este; desde Federico II, la tradición anti-prusiana se nutre de una historia que muestra a los dos pueblos en conflicto. Desde Alfred de Musset a Hansi, la imaginería popular ha sustituido al inglés por el alemán como enemigo nacional. La guerra de 1870 y la cesión de Alsacia-Lorena, las incitaciones de Maurice Barrès a la revancha y los toques de clarín de Déroulède, recuerdan todos los días a los franceses que «han perdido dos hijos» y que no puede haber jamás perdón para los raptores. Los escolares lo saben, puesto que desde la más tierna edad han visto en su primer libro de historia lanzarse al águila prusiana sobre el gallo galo y arrancarle sus mejores plumas, mientras que el pueblo de París, hambriento por el bloqueo, el bombardeo y la guerra, esperaba su racionamiento en las calles heladas y, en su miseria, se veía reducido a comer ratas. Estas imágenes, grabadas desde entonces en la conciencia de los franceses, alimentan su patriotismo y les enseñan que, desde Bouvines a Sedán, la derrota o la muerte vienen siempre del prusiano.

En Alemania

En Alemania, los jóvenes han aprendido que el territorio nacional es un cementerio de eslavos y que el pueblo alemán ha padecido de siempre la obsesión de la resurrección. La nación germánica, antaño conquistadora y colonizadora, se considera en lo sucesivo guardiana de la civilización occidental frente a la multitud venida del Este y no ve sin inquietud que los eslavos occidentales afirmen su personalidad, crezcan y se multipliquen; trata de borrar toda huella

de su paso en los territorios que antiguamente pertenecieron a los lusacios y a los kachucos en Sajonia, Prusia, Pomerania. Lo mismo que los franceses, los alemanes consideran que el peligro está en el Este, y por eso la idea de una vuelta al *Drang nach Osten* toma cuerpo para satisfacer a la vez a las necesidades de la economía alemana y para garantizar la perennidad de la presencia germánica en toda la Europa central. Pero los niños saben también que si los alemanes han de vigilar al Este, han de estar igualmente en guardia frente al Oeste. Goethe lo ha escrito en sus *Memorias:* en el tiempo de su juventud, la peor catástrofe fue la ocupación de Coblenza por los soldados de Francia. En el momento presente, el

> […] mercantilismo inglés y el odio francés se unen a las ambiciones de los rusos en contra del pobre Imperio alemán.
>
> […] La patria está cercada... Pero Dios ha derribado siempre a los enemigos de Alemania... Dios castigó a Napoleón en 1812... Por eso, nosotros, los alemanes, no tememos nada en el mundo, excepto a Dios.

Sano y vigoroso, el pueblo alemán no tiene nada que temer de sus vecinos del Oeste, y todos los años, en septiembre, celebra el *Sedanfeier* en recuerdo de la derrota del pueblo vecino, disminuido en lo sucesivo, y al que se considera frívolo...

> La guerra que quizá estalle, Alemania no la quiere, y el káiser hace todo por evitarla. Eduardo VII había organizado la asfixia de Alemania porque estaba celoso de su prosperidad comercial. Su muerte ha hecho retroceder el espíritu guerrero en Gran Bretaña, pero en Francia ha ganado terreno con la llegada de Poincaré.

Así, «una apretada red rodea al país, que no puede contar más que con la ayuda de Austria-Hungría y de Turquía, estados interiormente podridos». La nueva edición del mismo manual añadía en 1916:

> El káiser se consagraba al mejoramiento de la suerte de los obreros cuando su actividad pacífica fue interrumpida bruscamente por la guerra.

En Rusia

En su *Historia,* tan familiar para los rusos como la de Ernesto Lavisse para los franceses, Kovalevski cuenta que mil años atrás la tierra rusa estaba cubierta de bosques y pantanos. Las gentes que poblaban esta tierra se llamaban eslavos; eran altos, con pelo castaño y ojos brillantes; vivían agrupados en grandes familias: el padre-anciano con sus hermanos, hijos, sobrinos, nietos, cultivando todos la tierra y practicando la caza. Varias familias formaban un clan, y algunas veces varios clanes se reunían para decidir sobre un asunto importante. Esa reunión se llamaba *vetche;* se convocaba al pueblo a toque de campana, la cual recibía el nombre de campana-*vetche.*

Ocurría a menudo que los eslavos combatían a los pueblos que querían invadir su territorio, y en su lucha sabían esconderse tras las altas hierbas y caer de improviso sobre el enemigo; incluso se sumergían, cabeza y todo, en las aguas del río, respirando por una caña que sostenían en la boca. Pero era un pueblo hospitalario el de los eslavos, que no amaba la guerra; cuando un eslavo salía de su casa, dejaba alimentos sobre la mesa y no cerraba nunca la puerta para que los extranjeros pudiesen entrar, comer y descansar.

Sin embargo, no cesaron de afluir invasores; uno tras otro, vinieron del Norte primero, y del Este después. Guerreros escandinavos en primer término, después polacos y alemanes –esos caballeros teutónicos que Alejandro Nevski rechazó en 1242 en combate sobre el hielo–. De la estepa llegaron los tártaros, que impusieron su yugo al pueblo ruso e incluso se aliaron con los polacos.

Por un lado, los tártaros, confundidos después con los mongoles y los turcos; por otro, los polacos y los alemanes: dos azotes conjugados contra ella, que Rusia encuentra a lo largo de toda su historia. En 1905 resucita, desde Oriente, el peligro «amarillo», con rostro japonés. El tema mongol inspira la poesía de Merejkovski y de Bielyï, «revivificando una pesadilla en el alma de Rusia», de cuyos fantasmas necesitó varios siglos para librarse. Una vez más, en el

siglo XX, los dos enemigos tradicionales se hallaban asociados: Alemania para atacar al Oeste, y el oriental para hacerlo por el Sur.

Así pues, el destino de cada uno de los pueblos estaba marcado por su lucha defensiva contra el enemigo hereditario: los franceses contra los alemanes, y estos contra los eslavos o los franceses; los rusos contra los amarillos y los alemanes. Pronto ocurrió lo mismo con los italianos, adversarios de Austria, enemiga de siempre, o con los turcos, adversarios de los pueblos eslavos. La única excepción era Austria, cuyo enemigo ancestral había sido el infiel, pero como, desde hacía un siglo, el Imperio otomano se había descompuesto, no tenían ya fronteras comunes ni incluso pretexto para odiarse.

En todos los países, los maestros habían enseñado estas verdades, aunque quizá abrigasen en sí mismos convicciones pacifistas. Pero su enseñanza tenía efectos contrarios, puesto que, glorificando a Juana de Arco o a Alejandro Nevski, alimentaban involuntariamente el espíritu guerrero. Por lo demás, de acuerdo con la lógica de sus lecciones, dieron de 1914 a 1918 ejemplo de patriotismo.

El deporte y el sentimiento nacional

Tenemos que señalar una innovación que actuó en el mismo sentido: la resurrección de los deportes. Con ocasión de la primera Olimpiada, en 1896, no se dejó de recordar la naturaleza pacífica de los juegos, durante los cuales los griegos interrumpían la guerra. Pero los organizadores y promotores emplearon también otro lenguaje: «De los deportes surgen la resistencia física, la sangre fría, las virtudes militares, manteniendo a la juventud dentro de una atmósfera belicosa», escribía en 1913, bajo el seudónimo de *Agathon,* Henri Massis, uno de los paladines de la «revancha». En idénticas ideas abundaba Charles Maurras en *Anthinea,* y en Francia, al menos, fueron los militares quienes escribieron glorificando los deportes. En 1912, el Comité Internacional de los Juegos Olímpicos contaba con 28 aristócratas o militares entre sus 44 miembros.

De este modo, antes de resucitar el espíritu regionalista, el deporte representó el papel de estimulante del sentimiento nacional, como dan cuenta de ello sus primeros cantores. El deporte «aparta de la vida política y crea el gusto innato de la disciplina».

En Europa occidental, los progresos de la instrucción, las transformaciones de la prensa, el desarrollo del deporte, el renacimiento místico, contribuyeron a resucitar el sentimiento del deber y de una obediencia a la autoridad superior, en este caso, la patria. R. Girardet analizó muy bien este fenómeno en Francia, donde resulta especialmente claro en vísperas de la guerra. Heredero del jacobinismo y de la tradición de la derecha, el patriotismo anima a la sociedad entera hasta el punto de que, en Belleville, los hijos de los comuneros postulan para que el barrio no deje de desfilar el 14 de julio. A Jaurès, por otra parte, no se le ocurre en absoluto negar la necesidad del deber militar ni condenar el recurso a la guerra, siempre que esta sea justa y en defensa del país.

En 1914, por tanto, el antimilitarismo de la época pos-dreyfusiana ha perdido su fuerza; veinte años antes Luden Descaves escribía:

> Personalmente, no daría por esas tierras olvidadas (Alsacia-Lorena) ni el dedo meñique de la mano derecha, pues me sirve para sujetar el papel cuando escribo, ni el de la mano izquierda, pues lo uso para sacudir la ceniza del cigarro.

En 1912 es otra generación la que está presente: una generación que no ha conocido la humillación de la derrota y que desprecia la debilidad de sus mayores y su timidez ante la experiencia de la vida.

La evolución de Charles Péguy ilustra este cambio: este católico, antaño pacifista y dreyfusiano, publica *Notre Patrie,* donde se califica a los socialistas de agentes del imperialismo alemán; usa un lenguaje más nacionalista todavía que patriótico, el mismo que Charles Maurras y Maurice Barres, cuyo diario, *L'Action Française,* conquista a la juventud de las escuelas superiores.

Las nuevas generaciones se inflaman ante cualquier incidente franco-alemán. Una sufragista inglesa ha dejado este testimonio de su paso por París:

> He encontrado completamente cambiados a los mismos amigos a quienes había conocido pacíficos, antimilitaristas, antinacionalistas, goetheanos, wagnerianos, nietzscheanos; pronuncian todavía con desgana los viejos vocablos de paz y de progreso, pero cada una de sus palabras, cada una de las inflexiones de su voz, cada una de sus miradas, revelan un arrebato, un deseo de guerra, apenas reprimido...

Esta atmósfera belicista no se encuentra en el mismo grado fuera de Francia; pero, sin embargo, tanto el militarismo alemán como el paneslavismo contribuyeron en igual medida, o más aún, a alimentar el nacionalismo, a acelerar la carrera de los armamentos y a precipitar la guerra mundial.

El militarismo alemán

«Francia es un país belicoso, y Alemania, un país militarista», escribía Guglielmo Ferrero en 1899. Observaba que al otro lado del Rhin, el público no se había dejado embriagar por la victoria de 1870, de la que no se acordaba más que en los días de conmemoración, mientras que en Francia «la pérdida de Alsacia-Lorena y el recuerdo de la derrota se convertían en una especie de obsesión nacional». Advertía igualmente que en ninguna parte el control de la prensa sobre la manera como los oficiales trataban a los soldados era más vigilante que en Alemania, donde seguía siendo muy viva la desconfianza frente al «espíritu prusiano».

Y, sin embargo, quince años más tarde, Alemania era, entre todas las naciones europeas, el país donde los militares ejercían mayor influencia en los asuntos del Estado. Mientras que en Gran Bretaña la sociedad civil había puesto a su servicio Ejército y Armada, y que en Francia, y sobre todo en Rusia, la sociedad militar formaba un grupo aparte, sin vínculo directo con las fuerzas económicas que

administraban el país, en Alemania, los militares se encontraban metidos en los negocios, ocupando fácilmente los puestos de directores de empresas o de bancos, y manteniéndose en primera fila.

De este modo, participaban, más que en ningún otro sitio, en las decisiones tomadas por el Estado, y más que en ningún país podían decidir de la guerra o la paz. Asociados a los dirigentes económicos, constituían la punta de lanza del nacionalismo. Pierre Renouvin escribe:

> Este procedía de la convicción de que el germanismo, por el éxito que ha alcanzado en el dominio militar, económico e incluso cultural, ha manifestado una superioridad indiscutible [...], porque el pueblo alemán da muestras de un patriotismo vigoroso y da pruebas de su genio de organización.

Su órgano fue primero la Liga Naval, financiada por Krupp, y después la Liga Pangermanista *(Alldeutscher Verband),* particularmente activa en vísperas de la Gran Guerra. La Liga se proponía, según sus estatutos:

> […] estimular el pensamiento nacional alemán […] y preconizar por todas partes una vigorosa política en favor de los intereses alemanes.

Los sentimientos pangermanistas eran compartidos por una minoría, reducida, pero activa e influyente, de jefes militares, cuadros económicos y universitarios. Dio rienda suelta a su espíritu anexionista, apuntando a una expansión que rebasaba el dominio lingüístico alemán y llegaba hasta ultramar. Su programa iba a nutrir los «objetivos de la guerra» del gobierno Bethmann-Hollweg en cuanto se iniciaron las hostilidades.

De 1900 a 1914, al no obtener ventajas en Marruecos o en otros sitios, el espíritu belicoso ganó terreno en Alemania, mantenido voluntariamente por los medios dirigentes: «En caso de guerra, el pueblo no debe preguntar cuáles son los intereses por los que se bate Alemania, sino que hay que acostumbrarle a la idea de tal guerra». La prensa repetía las lecciones enseñadas en la escuela:

Alemania estaba cercada de enemigos, que desembocarían por Los Vosgos, por el Niemen, por el Isonzo. El peligro seguía siendo esencialmente continental, pero parecía gigantesco.

El renacimiento del belicismo en Francia, el reforzamiento de la alianza franco-rusa, el crecimiento del paneslavismo y el movimiento de las nacionalidades (eslavas) en Europa central contribuyeron a dar más vida a este peligro. Así, el espíritu ofensivo de los medios militares y de los pangermanistas podía apoyarse en la legítima inquietud del pueblo alemán y su preocupación por asegurar la defensa de sus intereses y del territorio nacional.

El sentimiento patriótico en los estados multinacionales

El imperio de los zares y la doble monarquía eran estados plurinacionales; el pueblo dominador –aquí el gran-ruso, allí alemán o húngaro– quería reprimir el movimiento nacional que se despertaba en las minorías y, a la vez, consolidar su hegemonía, gracias a su irradiación más allá de las fronteras.

Así pues, rusos y austríacos estaban dispuestos a considerar como ilegítimas las pretensiones de constituir una «nación» que abrigaba cada una de las minorías e inclinados a glorificar la grandeza de la suya, al mismo tiempo que se veían llevados a dominar por el terror a estas minorías, mostrándose agresivos con respecto a sus eventuales protectores. Estos eran, como es sabido, Serbia y el Imperio ruso para los eslavos de la doble monarquía; Turquía, Prusia y Austria-Hungría para los musulmanes y otras minorías del Imperio ruso.

En Rusia

Para el zarismo, las amenazas eran múltiples; con respecto a los pueblos no eslavos, concernía, por una parte, a los fineses y, por otra, a los tártaros, azerios y musulmanes de Crimea, solicitados por el sueño del panturquismo. En los eslavos, provenía de los polacos,

lituanos, ucranios, etc., que aspiraban a la independencia o a la autonomía. Pero el paneslavismo de los medios dirigentes se preocupaba aún más de sus objetivos ofensivos fuera de Rusia, donde su agresividad podía lograrle éxitos más deslumbrantes que la rusificación. Este paneslavismo ruso se había convertido con bastante rapidez en una ideología nacionalista; ya en 1869, su profeta, Danilevski, evocaba en *Rusia y Europa* la época, próxima ya, en que la cultura eslava predominaría en Europa, reemplazando definitivamente la civilización latino-germánica. Mientras tanto, sus ideas regían la política de los medios dirigentes, tan diligentes para rusificar el interior como para defender, en el exterior, los derechos de los eslavos «oprimidos», sobre todo checos, bosnios, rutenos y aquellos cuya independencia estaba amenazada, como, por ejemplo, los «hermanitos serbios».

Paradójicamente, marchaba en el mismo sentido la actitud de las organizaciones revolucionarias rusas, quienes, antaño favorables al derecho a la independencia de los pueblos sometidos, desaprobaban estas aspiraciones en el momento en que estas se expresaban dentro del marco de los partidos socialistas, pues «los objetivos propiamente nacionales dividen al proletariado en lugar de unirlo». Inducidos, pues, por necesidades tácticas a aliarse con las organizaciones «nacionales» y a reconocer la legitimidad de su vocación, los partidos revolucionarios conservaban, sin embargo, con respecto a ellas, una actitud suspicaz, que se traslucía en el momento en que se trataba de los problemas de la revolución. En vísperas de la guerra, Lenin era casi el único revolucionario que reconocía el derecho absoluto de una nación a divorciarse del Estado opresor, pero, aun así, acompañaba su juicio de una reserva, a saber: que el derecho al divorcio no implicaba su *necesidad.*

Por tanto, en vísperas de la guerra, las organizaciones alógenas del Imperio ruso se encontraban en una posición equívoca. Hostiles al Estado zarista y mal comprendidas por los revolucionarios, se veían abocadas a buscar su propia vía. Las poblaciones mismas, sin embargo, continuaban obedeciendo a las autoridades tradicionales, y

así, los elementos alógenos, bien amalgamados con las tropas rusas, se batieron a su lado como hermanos de armas. Además, la guerra emancipaba al judío, al balto, al ucranio, que, como el ruso, participaban en la defensa de su país.

En Austria-Hungría

Las organizaciones nacionales habían adoptado, en el seno del Imperio austro-húngaro, una actitud más radical, y así, el checo Masaryk se refugió en Londres, desde donde animó la lucha contra Austria-Hungría. Sin embargo, las poblaciones mostraron un comportamiento semejante al de las minorías situadas en el seno del Estado ruso. Turbulentas en tiempo de paz, no se habían movido en 1908; en el ejército no se agitaron ni en el momento de la movilización ni durante los años de la guerra. Bien es verdad que el alto mando tomó la precaución de no colocar frente a los rusos a las tropas de origen eslavo, precaución sensata, porque los contingentes checos se dejaron hacer prisioneros con más facilidad que las tropas austríacas; sin embargo, permanecieron leales, y a los rusos no se les pasó por la cabeza la idea de utilizarlos, una vez prisioneros, en contra de sus antiguos opresores. Incluso tratándose de los enemigos, los estados no utilizaban, los unos contra los otros, ciertos tipos de armas.

Esta actitud de los elementos alógenos se explica fácilmente; en efecto, al romperse las hostilidades, su estatuto cambia, se convierten en soldados, como todos los ciudadanos del Imperio, y bajo su uniforme participan en la misma aventura. Esta promoción les exalta y les ilumina: un checo uniformado es un soldado como los demás.

El caso de la minoría serbia era diferente. Le era difícil resistirse a la llamada de Belgrado, a los campeones de la Gran Serbia. Además, la anexión de Bosnia-Herzegovina por Austria en 1908 era una cuestión parecida a la de Alsacia-Lorena; convertía sus sueños en ilusorios y contrariaba igualmente el ideal paneslavo. Las

organizaciones secretas serbias, alentadoras de la lucha contra los Habsburgo, estaban subvencionadas por San Petersburgo y desde 1908 practicaban el terrorismo contra los funcionarios austríacos en territorio ocupado; es decir, en Bosnia. Su objetivo declarado era conseguir que la presencia austríaca resultase insostenible. El Gobierno serbio no lo ignoraba, puesto que los jefes de la *Mano Negra,* principal organización terrorista, ocupaban puestos de alta responsabilidad en los servicios secretos y reclutaban a los terroristas dentro de la minoría serbia del Imperio, de modo que el Gobierno de Belgrado pudiese declararse irresponsable. Las autoridades austríacas no se dejaban engañar, y el ejército reclamaba el castigo de los verdaderos culpables por boca de su jefe, Conrad von Hotzendorf.

Estos problemas eran vitales para el Imperio, que, multinacional por naturaleza, no podía ceder ante los movimientos centrífugos. Desde 1867, al menos, un compromiso con los húngaros había permitido resolver el problema de su estatuto, y, desde esa fecha, estos representaban un papel esencial en la dirección de sus propios asuntos e igualmente en los de la doble monarquía. Por tanto, el separatismo les seducía ya menos que la hegemonía sobre las otras minorías, especialmente eslavas y rumanas. Invirtiendo los papeles, los húngaros se oponían, ahora más que los austríacos, a las reivindicaciones particularistas de las otras minorías, que alrededor de 1914 se hacían cada vez más apremiantes.

En Viena, los medios dirigentes estaban divididos. Una parte de los políticos y algunos miembros de la familia imperial, y especialmente el heredero del trono, Francisco Fernando, adoptaban una actitud liberal. Pero el Ejército era intransigente y continuaba siendo el último bastión de la fidelidad al pasado alemán del Imperio. El 78,7% de los oficiales de carrera era de origen germánico, cuando se daba el caso de que los alemanes constituían únicamente el 24% de la población; para los húngaros y los checos, las cifras eran, respectivamente, de 9 y 20%, de 4,8 y 13%; aunque el Imperio contaba con un 10% de pequeños-rusos, apenas había

un 0,2% de oficiales de origen ucranio. El ejército se había resistido al asalto de las nacionalidades más que ningún otro cuerpo social. Cierto es que el mando había tenido que hacer concesiones a los húngaros, admitir la constitución de un cuerpo húngaro autónomo, el *Honved,* y tolerar que al lado de la lengua del mando (ochenta palabras) y de la lengua del servicio (cien palabras), existiese para cada regimiento una posibilidad de utilizar la lengua nacional; pero se negaba a hacer otras concesiones. Sabía, por otra parte, que las querellas no estallaban en tiempo de guerra: el checo o el ruteno, que podían alborotar el ejército en tiempo de paz, obedecían a sus jefes en el campo de batalla.

La guerra era, pues, para el alto mando, una manera de resolver el problema nacional y de volver a poner a los húngaros en su sitio. Estos lo sabían y se hacían los levantiscos cada vez que se planteaba la cuestión de aumentar los créditos militares. Como resultado de esta obstrucción, el ejército austríaco estaba en 1914 menos preparado que sus rivales para hacer una guerra larga; no podía asegurar cada año más que el adiestramiento del 29% de los habitantes de la doble monarquía, cuando para Rusia, Italia y Francia la proporción era de 35, 37 y 75% (en Alemania, el 47%). El ejército austríaco disponía de una cantidad de soldados adiestrados dos veces menor que la de Francia para una población igual y estaba peor equipado que el ejército ruso o el italiano. Por no tener uniforme, un oficial marchó al frente con el de gala, y Conrad von Hotzendorf repetía que su ejército no estaría dispuesto hasta 1920.

Pero bastaba con que estallase un conflicto en el interior con los rutenos, o en el exterior con los serbios y los rusos, considerados responsables del estado de fermentación que reinaba en el Imperio, para que a los jefes del ejército se les subiese la sangre a la cabeza. La idea de «ajustar las cuentas a los eslavos» del interior atacando a los serbios y a los rusos del exterior, exaltaba a los ministros y a los jefes militares como para que provocasen la guerra en el momento preciso en que acababan de demostrar que no eran capaces de ganarla. Es verdad que la guerra en los Balcanes no era la guerra;

era un conflicto distinto, que correspondía a un mundo distinto, donde las querellas ancestrales entre clanes no merecían que Europa interviniese. Bismarck lo había dicho: no valían los huesos de un granadero pomeranio.

Varias veces, cuando había estado a punto de estallar un conflicto austro-ruso a propósito de serbios o de búlgaros, Berlín había retenido a Viena por la manga, y París, a San Petersburgo. Por eso parecía que esta guerra localizada no se transformaría necesariamente en una guerra continental y menos aún que pudiese convertirse en una guerra mundial, hasta tal punto estaba lejos de los espíritus –en Viena como en San Petersburgo, en París o en Berlín– la idea de una guerra en la que Inglaterra pudiese efectivamente participar. Bien es verdad que la necesidad de una guerra entre Inglaterra y Alemania no surgía del fondo de la historia de los pueblos, sino que pertenecía a un pasado más inmediato, que la conciencia nacional no había asumido aún enteramente; su necesidad estaba ligada con el desarrollo reciente de las rivalidades de carácter imperialista.

CAPÍTULO 3

La guerra inevitable

La composición de las coaliciones nos revela otro aspecto de la guerra de 1914: su carácter imperialista; da cuenta igualmente de algunas de sus causas. Los dos sistemas de alianza no fueron, en efecto, fortuitos; su lógica estaba ligada con el desarrollo desigual de las naciones y con la rivalidad, que era su consecuencia.

En Europa, cada nación había ejercido antaño su hegemonía. A mediados del siglo XVI fue España, en el XVII fueron Francia y después Inglaterra quienes ejercieron la preponderancia. Después de la Revolución y del Imperio comenzó una especie de nuevo ciclo histórico, definido por el desarrollo industrial de las naciones. Inglaterra realizó entonces un avance excepcional y a mediados del siglo xix su potencia era igual a la de todos los demás países reunidos.

Se advierte, sin embargo, una diferencia con la segunda mitad de nuestro siglo XX, en la que no cesa de crecer el avance técnico de Estados Unidos en relación con el resto del mundo; en el siglo XIX, la distancia que separa a Gran Bretaña de las otras potencias industriales iba reduciéndose decenio tras decenio; nacían otras naciones industriales que lograron crecer, prosperar y no dejarse dominar por Inglaterra. Fueron primero Francia y después Bélgica, naciones que habían emprendido en segundo lugar la carrera industrial; seguidamente Estados Unidos, Rusia, Japón y, por fin y sobre todo, Alemania.

La ascensión de Alemania

Alemania, una de las últimas naciones en unificarse y ponerse en marcha, tuvo que adaptar su desarrollo a las necesidades de un mundo que se había organizado sin ella y donde cada uno tenía ya su lugar y su papel definido, sus mercados reservados, su materia prima garantizada y sus proyectos de futuro elaborados. Para poder resistir la competencia y para vencerla, la concentración fue para Alemania una necesidad aún mayor que para Estados Unidos, y lo mismo ocurrió con la coordinación de la ciencia y de la industria. Entre 1880 y 1914, gracias a esos imperativos y al triunfo del espíritu tecnocrático, Alemania consiguió llevar a cabo el salto más prodigioso que la Historia ha conocido jamás. Pudo sentirse orgullosa porque, en ciertos terrenos, hacía la competencia a Inglaterra, madre de las naciones industriales, hasta en su propia casa. Siguiendo el ejemplo franco-inglés, Alemania se convirtió, a su vez, a la idea de la expansión en Ultramar, fuese para la obtención de materias primas a buen precio o para extender sus mercados. Pero casi todo el planeta estaba ya conquistado y repartido, y Alemania no podía obtener su «lugar bajo el sol». Con su enorme potencia económica concentrada en un territorio relativamente pequeño y su campo de expansión estrechamente delimitado por las posiciones ya adquiridas por sus rivales, Alemania no pudo satisfacer las extraordinarias necesidades de su cuerpo en pleno crecimiento cuando su economía llegó a ser plenamente competitiva; no tuvo la posibilidad de extender sus zonas de influencia ni de conquistar nuevos mercados, ni tenía, además, una base financiera a la medida de su expansión económica.

El desafío

Inglaterra se sentía amenazada más que cualquier otra nación por esta voluntad de desafío de Alemania, estimulada por el orgullo de un éxito sin igual. Desde 1895, Joe Chamberlain señalaba los «puntos negros» en el horizonte. En China como en África del sur, Gran Bretaña tropezaba en su camino con la Alemania de Guillermo

II. Después de 1900, sobre todo, el aumento de la potencia naval de Alemania, bajo la influencia de los pangermanistas, como el almirante Tirpitz, despertaba vivas inquietudes al otro lado del canal de la Mancha. Los ingleses querían mantener a toda costa el *Two powers standard*[4] y construir superacorazados, los *Dreadnoughts,* presumiendo que Alemania no podría seguirlos, ya que el canal de Kiel era demasiado estrecho para navíos de este porte. Pero, sin inmutarse por esta pugna, los alemanes ensancharon el canal y construyeron, a su vez, superacorazados. En lo sucesivo, la rivalidad anglo-alemana se convirtió en un enfrentamiento público que corearon y alentaron la gran prensa y las actualidades cinematográficas.

La idea de un acuerdo rozó, sin duda, la mente de algunos hombres de Estado ingleses o alemanes, pero el movimiento mismo de la rivalidad imperialista, tanto como el carácter de los hombres, empujaban a los dos países al antagonismo. Durante los veinte años que precedieron a la guerra, Alemania manifestó más impaciencia y agresividad que su rival; Inglaterra, afianzada y abastecida ya, era necesariamente conservadora y contemporizadora, si no abiertamente pacifista, como lo manifestó algunos días antes de entrar en la guerra. Su actitud expresaba únicamente su voluntad de no modificar una situación de hecho. Pero si esta se viese amenazada en su realidad o en sus posibilidades virtuales, los intereses del pueblo inglés llevarían a Inglaterra a reconsiderar su posición. Es cierto que sus dirigentes consideraron la posibilidad de hacer concesiones al expansionismo alemán, pero incluso si se le concedían a Alemania compensaciones de orden territorial (a cuenta de las colonias belgas o portuguesas), esta política no garantizaba los intereses futuros de Inglaterra, que, inevitablemente, se vería cada vez más amenazada por el crecimiento de las posibilidades de la potencia alemana.

Así pues, desde principios de siglo, Gran Bretaña practicó la política del *containment (Eindammung).* Abandonó definitivamente su política de aislamiento, estrechó los lazos establecidos con Francia

y Rusia entre 1904 y 1907 y consintió en sacrificios militares extremos cuando se vio claro que Alemania amenazaba su hegemonía. Unas semanas más tarde, Lloyd George escribía:

> Hemos vivido demasiado tiempo acurrucados en el fondo del valle, blandamente protegidos y demasiado complacientes con respecto a nosotros mismos [...] El destino nos eleva hoy a cimas que habíamos olvidado: el honor, el deber, el patriotismo y, vestido de blanco y resplandeciente, el sacrificio, que, fiero, señala con el dedo en dirección al cielo.

Tal era la lección que se desprendía de las peripecias de la política internacional de los diez últimos años. El káiser se sentía tanto más irritado cuanto que, después de haber visto a los ingleses intentar acercarse a él en tiempo de su abuela Victoria, se encontraba ahora con que sus propias tentativas eran rechazadas por la diplomacia de Eduardo VII. Esta susceptibilidad de orden personal venía a añadirse a la lista de los motivos de queja que Alemania tenía contra Inglaterra y a irritar su sentimiento nacionalista. Las palabras de Hans Delbrück, pronunciadas en 1899, seguían siendo válidas:

> Queremos convertirnos en una potencia mundial... y no podemos retroceder. Podríamos proseguir esta política con Inglaterra o sin Inglaterra; con ella significa la paz; contra ella supone la guerra.

Pero el «pacifismo» de los ingleses, su gusto por la negociación, engañó a los dirigentes alemanes, quienes creyeron que eran únicamente desacuerdos de carácter personal o conjetural los que estorbaban la vía hacia un acuerdo. En plena crisis de julio de 1914 tenían aún la certeza de que Inglaterra no participaría en una guerra europea y, persuadidos de que acabarían por «entenderse» con los ingleses, manifestaron su sorpresa y su cólera cuando supieron, después de invadir Bélgica, que Gran Bretaña se decidía a combatir contra ellos. El himno de «el amor burlado», el canto de odio *(Hassgesang)* contra Inglaterra, de Ernst Lissauer, es testimonio del despecho que sintieron los alemanes y su éxito fue enorme.

¿Qué nos importan Rusia o los franceses?..., golpe por golpe, bota por bota.

No les amamos, no les odiamos: protegemos el Vístula y los pasos de Los Vosgos. No sentimos más que un solo odio. Amamos en común, odiamos en común. No tenemos más que un enemigo.

Todos lo conocéis.

Todos lo conocéis.

Agazapado tras el mar grisáceo, lleno de envidia, de malicia, de ira y de astucia, separado de nosotros por aguas más espesas que la sangre.

No tenemos todos más que un odio.

No tenemos todos más que un enemigo: Inglaterra.

En el cuarto de banderas, en la sala de fiestas a bordo, sentados estaban a la hora de comer. Rápido como un sablazo, uno de los dos asió la copa para brindar y con un golpe seco, como el de un remo, pronunció tres palabras: «Por el día D».

¿A quién iba el brindis?

No había en todos más que un odio. ¿En quién pensaban?

No tenían todos más que un enemigo: Inglaterra.

Toma a sueldo a todos los pueblos de la tierra.

Construye fortificaciones con lingotes de oro.

Cubre con naves y naves la superficie de los mares.

Haces bien tus cálculos, pero no suficientemente.

¿Qué nos importan los rusos y los franceses?

Golpe por golpe y bota por bota.

Concluiremos la paz cualquier día.

A ti te odiaremos con un odio largo y profundo.

Y no renunciaremos a nuestro odio,

odio en las aguas, odio en la tierra,

odio del cerebro,

odio de nuestras manos,

odio de los martillos y odio de las coronas,

odio asesino de setenta millones de hombres.

Aman en común, odian en común.

No tienen todos más que un enemigo: Inglaterra.

Los conflictos secundarios

Junto a este antagonismo principal, se alinearon otros conflictos paralelos y de la misma naturaleza. Así, el que se oponía a Francia y Alemania, animadas de una hostilidad ancestral. Hacia principios de

siglo, el resurgir económico de Francia había recobrado vigor, pero, en comparación con el de Alemania o con el de Estados Unidos, mostraba señales de cansancio. Como la curva demográfica bajaba peligrosamente, París no podía ver sin temblar la sombra creciente del enemigo hereditario.

Había pasado el tiempo en que, para «compensar» la pérdida de Alsacia-Lorena –querella antigua–, la Alemania de Bismarck alentaba a Francia a que se extendiese en los países de Ultramar. La rivalidad franco-alemana se manifestaba en todo el mundo, desde Marruecos al Congo y a China; se manifestaba en todos los niveles: expansión colonial, exportación de productos, conquista de los mercados financieros. Desde hacía algunos años, la penetración de los intereses alemanes en los negocios franceses se añadía a las cuestiones contenciosas que separaban a los dos países, y los intereses del otro lado del Rhin se hacían ya presentes hasta en el interior de las fronteras francesas.

Cierto es que a principios de siglo la República francesa seguía desempeñando un papel sobresaliente en el mercado financiero y económico mundial. «Francia es la caja», gustaba de repetir Nicolás II. Con el juego de los empréstitos privados y sobre todo de los del Estado (que juzgaba más seguros), el ahorro francés iba a sepultarse más allá de sus fronteras y sobre todo en Rusia, donde el tipo de interés era más ventajoso. Los bancos obraban de concierto con los medios gubernamentales, asegurando así al capital francés una auténtica posición de árbitro, casi una hegemonía. Los franceses tropezaban rara vez con los ingleses en su camino, puesto que estos tenían tendencia a suscribir preferentemente los empréstitos privados, emitidos sobre todo en América, en los *Dominions* o en China. Por el contrario, se encontraban cada vez más frecuentemente con los alemanes, quienes, como ellos, hacían intervenir al Estado en sus negocios en Rusia, en Rumanía, en Serbia, etc. En el plano financiero, sin embargo, Alemania no tenía talla para vencer, pero manifestaba su omnipresencia, y hacia 1910-1914 podía observarse en Francia una indudable voluntad de

contrarrestarla. Los medios dirigentes no tardaron en darse cuenta de que el capital francés servía muchas veces a los países clientes para hacer compras en Alemania y que, por tanto, este dinero beneficiaba, en cierta medida, a la industria del país rival; el caso de Serbia era un ejemplo de ello.

De la misma manera, Rusia, otro «enemigo hereditario» de Alemania, se sentía amenazada a la vez por el tradicional *Drang nach Osten* y por la expansión de los productos alemanes. En una época en que se era más sensible a la invasión de los objetos que a la penetración de los capitales, los rusos midieron mal los peligros de la colonización financiera como la practicaban los ingleses, los belgas o los franceses. Y a la inversa, la ubicuidad de las mercancías alemanas hizo sensible ante sus ojos la amenaza que Alemania hacía pesar sobre el futuro del país. Así, a mediados del siglo XIX, Gran Bretaña exportaba a Rusia el doble de productos que Alemania, pero en 1913 tres veces menos. Alemania, que no contaba en 1846 más que con el 16% de las importaciones rusas, alcanzó el 32% en 1896 y el 44% durante el período 1909-1913. Copiando el procedimiento de Williams en *Made in Germany,* el publicista ruso Kulicher ilustraba así la invasión de productos alemanes en Rusia:

> Los juguetes, las muñecas, los libros de estampas que leen vuestros niños vienen de Alemania, e incluso el papel en que se imprime la prensa más patriótica. Volved a vuestra casa y en cualquier rincón veréis objetos *Made in Germany,* desde el piano del salón hasta la olla de la cocina.
>
> Bajad al jardín y en la bomba con que se riegan las flores veréis escrito *Made in Germany,* como en los impresos que se quedan tirados en el cesto de los papeles. Tiradlos al fuego y veréis que el atizador ha sido soldado en Alemania... Al volverlo a colocar, de un puntapié, hacéis caer un bibelot y, al reunir los pedazos, veréis escrito *Made in Germany.*

«En suma –concluía este publicista, cuyo artículo está escrito a comienzos de 1917–, la guerra es una oportunidad para el comercio inglés si este sabe sacar la lección de su fracaso pasado».

Así pues, tanto la historia reciente como la más lejana daba sentido y coherencia a los sistemas de alianzas cuya lógica era

pertinente: Alemania contra Gran Bretaña y esta asociada a Francia y a Rusia gracias a la «diplomacia» de Delcassé.

Lo mismo sucedió con el papel que representaron la mayor parte de los demás protagonistas de la Gran Guerra.

Austria-Hungría –sobre la cual el juego de la fuerza centrífuga de las nacionalidades hacía pesar la amenaza de un estallido desde dentro– y Turquía estaban necesariamente asociadas a Alemania, y, por vez primera, la amenaza principal venía de los eslavos del Sur, sostenidos por Rusia. Para Turquía seguía viniendo de Rusia, donde el zarismo y el movimiento paneslavista tenían miras declaradas sobre los estrechos. Ahora bien, Inglaterra, antigua protectora de Turquía, se encontraba en el presente asociada con el zarismo. Doblemente amenazado, «el hombre enfermo» aceptó la protección de la Alemania de Guillermo II, la cual sustituyó rápidamente a Inglaterra, representó el papel de esta y para «defenderle» emprendió la colonización del Imperio del sultán. Sin embargo, Alemania consiguió obrar con habilidad durante mucho tiempo: se dedicaba a construir el ferrocarril de Bagdad y educaba al ejército turco, pero con cuidado de no reivindicar bases como antaño lo hiciera Gran Bretaña en Chipre y, sobre todo, no exigía el izar su bandera ni el envío de guarniciones.

Tras las guerras balcánicas (1912-1913), Turquía sintió, pese a su debilitación, que la protección de Alemania empezaba a parecerse bastante a un protectorado. Y, en efecto, Jagow confiaba a los austríacos que era inevitable un reparto del Imperio otomano y se prepararon mapas de Asia Menor donde se indicaban, con colores diferentes, las «zonas de trabajo» (*Arbeitszone,* término preferido al de «esferas de influencia») reservadas a Italia, Austria, etc.

Informada Rusia de ello, y como no le interesaba tener a Alemania de vecina en Oriente, intentó un acercamiento a Turquía, alentada por la diplomacia y el dinero franceses. Austria y Alemania comprendieron la necesidad de prevenir esa mudanza de las alianzas con una acción vigorosa. «El castigo de Serbia restauraría con toda seguridad el prestigio de Austria y Alemania en Constantinopla»,

declaraba el gran visir al embajador de Francisco José. En efecto, el mismo día que siguió al ultimátum austríaco, después de Sarajevo, Turquía solicitaba formalmente su entrada en la Triple Alianza.

Más tarde, y puesto que no había conseguido constituir a tiempo un verdadero imperio colonial, Alemania se sirvió de esta situación para proclamar que ella era la única que respetaba la independencia de los pueblos de Ultramar. Se convirtió en el abogado del derecho de los pueblos coloniales a la independencia y sus palabras fueron escuchadas gracias al refuerzo de la alianza turca, hasta por los musulmanes de Rusia, del Imperio británico o de África del norte. Los efectos de esta propaganda se hicieron sentir, en primer lugar, entre las grandes tribus nómadas de Tripolitania, posesión entonces italiana, y su éxito prestó una dimensión mundial a la noción del derecho de los pueblos, que concebida por europeos había sido destinada, primeramente, solo para los europeos. Alemania ganó con ello no pocas simpatías desde el Cáucaso a El Cairo y a Marrakech, simpatías que ha conservado.

El caso de Italia

El caso de Italia viene a acusar con más fuerza los trazos de este esquema. La alianza concluida desde hacía más de veinte años con Austria y Alemania obedecía, hacia 1900, a los intereses de ciertos medios especuladores y expansionistas controlados, en parte, por el capital alemán. Para muchos italianos esta alianza se justificaba en el hecho de que Francia e Inglaterra se habían atravesado en su camino muchas veces, tanto en Túnez como en Etiopía; sin embargo, la asociación con Austria, la enemiga hereditaria, no era popular, y además la «confabulación» entre el Vaticano, los clericales y la monarquía católica y conservadora de los Habsburgo disuadía a una parte de los medios dirigentes de esta alianza que, de hecho, había dado poco resultado. Para Giolitti, presidente del Consejo durante mucho tiempo, liberal, y más bien ligado con los medios alemanes, la adhesión a la Tríplice tenía un carácter estrictamente

defensivo y diplomático; se trataba de mantener a Italia en un sistema de alianzas que hiciese de ella la asociada o la compañera de las grandes potencias; esa adhesión sería el signo de su promoción al nivel de estas. Como parecía presuntuoso chocar con las fuerzas, ahora conjugadas, de Francia y de Inglaterra, dueñas del Mediterráneo y del abastecimiento en carbón de la industria italiana, bastaba con que Londres o París manifestasen «comprensión» con respecto a las aspiraciones «legítimas» de Italia por conquistar posiciones en Ultramar, para que esta iniciase un paso en dirección a ellas. Italia, sostenida diplomáticamente por las potencias occidentales en el conflicto con Turquía de 1911, con ocasión de la conquista de Tripolitania, tendía a acercarse cada vez más a Londres y a París; se trató incluso de construir, con dinero inglés y el acuerdo de los serbios y de los rusos, un ferrocarril que iría desde el Adriático hasta el mar Negro. De añadidura, y a falta de poder ayudar a la realización de anexiones en el Tirol o a lo largo de la costa adriática, nadie mejor que Francia e Inglaterra podía satisfacer las ambiciones italianas que empezaban a declararse abiertamente en Asia Menor. Alfredo Oriani escribía:

> El agotamiento de Turquía, el inútil despertar de los griegos y la evolución tardía y lenta de los estados del sur del Danubio asignan a la Italia mediterránea un papel y una primacía. Nunca hemos sido más italianos que ahora.

El mito de la Cuarta Roma estaba a punto de nacer.

Estas ambiciones fueron el objeto de negociaciones secretas con París, Londres y San Petersburgo, al mismo tiempo que con Viena y Berlín, y fueron la base de una verdadera inversión de las alianzas. «Italia se desprende de nosotros como una pera podrida», constataba Guillermo II.

Cuando estalló la crisis de julio de 1914, el Gobierno de Viena no mantuvo a los nuevos dirigentes italianos al corriente de sus intenciones con respecto a Serbia; la Tríplice acababa de ser renovada, y así Salandra y Sonnino sintieron como una afrenta la

actitud de sus «aliados». Pero no por eso estaban menos dispuestos a considerar la entrada en guerra de Italia, solución inesperada al problema de la agitación social y revolucionaria, particularmente viva en los últimos meses, después de la *Semana Roja*[5]. Por el contrario, la mayoría de los diputados se mostraban dispuestas a escuchar a Giolitti, quien temía que la guerra suscitase la voluntad de obtener, gracias a los sacrificios comunes, la igualdad de derechos.

En Italia, por tanto, el problema de la entrada en la guerra se planteó de una manera particular, puesto que los dirigentes italianos, por encima de sus simpatías por un campo u otro, daban a entender claramente que se pondrían al lado del mejor postor. Manifestaban sin ambages sus ambiciones anexionistas, revelando así el carácter imperialista de su intervención.

En agosto de 1914, bajo la impresión de la crisis, los pueblos y los gobiernos tuvieron el sentimiento –legítimo o no– de que entraban en la guerra en defensa de sus derechos, de su honor o de su seguridad; las ambiciones anexionistas no afloraron ni durante las semanas que precedieron a la declaración de guerra ni durante las que la siguieron. Reaparecieron más tarde. No así en Italia, donde se impuso la necesidad de seducir a la opinión para ganar su adhesión a la idea de una guerra. Los nacionalistas ya estaban preparados, pero el resto de la población vivía de otros sueños; había que apartarla de ellos, de lo cual se encargó la prensa. Cierto era que la expansión podía aportar una solución al problema de la emigración y que, para todo un sector de los socialistas, la guerra era la alumbradora de las verdaderas revoluciones.

¿Se trataba en los Balcanes de la misma guerra? Las hostilidades habían comenzado allí mucho antes del atentado de Sarajevo y continuaron después de la paz de Versalles[6]. Era otro mundo, otro conflicto, que se insertó en la Gran Guerra, pero que se desarrolló a su ritmo y por sus propios medios. Cierto es que la Gran Guerra nació en los Balcanes y es legítimo establecer la cadena de hechos que lleva de Sarajevo a la paz de Versalles; pero los asesinos de Francisco Fernando y los que guiaron sus actos lo que premeditaban

era a lo sumo un conflicto austro-serbio, nunca una guerra europea, ni siquiera imaginaban que pudiese existir una relación entre el uno y la otra. Lo cual significa, en cierta medida, que partiendo de Sarajevo la guerra mundial no era inevitable.

Lo que sigue en pie es que, a comienzos de 1914, las redes de alianzas tenían su lógica, la rivalidad que las oponía no era fortuita y que el antagonismo que levantaba a cada nación frente a su vecina se hundía en su pasado más profundo y pertenecía a su conciencia colectiva.

Así pues, los contemporáneos juzgaban que si bien podía salvaguardarse la paz por un año o dos todavía, la guerra era, de todos modos, fatal. De hecho, su idea se había adueñado de todos los espíritus antes ya de estallar.

---

4 Política que aseguraba a Gran Bretaña una potencia naval superior o igual a la de los dos países que poseían la flota más importante después de la suya.

5 Esta razón pesó igualmente en otros países, pero no de una manera tan directa.

6 En 1913, con ocasión de la primera guerra balcánica, Bulgaria, Grecia y Serbia asociadas habían vencido a Turquía y se habían repartido una parte de Tracia y de Macedonia. Bulgaria había llevado el peso de la guerra en su mayor parte y había logrado las victorias más importantes. Pero, juzgando que su lote respectivo era insuficiente, Serbia y Bulgaria habían emprendido una segunda guerra balcánica incluso antes de que Turquía firmase la paz. Grecia y Rumanía sostenían a Serbia, mientras que Turquía reanudaba las hostilidades contra Bulgaria, asaltada, por tanto, por todos los lados a la vez. Cuando llegó la paz de Bucarest, en 1913, Bulgaria, vencida, no conservaba de sus conquistas de 1912 más que el valle de Strumitza y el litoral de Tracia, mientras que sus antiguas aliadas se agrandaban con territorios que Bulgaria había arrebatado a los turcos el año precedente.

CAPÍTULO 4
La guerra imaginaria

No cabe duda que la guerra, tal como fue imaginada, es una guerra imaginaria. Es, sin embargo, reveladora de intenciones, certezas, creencias; la guerra que no ha tenido lugar pertenece a la Historia tanto como su historia misma.

Los artículos y libros sobre la guerra futura abundan ya a partir de 1880. I. F. Clarke ha contado más de cincuenta que tan pronto pertenecen al campo de la ficción como al de la previsión estrictamente militar. En cualquier caso, el límite entre un género y otro no es siempre perceptible porque las ilusiones sobre la guerra que se avecinaba fueron compartidas igualmente por todos.

La guerra-ficción

La guerra-ficción se desarrolló repentinamente en Gran Bretaña tras el éxito de *La Batalla de Dorking,* durante los años 1880. En lo sucesivo, los semanarios y los periódicos ilustrados como *Black and White* imaginaron todos los conflictos en los que pudiera ser mezclado el país. *The Battle of Boulogne* y *How John Bull lost London* evocaban, antes de 1900, la hipótesis de una guerra con Francia; era el eco de Fachoda. En la época de la *Entente Cordiale* y la carrera de los armamentos navales, *The great naval War* y *The capture of London* ilustran un conflicto con la marina alemana (*Kriegsmarine*), y a estas publicaciones siguen otras muchas. Los relatos alemanes fueron más raros, pero Francia produjo una abundante literatura guerrera que refleja fielmente los virajes de la

diplomacia. Hasta 1904 se presenta a los alemanes y a los ingleses, tanto asociados como aislados, en conflicto con Francia y con Rusia. Pero después de esa fecha la guerra no tiene lugar más que con Alemania; *La bataille de la Woëvre, La débacle de l'Allemagne dans la prochaine guerre, La fin de Prusse et le démembrement de l'Allemagne* (1913), nos ofrecen las peripecias de estos combates.

Los ingleses imaginan fácilmente que serán sorprendidos, invadidos y derrotados. Más de veinte publicaciones ilustran este tema al cual confiere actualidad el proyecto de un túnel bajo el canal de la Mancha, y, en general, su literatura refleja la sorda inquietud que siente el país por el porvenir. Mientras que los alemanes, confiados, se molestan menos en imaginarlo, los franceses sueñan con la revancha y la esperan con impaciencia. Ellos son siempre los victoriosos. Los escritores militares no se ocultan, como el capitán Danrit (anagrama de Auguste Driant, yerno del general Boulanger, muerto en Verdún en 1916), que dedica su obra, *La guerre de demain* (1891), a su propio regimiento en estos términos:

> Contigo hubiera querido partir para la Gran Guerra, la que todos esperamos y que tanto tarda. Para entretener la espera, he soñado esta guerra santa en que venceremos.

Todas estas obras dan una descripción precisa de los combates del mañana que nada tienen que ver con la realidad que va a seguir. Las batallas inventadas por los ensayistas o por los escritores militares reproducen maniobras de la época napoleónica en las que la Infantería ataca a la carga en filas apretadas, la Caballería es quien decide de la suerte de la batalla y esta se gana en un día. Se diría una competición entre equipos deportivos en la que toman parte los pantalones-rojos, los *feldgrau,* el verde de los italianos. Inglaterra suprime el color, y siempre con una idea de adelanto inventa «el caqui», pero no prepara más que algunas decenas de millares de uniformes.

En suma, la ilusión es general y a excepción del «extravagante» H. G. Wells, del dibujante Albert Robida y del teórico ruso Ivan

Stanislovich Bloch, nadie pensó en que la guerra que se avecinaba había de ser la guerra de la era industrial, que causaría millones de muertos y que movilizaría a las naciones enteras.

Las obras sobre la guerra eran tan numerosas a partir de 1906, que dieron lugar a una literatura secundaria, la de la sensata armada de los críticos, que empezaban a interrogarse gravemente sobre fenómeno tal cuando estalló la guerra.

La guerra será corta

Los espíritus estaban preparados, pero ¿cómo enfocaban la prueba los responsables?

Lo mismo que los autores de guerra-ficción, los elementos responsables no asociaban la guerra con los progresos de la revolución industrial. En Alemania, hacia el final de 1912, el secretario de Estado Delbrück no reconocía ningún valor práctico al proyecto de creación de un Estado Mayor Económico que hubiera podido movilizar y reglamentar la actividad de las fábricas del Rhur. En julio de 1914, el secretario de Estado para las Finanzas se negaba a comprar las provisiones de trigo almacenadas en Rotterdam porque «los civiles no tenían que mezclarse en la situación que prevalecería en caso de guerra: eso era cuestión de los militares».

En Francia, como en Alemania o en los demás países, los militares pensaban más en el número de hombres susceptibles de ser movilizados, y aun en su equipo, que en las nuevas características que pudiese adquirir la futura guerra; únicamente los espíritus retardados podían imaginar que la guerra duraría más de una estación, porque con el servicio militar obligatorio (y la eventualidad de la conscripción en Inglaterra), la vida del país quedaría totalmente perturbada y la situación no podría durar mucho.

Así pues, prevalecía la idea de que una guerra moderna tenía que ser necesariamente corta, lo que explica los planes de los militares y da cuenta de sus concepciones.

Alemania no imagina una guerra contra Inglaterra

En sus *Memorias,* escritas en 1960, el almirante Raeder, bajo cuyo mando estuvo la flota nazi, indica que en 1914 el Estado Mayor alemán no tenía un plan de guerra contra Gran Bretaña, y el mismo testigo informa de que tampoco había previsto ningún plan para sustentar la marcha de un ejército alemán contra Francia. Ignoraba todo del «Plan Schlief-fen»[7]. A pesar de las apariencias, este rasgo refuerza más que invalida el precedente; la ausencia de coordinación entre el Estado Mayor Naval y el Ejército de Tierra no es inverosímil. A la inversa, es sorprendente que no hubiese sido prevista ninguna operación naval al Oeste. ¿Quiere decir esto que el Estado Mayor General pensaba vencer antes de que llegase un cuerpo inglés al continente, o significaba que para la marina alemana no existía en el horizonte ningún conflicto con Inglaterra? Es verdad que ciertos medios atacados del «complejo de Copenhague» temían que el Almirantazgo inglés reiterase el golpe de 1802 con un bombardeo preventivo de la flota alemana en el Mar del Norte, pero ¿lo creían verdaderamente? La otra hipótesis nos llevaría lejos; confirmaría que los armamentos navales tenían en Alemania como objeto último no la guerra, sino una negociación que se impondría de este modo a Inglaterra, lo cual arroja una luz especial sobre la política de Bethmann-Hollweg durante la crisis estival de 1914.

Por su lado, los ingleses se preparaban desde 1911 a la eventualidad de un desembarco en las costas de Jutlandia. Posteriormente decidieron aproximar su cuerpo expedicionario al probable frente de los ejércitos principales, estableciendo primero un punto de fijación en Amberes y enlazando después con la extrema izquierda de los franceses, cerca de Maubeuge. Ellos sabían que harían la guerra en caso necesario, pero ¿sabían también que los alemanes no lo creían? En cualquier caso, pacifistas de palabra establecían planes ofensivos, al menos contra Alemania, tan significativos como los sueños de sus literatos y más realistas que los del adversario, que se hacía grandes ilusiones acerca de los

sentimientos que abrigaban con respecto a él los medios responsables. Bien es verdad que en Gran Bretaña las fuerzas armadas estaban al servicio del *business,* mientras que en Alemania eran las herederas de una larga tradición rural.

* * *

Cómo imaginan los franceses la futura guerra

Abramos un manual de *Ejercicios y problemas* planteados en las escuelas militares francesas entre 1890 y 1914. ¿Cuáles son los temas de reflexión? La evolución es sensible de una edición a otra. Hasta 1906 son numerosos los ejercicios que se refieren a la réplica en caso de un desembarco inglés en el país de Caux; después de esta fecha desaparecen, y después de 1912 desaparecen a su vez los que apuntan a rechazar un ataque italiano en Bizerta o en los Alpes. Ya no hay más que un enemigo imaginable: el alemán.

Pero hay que constatar otra cosa. Antaño, Bonaparte, en la Escuela de Brienne, hacía sus ejercicios sobre mapas de Alemania del sur, de los Países Bajos o de Italia. Un siglo más tarde, todos los problemas tácticos se sitúan en Champaña, en Borgoña o en el Franco-Condado. No se le ocurre a nadie que se pueda combatir en territorio enemigo, salvo en Alsacia-Lorena; el horizonte francés no llega más allá del Rhin.

El otro rasgo característico es sabido. Al enterarse del proyecto inglés de desembarcar en el continente sus tropas metropolitanas y los contingentes coloniales, un estratega francés comenta:

> Los ingleses razonan como si la campaña hubiese de durar años enteros. Este concepto no tiene más que un defecto: lleva un siglo de retraso.

La certeza de todos es que se trata de una guerra corta; aunque Kitchener, Gallieni y hasta Joffre han mostrado a veces su escepticismo, nunca han sacado las consecuencias, porque

comparten la creencia general de sus camaradas, compañeros o enemigos.

La idea común es que la guerra se acabará tras una o dos grandes batallas; por tanto, los estrategas se dividen esencialmente en cuanto a la manera de ganarlas: frentes estrechos o alargados; ataque en orden ligero o codo con codo; artillería pesada o de campaña; utilidad o inutilidad de la ametralladora, la cual fue finalmente juzgada de inutilizable tanto por los franceses como por los alemanes, ganados a la idea de un orden diluido.

En *La Revanche,* Henry Contamine observa que en Francia los medios militares juzgan, a diferencia de los hombres políticos, que la situación general de Francia es más grave, después de 1906, que lo era antes, pues la alianza inglesa carece de interés militar inmediato, mientras que la de los rusos ha perdido valor después de las derrotas de Manchuria.

Además, en comparación con su rival alemán, el ejército francés es menos fuerte, en esta fecha, que lo era diez años antes. Así pues, en 1911 los militares son menos optimistas que antaño y desde luego no lo son tanto como los diplomáticos. Pero la gran cuestión se centra sobre la utilización de los reservistas y la amplitud o la naturaleza de la contra-ofensiva, dos problemas que van asociados. Joffre ha explicado muy bien la emoción que pudo causar el proyecto de adscripción de un regimiento de reserva a cada regimiento activo.

> Para poder comprender la emoción que una proposición tal podía entonces suscitar es necesario referirse a la mentalidad política de aquella época, pues por extraño que parezca esa cuestión de las reservas se había convertido en una cuestión política.
>
> Por una parte, los partidos de la derecha sostenían que el ejército activo era la única fuerza verdadera sobre la que podía descansar la defensa de la patria; se declaraban hostiles al principio de la nación en armas, en el que veían el principio de un posible ejército de milicianos; no permitían que se considerase el empleo de reservistas más que como un añadido, necesario, al ejército en tiempo de paz para que este pudiese alcanzar sus efectivos de guerra; y, convencidos de que esta sería corta, no consentían en contar

más que con este ejército activo que constituían en pilar de todo el edificio nacional. De aquí que ningún sacrificio destinado a reforzarlo pareciese demasiado grande. Negaban a las formaciones de reserva la solidez y la aptitud necesarias para participar en operaciones de guerra propiamente dichas, en razón de su mediocre encuadramiento, y de la necesidad en que nos veíamos en echar mano de todos los reservistas y, por consiguiente, de hombres de edad relativamente avanzada; no veían posible el empleo de estas fuerzas más que en faenas secundarias y después de sometidas a un entrenamiento previo.

Los partidos de izquierda, por el contrario, no concebían más solución que la nación en armas y no admitían el servicio militar largo, sino que preconizaban la fórmula de unos meses de instrucción destinados a formar al soldado-ciudadano llamado a filas en el momento de la guerra. Y se recordaban las discusiones levantadas por Jaurès con ocasión de la publicación de su célebre libro *L'Armée Nouvelle.*

El problema de la naturaleza de las operaciones estaba ligado con lo antedicho, ya que su solución dependía de cómo se juzgase el valor de los soldados de la República. Los militares pensaban, desde hacía mucho, que, en caso de conflicto, había que permanecer a la expectativa, que al Imperio alemán correspondía la ofensiva inmediata y preconcebida, y a la República francesa, la espera y la maniobra. Este postulado se asentaba sobre una convicción muy simple: que una república es incapaz de aprestarse tan rápidamente como un imperio. «Todo ello seguía el espíritu de los planes preparados desde 1875, pero con los años tomó un carácter más categórico», observa H. Contamine. De este modo se fue retrasando el plazo del contraataque y se decidió agrupar a las fuerzas francesas lejos de las fronteras, hacia el interior, para poder distribuirlas más fácilmente en los lugares y plazas del ataque escogido por el enemigo. En resumen, se pensó más en ganar la guerra en las orillas del Marne que en llevarla tras el Rhin.

Sin embargo, después de 1906, las lecciones de la guerra ruso-japonesa convirtieron las mentes a la idea de la ofensiva, y el nombre del coronel Grandmaison está asociado con este cambio:

> Hay que prepararse y preparar a los demás cultivando con pasión, y hasta el más ínfimo detalle de la instrucción, todo lo que lleve la marca –por pequeña que esta sea– del espíritu ofensivo. Llevémoslo hasta el exceso y quizá no sea suficiente.

En realidad no se trataba tanto de adelantarse al fuego como de no dejar la iniciativa del ataque al adversario. «No debemos contar ni con nuestras reservas, ni con nuestros aliados, ni con nuestros esclavos», escribía otro teórico. En 1913 el presidente Fallieres afirmaba:

> Estamos decididos a marchar directamente hacia el enemigo, sin reservas mentales; la ofensiva conviene al temperamento de nuestros soldados.

Y contaba con la aprobación del socialista Paul Boncour:

> Cuando oímos decir que nuestro ejército... ha vuelto a nociones de estrategia y de táctica más ofensivas, lo consideramos tanto menos inconveniente cuanto que creemos que esa postura es a la vez una verdad militar y una verdad francesa.

En el reglamento de 1913 no estaba previsto el combate en retirada.

Joffre, generalísimo desde el año 1911, no era hostil a las nuevas concepciones, pero estas exigían muchos hombres y la oposición parlamentaria, alentada por Jaurès, permanecía suspicaz; los recuerdos de Boulanger y de la cuestión Dreyfus estaban todavía vivos. Los medios de izquierda preconizaban la guerra defensiva, llevada a cabo por grandes masas y utilizando lo mejor posible las reservas. Llenos de recuerdos de la historia de la Revolución francesa y de guerras de defensa nacional, olvidaban que la curva demográfica francesa cedía peligrosamente, que el contingente disminuía todos los años y que la ley del número jugaría cada vez más en favor de Alemania.

En enero de 1913, una ley sometida al Reichstag pedía el aumento de los efectivos y el mejoramiento del material. Ello dio al Estado Mayor francés la ocasión esperada para aumentar la duración del servicio militar de dos años a tres. La oposición protestó, pero

dejó hacer, y así, a pesar de ser su población casi dos veces menor, Francia podría poner en línea, en caso de conflicto, efectivos que solo serían inferiores a los del adversario en un 20%. Los nuevos planes de movilización tuvieron en cuenta esas nuevas posibilidades. El mando francés esperaba que en lo sucesivo podría preparar la contraofensiva de la victoria y al mismo tiempo atacar sin esperar la llegada de los ingleses o la ayuda de los rusos –lentos en movilizarse y que habían prometido atacar al decimocuarto día de la movilización–, y sin contar tampoco con la resistencia de los belgas, cuyas simpatías eran dudosas. Esta fue la variante del Plan XVI.

El general Joffre ha expuesto con claridad las hipótesis que él imaginaba en vísperas de la guerra.

> Un ataque por el frente Epinal-Toul era la hipótesis menos verosímil porque no tenía muy en cuenta la eventual intervención de los ingleses y enredaba a la masa principal de los alemanes a través de los macizos bastante difíciles del Alto Mosela; por añadidura, explicaba mal el esfuerzo material que estos habían concentrado desde hacía varios años sobre la región del norte de Tréveris y el desarrollo extraordinario de la *Moselstellung.*
>
> En cambio, las restantes hipótesis que suponían el desembarco hacia el Eifel de fuerzas importantes destinadas a caer sobre el ala izquierda francesa a través de Bélgica, justificaban ampliamente los enormes gastos invertidos desde hacía diez años en desarrollar el grupo Thionville-Metz.
>
> Así pues, el estudio del presunto papel de la región fortificada Metz-Thionville nos llevaba a considerar como verosímil la violación de Bélgica.

El problema se había planteado varias veces; ni París ni Londres estaban seguros de las simpatías del Gobierno de Bruselas, y como el mando francés estimaba que los alemanes no pasarían el Mosa, todo el mundo se inclinaba a creer que los belgas se contentarían con un simulacro de defensa y que después «se pondrían del lado del más fuerte». La idea de una ofensiva preventiva en territorio belga fue evocada en consejo de ministros y después rechazada. El Plan XVII, que siguió, organizó la concentración de tal manera que el ala derecha pudiese atacar en Lorena y el ala izquierda dirigirse al encuentro de un ejército alemán que pasase la frontera belga. Sin embargo, la amplitud de este movimiento eventual de los alemanes

se sabría bastante tarde; hasta el último momento Joffre ignoró cómo se emplearían las unidades alemanas, así como el número de las reservas que utilizó el alto mando.

El problema de los dos frentes para los alemanes

A su vez, los alemanes se planteaban desde hacía cuarenta años el mismo y único problema: a qué adversario atacar primero en caso de coalición franco-rusa, y en el otro frente cuál habría de ser la porción de ejército que convenía mantener como cobertura. Ni siquiera se consideraba la posibilidad de la doble ofensiva.

El gran Moltke pensaba, después de su victoria de1870, que habría que atacar en primer lugar a los franceses; pero de 1879 a 1891 el alto mando pensó, por el contrario, que sería mejor dirigirse al Este. Sin embargo, de 1891 a 1914 Schlieffen y Bernardhi volvieron a la estrategia de Moltke, no ya al derecho de Épinal, sino a la violación del territorio belga. Guardaban el Este una decena de divisiones y el apoyo del ejército austríaco; alemanes y austríacos temían un avance del adversario en dirección a Bohemia, cuyas poblaciones se levantarían al acercarse los rusos. Pero se esperaba que Francia sería vencida en menos de dos meses, que era el plazo necesario para la movilización y el despliegue del ejército ruso, y creían poder prevenir así esta amenaza.

Otra innovación preconizada por Schlieffen consistía en reforzar el ala derecha del ejército que había de penetrar en territorio belga y que tendría la misión de ocupar Amberes y desbordar y rodear al ejército francés, plan que Moltke II adoptó con circunspección. En cualquier caso, el nuevo jefe del ejército alemán y su consejero Ludendorff no desesperaban de tener a su lado al ejército belga y no sabían todavía si habrían de pasar de Lieja. He aquí el informe de Moltke del 13 de marzo de 1913:

> Hay que habituar al pueblo alemán a pensar que una guerra ofensiva por nuestra parte es una necesidad para combatir las provocaciones del

> adversario. Hay que llevar las cuestiones de tal manera que, bajo la penosa impresión de armamentos poderosos, de sacrificios considerables y de una situación política tensa, se considere como una liberación el desencadenamiento de la guerra, y hay que preparar esta desde el punto de vista económico, pero sin despertar la desconfianza de nuestros financieros.
>
> Estos son los deberes que incumben a nuestro ejército y que exigen un efectivo elevado. Si nos ataca el enemigo, o si queremos domarle, haremos como nuestros hermanos de hace una centuria: el águila provocada emprenderá el vuelo, apresará al enemigo en sus apretadas garras y lo volverá inofensivo. Recordaremos entonces que las provincias del antiguo Imperio alemán –el condado de Borgoña y una buena parte de Lorena– están todavía en manos de los francos y que millares de hermanos alemanes de las provincias bálticas gimen bajo el yugo eslavo. Devolver a Alemania lo que antaño poseía es cuestión nacional.

El Estado Mayor francés conocía este memorándum, pero subestimaba quizá la importancia del movimiento del ala derecha alemana porque pensaba que una amenaza alemana sobre Amberes estimularía el espíritu de resistencia de los belgas (y no se equivocó) y precipitaría la entrada de los ingleses en la guerra: dos previsiones que se realizaron.

La fatalidad de la guerra

En los últimos años se había acelerado la carrera de los armamentos, acrecentando la nerviosidad ambiente y creando una especie de obsesión con la guerra que se avecinaba. En *Autre avant-guerre,* Bárbara Tuchman recuerda un incidente significativo con ocasión de la estancia en Alemania del circo Barnum:

> Al enterarse el káiser de la rapidez con que este circo cargaba los trenes que lo transportaban, envió oficiales que observasen sus métodos. Las gentes del circo, en lugar de cargar separadamente cada vagón por el costado, reunían todos los vagones por medio de un camino de circulación continua, lo que permitía cargar el tren por un extremo y de una sola vez. Gracias a este procedimiento llenaban tres trenes de veintidós vagones en una hora. Esta técnica fue adoptada rápidamente para aumentar la

> velocidad de la movilización, cosa que deseaban apasionadamente. Los observadores enviados por el káiser observaron también las cocinas rodantes que utilizaba el circo y retuvieron la idea para usarla en el ejército.

Así pues, nadie se interrogaba ya sobre el principio o la eventualidad de la guerra, sobre la manera de vencer, sino sobre su oportunidad. ¿Qué era mejor, que estallase ahora o más tarde? En los medios dirigentes alemanes, donde se descartaba la idea de una intervención de Inglaterra, la idea de una guerra preventiva contra Francia y Rusia ganaba poco a poco el espíritu de todos, y lo mismo opinaban en Austria los círculos militares. Durante la crisis estival de 1914, Conrad von Hotzendorf confiaba a Moltke que, a su modo de ver, «todo aplazamiento disminuía las probabilidades de éxito». El Estado Mayor alemán no pensaba de distinta manera, porque el ejército ruso estaba creciendo y su fuerza resultaría irresistible. Por su lado, Joffre estimaba que la situación era menos mala que tres años antes; para Delcassé, principal artífice de la Triple Alianza, no había sido nunca mejor. Abel Ferry nos ha dejado testimonio de ello:

> El 30 de julio vi de repente que el enanito iba creciendo, igualándose a Bismarck. […] Me habló, con su implacable lógica, de la idea fija para la que había vivido y, en un resumen impresionante, recordó toda su obra y expuso sus medios de acción: el ejército francés fuertemente organizado y todo un sistema de alianzas.
>
> Y aparecieron ante mí la alianza inglesa y la alianza franco rusa, contadas con el tono de un enamorado, y el esfuerzo formidable de un hombre que ha vivido su objetivo. [...] Alemania no podía vivir en el mundo que este hombre le había hecho, demasiado estrecho para su crecimiento, y entonces comprendí por primera vez que, después de Bismarck, nadie había tenido una influencia igual a la de este hombrecillo sobre los acontecimientos de Europa. Ya no era ministro, pero las redes estaban tendidas y Alemania acudía a ellas como un gran moscón zumbante.

---

7 Véase pp. 78-79.

CAPÍTULO 5

«Guerra a la guerra»

La idea de la guerra dominaba los espíritus y, sin embargo, esta había abortado, por una vez, por dos veces. Los conflictos nadan en los Balcanes y se desarrollaban después según un guion conocido. Los grandes solo intervenían a través de otro estado; ellos mismos no entraban nunca en liza.

¿Tendría lugar de verdad la gran guerra que se esperaba?

Nada lo garantizaba. Además, los gobiernos sabían que en caso de guerra podía estallar una revolución y la Internacional Socialista se encargaba de hacer planear esta amenaza. En el Congreso de Sttutgart de 1907 había jurado «guerra a la guerra», y con ocasión del conflicto ítalo-turco, en 1911, sus dirigentes habían organizado manifestaciones monstruos cuya amplitud robusteció la creencia en la fuerza del pacifismo.

Desde que amenazaba la guerra, la Internacional no había cesado de militar en favor de la paz, y en todos los países sus dirigentes estigmatizaban la responsabilidad de las respectivas clases dirigentes. Sobre este punto, nadie había tomado una posición más clara que Jean Jaurès, pero el austríaco Víctor Adler, el alemán Karl Kautsky o el ruso Lenin no opinaban del mismo modo.

La Internacional dudaba, sin embargo, en la elección de los medios a emplear. El francés Edouard Vaillant y el inglés Keir Hardie habían propuesto que los trabajadores recurriesen, en caso de movilización, a la huelga general. Esta proposición no consiguió la adhesión de todos los congresistas, porque muchos de ellos hicieron valer que el éxito de esta consigna sería tanto mayor cuanto más numerosa y consciente fuese la clase obrera; en consecuencia, los

países políticamente atrasados, como la Rusia zarista, podrían resultar con ventaja, en caso de guerra, sobre naciones avanzadas, como Alemania, a las que las huelgas tornarían vulnerables.

Por ello, de acuerdo con Jaurès, se decidió que no se encerrarían en una fórmula y que se opondrían a la guerra «sin excluir ningún medio». El papa del socialismo «científico», Karl Kautsky, juzgaba esta decisión «juiciosa y razonable». Pero no se trataba más que de una resolución, y en 1914 no había nada decidido; al primer toque de clarín todos los socialistas respondieron a la llamada y partieron a la guerra, y salvo algunas excepciones ni los dirigentes ni los militantes ni los simpatizantes tuvieron conciencia de su inconsecuencia. En unas horas la Internacional se había hundido en el abismo.

Es cierto que pasada la sorpresa algunos hombres resucitaron una oposición a la guerra que, simple luz en 1914, inflamó Europa en 1917; era más que una llamarada, porque en Rusia, como en todas partes, el ideal revolucionario surgía del fondo de la conciencia popular. No había sido enterrado más que en apariencia, porque los militantes se imaginaban que al combatir defendían también la causa de la libertad. La disociación vino más tarde, cuando la experiencia de la guerra, la Revolución rusa y la intervención actuaron como elementos reveladores.

Pero hay que explicar previamente por qué y cómo falló la Internacional en el momento decisivo.

* * *

El patriotismo de los internacionalistas

Cuando se leen los discursos y las mociones de los internacionalistas de la época anterior a la guerra, sorprende constatar que su lucha aspira a la subversión del orden político y social, y que, sin embargo, su acción se sitúa en un marco que reasume ese orden, lo acepta y lo perpetúa. Así, en ocasión de los diferentes congresos, los

revolucionarios se distribuían por nacionalidades y no por tendencias (radicales, revisionistas, etc., o también marxistas, no-marxistas, etc.). El Buró, que coordinaba la acción de los diferentes participantes, era un simple «buzón postal», sin poder ejecutivo ni incluso organizador. En el seno del movimiento «todos los partidos se asían celosamente al principio de autonomía y permanecía en suspenso la definición de aquello que entraba dentro de los principios generales y de lo que había de pertenecer al juicio exclusivo de las secciones nacionales». La II Internacional era, pues, una especie de federación sin poder federal. Las diferencias entre las experiencias vividas en los diferentes Estados se hacían sentir poderosamente y enfrentaban a los revolucionarios unos con otros, sobreañadiendo un juego de relaciones internacionales al sistema diplomático existente entre los Estados.

Paradójicamente, en esta Internacional, los conflictos entre las secciones reflejaban las relaciones entre los Estados. Y así, como tales herederos de 1789, los representantes franceses juzgaban decididamente que sus antepasados les habían dotado de una experiencia y una virtud revolucionarias que les conferían una especie de vocación para la dirección de la Internacional. Pero los alemanes, que habían conseguido llevar a cabo de un modo mejor la unidad socialista en su propio país, impugnaban esta pretensión y, por lo demás, ejercían una verdadera hegemonía ideológica por la calidad de sus teóricos: ayer, Marx y Engels; hoy, Bernstein y Kautsky. Por su parte, los polacos consideraban desde 1905 que los rusos no sabían ya llevar a cabo una revolución, sentimiento que compartían muchos socialistas franceses. Unos y otros tomaban, frente a los rusos, una actitud llena de conmiseración. De este modo ocurría que los «revolucionarios» franceses se comportaban con los alemanes y los rusos exactamente lo mismo que sus diplomáticos: con espíritu de desquite frente a los primeros y como amigos condescendientes respecto a los segundos.

Por añadidura las discusiones entre los internacionalistas repetían las discusiones que animaban el mundo de los dirigentes. Así, los

alemanes y los franceses se mostraban en desacuerdo sobre las posibilidades de una guerra que los primeros consideraban poco probable y los segundos muy posible. Las secciones rusa y polaca se enfrentaban en desacuerdo sobre la importancia de la cuestión.

Cierto es que en el seno de las secciones nacionales existían minorías y oposiciones, pero se agrupaban siguiendo el modelo inverso de las alianzas entre los Estados, y así los bolcheviques rusos eran los aliados de los radicales alemanes, asociados, a su vez, con los polacos enemigos de los rusos y de los alemanes.

Por tanto, pese a luchar contra sus gobiernos, los miembros de la Internacional se ordenaban y reaccionaban según una mecánica que obedecía a las leyes de las relaciones entre Estados y de acuerdo con su adscripción a una patria determinada. No tenían conciencia de ello porque, salvo el caso de los emigrados rusos, no vivían al margen de la sociedad, y puesto que no la habían rechazado globalmente, no habían disociado su ser revolucionario de su ser social.

Itinerario de un fracaso

Veamos por qué proceso se encontró paralizada la acción consciente contra la guerra, fracaso cuyo itinerario nos ha descrito muy bien Georges Haupt en *Le Congrès manqué.*

Tenemos que partir de nuevo de las querellas teóricas que enfrentaban a reformistas y radicales alemanes y rusos.

La polémica había nacido alrededor de los años 1900, en un momento en que se había disipado la ilusión del próximo fin del orden establecido. La moción del Congreso de París de 1900 estipulaba:

> En un Estado democrático moderno la conquista del poder político por el proletariado no puede ser resultado de un golpe de mano, sino de un largo y penoso trabajo de organización proletaria en el terreno económico y político, de regeneración física y moral de la clase obrera y de la conquista gradual de los municipios y de las asambleas legislativas.

Eduard Bernstein, uno de los teóricos de este revisionismo, hacía notar que la práctica había precedido con mucho a la enunciación del principio. Los partidos socialistas se habían convertido en máquinas electorales cada vez más absorbidas por la lucha parlamentaria. Integrados en la sociedad política, se habían convertido en una especie de oposición institucional que funcionaba exactamente lo mismo que el régimen que quería derribar. Existía una corriente de izquierdas que criticaba esta interpretación y preconizaba la lucha revolucionaria. Pero su radicalismo se quedaba en palabras, puesto que, lo mismo con Rosa Luxembourg, Karl Kautsky o Lenin, aceptaba el marco «parlamentario» de la Internacional para hacer triunfar sus opiniones. En el seno de cada sección nacional, esta corriente era netamente minoritaria; el reparto de tendencias en el seno de la Internacional no tenía además nada que ver ni con las decisiones tomadas (nación por nación como se ha dicho) ni con las aspiraciones reales de las poblaciones en cuyo nombre se expresaban las organizaciones políticas.

El conflicto se reanudó con más fuerza tras las diversas crisis de los años 1906-1911, cuando Hilferding y después Rosa Luxembourg quisieron analizar la naturaleza del imperialismo y del mecanismo de los conflictos que suscitaba. Según Rosa Luxembourg, las contradicciones del capitalismo desembocarían necesariamente en su derrumbamiento; los socialistas debían pasar a la ofensiva y precipitar su agonía. Rosa Luxembourg criticaba ásperamente las ilusiones pacifistas de sus camaradas y señalaba que la lucha parlamentaria para el arbitraje internacional o para la limitación de armamentos era totalmente utópica.

Resumiendo los análisis de Hilferding, Otto Bauer veía el porvenir de modo diferente, y partiendo de un ceñido análisis del movimiento de los precios y de los factores de aceleración del movimiento capitalista, concluía que dicho sistema no estaba amenazado de crisis, al menos de una manera inmediata, y que tendería a hacerse pacífico, sobre todo en el terreno social. Vliegen llegaba más lejos y

estimaba que ocurriría lo mismo en el campo internacional, porque si el capitalismo podía resolver sus contradicciones económicas, sería capaz igualmente de eliminar los factores de guerra; los socialistas debían, por consiguiente, ejercer su presión para acelerar ese doble proceso hacia el mejoramiento social e internacional.

Durante los trece primeros años del siglo la guerra había estado a punto de estallar tres veces por lo menos, y, en cada caso, las potencias capitalistas habían conseguido alejarla. ¿Por qué no habría de ser siempre lo mismo? En 1914, Vliegen no negaba la existencia del peligro, pero estaba convencido de «que los intereses reales y palpables que pudiesen justificar una guerra faltaban ya totalmente, y que terminado el reparto del mundo la guerra no podía traer más que ruinas y la amenaza de la revolución, lo que explicaba que los gobiernos hubiesen de recurrir cada vez más al arbitraje».

Karl Kautsky y Bebel estaban poco más o menos de acuerdo con Vliegen para juzgar que en lo sucesivo «si el imperialismo albergaba en sí mismo tendencias suficientes como para provocar guerras..., los *trusts* y los cárteles tenían interés en mantener la paz», hecho que testimoniaba la crisis de Marruecos, puesto que a fin de cuentas los cárteles franceses y alemanes habían encontrado una vía de compromiso después de la grave tensión producida entre los dos países. «En esas inversiones internacionales de capital descansaba la mayor garantía para el mantenimiento de la paz mundial», punto de vista que reasumía Jaurès, el cual, junto con el radical alemán Haase, estimaba que existían tres fuerzas que, en definitiva, militaban en pro de la paz:

> El trabajo común de los capitales inglés, francés y alemán, la solidaridad fraternal del proletariado internacional y el miedo de los gobiernos a que la guerra traiga la revolución.

Los socialistas y la crisis de julio de 1914

Cuando el 28 de junio de 1914 los principales dirigentes socialistas se enteraron del atentado de Sarajevo, ninguno imaginó que de ello se derivaría la guerra. El azar del calendario reunió en primer lugar a los socialistas alemanes, quienes al abordar la crisis actual expresaron el único temor de que el Gobierno austríaco pusiese obstáculos a la sesión del próximo congreso internacional que tenía que reunirse en Viena, o que impidiese que acudiesen los serbios. Pasado este temor, se aprestaron a partir de vacaciones y la actividad del Buró quedó absorbida por la preparación del congreso.

El ultimátum austríaco del 23 de julio sorprendió a los dirigentes. Camille Huysmans se dispuso a reunir el Comité de la Internacional. Convocado urgentemente en Bruselas, este manifestó su inquietud, pero con excepción de Víctor Adler, juzgó que el conflicto quedaría localizado y que no había que dramatizar la situación.

Cierto es que en sus países respectivos los socialistas alemanes, franceses, etc., dieron la voz de alarma, pero en el fondo creyendo en una solución diplomática del conflicto. La indiferencia de las masas, que en esta fecha no son movilizadas por ningún movimiento reivindicativo[8], sorprende e inquieta, pero Víctor Adler es el único en sentirse realmente abatido, previendo a la vez el resultado de la crisis y la incapacidad de la Internacional para evitar la guerra.

En la reunión de Bruselas, los días 29 y 30 de julio, los miembros presentes siguen los acontecimientos al filo de las horas; discuten, pero no actúan. Les tranquiliza un telegrama recibido de Berlín que les hace saber que se han celebrado veintisiete reuniones contra la guerra.

«Haremos nuestro deber», comenta Haase dirigiéndose a Jaurès y reconociendo que comienza una prueba difícil. Pero la discusión se refiere esencialmente a las modalidades de la reunión del congreso; ¿dónde y cuándo se celebraría este y cuál habría de ser el orden del día?... Cuando Balabanova recuerda la moción Vaillant-Keir Hardie sobre la huelga general contra la guerra, «su proposición causa extrañeza y no interesa a nadie». Se reanuda la interminable discusión y se concierta una cita para el próximo congreso, cuya

convocatoria se remite a una fecha indeterminada y que jamás se reunió. Cada cual vuelve a su país para frenar la marcha a la catástrofe. Pero el 1 de agosto los periódicos anuncian ya la movilización general y la muerte de Jaurès: el gran pacifista había sido asesinado por un militante de la Acción Francesa, un exaltado.

Los dirigentes de la II Internacional no se habían dado cuenta de que aceptaban la idea de la guerra antes ya de que hubiera estallado. Advierte el rumano Racovski: «Hasta ese momento habían insistido en las responsabilidades de la clase dirigente de su propio país, que era juzgada responsable de las crisis y de las guerras. En lo sucesivo iban a sentirse inclinados a hacer recaer esta responsabilidad sobre la clase dirigente del enemigo nacional». En Bruselas, Jaurès denunciaba los cálculos y las maniobras del Gobierno alemán; creía en el pacifismo del Gobierno francés y quería que este interviniese cerca de «nuestra aliada, Rusia» *(sic).* De la misma manera la mayoría de los socialistas alemanes creían que su Gobierno estaba realmente deseoso de mantener la paz; condenaban la acción de San Petersburgo y subrayaban el peligro que representaba la autocracia zarista para el porvenir del socialismo.

Así pues, la Unión Sagrada estaba en los corazones antes de expresarse en los discursos; ya no era el adversario de clase quien quería la guerra, sino el enemigo nacional; claro que no los trabajadores, pero sí el káiser o el zar. Esta sutil distinción voló al mismo tiempo que las ilusiones del verano del 14. Observaba el austríaco Víctor Adler: «Para nosotros la enemistad contra Serbia es casi una cosa natural». Lo mismo que en Francia, en Alemania o en Rusia existían, en el trasfondo de la conciencia popular, la desconfianza, la inquietud y el odio frente al enemigo hereditario, y el instinto colectivo habló con más fuerza que el ideal o la razón.

---

8 Excepto en Rusia... (véase pp. 82-83).

CAPÍTULO 6
La declaración de guerra

Sarajevo

El 28 de junio de 1914, Francisco Fernando, heredero del trono de Austria-Hungría, caía muerto en Sarajevo por los disparos de los terroristas serbios. Estos, siendo como eran súbditos austríacos, no ignoraban la orientación política de su víctima, menos hostil que otros a los derechos de los eslavos en el seno de la doble monarquía. Bastaba con que fuesen aplicadas las ideas de Francisco Fernando para que fuera posible resolver el problema de la minoría serbia de Bosnia y para que, en consecuencia, se desvaneciese el sueño revolucionario de una Gran Serbia.

No es que esta explicación baste a dar cuenta de las causas y las condiciones del asesinato, puesto que el terrorismo serbio atacaba al ocupante austríaco en Bosnia cada vez que se ofrecía una ocasión, y en 1914 la visita del príncipe heredero, justamente el día del aniversario de la batalla de Kosovo, podía aparecer como una provocación. Pero hubiera hecho falta al menos que para los austríacos el pasado de Serbia perteneciese a la Historia; razón de más para recordárselo. Desde el punto de vista de los jóvenes serbios, esta visita exigía un castigo.

En aquella época el movimiento terrorista de la *Mano Negra* estaba en abierto conflicto con el Gobierno serbio de N. Pasic, al que acusaba de traición porque este consideraba sus actos irresponsables y temía que sus excesos provocasen una intervención armada por parte de Austria. ¿Funcionaría la protección de Rusia si los serbios llegaban a exasperar a los austríacos?

Pasic había sido advertido de que se cometería un atentado con ocasión de la visita de Francisco Fernando a Sarajevo y quiso prevenir la acción de sus servicios secretos, miembros de la *Mano Negra.* Por mediación de su ministro en Viena intentó hacer comprender a los austríacos que el viaje podría terminar mal y además dio orden al coronel Apix de que hiciese lo necesario para evitar cualquier incidente. Pero los revolucionarios serbios en territorio austríaco escapaban al control de sus servicios, y el grupo de jóvenes bosnios que había decidido organizar el atentado se negó a dejarse doblegar.

El atentado de Sarajevo no produjo gran emoción en el seno de la familia imperial; el monarca desconfiaba de las ideas liberales de su presunto heredero, a quien los militares juzgaban con gran severidad. «Yo no tenía medio de garantizar el orden –declaró, al parecer, Francisco José–, pero una voluntad todopoderosa lo ha hecho en mi lugar». Se hizo un funeral de «tercera clase» al príncipe heredero y no se proclamó el luto nacional ni en Budapest ni en la capital; Viena siguió siendo Viena y la música no cesó de sonar.

La iniciativa

A pesar de todo ello, los militares, con Conrad von Hotzendorf a la cabeza, pidieron la movilización, pues veían en el atentado la ocasión que al fin se les ofrecía para una guerra preventiva contra Serbia. Por su lado, el ministro Berchtold, que ya había sido acusado de «debilidad» en ocasión de las precedentes crisis balcánicas, se encontraba en una situación difícil, pues no deseaba la guerra porque preveía que Rusia podría intervenir; el conde Tisza, ministro de Hungría, le apoyaba. Pero sus proposiciones conciliadoras fueron rechazadas con desdén por los jefes militares. Sin embargo, la mayoría de los ministros deseaban «conservar fría la cabeza», y obtuvieron de Conrad la concesión de que antes de obrar se consultaría con Alemania.

Los medios dirigentes de Berlín estaban divididos. Los militares preconizaban una guerra preventiva contra Serbia, considerando que la cuestión podía ser llevada rápidamente porque Rusia no estaba dispuesta aún a intervenir militarmente. Sin embargo, como Rusia admitía que Serbia tenía que pedir perdón, el canciller Bethmann-Hollweg estaba inclinado a la conciliación. A fin de cuentas, todo dependía del parecer del káiser. Ahora bien, Francisco Fernando había sido amigo del káiser y este acogió muy mal el informe del embajador austríaco Tschirschky, donde se expresaban opiniones moderadas bastante semejantes a las de Berchtold. «Ahora o nunca», garabateó el káiser al margen del informe; no quería que se pudiese decir después que «Alemania había retenido el brazo de su aliado austríaco». Consultó a sus jefes militares, que opinaban que cuanto antes atacase Austria a Serbia mejor sería. Guillermo II no dejó de considerar la eventualidad de una intervención de Rusia y de Francia, pero la hipótesis se rechazó pensando que el zar no podía declararse solidario de unos regicidas, y en cuanto a Francia, con la idea de que su ejército carecía de artillería pesada. La vía estaba libre, por tanto, para Austria, y después de formulado su parecer en este sentido, el káiser salió en crucero de verano, como estaba previsto, aunque no sin visitar antes de su partida a Krupp, gran maestre de sus armamentos, quien juzgó prudente verificar el estado de los almacenes.

La reacción alemana modificó de golpe el humor que reinaba en Viena. La promesa del káiser de «cubrir» a Austria enroló a Berchtold en el campo de los belicistas, y el consejo de ministros decidió dirigir a los serbios un ultimátum redactado en tal forma que no pudiesen aceptarlo (5-7 de julio).

Durante estas discusiones entre austríacos y alemanes en Viena o en Berlín, se trató de la intervención eventual de Bulgaria o de Rumanía, menos de la de Rusia y apenas de la de Francia; jamás se trató de la intervención de Inglaterra. Se trataba de una crisis balcánica y nada más.

El plan austro-alemán

En Berlín como en Viena se había aceptado ya la idea de un conflicto con Serbia, pero de todos modos quedaban unos elementos imponderables: las reacciones eventuales de las potencias. En tanto que Viena redactaba el ultimátum y preparaba la movilización, los medios dirigentes fingían no conceder una particular importancia a estas operaciones. Había que guardar el secreto para actuar con energía y rapidez. «Sería buena cosa –decía Berchtold a Conrad– que usted y Krobatin (ministro de la Guerra) marchasen por algún tiempo para dar la impresión de que no pasa nada». Berlín se había reservado el papel de mantener el conflicto localizado, y por eso Bethmann-Hollweg disuadió al káiser de anular el crucero, como había pensado, para evitar «atraer la atención inútilmente»; por la misma razón, Guillermo II dirigió algunos días más tarde al viejo rey Pedro de Serbia un telegrama de felicitación para su cumpleaños.

Se sabía que Poincaré[9] había de ir a San Petersburgo, y por ello los austríacos decidieron dirigir su ultimátum a Serbia en el momento en que Poincaré se encontrase en el camino de vuelta, es decir, no antes del 23 de julio; había que prevenir toda coordinación posible entre las reacciones de Francia y de Rusia. Pasaron así unos diez días, durante los cuales Viena y Berlín trataron de «adormecer» a las cancillerías extranjeras.

Sin embargo, el 19 de julio, un comentario aparecido en el periódico oficioso *Norddeutsche Zeitung,* de Berlín, daba la alerta a los diplomáticos.

> Sería deseable que el conflicto austro-serbio se conservase localizado, porque la intervención de otras potencias, dadas las numerosas obligaciones de las alianzas, podría tener consecuencias incalculables.

Inmediatamente, Sazonov hizo saber al conde Pourtalès, embajador de Alemania en San Petersburgo, que un conflicto bilateral podría desencadenar una guerra general. Al mismo tiempo que reconocía la legitimidad de los motivos de queja de Austria puso en guardia al

embajador contra todo procedimiento de intimidación, sobre todo por vía de ultimátum. En esta fecha Poincaré estaba todavía en San Petersburgo y declaró a Szapary, embajador de Austria en Rusia, que la doble monarquía no podía considerar responsable del asesinato al Gobierno serbio mientras no se suministrase alguna prueba:

> […] de lo contrario, un paso de tal naturaleza sería un simple pretexto [...]; en cualquier caso no debía olvidarse que Serbia tenía amigos y que ello crearía una situación peligrosa para la paz.

Por su lado, el Foreign Office declaraba que Gran Bretaña estaba dispuesta a ejercer su influencia sobre Serbia para que aceptase las condiciones de Austria-Hungría «siempre que estas fuesen moderadas y compatibles con la independencia del país».

Berlín recibió el informe de Pourtalès el 23 de julio; el embajador en Rusia insistía en el hecho de que Sazonov no había cesado de repetirle hasta qué punto podría ser considerada como seria la situación en Londres y en París. Si Viena actuaba unilateralmente, quería persuadirle de que incluso en Gran Bretaña sería desaprobada la actitud de Austria. «Sazonov se equivoca», anotó Bethmann-Hollweg al margen del informe.

El 23 de julio Austria dirigía su ultimátum a Serbia. Según los términos del texto remitido a Belgrado por el ministro de Francisco José, Serbia disponía de cuarenta y ocho horas para aceptarlo. El documento recordaba que, a despecho del acuerdo tomado en 1909 de establecer relaciones amistosas con Austria, Serbia no había cesado de practicar con respecto a esta una política agresiva que había llegado hasta el punto de perpetrar un crimen contra el archiduque heredero. El Gobierno austríaco pedía que el Gobierno serbio publicase en la primera página del *Diario Oficial* una orden del día condenando la propaganda serbia en Austria-Hungría, así como la participación de oficiales y funcionarios serbios en dicha propaganda. Además, el Gobierno serbio debía comprometerse a disolver las sociedades que se dedicaban a la propaganda política y «aceptar la presencia junto a él de funcionarios austro-húngaros que

participarían en la supresión del movimiento subversivo». Este punto 6 ponía a la administración del país prácticamente bajo la tutela de Austria.

En caso de que Serbia aceptase todas las cláusulas del ultimátum, el Gobierno de la doble monarquía contaba con provocar el conflicto por otros medios, presentando mayores exigencias en la aplicación de las susodichas cláusulas, y pensaba dislocar el país posteriormente ofreciendo grandes territorios a Bulgaria y a Albania. Era opuesto, sin embargo, a cualquier anexión en provecho de Austria-Hungría misma, porque no quería aumentar las dificultades que planteaba la minoría serbia ya existente; así, frente al extranjero, podía hacer gala de su «desinterés».

La noticia del ultimátum estalló como un trueno en San Petersburgo y en París. En vista de la ausencia de Poincaré, las dos aliadas no pudieron coordinar sus reacciones como lo había previsto la Dúplice. La misma Inglaterra se alarmó: sir Edward Grey, secretario del Foreign Office, temía las repercusiones del ultimátum, sobre todo la reacción de los rusos, y propuso una mediación entre Viena y San Petersburgo. Los alemanes pensaron que, sin quererlo, los ingleses les facilitaban el juego, puesto que este procedimiento permitiría solventar previamente el conflicto austro-serbio.

Durante este tiempo, en Berlín, Jagow, secretario de Estado para Asuntos Exteriores, empujaba a Austria a intervenir militarmente, «lo más rápidamente posible», en cuanto se recibiese la respuesta serbia, que no podía ser más que negativa; mientras tanto se encargaba de neutralizar las reacciones de la *Entente* y de dar largas a sus miembros para ponerles ante el hecho consumado. Acto seguido aconsejaba a Austria que aceptase la mediación de Inglaterra y se felicitaba ante esta de haber empleado últimamente sus buenos oficios.

Después de pedir en vano a los austríacos la concesión de un plazo, los serbios respondieron el 25 de julio que aceptaban todas las cláusulas del ultimátum menos el punto 6. Era el momento que se esperaba. El barón Giesl, representante de Austria en Belgrado,

rompió inmediatamente las relaciones diplomáticas, y media hora después los diplomáticos austríacos habían abandonado la capital y telegrafiado la noticia a su Gobierno desde la frontera. Serbios y austríacos habían decretado ya la movilización.

El Estado Mayor austríaco había elaborado un programa que preveía la entrada en guerra para el 6 de agosto, pero Jagow persuadió a los austríacos de actuar con mayor rapidez, porque, de lo contrario, intervendrían las grandes potencias y se corría el riesgo de que abortase el proyecto de una guerra localizada. Contad refunfuñó, pero se rindió a las razones de los alemanes y fue decidido que se declararía la guerra el 28 de julio.

No obstante, la política austríaca era objeto de la reprobación general; Londres y París sospechaban que Berlín dejaba hacer y que ello no podía tener más consecuencia que el arrastrar a Rusia a la intervención y después a un conflicto general con Francia e Inglaterra. «Ustedes tienen sus informaciones y nosotros las nuestras, que son justamente lo contrario –respondió Jagowa Jules Cambon, embajador de Francia en Berlín–; nosotros estamos seguros de la neutralidad de los ingleses».

Lo «irreparable»

A la vuelta de su viaje, Guillermo II se enteró de la respuesta de los serbios el 28 por la mañana: «Un resultado brillante, más de lo que esperábamos... Una gran victoria moral para Viena. La guerra no tiene ya razón de ser». ¿Tuvo Bethmann-Hollweg conocimiento de esta carta que el káiser había enviado a Jagow el día 28 a las diez de la mañana? Una hora después Austria-Hungría había declarado la guerra a Serbia, y al anochecer Bethmann-Hollweg recordaba a Viena la necesidad en que estaba de una acción militar rápida si quería que la responsabilidad de una guerra general no recayese sobre Austria, sino sobre Rusia.

En San Petersburgo, el 28 de julio, contando con el apoyo de Francia que le aseguraba el embajador Paléologue, quien obraba sin

instrucciones, pero cuya gran amistad con Poincaré era sabida, Sazonov se declaró todavía dispuesto a hacer aceptar a Serbia condiciones incluso humillantes. Sin embargo, cuando supo que Viena acababa de declarar la guerra a Serbia, Sazonov decidió movilizar contra Austria. Había pedido ya a Grey que hiciese saber de un modo explícito si, en caso de conflicto, se solidarizaría Gran Bretaña con sus aliados, única posibilidad, según él, de que dieran marcha atrás Austria y Alemania; pero Grey había creído obrar más eficazmente invitando a las potencias a arbitrar el conflicto austro-serbio y quería hacer presión sobre Serbia para que esta se comprometiese de antemano a inclinarse ante las decisiones que tomasen las grandes potencias. Alemania, sin embargo, rechazó este procedimiento, que hubiera hecho de Austria un acusado con el mismo título que Serbia, cuando «el responsable era el Gobierno serbio».

El Gobierno alemán creía haber conseguido localizar el conflicto al rechazar así el procedimiento propuesto por Inglaterra, pero de hecho su actitud tuvo por efecto el persuadir a los franceses y a los rusos de que los austro-alemanes deseaban la guerra, y en cuanto esta fue declarada a Serbia, el mando ruso intervino junto al zar para que apresurase los preparativos de la movilización general. Nicolás II dio en efecto la orden el 29, pero a consecuencia de un telegrama amistoso del káiser la anuló y volvió a la fórmula de la movilización parcial contra Austria. El zar sugirió entonces la reunión de una conferencia de las potencias en La Haya, mientras Sazonov proponía a Viena interrumpir los preparativos de Rusia si Austria consentía en eliminar los puntos de su ultimátum que atentaban a la soberanía de Serbia.

Los ingleses ofrecieron de nuevo su mediación, aceptando incluso el principio de una ocupación de Belgrado, a título de fianza, con tal de que Austria hiciese saber siquiera sus intenciones. Edward Grey añadía:

> Si Alemania y Francia se viesen arrastradas al conflicto, Gran Bretaña no podría permanecer mucho tiempo al margen.

Bethmann-Hollweg midió el peligro, pero Moltke intervino a su vez y explicó que la amenaza de guerra venía de Rusia, porque la movilización rusa, incluso parcial, ponía en peligro la seguridad de su aliado austro-húngaro y Alemania no podía desentenderse de ello. Tenía que contestar también con la movilización si no quería que la posición de su aliado se debilitase. «El tiempo no cesa de actuar en contra nuestra», concluía Moltke. En consecuencia, el día 30, Bethmann-Hollweg pedía a Francia que detuviese sus preparativos militares, comenzados desde hacía algunos días, y a Rusia que revocase la orden de movilización incluso contra Austria. Así, si Rusia capitulaba, quedaría tachada de la lista de las grandes potencias, y si no cedía, recaería sobre ella la responsabilidad de la guerra.

En el mismo momento, Alemania pedía a Bélgica paso libre para sus tropas e intentaba igualmente obtener la garantía de que Inglaterra permanecería neutral en caso de conflicto continental. Alemania garantizaba la integridad territorial en Europa de Francia y de Bélgica, y ofrecía a Londres un tratado de neutralidad para el período de posguerra. Grey contestó enseguida que, en caso de guerra continental, Inglaterra no permanecería neutral: todo el plan alemán estaba a punto de derrumbarse.

Entre tanto, Moltke había invitado a Conrad a decretar la movilización general, lo que se hizo el 31 de julio por la mañana, y obtenía de Bethmann-Hollweg que se tomase una decisión, en previsión de cualquier caso, el 31 de julio a mediodía. En suma, todo dependía de los rusos porque la diplomacia francesa mostraba una relativa pasividad. Sazonov juzgó que la última demanda de los alemanes atestiguaba su voluntad de crear un *casus belli,* y en tales condiciones y dada la lentitud de movilización de los ejércitos rusos, no quiso debilitar aún más su posición con la concesión de un plazo suplementario. El 31 de julio, a las 11.55 horas, por tanto cinco minutos antes de que expirase el plazo fijado por Moltke, Pourtalès telegrafiaba a Berlín que los rusos habían decretado la movilización general. El káiser replicó con un ultimátum a San Petersburgo y a

París pidiendo a Rusia la cesación inmediata de la movilización y preguntando a Francia cuáles eran sus intenciones.

Grey propuso su mediación por última vez y se negó a conceder a Francia el apoyo que, según Paul Cambon, embajador en Londres, hubiera podido todavía hacer retroceder a Alemania. Los ingleses tenían la impresión de que Francia no hacía nada para impedir la marcha hacia la catástrofe.

El 1 de agosto fue lanzada la orden de movilización general casi al mismo tiempo y a la misma hora en Berlín y en París. Puesto que Rusia y Francia no se habían mostrado conformes, Alemania declaró la guerra a Rusia el 1 de agosto, y aunque Guillermo II hubiera querido no pasar de ahí, las «necesidades» del plan militar alemán implicaban el ataque previo a Francia y la violación de Bélgica. Los servicios oficiales alemanes declararon que unos aviones franceses habían bombardeado Nüremberg, y esta noticia falsa justificó que se declarase la guerra a Francia el 2 de agosto. Únicamente Austria seguía sin declarar la guerra a Rusia, situación «grotesca» a la que no se puso término hasta el 6 de agosto, y que demuestra hasta qué punto iba Viena a remolque de Berlín.

A pesar de los llamamientos de Paul Cambon, Grey vacilaba todavía en dar a Francia una promesa más explícita que la de asegurar la protección de las costas francesas por la *Home-Fleet.* Sin embargo, Benckendorf, embajador de Rusia, recibió seguridades más firmes. Pero la violación del territorio belga, el 4 de agosto, disipó las últimas vacilaciones de Inglaterra y Grey dirigió un ultimátum a Berlín, amenazando con entrar en la guerra si las tropas alemanas no evacuaban Bélgica aquel mismo día. El ultimátum fue rechazado después de interminables discusiones entre Bethmann-Hollweg y Jagow y fue entonces cuando se pronunció, a propósito de la neutralidad belga, la expresión «papel mojado». «La necesidad carece de ley», concluyó el canciller en el Reichstag el 4 de agosto.

La Gran Guerra había comenzado.

El problema de las responsabilidades

Oscurecido por la pasión nacional o partidista, el problema de las responsabilidades queda sin resolver, porque su respuesta está ligada al modo como se formule la pregunta.

¿Se quiere identificar a los «lados malos» que más contribuyeron al estallido del conflicto? El comportamiento de los responsables alemanes los señala ante el «Juicio de la Historia». Ellos hicieron inclinar la balanza a favor de una liquidación radical del conflicto con Serbia, manejaron con cuidado el desarrollo de los acontecimientos para que se cometiese una especie de «crimen perfecto», rechazaron toda mediación cuando el conflicto amenazó con extenderse y aceptaron deliberadamente el riesgo de que así fuera en cuanto Rusia intervino a su vez.

Inversamente, Inglaterra, que intentó asegurar el arreglo pacífico en lugar de contribuir a exasperar el conflicto austro-serbio, se presenta como «el apóstol de la paz». Sin embargo, su política conciliadora no contribuyó menos a arrastrar a la guerra, sin duda, que los «riesgos calculados» de los dirigentes alemanes. Persuadidos de que Inglaterra permanecería neutral en cualquier caso, los alemanes se aventuraron más lejos de lo que lo hubiesen hecho de haber estado persuadidos de lo contrario.

El papel de las demás potencias aparece, con el tiempo, singularmente borrado frente a estas dos actitudes inversas que conjugan sus efectos, aunque partan de intenciones diferentes. Después de Sarajevo, la cólera artificial de los austríacos se reveló más ruidosa que peligrosa. Cierto era que Conrad von Hotzendorf quería ajustar las cuentas a Serbia, pero aceptó que Alemania pudiese retenerle por el brazo, y posteriormente la política de Viena permanecerá a remolque de la de Berlín, ya se ha dicho de qué modo «grotesco» (F. Fischer).

Después de decretar la movilización (contra Austria), los rusos fueron los primeros en decidir la movilización general, aunque se volvieron atrás de su decisión acto seguido. Sazonov y Nicolás II

mostraron un espíritu conciliador y reconocieron varias veces que Serbia tenía culpa y merecía «un castigo», pero sus ofrecimientos no se tomaron siquiera en consideración en Viena o en Berlín.

Paléologue aprobó las decisiones de los rusos, obrando sin instrucciones, en nombre de Francia. Por lo demás, a estas fechas, los austro-alemanes habían demostrado de un modo suficiente su voluntad de romper el equilibrio establecido en los Balcanes y ejercer un chantaje con la guerra continental para que los franceses o los rusos sintiesen aún vacilaciones. Y en verdad todo se desarrolló en Francia, antes y después de la vuelta de Poincaré, como si sus dirigentes se dejasen arrastrar a la guerra. La solidez de sus alianzas les causó más preocupación que el destino de la paz y su papel fue casi nulo en el estrecho marco de la crisis de julio; no actuaron más en el sentido de impulsarla a estallar que en el de impedirlo y fueron responsables en la medida en que se inhibieron.

Estas conclusiones serían diferentes si se modificase el enfoque de la cuestión y nos remontásemos más atrás para buscar los orígenes de la guerra. La Rusia zarista subvencionaba los servicios serbios y la política paneslavista podía haber tenido como consecuencia, a la larga, el desmantelamiento de la doble monarquía, la cual podía considerarse legítimamente víctima de una agresión permanente, en la medida en que no tenía en cuenta la opresión que ella misma ejercía sobre las minorías eslavas. Por tanto, habría que poner en tela de juicio todo el pasado de Europa central y de los Balcanes, donde los germanos, los turcos y después los húngaros trataron como pueblos inferiores a las otras comunidades nacionales; en 1914 condenaban «la duplicidad» de esas comunidades «que no obedecían más que a razones de fuerza», en términos que recuerdan los que otros países podían emplear con respecto a los pueblos coloniales.

Habría que reconsiderar igualmente el destino de todo el Occidente, que había asistido al desarrollo de Inglaterra y después de Francia con anterioridad a Alemania, y al espectáculo del crecimiento súbito de esta realizado con una velocidad de

relámpago, al mismo tiempo que mostraba una impaciencia agresiva dentro de una Europa demasiado pequeña para sus enormes ambiciones. Ni Francia ni Inglaterra ni Rusia estaban dispuestas a hacerle sitio a costa de sacrificios que, en último término, podían llevarlas hasta su aniquilación en tanto que grandes naciones, querella esta tan antigua como su historia. ¿Imaginaban en verdad estos pueblos que sus concesiones tenían el peligro de provocar la detención, el freno, la decadencia de su propia expansión? Los dirigentes temían más bien las reacciones de sus gobernados ante tales capitulaciones, cuando toda su política apuntaba a la glorificación del Estado y al engrandecimiento de la nación para poder así mantenerse en el poder y resistir a la presión que venía de abajo.

Todo esto suponía un peligro permanente para la paz, como era igualmente peligrosa la creencia, tanto de los aliados como de los alemanes o de los austríacos, de que cuanto más pronto tuviese lugar la guerra más pronto se ganaría.

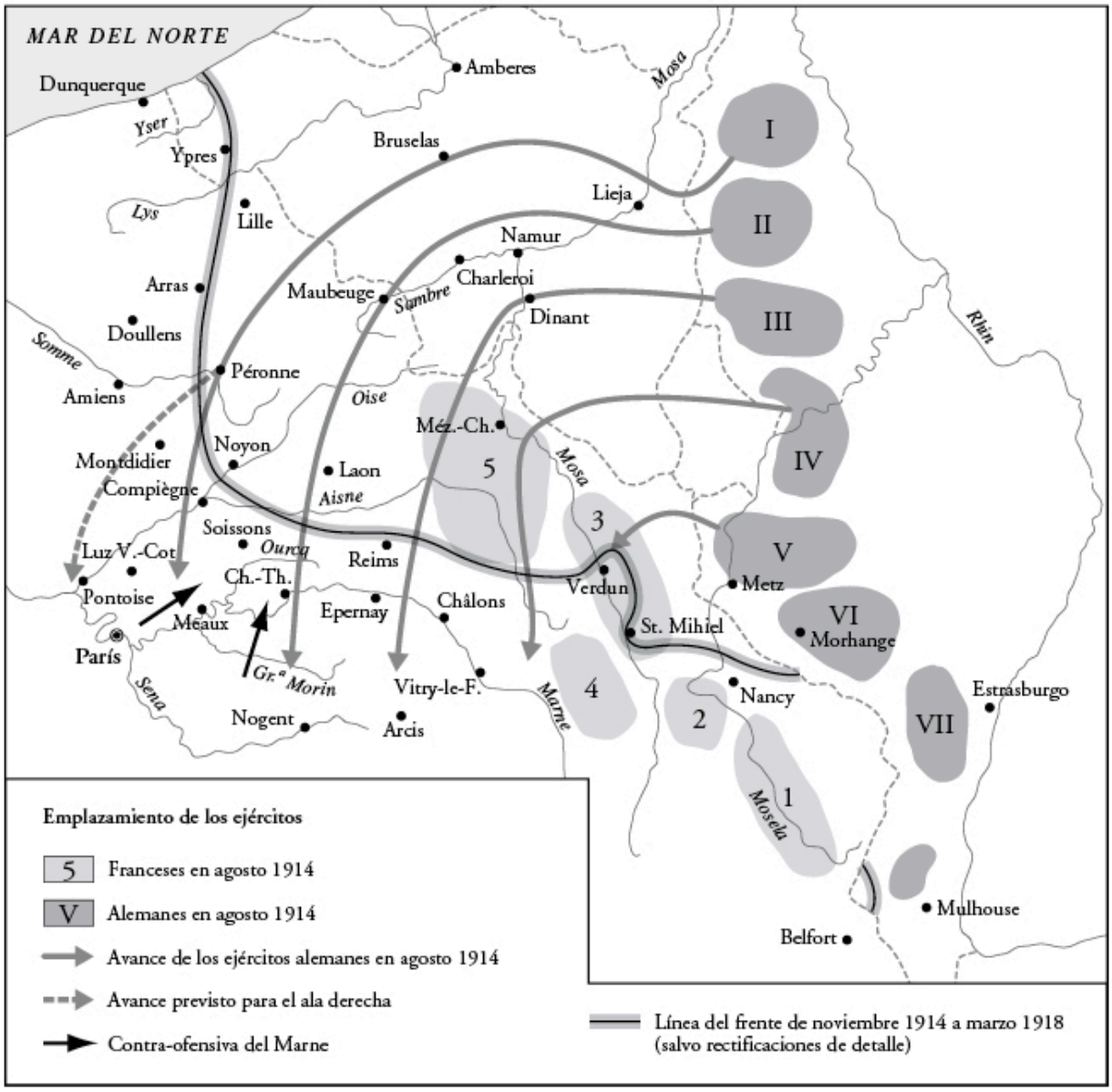
Es cierto que unos y otros no hablaban de la misma guerra: guerra local o guerra continental, guerra con Inglaterra o guerra sin Inglaterra. Lejos de imaginar que esta guerra sería mortal para tres monarquías y veinte millones de hombres, se mostraban de acuerdo en un único punto: que sería corta y que ellos serían los vencedores.

---

9 Elegido presidente de la República en 1913. El presidente del Consejo era René Viviani.

SEGUNDA PARTE

La Gran Guerra. Formas, métodos y fines



Mapa 1. Emplazamiento de los ejércitos francés y alemán en agosto de 1914.

La guerra empezó, en efecto, como se había imaginado, fértil en sorpresas y en peripecias: invasión de Francia, ofensiva inesperada de los rusos, batalla del Marne, victoria de los alemanes al Este, derrota austríaca ante Belgrado y entrada en guerra de Turquía y Japón.

En la Navidad de 1914 varios millones de combatientes quedaron muy sorprendidos al encontrarse inmovilizados y paradójicamente obligados a enterrarse para sobrevivir. «Esto no es la verdadera guerra», exclamaba Kitchener al visitar las trincheras. Y no era tampoco la guerra como la había soñado Guillaume Apollinaire, con sus descansos y sus largos ocios.

En unas semanas la guerra se había metamorfoseado; cambiaba simultáneamente de método y de estilo, de naturaleza y de espíritu, de objetivo y de amplitud: se convertía en la Gran Guerra.

CAPÍTULO 7

Del movimiento a la inmovilidad

La crisis del verano de 1914 había terminado de modo inesperado para las potencias centrales por la entrada en guerra de Gran Bretaña. Para los aliados las hostilidades comenzaron también por una sorpresa desagradable. Los alemanes aplicaron la versión más audaz del «Plan Schlieffen» y concentraron sus esfuerzos a la extrema derecha del frente occidental, amenazando con un gigantesco movimiento de cerco a todo el ejército francés, orientado al Este. En menos de tres semanas los ejércitos del káiser acampaban a las puertas de París; pero otras sorpresas vendrían aún a modificar el curso de los acontecimientos. Los rusos desencadenaban su ofensiva mucho antes de lo previsto por el Estado Mayor austro-alemán y los aliados detenían la invasión logrando la victoria en el Marne. En el otoño la resistencia de los serbios, la entrada en guerra de turcos y japoneses y la fijación de los frentes tanto al Oeste como al Este, dieron al conflicto un giro completamente inesperado[10].

La invasión de Bélgica

El 4 de agosto por la mañana, violando la neutralidad de Bélgica, las tropas alemanas atravesaban la frontera y cruzaban el Mosa al norte de Lieja. La ciudad resistió durante trece días, durante los cuales se mantuvo la duda con respecto a las intenciones del general Moltke; Joffre se preguntaba si iba a ordenar a sus fuerzas que remontasen el río, en cuyo caso se encontrarían con el III y IV Ejércitos

franceses, o si las haría marchar más al Oeste, donde tropezaría con el V Ejército de Lanrezac. La importancia de los efectivos que componían este ala derecha alemana no sería conocida hasta unos días después.

El Plan XVII y la batalla de las fronteras

No obstante, Joffre aplicó el Plan XVII, atacando en Alsacia y en Lorena. El 8 de agosto los franceses entraban en los arrabales de Mulhouse, bastante sorprendidos de la poca resistencia que encontraban. En efecto, el VII Ejército alemán se había camuflado en el bosque de Hardt, amenazando con cercar a los franceses, que tuvieron que poner pies en polvorosa.

El ala derecha alemana continuaba desplegándose en Bélgica, desbordando ampliamente el dispositivo que los franceses habían previsto para hacerle frente. El ejército de Von Kluck, situado a la extrema derecha, avanzaba sobre Bruselas; el de Bülow, que ocupaba el centro-derecha, se dirigía sobre Namur. Joffre contaba con la resistencia del ejército belga, pero este fue sumergido por la superioridad numérica del enemigo y tuvo que replegarse rápidamente. Con gran descontento de los franceses, los belgas se batieron en retirada hacia Amberes, en lugar de colocarse a la izquierda del ejército de Lanrezac y de las fuerzas inglesas. En estas condiciones, Lanrezac solicitó la autorización para desplazarse aún más hacia el Noroeste, autorización que Joffre le concedió, al mismo tiempo que enviaba refuerzos, pero sobre el Mosa. Por tanto, subestimando la amplitud de la maniobra envolvente emprendida por los alemanes y juzgando vanas las alarmas de Lanrezac, se atuvo a la primera de sus dos hipótesis, que resultó ser la mala.

Joffre lanzó entonces la doble ofensiva que había proyectado desencadenar en Lorena. Los ejércitos de Castelnau y de Langle du Cary fueron rechazados duramente, en Morhange como en el Sarre o en las Ardenas, a despecho de su superioridad numérica. Joffre escribía a Poincaré al día siguiente de la batalla:

> Los temores que me habían inspirado las jornadas precedentes con respecto a la actitud ofensiva de nuestras tropas en campo raso han sido confirmadas por la jornada de ayer.

La ineptitud de los jefes para manejar sus unidades, la falta de entrenamiento de las tropas y la ausencia de coordinación entre las unidades que marchaban paralelamente, constituyeron otras tantas comprobaciones que presagiaban un mal porvenir al ejército francés.

En lo sucesivo, las batallas decisivas se librarían al norte, donde la masa de los ejércitos de Bülow avanzaba con regularidad de metrónomo. Sus fuerzas se enfrentaron con las del mariscal French y las del general Lanrezac, el 21 de agosto, en la batalla de Mons-Charleroi. Una vez más, Joffre escribía a Poincaré:

> Hemos de rendirnos, por fuerza, a la evidencia, nuestros cuerpos de ejército no han mostrado en campo raso las cualidades ofensivas que esperábamos, a pesar de que se les había asegurado la superioridad numérica... Estamos condenados a mantenernos a la defensiva, apoyándonos en nuestras plazas fuertes y en los grandes obstáculos del terreno [...] Nuestro objetivo tiene que ser durar, durar [...], esforzándonos en gastar al enemigo... y reanudar la ofensiva en el momento oportuno [...].

Así pues, según el generalísimo, la derrota francesa en la doble batalla de las fronteras no se explicaba solamente por la inferioridad numérica ni por la sorpresa del movimiento envolvente realizado por Moltke; no hay duda de que Joffre interpretaba los hechos a su manera, puesto que en Charleroi los franceses no tenían más que diecinueve divisiones que oponer a las treinta alemanas, pero es igualmente cierto que nadie obligaba entonces a Lanrezac a tomar la iniciativa de la batalla en condiciones tan desfavorables. Además, se vio una vez más que los franceses maniobraban peor sobre el terreno. Joffre comprendió la lección, y batido en todos los frentes, ordenó una retirada general.

La retirada francesa

La ofensiva de Lorena y la contraofensiva de Bélgica se habían distinguido por una serie de graves fracasos, más inesperados los unos que los otros. Pues bien, el éxito de la retirada constituyó otra sorpresa.

Los alemanes no habían conseguido envolver al ala izquierda franco-inglesa que se encogía replegándose sobre su propio centro, y resultaba así imposible de apresar; por eso mismo, el ala derecha alemana avanzaba en el vacío. Durante todo el movimiento, Joffre conservó el control absoluto de la situación –un milagro tan asombroso como el que iba a seguirle–. El generalísimo conservaba una calma imperturbable y había conseguido sobreponerse a todos los reveses con enorme sangre fría. Su humor seguía siendo tan ecuánime como si estuviese de maniobra, en un momento en que se habían derrumbado todos sus planes en menos de quince días, en que el norte del país estaba ocupado, París amenazado y no tenía un solo éxito en su activo. Comía con buen apetito, dormía bien y conservaba la firmeza de ánimo con que todos los días, en plena batalla, redactaba sus informes al presidente. Como ha escrito el general De Gaulle, «la suerte de Francia fue que, habiendo empuñado mal la espada, supo, sin embargo, no perder el equilibrio».

Sin ilusiones con respecto a las causas de la derrota y midiendo sus errores, Joffre decidió no contar más que con lo peor, seguro de que así no saldría decepcionado. Consideró con sangre fría la posibilidad de esta retirada hasta lograr reunir las condiciones que pudiesen llevarle a la victoria; detrás del Sena, si era necesario.

En París, Gallieni, nombrado gobernador, era el hombre designado de antemano para reemplazar eventualmente al generalísimo. Vencedor en las campañas de Tonkín y de Madagascar, Gallieni había sido el maestro de Joffre, hacia quien manifestaba una estima condescendiente. Padecía de una salud precaria, y por su avanzada edad (murió en 1916), no había podido aceptar la tarea de mandar todo el ejército francés, pero no rechazó la de asegurar, por lo menos, la defensa de la capital. Inmediatamente tomó enérgicas

medidas, introduciendo un estilo nuevo en la dirección de la guerra. Por lo pronto puso fin a la campaña de falsas noticias que, incluso hasta el 23 de agosto, hacía creer a los franceses que todavía ocupaban Mulhouse y que Amberes resistía aún en Bélgica. Es verdad que la ciudad no estaba ocupada todavía, pero todo el resto del país estaba en manos del enemigo. Brutalmente, el 25 de agosto por la mañana, los franceses se enteraron por un comunicado de tres líneas de que sus ejércitos se replegaban «desde el Somme hasta los Vosgos». Al día siguiente los periódicos anunciaban que París estaba amenazado, y un día después la población se enteraba de que el Gobierno se había trasladado a Burdeos y de que el general Gallieni tenía la misión de defender la capital y que «cumpliría su misión hasta el fin». Acto seguido, todos los que tenían medios para hacerlo huyeron al otro lado del Loira.

Nada había previsto para proteger la capital, cuya guardia estaba encomendada a dos divisiones y a unas cuantas fuerzas de la segunda reserva. Gallieni hizo que las tropas que acababan de serle asignadas cruzasen la capital para entonar el ánimo de los parisienses. Puesto que disponía al fin de un ejército, estaba impaciente por utilizarlo y comentaba con severidad los actos de Joffre, su antiguo subordinado, a quien juzgaba torpe e inepto para tomar decisiones audaces.

En cuanto a los alemanes, se encontraban con que el éxito de la ofensiva rebasaba todas sus esperanzas. «Toda esta historia será liquidada en seis semanas», declaraba Moltke a finales de agosto. Sin embargo, una primera alerta le obligó a modificar su dispositivo; los rusos atacaron al Este antes de lo previsto y zarandearon al ejército alemán en Gumbinnen. Esta ofensiva inesperada podía amenazar gravemente el éxito de las operaciones lanzadas en el Oeste y hasta transformar el éxito obtenido al Oeste en una catástrofe. Moltke, que era hombre preocupado, con poca imaginación, aunque sí buen ejecutor de un plan grandioso cuya audacia le daba miedo, retiró dos cuerpos del frente occidental para

conjurar la amenaza, tomándolas del ala derecha y debilitando así el ejército en el que se jugaba la suerte de las armas.

El plan de Joffre

En sus órdenes del 24 de agosto, Joffre había prescrito un repliegue a la línea Amiens-Verdún. No obstante, el ejército inglés, que se encontraba seriamente comprometido, había tenido que realizar un movimiento más vasto y consideraba imposible volverse a establecer en el Somme. Así pues, retrocedió más allá del Aisne, de tal manera que un nuevo ejército francés, el VI, fue incapaz de formarse en Amiens, como se había previsto, y tuvo que hacerlo muy a retaguardia. El V Ejército de Lanrezac continuaba replegándose normalmente, pero tanto el retroceso de las tropas de French como el de las de Langle de Cary (a su derecha) le obligó a alinearse en el Oise, donde logró un éxito de retaguardia –la batalla de Guisa–, que permitió efectuar en buenas condiciones el repliegue general (29 de agosto).

El 1 de septiembre, el ala derecha alemana de Von Kluck continuaba avanzando y franqueó el Aisne y después el Vesle. Joffre juzgó que era necesario tomar una mayor distancia aún, y así ordenaba en sus instrucciones del 1 de septiembre:

> A pesar de los éxitos tácticos obtenidos por los Ejércitos III, IV y V en las regiones del Mosa y en Guisa, el movimiento desbordante efectuado por el enemigo sobre el ala izquierda del V Ejército, insuficientemente detenido por las tropas inglesas y el VI Ejército, obliga al conjunto de nuestro dispositivo a girar sobre su derecha. En cuanto el V Ejército escape a la amenaza de cerco que se anuncia por su izquierda, el conjunto de los Ejércitos III, IV y V reanudará la ofensiva.

Joffre ordenaba, por tanto, el abandono de los puntos de apoyo del Argonne, de Verdún y el repliegue a la línea Pont-sur-Yonne, Nogent-sur-Seine, Arcis-sur-Aube, Brienne y Joinville; la caballería habría de defender el Sena entre Montereau y Melun, y los ingleses

permanecerían a continuación hasta Juvisy. El campamento fortificado de París atacaría derecho hacia el Este, en dirección de Meaux.

Mientras tanto, Von Kluck, entregado por entero a la persecución del ala izquierda francesa, había perdido su objetivo de partida, que era Pontoise. Y desviando su ruta, no hacia París, como suponía Joffre, sino hacia Meaux, donde se reagrupaban los franceses, no trataba ya tanto de desbordar la capital por el Oeste, sino que proyectaba cercar y destruir los ejércitos franceses. Estas perspectivas comportaban un riesgo que la euforia de la victoria no le dejaba medir con exactitud, y en el ardor de la persecución, Von Kluck rebasó el ejército de Bülow, situado a su izquierda, en lugar de continuar a su nivel. Así, si avanzaba demasiado, podrían atacarle de flanco los ejércitos franceses en vía de reagruparse alrededor de París, y si en ese mismo momento contraatacase la izquierda del ejército en retirada (en este caso los ingleses), Von Kluck se encontraría cogido en una tenaza.

La batalla del Marne

Esta fue precisamente la situación que Gallieni quiso crear el 4 de septiembre al tomar la iniciativa de una operación que había de desembocar en la victoria del Marne. Para esta fecha, Joffre, que había sabido utilizar racionalmente la red ferroviaria, había conseguido reagrupar sus fuerzas de tal manera que estaba en condiciones de enfrentar treinta divisiones a las veinte del ala derecha alemana. Para no sufrir un Charleroi al revés, Moltke ordenó a Von Kluck que se replegase y se soldase al ejército de Bülow, de modo que cuando atacasen Gallieni y Maunoury encontrasen frente a ellos tres cuerpos de ejército en lugar de uno. Joffre persistió, sin embargo, en su idea de que había llegado la hora de librar una batalla general.

En el campo aliado el instante es grave; los jefes de ejército están de acuerdo en intentar la prueba de que habrá de depender la

suerte de la guerra. Consideran que han retrocedido ya demasiado. Pero French no está de acuerdo, considera prematura la hora de la batalla y preferiría continuar la retirada y replegarse detrás del Marne; además no está dispuesto a librar un combate en el que tendría que emplear todas sus fuerzas a la vez. Joffre, que quiere terminar, decide arrojar su espada en la balanza; va a ver a French y sin ocultar su emoción declara: «En nombre de Francia, señor Mariscal, os pido toda vuestra ayuda..., y además está en juego esta vez el honor de Inglaterra». La atmósfera es tensa; se sabe que Murray, el adjunto de French, es hostil a la contraofensiva. Sigue un grave silencio. Y French responde con voz débil y no muy clara: «*I will do my possible*». Joffre, conmovido, le da las gracias y dirige entonces un mensaje a las tropas en el que les dice que «ya no es hora de mirar atrás, sino que de allí en adelante hay que dejarse matar antes que retroceder». Esta consigna fue ejecutada hasta el fin.

La operación concebida por Gallieni el 4 por la noche y emprendida el 5 se desarrolló a tenor de lo previsto. Maunoury atacó derechamente al Este, en dirección del Ourcq, con la intención de envolver a los ejércitos de Von Kluck, pero este ya se había replegado en parte y la caballería de Von Marwitz había recibido el encargo de cubrirle frente a los ingleses, cosa que logró completamente impidiendo a estos que pudiesen adelantar.

La batalla general se había iniciado igualmente más hacia el Este. En la región de los pantanos de Saint-Gond, Bülow y Foch lanzaban sus dos ejércitos respectivamente al asalto. La batalla hizo estragos durante varios días, intentando los adversarios maniobrar por las alas. Bülow, amenazado a la izquierda, tuvo que pedir auxilio a los ejércitos del Centro y Von Hausen se le acercó y le ayudó a cerrar la brecha. Más lejos, hacia el Este, los franceses habían dado igualmente la orden de ofensiva, pero fueron los alemanes quienes, a fin de cuentas, llevaron la dirección de las operaciones, aunque sin conseguir romper el frente.

El 6 de septiembre por la noche, Moltke estaba inquieto y se mostraba circunspecto en vista de los resultados. Siempre sereno, Joffre manifestaba, por el contrario, una cierta satisfacción, porque, por vez primera, los franceses habían resistido a los alemanes en una batalla general. Había podido además reagrupar sus fuerzas y esperaba que pronto actuaría en su favor la ventaja de su superioridad numérica.

La jornada del 7 de septiembre se distinguió por el retroceso de Von Kluck al norte del Marne; Bülow siguió este movimiento para alinear también su frente. Estas operaciones eran continuación de la gran batalla comenzada la antevíspera y hubiera estado fuera de lugar ilusionarse sobre el alcance de este repliegue. Además, aquel mismo día Maunoury había estado a punto de ser anegado en un ataque de Von Kluck, y Gallieni había tenido que requisar los taxis de París para enviarle urgentemente refuerzos.

El día 8, los ingleses de French y el V Ejército de Franchet d'Esperey (que había reemplazado a Lanrezac) explotaron una información recibida la víspera por la noche. Al controlar mal el doble movimiento de repliegue de sus tropas, los alemanes habían dejado un vado entre el ejército de Von Kluck y el de Bülow. Los aliados se precipitaron en la brecha y efectuaron con la caballería una penetración que podía llevar lejos.

Efectivamente, el 9, los alemanes juzgaron que esta derrota en el Ourcq señalaba un cambio. En plena batalla, y antes de que este fracaso se convirtiese en catástrofe, el teniente coronel Hentsch, investido de plenos poderes por Moltke, que se había quedado en el Gran Cuartel General de Luxemburgo, ordenó a Von Kluck y a Bülow que operasen un repliegue general en caso de que los ingleses, rechazados unos días antes al otro lado del Marne, consiguiesen cruzar de nuevo el río. Como así ocurrió, la orden fue ejecutada y Von Hausen, que estaba en el Centro, tuvo a su vez que ponerse en línea con ellos.

Moltke, al ver que perdía ventaja a la derecha, había intentado ganarla a la izquierda, donde se encontraban el V y el VI Ejércitos

alemanes a las órdenes del Kronprinz Imperial y del Kronprinz de Baviera. Pero cometió el mismo error que había cometido unas semanas antes y les retiró cuatro cuerpos de ejército para consolidar la extrema derecha amenazada por Maunoury. El Kronprinz Imperial fue, a fin de cuentas, incapaz de explotar los primeros éxitos que había logrado frente a Sarrail gracias a su superioridad artillera. Sin embargo, el día 8 la situación era tan ventajosa para él que Joffre había autorizado a Sarrail a que abandonase Verdún, si era necesario, para poder conservar así su enlace con los ejércitos del Centro. El 9 y el 10, en el momento en que los franco-británicos rompían el frente al Oeste, el Kronprinz hizo un último esfuerzo, pero a falta de reservas no consiguió tomar Verdún. Y puesto que la última embestida había fracasado, Moltke ordenó el repliegue general desde Nancy hasta el Vesle. Esta orden marcaba el fin de la batalla del Marne.

La batalla del Marne, que fue una victoria indiscutible, significó, como opina Pierre Renouvin, una victoria del mando. Los ejércitos de los dos campos habían combatido con parejo encarnizamiento, animados del patriotismo más ardiente, y habían sufrido considerables pérdidas, pero los dos mandos no habían dado prueba de las mismas cualidades. En el lado de los aliados, la maestría de Joffre, el golpe de vista de Gallieni, la impetuosidad de Foch, la voluntad tenaz de Sarrail y el espíritu de solidaridad de French habían permitido elaborar y hacer triunfar una maniobra que, al devolver la iniciativa a las tropas aliadas, levantaba su moral y resucitaba su acometividad. Del lado de los alemanes, por el contrario, reinó continuamente la discordia entre Von Kluck y Bülow, celosos, tanto uno como otro, por calzar el primero las botas de la victoria. Coordinaron mal sus movimientos porque el generalísimo permaneció en su Cuartel General de Luxemburgo, mientras encargaba a un teniente coronel que tomase, sobre el terreno y en su nombre, las decisiones que la situación pudiese determinar. Estas circunstancias fueron el origen de torpezas tácticas tan numerosas

que hay historiadores que juzgan que, a fin de cuentas, la «victoria del Marne» se debió al azar.

Al día siguiente de la batalla, el plan de guerra alemán estaba caducado, puesto que las fuerzas francesas no habían sido puestas fuera de combate y los ejércitos rusos estaban dispuestos a entrar en acción. Es verdad que el plan Schlieffen no había previsto la llegada de un cuerpo expedicionario inglés que reforzaría el flanco izquierdo de las fuerzas francesas. Este «miserable pequeño ejército» fue especialmente maltratado durante la retirada, como si los alemanes hubiesen querido encarnizarse con él, ya que su existencia y su presencia eran el vivo testimonio del grave error de juicio que habían cometido negándose a suponer que Inglaterra entraría en la guerra. French había querido salvar lo que quedaba de su ejército, y considerando a los franceses incapaces de recobrarse había pensado y proyectado varias veces el reembarco, pero Kitchener y Wilson le habían disuadido de ello. Gracias a esta doble intervención, las fuerzas inglesas habían participado en la batalla con mayor actividad cada vez, tanto que perdieron cerca de cien mil hombres en cuatro semanas; por tanto, su papel no debe ser menospreciado. Por lo demás, Von Kluck declaró posteriormente que si no había podido tomar París había sido por la resistencia que ofrecieron los ingleses.

En realidad, parece cierto que la victoria del Marne se debió tanto a la inteligencia estratégica de Joffre como a los errores cometidos por el mando alemán. El éxito de la operación de desbordamiento de los alemanes estaba asegurado en su parte inicial porque la maniobra se desarrollaba a una cierta distancia de París, y dada la circunstancia del dispositivo radial de la red ferroviaria, el transporte de las tropas francesas era tanto más penoso e incómodo cuanto más lejos del centro se encontrasen. Pero una vez que los ejércitos alemanes avanzaron y pasaron el Somme, el mismo dispositivo ferroviario actuaba en sentido inverso y por partida doble; es decir, en el centro a favor de los franceses y en el exterior con desventaja para los alemanes. Joffre comprendió rápidamente que al llegar a

una cierta proximidad a París el plan alemán se volvía bruscamente contra sus promotores y que era allí, por tanto, donde había que librar batalla. Desde el primer día de la guerra había exigido el control de toda la red ferroviaria; el general, antiguo alumno de la Escuela Politécnica, había presentido que su victoria –la batalla del Marne– sería la victoria de los ferrocarriles franceses.

La carrera hacia el mar y la inmovilización de los frentes

Con la terminación de la batalla del Marne llegaba la hora de hacer cuentas. Las pérdidas de hombres eran considerables por ambas partes, pero lo que afligía a Joffre era la penuria de municiones. Jean Ratinaud escribe:

> Se había ido a la guerra con una dotación de 1.390 balas de cañón por pieza del 75. Los aprovisionamientos bajaron a 695 balas y no se fabricaban más que 10.000 al día para más de 3.500 cañones. Joffre estaba tan angustiado por la situación que el único documento militar que llevaba siempre consigo, que nunca abandonaba, era un pequeño carnet en el que tenía la cuenta exacta de las municiones.

El 28 de septiembre ordenaba que:

> Las municiones en excedente de 300 balas por pieza constituyan en cada ejército una reserva que el mando de *ejército* conserve a su disposición exclusivamente y del cual no pueda hacer uso más que después de haber pedido y recibido la autorización del mismo generalísimo Joffre.

Y la orden terminaba así:

> [...] todas las tardes o todas las noches antes de las seis, cada uno de los ejércitos dará a conocer, por telegrama, al director de la retaguardia, el número de balas consumidas durante la jornada.

Del lado alemán, donde Moltke había sido separado y reemplazado por Falkenhayn, las pérdidas de hombres alcanzaban, en algunas unidades, el 40% de los efectivos, y como la penuria de municiones era casi tan grave como en Francia, se comprende la razón profunda

que llevó a la fijación de los frentes; exangües y mal abastecidos de municiones, los ejércitos se vieron obligados a inmovilizarse.

Sin embargo, los dos mandos intentaron un último movimiento de conjunto para desbordar al adversario. Al Este del frente, el Kronprinz intentó una vez más conquistar Verdún, cercando tres cuartas partes de la ciudadela y amenazando su seguridad con el establecimiento de un poderoso saliente en las regiones de San Mihiel. En octubre, los franceses conseguían liberar un poco la plaza reconquistando las cimas vecinas, esfuerzo cuyo valor pudieron apreciar en febrero de 1916.

Al Oeste, Joffre, a falta de haber podido explotar la brecha abierta durante la segunda semana de septiembre, intentó envolver al ejército de Von Kluck. Como los alemanes intentaban también de nuevo desbordar los ejércitos franco-ingleses, esta doble tentativa fue desplazando progresivamente los combates en dirección al Norte, ya que cada uno de los adversarios intentaba poder respaldarse con la Mancha. Esta «carrera hacia el mar» dio lugar a encarnizados combates del 14 al 17 de noviembre.

Ante la importancia de lo que se arriesgaba, los dos mandos enviaron el máximo de refuerzos a este frente móvil. Eran, de un lado, tropas inglesas que desembarcaban en mayor número cada vez; contingentes belgas que se replegaban a lo largo de la costa después de haber tenido que evacuar Amberes; fusileros marinos del almirante Ronarch y fusileros reales *(Royal-Fusiliers)* que habían protegido la retirada de los ejércitos de Alberto I. Por el lado alemán afluían también los refuerzos; en primer lugar las tropas liberadas por la caída de Amberes y la capitulación de Maubeuge, después las quintas instruidas más recientemente, compuestas, en su mayor parte, por jóvenes voluntarios.

A diferencia de las operaciones que precedieron a la batalla del Marne, las tentativas de desbordamiento fueron acompañadas del refuerzo, en profundidad, de las líneas y de la instalación de una red de alambradas; así, antes de que se decidiese, la fijación de los frentes se había impuesto en el espíritu de todos.

La carrera hacia el mar fue marcada por sangrientos combates que culminaron en las tierras de Flandes.

Falkenhayn atacó el primero lanzando al asalto tropas frescas compuestas en su mayoría por voluntarios y que avanzaron a lo largo del mar. El día 20 se trabó batalla en un frente de 100 kilómetros. Habiendo perdido la línea del Yser, los belgas decidieron inundar toda la región, a lo que siguieron una serie de furiosos combates en la región pantanosa de Ramscapelle y de Langemarck. El 29, los alemanes dirigían sus esfuerzos sobre Messine e Ypres. Los combates que siguieron se colocan entre los más sangrientos de toda la historia de la guerra; en un día, el 1 de noviembre, el regimiento de los London-Scottish perdió un tercio de sus efectivos. Los franceses y los ingleses conseguían resistir, lanzando ataques y contraataques. Algunos asaltos tuvieron carácter épico, como el combate de Bois des Nonnes, en el que la Guardia de Su Majestad y la Guardia del káiser se enfrentaron en singular combate.

Pero no hubo vencedor y todos estos esfuerzos resultaron vanos, en vista de lo cual Falkenhayn dio la orden de detener la ofensiva. En estos combates en los que habían dado ejemplo las señoritas de la borla roja del almirante Ronarch, los *Royal-Fusiliers* y la Guardia Imperial, murió en Langemarck, por un pie cuadrado, la flor de la juventud alemana.

Sorpresas por el Este

Al mismo tiempo, los frentes del Este y del Sudeste se estabilizaban a consecuencia de combates fértiles en cambios espectaculares.

El 12 de agosto por la mañana los austríacos habían lanzado su expedición de «castigo» contra Serbia. La intervención de Rusia les obligó a reducir a la mitad los efectivos previstos para esta operación; pero, sin embargo, tenían mucho interés en llevarla a cabo rápidamente por razones de orden psicológico. Tomaron Belgrado, pero este éxito fue de corta duración, ya que el rey Pedro volvió a conquistar la capital trece días después, y rechazó al

enemigo al otro lado del Save. Los austríacos habían perdido más de doscientos mil hombres; Potiorek había sido destituido, de tal modo que la expedición de «castigo» había, terminado en una dolorosa afrenta. En el frente ruso los ejércitos de Francisco José sufrieron también descalabros; pero es verdad que lo mismo les ocurrió a los del káiser.

En 1913 los generales Joffre y Gilinsky habían concertado las directivas fundamentales de la cooperación estratégica de sus ejércitos. Se había convenido en llevar a cabo una doble ofensiva contra las fuerzas alemanas en la que el ataque de los rusos estaba previsto para el decimoquinto día de la movilización. Ahora bien, para movilizar y desplegar el ejército ruso se necesitaban sesenta días y, por tanto, el gran duque Nicolás se encontraba en la obligación de lanzar la ofensiva antes de tener en plaza su dispositivo. En caso contrario, no podría prevenir el cumplimiento del plan Schlieffen, y los alemanes, después de haber vencido a los franceses y gracias a sus líneas interiores, podrían dar la vuelta y marchar contra los rusos en el tiempo previsto.

Tal como se había convenido, el mando ruso lanzó una ofensiva el decimoquinto día con un ejército cuya movilización no estaría terminada hasta el trigésimo sexto día, y así atacó sin disponer siquiera de sus reservas.

De Gumbinnen a Tannenberg

Las tropas alemanas del general Prittwitz fueron sorprendidas y atropelladas en Gumbinnen el 20 de agosto, al mismo tiempo que, por su parte, las poblaciones civiles conocían los horrores del éxodo. Impresionado por la violencia del choque, Moltke mandó llamar dos cuerpos de ejército del frente occidental, y como cometió el error de sustraerlos del ala de su ejército que estaba en marcha y que, en esta fecha, había llegado a Charleroi debilitando así la maniobra de cerco concebida por Schlieffen, se ha podido afirmar –sin duda de

modo abusivo– que «sin Gumbinnen no hubiera habido victoria del Marne».

Sea como fuese, el objetivo a que apuntaba el mando ruso había sido alcanzado; pero las tropas lanzadas hacia adelante eran vulnerables y una maniobra de rodeo, concebida por Hindenburg, el sucesor de Prittwitz, permitió a los alemanes atacar con trece divisiones y 150 baterías a las diez divisiones de Samsonov, que no disponían más que de 70 baterías. El 31 de agosto quedó consumada la derrota de los rusos, Samsonov se suicidó en Tannenberg y Hindenburg hizo 92.000 prisioneros. A este éxito sucederían otros en los lagos masurianos, donde los rusos se vieron obligados de nuevo a batirse en retirada; sin embargo, consiguieron evitar la destrucción del grueso de sus tropas y siguieron ejerciendo una presión extremadamente peligrosa. Pero allí nació el mito de Hindenburg como salvador de la patria, que el vencedor de Tannenberg supo perpetuar muy hábilmente.

Los rusos habían atacado igualmente por el Sur a los ejércitos austríacos con objeto de auxiliar a los serbios. En Galitzia, después de las batallas de Lemberg y de Rava Russka, los ejércitos austríacos fueron obligados a batirse en retirada detrás del San. Los rusos ocupaban una gran parte de Galitzia con su capital, sitiaban la ciudadela de Przemysl, encerrando en ella a 12.000 austríacos, y su avanzada se instalaba en el puerto de Uszok, que domina la llanura húngara; pero habían pagado muy caro este éxito, pues sufrieron serias pérdidas que les impidieron explotarlo. El general Belaiev consideraba, sin embargo, que el ejército austríaco había sido «destruido». El 8 de noviembre ordenó la persecución sin piedad de todos los «vestigios» refugiados en los Cárpatos. El gran duque Nicolás quería hacer pasar doce divisiones de caballería en dirección a Budapest... «La amenaza de la caballería de la Brigada Salvaje produciría en Hungría un gran efecto de intimidación». Pero, de hecho, este sueño se disipó con la amenaza que hacían gravitar, en el Norte, los austríacos y los alemanes.

Los rusos habían conservado la iniciativa en el frente oriental, pero a costa de pérdidas considerables; habían sido puestos fuera de combate más de 1.200.000 soldados. Este balance se debía a su inferioridad en potencia de fuego. Desde el mes de agosto, el ruso Rennenkampf reclamaba a su ministro de la Guerra 108.000 obuses de balas, 17.000 obuses explosivos y 56.000.000 de cartuchos; le dieron 9.000 obuses de balas, 2.000 obuses explosivos y 7.000.000 de cartuchos. «Los combates del III Ejército (ruso) –informa un testigo inglés– eran pura carnicería, porque los rusos atacaban sin apoyo de artillería».

Pierre Renouvin opina: «En suma, cuando se inmovilizaron los frentes, el ejército ruso había cumplido el papel que se esperaba de él». Había obligado al alto mando a retirar tropas del frente occidental, contribuyendo así al éxito del Marne. El 14 de septiembre el general Laguiche, agregado al ejército ruso, dirigía este telegrama a Sukomlinov, ministro ruso de la Guerra:

> La impresión que se desprende de la dirección de las operaciones por parte del Estado Mayor ruso y de la conducta ante el fuego de las tropas rusas se resume en dos palabras que nunca repetiríamos bastante: bravo y gracias.

* * *

A finales de noviembre de 1914, ni los aliados ni las potencias centrales (a las que acababa de unirse el Imperio turco) veían manera de llegar a un resultado decisivo. Aunque el fracaso del plan de guerra alemán era el hecho más espectacular, las tropas del káiser seguían ocupando todo el norte de Francia y sus líneas avanzadas pasaban cerca de Arras, Noyon, Soissons y Reims. Al inmovilizar la guerra sobre el suelo francés durante más de cuatro años, Alemania iba a dejar marcada a Francia con profundas heridas, a amenazar su existencia y a paralizarla por mucho tiempo.

---

10 En la p. 252 encontrará el lector un cuadro de las fuerzas enfrentadas entre 1914 y 1918.

CAPÍTULO 8

El punto fuerte y el punto débil

Dos estrategias

Al principio de la guerra la iniciativa estratégica había estado a cargo de las potencias centrales. Los rusos habían conseguido, ciertamente, trastornar sus planes, pero a costa de una grave derrota. Tannenberg había sido compensada ampliamente en el Marne por la parada en seco infligida a los ejércitos del káiser, pero la realidad era que estos seguían acampando a menos de cien kilómetros de París. Después de la estabilización del frente, los austro-alemanes volvieron a tomar la iniciativa atacando, esta vez por el Este. Las operaciones evolucionaron de manera idéntica, es decir, que los alemanes consiguieron éxitos espectaculares, pero la decisión escapó de sus manos. En el Oeste, los aliados consiguieron, a su vez, trastornar los planes del adversario, pero a costa de pérdidas considerables y con pocos resultados. Estas poderosas embestidas, dirigidas contra el punto fuerte del enemigo principal, resultaron costosas e ineficaces y condujeron a la paralización de los frentes en lugar de a la victoria.

En estas condiciones no es de extrañar que los protagonistas pensasen en otra estrategia que apuntase al punto débil de la coalición adversa. Si no se atacaba al enemigo en el sitio donde concentraba sus fuerzas, la operación tenía sin duda pocas probabilidades de aniquilarlo, pero el golpe podía, no obstante, desorganizar sus planes, reducir el número de sus asociados y abrir nuevas vías hacia la victoria.

Las dos coaliciones intentaron simultáneamente la experiencia, pero vacilaron, sin embargo, en abandonar el punto fuerte por el débil y esa elección necesaria dividió a los medios dirigentes. ¿Habría que dispersar el esfuerzo y distraer fuerzas para atacar al sultán cuando el káiser acampaba en las puertas de Noyon? ¿Sería oportuno encarnizarse contra los serbios y castigar a los italianos que habían intervenido en la guerra cuando los cosacos eran capaces de ponerse de un salto a las puertas de Hungría? Estos graves problemas desvirtuaban las enseñanzas de la estrategia, mientras la inmovilización de los frentes iba a destruir las enseñanzas de la táctica.

Vencer a los rusos

En lugar de ser puestos fuera de combate, los franceses y los ingleses habían vencido en la batalla del Marne y habían conseguido después que el invasor se replegase. Pero, sin embargo, el Estado Mayor alemán no dejó de aplicar el segundo apartado de su plan, y entre octubre de 1914 y marzo de 1915 hizo pasar 25 divisiones del frente occidental al oriental. ¿Lograrían los alemanes poner fuera de combate a los rusos con ayuda del ejército austríaco? Los ejércitos del zar habían pasado por la dolorosa prueba de los reveses de 1914. La insuficiencia en artillería pesada, la penuria de municiones, la desaparición de los cuadros muertos en combate, debilitaban singularmente sus capacidades combativas. Sin embargo, los austríacos y los alemanes no cesaban de proclamar su asombro ante «lo coriáceo del oso ruso, cuyos zarpazos eran tanto más peligrosos cuantos más golpes recibía».

Los ejércitos de las potencias centrales disponían de una gran superioridad en material pesado y más aún en municiones. Los rusos, técnicamente en desventaja por el retraso de su economía y por el cierre del estrecho de los Dardanelos, que hacía muy difícil pasar encargos de material al extranjero, no disponían de más ventaja que de la del número, aunque un tanto ilusoria en

semejantes condiciones. A pesar de todo, los rusos, vencidos muchas veces, pero nunca abatidos, amenazaron con frecuencia la seguridad de las fronteras, en particular las de Austria-Hungría.

En diciembre de 1914, el fracaso de la ofensiva contra Varsovia había convencido al Estado Mayor austro-alemán de que solamente una operación llevada a cabo por las alas del ejército podría conseguir el triunfo. Fue lo que se intentó a principios de febrero. En Prusia Oriental, Hindenburg consiguió una vez más cercar en el bosque de Augustovo importantes contingentes rusos. Para escapar al peligro del aniquilamiento, los rusos libraron furiosos combates de retirada cerca de los lagos masurianos. Sus pérdidas fueron dobles que las de los alemanes, pero consiguieron conservar Grodno y en lo sucesivo sus reacciones forzaron a los alemanes a batirse en defensiva. Los austríacos lograron en los Cárpatos los primeros éxitos, pero su guarnición de Przemysl, sitiada desde la ofensiva rusa de 1914, se vio obligada a capitular, entregando al general Brusilov 120.000 prisioneros y más de 900 cañones.

Nicolás II era optimista y proyectaba un ataque contra Hungría en el verano, pero el gran duque Nicolás y su jefe de Estado Mayor, el general Junuskevitch, veían la situación de muy distinta manera. El embajador Paléologue escribía a Poincaré en informe confidencial:

> Dejando a un lado el pasado, el jefe del Estado Mayor se me ha franqueado poco a poco con respecto al estado actual de las fuerzas rusas y la probable continuación de las operaciones [...]. Sin municiones ni fusiles la ofensiva no podrá ser reanudada antes de dos o tres meses. Está ya organizado y establecido que el Estado Mayor alemán puede llevar a la frontera rusa 400 trenes diarios, mientras que los rusos no pueden llevar más que 90, y, por tanto, hay que renunciar a tomar la ofensiva en Prusia y en Polonia. Quedan los Cárpatos. [...] Al pasar al vagón del gran duque Nicolás, le he encontrado encanecido, demacrado, con los rasgos crispados. «Tengo que hablarle de cosas graves –me ha dicho– y no le habla el gran duque Nicolás, sino el general ruso. Tengo la obligación de decirle que la cooperación inmediata de Italia y de Rumanía es de una necesidad imperiosa. Repito y subrayo: de un valor incalificable». Por la noche, al reflexionar sobre la entrevista, me he representado al ejército ruso como un gigante paralizado, capaz todavía de asestar golpes temibles a los

adversarios que se pongan a su alcance, pero impotente para perseguirlos o incluso para rematarlos.

La retirada de 1915

Durante el verano de 1915 la campaña de Polonia vino a confirmar este juicio. Es verdad que, cuando se inició, los austríacos tuvieron que ponerse rápidamente a la defensiva, desde el momento en que la entrada en guerra de Italia les obligó a llevar tropas a ese nuevo frente. Además temían que los rumanos se uniesen al enemigo por el Este. Pero el 27 de abril, una operación de ruptura en la región de Gorlitz consumó la derrota del ejército Radko-Dimitriev, que perdió 250.000 hombres, dos tercios de los cuales fueron hechos prisioneros. Replegándose hacia el San, los rusos se apoyaron en su línea de fortalezas desde Stryj al Sur, hasta Przemysl en el Centro y Rozvadov en el Norte. El 12 de junio Mackensen lanzó una nueva embestida que permitió alcanzar las alturas situadas entre San y Bug. En esta región los ríos que descienden de los Cárpatos tienen una disposición que recuerda la de la parte oriental de la cuenca parisiense. Los alemanes, que venían del Oeste, tenían que franquear estos ríos y las líneas de cotas, una a una, para llegar al centro del valle. Después de la recuperación de Przemysl por los rusos, la batalla principal tuvo lugar en el Verechnitsa, pequeño río que prolonga las alturas entre San y Bug; los rusos fueron vencidos y tuvieron que abandonar Lemberg, pero consiguieron escapar (mediados de junio). En Cholm, el Estado Mayor ruso decidió que para salvar el ejército había que perder Polonia.

Después de una campaña de cinco meses, los rusos consiguieron detener el avance de las fuerzas alemanas a retaguardia de Vilna, Pinsk, Kovel y Tarnopol. Una vez más los alemanes habían llevado la ventaja, pero no habían conseguido aplastar al enemigo.

Desprovistos los rusos de municiones, estas batallas tenían para ellos unas consecuencias dramáticas; la retirada que siguió dejó al general Denikin un recuerdo imperecedero.

> Durante más de doce días los alemanes barrieron nuestras líneas y no pudimos responderles porque ya no teníamos nada... Completamente agotados nuestros regimientos se batían a la bayoneta... La sangre corría por todas partes... Nuestras filas se raleaban; dos regimientos fueron casi enteramente destruidos por la artillería. Cuando después de un silencio de tres días nuestra batería recibió 50 obuses, comunicó inmediatamente por teléfono la noticia a todos los regimientos y a todas las compañías y los hombres la recibieron con júbilo y con alivio.

Roto el frente de parte a parte, el alto mando había conseguido evitar el aniquilamiento, pero cerca de la mitad del ejército estaba fuera de combate; las cifras eran de 151.000 muertos, 683.000 heridos y 895.000 prisioneros, desastre sin precedentes que afectó duramente a la moral de la tropa y de sus jefes. Se achacó la responsabilidad a la retaguardia, es decir, al Gobierno, a las instituciones, al régimen. Sin embargo, el mando intentaba fingir aplomo y asimilaba la retirada de 1915 a la de 1812, como si se tratase, de nuevo, de un plan totalmente preconcebido. Para engañar, practicó sistemáticamente la táctica de la tierra quemada, y así, a las destrucciones del enemigo, se añadieron las de los expertos del Estado Mayor, y al cortejo de tropas en retirada, el de las mujeres y los niños.

Miles de refugiados refluyeron sobre la retaguardia, donde nada había sido previsto para acogerlos. «Esta gran emigración organizada por el Cuartel General conduce a Rusia al abismo, a la revolución, a la perdición», preveía Krivocin, ministro de Agricultura.

Y efectivamente, sonó la hora de la verdad para el antiguo régimen. ¿Podría la economía proveer a las necesidades del ejército? ¿Sabría el zarismo dar el impulso necesario para la victoria y hacer a la opinión las concesiones políticas que podían ayudar al pueblo ruso a soportar nuevos sacrificios?

Socorrer al ejército ruso[11]

Según el mando occidental, las ofensivas emprendidas después de la fijación de los frentes respondían a una triple necesidad: mantener a los soldados en estado de alerta por temor a que se entumeciesen en las trincheras y desesperasen de la victoria; auxiliar al ejército ruso atacado por la coalición enemiga y con quien convenía «corresponder al gesto» del año precedente; intentar explotar la superioridad numérica debida al refuerzo de tropas que los alemanes habían enviado al frente oriental a finales del otoño de 1914. Estas razones fueron determinantes y prevalecieron sobre los argumentos en favor de la contemporización; a saber, la penuria de municiones, la inferioridad en material pesado, el crecimiento más lento de la producción de armas y de material.

«Los estoy royendo»

Los jefes militares no fueron unánimes en sus pareceres; French y Castelnau criticaban abiertamente este deseo de la ofensiva a toda costa y sabían que muchos de los comandantes del ejército pensaban como ellos, pero no se atrevían a oponerse a la voluntad del vencedor del Marne, seducido a estas fechas por el ardor y el optimismo de Foch, campeón de la ofensiva a toda costa y siempre confiado y seguro de la victoria. El general Fayolle ha dado cuenta de una de estas discusiones en Saint-Pol, el 29 de noviembre de 1914:

> Nunca he oído tantas tonterías... Atacar, atacar, se dice pronto, pero es lo mismo que intentar derribar a puñetazos un muro de piedra de sillería [...], para ellos la única manera de acertar y tener éxito es hacer que se mate gente.

Para justificar esos ataques repetidos y esa eterna confianza, Joffre explicaba: «Los estoy royendo»; pero, según el crítico militar inglés Liddell-Hart, «esas tentativas no tenían resultados más eficaces que los de un ratón royendo una caja fuerte de acero; ¡solo que los

dientes que se desgastaban en ello eran las fuerzas vivas de Francia!».

En realidad, las trincheras, concebidas para la defensiva, causaron graves pérdidas al asaltante. Deshicieron ataques franceses lanzados algunas veces en proporción de seis contra uno en Champaña e incluso de dieciséis por uno en ocasión de un asalto de los ingleses cerca de Lille. Con fecha de 7 de abril, señalaba Poincaré en *Les Tranchées:*

> Los comunicados son siempre de una lúgubre monotonía; tomamos o perdemos una trinchera en Bois-Brulé o en Bois-le-Prêtre, en los flancos del Hartmannswiller y nada más; pero los hombres caen y la muerte prosigue despiadadamente su obra fatal.

Lo mismo rezaba el comunicado alemán que repetía todos los días ante los ataques incansables de franceses e ingleses: «Sin novedad al Oeste».

Estas tentativas, decididas a finales de 1914, obedecían a la *Instrucción General* del 8 de diciembre que proyectaba que la ofensiva revistiese la forma de dos ataques principales, uno que partiese de Arras, en dirección a Cambrai y a Douai, y otro, al este de Reims, en dirección a Attigny y a Rethel. Este plan respondía a necesidades geográficas que Henri Bidou ha analizado muy bien:

> Rechazar al enemigo hacia la estrecha base de las Ardenas, operar después sobre las comunicaciones, lo que puede hacerse por medio de un ataque Sur-Norte a lo largo del Mosa o por un ataque en Lorena; lo esencial había sido visto en agosto de 1914 y ello constituyó la maniobra de Foch en 1918.

Las ilusiones del año 1915: Artois-Champaña-Artois

Desde diciembre de 1914 hasta la batalla de Verdún, en febrero de 1916, todas estas tentativas fracasaron con el coste de aterradoras pérdidas. En cada intento, el mando aliado, que se creía fuerte por su superioridad numérica y valoraba mal las aptitudes defensivas del adversario, alimentaba la esperanza de una ilusoria rotura del frente.

Es verdad que las contraofensivas para entretener fuerzas realizadas por los alemanes fracasaban igualmente. En el bosque de La Gruer, como en los Éparges, en el Argonne, los adversarios atacaron por turno con el mismo inútil resultado. Igualmente ocurrió en el asalto llevado a cabo por los alemanes en abril, en ocasión de la segunda batalla de Ypres y que ilustra la primera utilización de los gases. Esta batalla hizo más de cien mil víctimas, pero la ofensiva proyectada no era muy ambiciosa. Por el contrario, las que emprendieron los franco-británicos en la primavera y sobre todo en el otoño pretendían desembocar en la victoria; pero, en cada ocasión, una razón inesperada les obligó a desengañarse.

En Artois, el 16 de diciembre de 1914, tuvo lugar el primer fracaso por falta de artillería, y el general Maudhuy decidió que no se podía volver a atacar en un frente de más de 1.500 metros. Del 20 de diciembre al 30 de enero, y después del 16 de febrero al 16 de marzo, tuvo lugar la gran ofensiva en Champaña. Las resquebrajaduras abiertas en el frente alemán eran demasiado estrechas para que pudiesen ser ensanchadas, y el mando se apercibió de que, por no haber instalado la red de trincheras con suficiente cuidado, la coordinación de las operaciones no podía realizarse de manera satisfactoria, sobre todo en caso de repliegue. Mal adaptada a la guerra de trincheras, la artillería de campaña no lograba seguir exactamente el avance de la infantería y ocurría que tiraba, a veces, contra sus propias tropas. Se apercibieron igualmente de que si bien el punto escogido para el ataque tenía su razón de ser en un mapa de Estado Mayor, las cosas eran distintas sobre el terreno; inundado de agua, el terreno calcáreo de los alrededores de Souain, Tahure y Massiges se convertía en un barro pegajoso que hacía imposible todo avance rápido. Los asaltantes que se lanzaron a descubierto y tropezaron con las alambradas fueron destrozados.

Se tuvieron en cuenta estas lecciones en Artois, donde la acción se extendió a un frente más amplio y bien provisto de artillería. El terreno, más variado, se prestaba mejor al camuflaje y al ataque,

pero los alemanes, hábilmente apoyados en un rosario de crestas, como el acantilado de Vimy, supieron sacar provecho de las ventajas del relieve; las menores asperidades se transformaron en fortines con galerías subterráneas y abrigos fortificados. El 9 de mayo y el 16 de junio los franceses y los anglo-canadienses consiguieron avanzar de uno a cuatro kilómetros, pero no pudieron explotar este éxito por falta de reservas cercanas.

En septiembre los franco-británicos se lanzaron una vez más, emprendiendo esta vez una ofensiva simultánea en Champaña y en Artois. Se alineaban efectivos considerables, pero Joffre era, esta vez, menos optimista. «Esto saldrá o no saldrá», dijo al rey de Bélgica. El mismo Foch no estaba seguro del éxito. Pero en contra del parecer de Douglas Haig, se decidió la ofensiva, y la orden general de Joffre «invitó a los soldados a no dar tregua ni reposo al enemigo hasta la consecución de la victoria». Los ataques ingleses en Loos fracasaron totalmente. Los británicos habían querido utilizar, a su vez, las capas de gas, pero la orientación del viento era incierta y el ingeniero encargado de accionar los cilindros se negaba a hacerlos funcionar. Según Liddell Hart, el general Horne le ordenó «que aplicase el plan previsto cualesquiera que fuesen las circunstancias». Y así, una parte de la infantería inglesa fue envenenada por sus propios gases.

Mientras que en Artois los aliados no conseguían pasar el Souchez, la ofensiva fracasaba igualmente en Champaña. Los alemanes habían aprendido la lección de los combates de la primavera y habían instalado, a algunos kilómetros de la primera línea, posiciones de segunda fila a contrapendiente, es decir, detrás de las alturas de Tahure y, por consiguiente, invisibles para el asaltante. El 25 de septiembre las tropas francesas se lanzaron al ataque y tomaron la primera línea, pero las segundas posiciones cortaron en seco su ímpetu. Se dio la orden de conquistarlas «costase lo que costase». Pero once días después, el 6 de septiembre, el general Castelnau comunicaba que no era posible renovar los ataques y Joffre dio la orden de parar la ofensiva.

Estos últimos combates en Champaña habían costado a los alemanes, según ciertas estadísticas, 140.000 muertos o heridos y 25.000 prisioneros, y según otras, 80.000 de los primeros y 41.000 de los segundos. En otoño los franceses habían perdido 135.000 hombres y 290.000 heridos en la doble batalla de Artois-Champaña. La campaña de 1915 suponía para ellos 400.000 muertos y prisioneros y casi 1.000.000 de evacuados, heridos o enfermos.

Las pérdidas de los ingleses eran igualmente monstruosas en estas condiciones, y en vista de la nulidad de los resultados, acabó por prevalecer la idea de una estrategia distinta.

La estrategia del punto débil

Los ingleses, cuyo suelo nacional no estaba amenazado directamente, analizaban la situación con mayor sangre fría. A principios de 1915, el informe del coronel Hankey demostró que durante muchos años no se moverían los frentes. Kitchener consideraba que esta guerra no era la suya y pretendía resucitar el tipo de lucha a que estaba habituado. Así nació la idea de una expedición de tipo colonial, un ataque «a los flancos» del adversario, como lo proponía W. Churchill, entonces primer lord del Almirantazgo, quien quería atacar a la coalición enemiga, no ya donde era más amenazadora –entre Flandes y Champaña–, puesto que se había mostrado allí inexpugnable, sino precisamente en el lugar donde era más vulnerable, a riesgo de provocar la formación de nuevos frentes. Se había proyectado primero un desembarco en Sleswig, que fue rechazado una y otra vez; después se pensó en atacar a Austria-Hungría por el Adriático, pero se consideró que el relieve y la proximidad del puerto fortificado de Pola auguraban un resultado aleatorio. Y así prevaleció la idea de atacar a Turquía, que constituía el eslabón más débil de la cadena de las coaliciones enemigas y cuya derrota podría arrastrar a Italia y a Bulgaria a entrar en la guerra junto a los aliados.

El proyecto se justificaba por más de una razón; parecía probable que las potencias centrales habrían de concentrar sus esfuerzos, en 1915, contra Rusia, y los aliados deseaban despejar la ruta que les permitiera el aporte de material, municiones y refuerzos. Además, un ataque serviría para aligerar la carga que los rusos soportaban en el frente del Cáucaso. Precisamente, a finales de diciembre de 1914, el gran duque Nicolás pidió socorro a los aliados, porque los turcos desencadenaron una gran ofensiva en la región de Sarikamisch, ofensiva que fue rechazada, pero que, mientras duró, sirvió para que los «orientales» ingleses y franceses cogieran la ocasión por los pelos e hiciesen triunfar su proyecto.

Briand, Gallieni, Churchill y Asquith habían encontrado dificultades para forzar la oposición de los jefes de las fuerzas armadas. Lord Fisher juzgaba que la operación estaba destinada a fracasar si los griegos no entraban en el conflicto. Kitchener, impresionado por las pérdidas aliadas, inquieto por la escasez de municiones y afectado por el escándalo que eso había causado, vacilaba ahora en sustraer tropas al frente occidental. Pero la operación fue decidida a pesar de todo, aunque con la condición de que no participaría en ella más que la flota; de este modo no había que consultar ni a Joffre ni a French y, por un tiempo, la operación se realizó a sus espaldas. El ataque tendría por objeto forzar los Dardanelos, amenazar a Constantinopla, apresurar la intervención de los griegos y hacer capitular a Turquía. La flota encargada de la operación debía llamarse *Fuerza Expedicionaria «Constantinopla»,* pero en el último momento se renunció a bautizarla así «para no conjurar a la suerte».

Los franco-británicos habían subestimado la capacidad de resistencia del adversario, pero además este había sido alertado, a principios de noviembre de 1914, por el inesperado ataque de una escuadra inglesa. El almirante que la mandaba no había podido resistir a la tentación de bombardear el estrecho de los Dardanelos. En consecuencia, Liman von Sanders, comandante alemán en Constantinopla, había tomado disposiciones para reforzar su potencia defensiva, cosa que ignoraban los ingleses.

El 19 de febrero de 1915 tuvo lugar el primer ataque; la flota inglesa logró hacer callar a las baterías turcas situadas en los lugares más expuestos. Ante esto, no fueron los aliados los únicos que creyeron que tenían la victoria al alcance de la mano, sino que también el primer ministro griego Venizelos, con simpatías republicanas y partidario de una «Gran Grecia», juzgó el momento oportuno para ofrecer el concurso de un cuerpo expedicionario que habría de dirigirse contra Constantinopla. Los rusos reaccionaron inmediatamente, pues para ellos no había caso de que los griegos se instalasen en Constantinopla; así pues, resurgía una vieja querella en la que los rusos, los ingleses y los griegos resultaban a la vez rivales y aliados, como en 1824. Venizelos tuvo que presentar la dimisión, que el rey Constantino aceptó de buen grado, porque era germanófilo y se había opuesto siempre a los proyectos de su ministro.

El 18 de marzo tuvo por fin lugar la tentativa en grande contra la posición de los Dardanelos; la flota aliada quiso franquear el estrecho, pero fracasó, abandonando el tercio de sus navíos. Los turcos no habían perdido más que doscientos hombres.

El almirante Carden consideraba que el resultado había estado pendiente de un hilo, que hubiera bastado con que un cuerpo de tropa desembarcase y realizase la operación de limpieza de la zona bombardeada por la flota para que quedase abierta la vía a Constantinopla.

Kitchener consintió en enviar un cuerpo expedicionario pequeño, dejándose coger así en el engranaje, sin darse cuenta de que las normas de la operación habían dado la vuelta; en efecto, en el proyecto inicial la flota tenía que abrir el camino para un cuerpo expedicionario, pero, en realidad, las tropas de desembarco tenían por misión facilitar el paso de la flota. A partir de ese momento, la expedición habría de desarrollarse bajo el signo de la improvisación; no había ningún plan de desembarco y las tropas se instalaron de cualquier modo; carecían de mapas y los aviones no podían aterrizar por falta de aeródromos; la intendencia no seguía a las tropas y

cuando la epidemia hizo su aparición seguía sin existir un navío-hospital para trasladar a los contagiosos.

Las tropas que habían llegado así a la península de Gallípoli cayeron en la trampa porque los turcos cerraban el camino y no era cuestión de reembarcar. Esperaron los refuerzos, que el alto mando no envió más que con parsimonia. En un momento dado, los aliados intentaron abrir brecha, pero la batalla de Anafarta fracasó como las pasadas tentativas. Y, sin embargo, a la inversa del 18 de marzo, fue entonces cuando los aliados estuvieron a punto de lograr la victoria, porque sus adversarios no tenían ya municiones. Desgraciadamente lo ignoraban y, ante la resistencia de los germano-turcos, decidieron reintegrarse a sus bases. El almirante Fisher había predicho la catástrofe. Era necesario impedir que las tropas aliadas fuesen arrojadas al mar. Estaba previsto el envío de nuevos refuerzos, pero la idea de la evacuación había ganado ya todos los espíritus.

Las franceses y los británicos no intentaban ya más que «salvar las apariencias». Los ingleses propusieron desembarcar en Alejandreta (Cilicia), lo que era fácil gracias a la presencia inglesa en Chipre y en Egipto; se haría creer así que la operación de los Dardanelos había sido un intento de entretener fuerzas. Pero los franceses se opusieron porque tenían pretensiones sobre Siria y no se había secado aún la tinta que fijaba los acuerdos secretos Sykes-Picot[12]. Los ingleses renunciaron y aceptaron el hacer refluir sus tropas hacia Salónica, donde los griegos habían tenido que dejar desembarcar a los aliados. En Gran Bretaña la opinión se inquietaba, se impacientaba; se discutía del porvenir de la expedición de los Dardanelos hasta en la plaza pública. El general Monro fue enviado a hacer una investigación sobre el terreno, y veinticuatro horas después, Kitchener le intimaba respondiera por telégrafo a la pregunta: «¿Marcharse o quedarse?». El 31 de octubre se había aceptado el principio de la evacuación y Kitchener ordenaba inmediatamente la desviación de los convoyes con destino a los Dardanelos. Los primeros envíos comprendían ropas de invierno que volvieron como habían venido; el 27 de noviembre el frío se abatía

sobre los soldados de los Dardanelos: 200 muertos de frío y a 5.000 se les helaron los pies.

La evacuación tuvo lugar en diciembre y, por una vez, la operación fue organizada de acuerdo con todas las reglas del arte y fue así el único éxito total de la expedición.

La operación de los Dardanelos costó la pérdida de 145.000 hombres entre muertos y heridos, y fue, por tanto, una catástrofe si se tienen en cuenta las esperanzas que se habían puesto en esta expedición. Pero si se considera la utilización ulterior de estas tropas en el frente de Salónica, no aparece como totalmente inútil. En su punto de partida la idea merecía que se intentase la empresa, y lo que había que condenar era la incompetencia de los jefes responsables.

La campaña de Mesopotamia y la capitulación de Kut

La misma incompetencia se observa en los demás frentes del Oriente Medio.

En Mesopotamia, los generales Nixon y Townsend querían atacar Basora, remontar el Éufrates, amenazar a Bagdad y apoderarse de los petróleos. No disponían ni de mapas ni de plan ni de aeroplanos y habían olvidado que en la desembocadura del Éufrates los navíos no podrían encontrar el equipo portuario de Bombay o de Madrás. El material se quedó así en rada y después se volvió mientras que la tropa se instalaba en Basora. El desembarco había tenido lugar en el momento de los grandes calores y la epidemia hizo estragos; el único navío-hospital con destino al océano Índico cruzaba entre la India y el África oriental y no se había pensado en dirigirlo a Basora, por lo cual perecieron muchos de los enfermos.

Sin embargo, Nixon y Townsend se manifestaban impacientes por marchar contra Bagdad, situada a 2.000 kilómetros del punto de desembarco. Nixon se quedó en Basora para esperar el material, mientras que Townsend levantaba el campo. En cada etapa de su marcha sometía una ciudad y partía hacia la siguiente, donde

siempre esperaba aprovisionarse, y así llegó hasta Kut el ejército, completamente agotado.

En Basora aumentaban los envíos de hombres, pero se hacían esperar siempre los víveres y el material. Unas semanas más tarde los turcos ponían cerco a Kut con Townsend dentro. Por tres veces se intentaron expediciones de socorro, pero la realidad no tenía nada que ver con la imagen tradicional de los lanceros de Bengala y las tropas de socorro perecieron en ruta y no llegaron nunca. Los británicos ofrecieron dos millones de libras esterlinas al sultán para que los sitiados pudiesen regresar a sus bases sanos y salvos, pero este rechazó la oferta y dio cuenta de cómo intentaban los ingleses rescatar a sus cautivos (diciembre de 1915). Y así fueron conducidos hasta Bagdad 12.000 anglo-indios, agotados por el asedio y las enfermedades, recorriendo, bajo la canícula, más de 25 kilómetros diarios. En la Ciudad Santa tuvieron que desfilar durante horas enteras en una marcha que era una pesadilla, mientras los soldados turcos les pegaban con látigos y bastones ante la muchedumbre estupefacta.

Esta capitulación de Kut tuvo una gran resonancia en todo el oriente árabe, y, sin embargo, Halil Pachá no supo explotar esta victoria que seguía al avance de las tropas turcas en Siria.

La situación no cambió en estos dos frentes hasta 1917, cuando, gracias al levantamiento de los árabes y al sentido de organización del general Maude, los británicos pudieron rehacerse y ocupar Bagdad, mientras que los *Anzacs*[13] de Alleby se dirigían contra Jerusalén.

La intervención italiana

El ataque aliado contra las posiciones de los Dardanelos precipitó el viraje de Italia, antaño asociada a las potencias centrales y que se pasó pronto al otro campo. En agosto de 1914 los medios dirigentes italianos estaban muy divididos: la extrema derecha y los medios militares o próximos al Vaticano manifestaban simpatía por los

Habsburgo, pero el resto de la opinión era favorable a las democracias occidentales o bien era todavía pacifista, sobre todo la extrema izquierda. «Abajo la guerra –escribía Mussolini–, ha llegado el día de que el proletariado italiano cumpla con la vieja consigna: ni un hombre ni un céntimo».

El gobierno de Salandra se resignaba con dificultad a no «sacar alguna cosilla» *(parecchio)* de la conflagración europea. Su proclamación de neutralidad equivalía a una semi-ruptura, y además el general Cardona insistía en que se movilizase inmediatamente junto a la Dúplice, y ya el día 21 envió una Memoria con las primeras disposiciones para una guerra contra Austria. En esta fecha la opinión permanecía aún hostil a toda intervención, pero los medios dirigentes pretendían no quedar fuera de tan grandes acontecimientos.

La primera semana de la guerra, Salandra se dedicaba ya a tantear el precio de su neutralidad; pedía a Viena algunos pedazos del territorio austríaco, principalmente el Trentino, y al mismo tiempo negociaba con los rusos las ventajas y las obligaciones que podría suponer la participación en el otro campo. Durante los diez meses siguientes, el Gobierno italiano llevó así adelante dos negociaciones simultáneas, y en nombre del «egoísmo sagrado» estaba dispuesto a aliarse con el mejor postor.

Viena no quería ceder las islas Dálmatas ni los «distritos alemanes» del Tirol meridional, pero aceptaba la formación de un Estado autónomo en Trieste y concedía plena libertad de acción a los italianos en Albania y en el Dodecaneso.

Los aliados podían mostrarse más generosos, puesto que Italia no les proponía únicamente la neutralidad, sino su participación en el conflicto y que los territorios que codiciaban los italianos no les pertenecían. Los apetitos del Gabinete italiano resultaban, sin embargo, a la medida de los de sus futuros aliados. En caso de reparto del Imperio turco, los italianos reivindicaban Cilicia, el sur de Capadocia, el sudeste de Anatolia, la región de Esmirna, etc. Además, las pretensiones de Italia en Dalmacia no podían realizarse

más que a expensas de Serbia, cosa que los rusos consideraban inadmisible.

Como los austríacos continuaron siendo muy parcos, a pesar de la presión de Berlín a favor de concesiones más generosas, Salandra prefirió tratar con los aliados. El pacto de Londres, firmado el 26 de abril de 1915, fue el primer acuerdo secreto de la Gran Guerra; según este tratado, Italia se comprometía a declarar la guerra a Austria-Hungría en el plazo de un mes a cambio de promesas territoriales en Dalmacia, en Asia Menor y en África, en el caso de que los aliados se repartiesen las posesiones alemanas de Ultramar.

Las negociaciones habían sido llevadas a cabo por tres hombres, Salandra, Sonnino y el rey Víctor Manuel, quienes sabían que la mayoría de los parlamentarios seguía a Giolitti y la política del *parecchio.* Giolitti consideraba que la intervención provocaría la invasión y la revolución y pidió a los que compartían sus opiniones que le enviasen su tarjeta de visita; 283 diputados respondieron a su demanda. Si se añaden a estos los socialistas, no cabe duda de que la gran mayoría se pronunciaba a favor de la neutralidad.

Pero la suerte de la paz se jugaba ya en la calle; el Gobierno había puesto en marcha una gigantesca campaña de prensa a favor de la intervención: «Sin ella –declararía después Salandra– quizá no hubiera sido posible la intervención de Italia». Como lo ha señalado Vigezzi, una parte de la opinión deseaba participar en el conflicto, ya desde la fecha de la fiesta nacional del 15 de septiembre. La formaban los nacionalistas, los futuristas y todos los que creían necesario que el pueblo recibiese el bautismo de la sangre, para que no se dijese ya más en los libros de historia que Italia debía su existencia y su crecimiento territorial a su diplomacia y a las armas extranjeras. «Bienaventurados los misericordiosos porque tendrán que restañar una sangre resplandeciente y curar un dolor radiante», cantaba D'Annunzio en la ceremonia del Quarto en conmemoración de la expedición de los Mil. La prensa prestaba amplio eco a todas las manifestaciones de carácter patriótico, como la llegada de D'Annunzio a Roma a principios del mes de mayo. Aprovechando la

simpatía de los nacionalistas, que eran favorables a la entrada en guerra y a quienes daba igual que se hiciese contra o con Austria, la coalición intervencionista englobó pronto a los tránsfugas de todos los partidos de izquierda y sobre todo a los socialistas. Estos habían condenado por unanimidad la guerra y, con ella, la Unión Sagrada; pero Claudio Treves hacía notar que esta era legítima en algunos casos, especialmente cuando se trataba de una guerra defensiva. Mussolini, por su lado, ponía a la disposición de Gustavo Hervé las columnas del *Avanti* y «advertía que era Alemania, Estado aún feudal y retrasado, la que había desencadenado la guerra, mientras que Francia era la patria de la revolución y de la libertad». No asistió a la conferencia de Lugano organizada por los socialistas hostiles a la guerra y recibió a Marcel Cachin, portador de los subsidios del Quai D'Orsay y de los alientos de los revolucionarios franceses.

Mussolini, acusado de actitud equívoca, dio el paso definitivo en octubre, distinguiendo «la neutralidad absoluta y la neutralidad actuante» y proclamando que «los problemas nacionales existían también para los socialistas». El grupo socialista intervencionista creció rápidamente sostenido por aquellos para quienes la guerra se colocaba en la tradición del *Risorgimento,* como Salvemini, y por los jóvenes revolucionarios, como Pietro Nenni y A. Gramsci. La dirección del partido destituyó a Mussolini de sus funciones de director del *Avanti,* pero sin excluirle. Inmediatamente, Mussolini fundó un diario nuevo, *Il Popolo d'Italia,* cuyo grito augural fue un llamamiento a la guerra. Se fundó un grupo de acción socialista revolucionaria a favor de la guerra, los *Fasci,* que en lo sucesivo unió sus fuerzas a las demás corrientes intervencionistas.

En conjunto, sin embargo, la opinión permanecía sorda a tales llamamientos, pero los grupos activistas comenzaban a hacerse dueños de la calle; perseguían a los amigos de Giolitti y saqueaban las sedes de los periódicos neutralistas, mientras el Gobierno dejaba hacer. Cuando Salandra, minoritario en la Cámara, presentó su dimisión, los intervencionistas invadieron el Parlamento y por medio de un pequeño golpe de Estado, con el apoyo de la calle, el rey

Víctor Manuel se negó a tener en cuenta esa votación; significaba la guerra y el Parlamento se doblegó.

Según el general Cardona, jefe de las fuerzas italianas,

> El ejército se encontraba entonces en un estado de verdadera disgregación, hasta tal punto que no era exagerado asegurar que si Austria hubiese atacado en el momento de la proclamación de la neutralidad se hubiese encontrado con un país casi sin defensa.

Pero esto no había impedido al generalísimo mostrarse muy belicista. Además, en la época de la Triple Alianza, los medios militares, a menudo clericales, habían juzgado siempre inoportuno el organizar maniobras por el lado de la frontera austríaca y no conocían en absoluto el terreno en que iban a batirse. En realidad el trazado de la frontera es ventajoso para los austríacos, que, en el Tirol y en Venecia, dominaban al adversario por sus posiciones más altas. Además, las tropas imperiales tenían la experiencia de una o dos campañas contra los rusos. Así pudieron hacer frente a los italianos, aunque eran cuatro veces menos numerosos; mientras el mando italiano revelaba su incapacidad para organizar la movilización y la concentración de sus fuerzas. No existía coordinación alguna entre la administración militar y las fuerzas armadas, que contaban, en todo y por todo, con 600 ametralladoras, 1.800 cañones de campaña y 112 piezas pesadas. Según informa Piero Pieri:

> La burocracia no dejaba, sin embargo, de cumplir sus tareas rutinarias imperturbablemente; se enteraba con una urgencia extrema de la talla de los oficiales susceptibles de ser trasladados a los regimientos de granaderos y hacía proseguir la encuesta hasta bajo el fuego enemigo. Se verificaba con cuidado el afilado de las lanzas y de los sables y se llamaba del frente a los comandantes para hacerles pasar exámenes.

Las tropas italianas no habían oído jamás el crepitar de una sola de sus ametralladoras. Se lanzaron por tres veces al asalto de las posiciones atrincheradas del enemigo y por tres veces fueron rechazadas. En unos meses perdieron más de 250.000 hombres.

Falkenhayn y la estrategia del punto débil: los Balcanes

En el momento en que los franco-británicos veían desmentidas sus esperanzas en Champaña, los alemanes consideraban que no podrían vencer a Rusia. La resistencia de las tropas zaristas y las posibilidades que ofrecía una retirada ilimitada, hicieron temer a Falkenhayn que el ejército austro-alemán se enterrase en la inmensidad de la llanura rusa. Había que buscar en otro sitio el resultado decisivo.

Hindenburg no compartía esta opinión; suponía que Falkenhayn estaba celoso de sus éxitos y quería impedirle llevar adelante su ofensiva hasta la capitulación de Rusia. Conrad von Hotzendorf, el mejor estratega de la coalición, opinaba lo mismo que Falkenhayn. Sin embargo, si bien el generalísimo austríaco creía prudente pasar a la defensiva en el frente del Este, se proponía atacar a Italia para «castigar a los traidores», pues juzgaba que sus tropas, compuestas en parte de eslavos que se mostraban poco agresivos frente a los rusos y a los serbios, recuperarían su ardor ante los italianos.

Pero sus fracasos en Galitzia y su dependencia con respecto a su aliada, obligaban a Conrad a someterse a la voluntad de Alemania, y Falkenhayn juzgaba que había que atacar a la coalición enemiga en su punto más débil, que era Serbia.

A principios de septiembre de 1915 parecía segura la intervención de Bulgaria y entonces la victoria sería indudable, porque esta intervención aseguraría el enlace con los turcos y restablecería el eje Berlín-Bagdad; la intervención abría, en suma, horizontes ilimitados.

La intervención búlgara contra Serbia podría crear obligaciones al Gobierno griego, pero el rey y el ejército de Atenas se negaban a comprometerse mientras Fernando de Bulgaria no hubiese declarado efectivamente la guerra y en tanto que los serbios no hubieran concentrado en el Vardar los 150.000 hombres que preveía la cláusula de asistencia greco-serbia. Los griegos sabían perfectamente que los serbios serían incapaces de cumplir tal

compromiso al ser atacados en el Norte por los austríacos, y, por consiguiente, se consideraban libres.

Los aliados les propusieron sustituir a los serbios con el cuerpo expedicionario de los Dardanelos que ofrecían desembarcar en Salónica. Venizelos, de nuevo en el poder, acogió la idea con entusiasmo, aunque se reservaba el protestar, por cumplir, contra esta violación de la neutralidad griega en caso de que Bulgaria no hubiera intervenido todavía en el conflicto en el momento de la llegada de las tropas aliadas. Sin embargo, los aliados colocaban a Venizelos en una posición insostenible; para evitar la entrada en guerra de Bulgaria declararon públicamente su simpatía hacia el rey Fernando, al mismo tiempo que desembarcaban tropas en Grecia.

Venizelos protestó. Los aliados le dieron seguridades. Pero Fernando de Bulgaria, que no gustaba de pasar por tonto, entró en guerra el *5* de octubre. Venizelos hizo entonces aprobar por el Parlamento su política de intervención contra Bulgaria, pero Constantino le desautorizó y, una vez más, tuvo que dimitir.

La campaña de Serbia (1915)

De este modo el doble juego de los aliados se volvía contra ellos; Grecia, que veía su neutralidad burlada, se mostraba hostil, y Bulgaria, lejos de intimidarse por el desembarco en Salónica, unía su suerte a la de las potencias centrales.

El ejército serbio, agotado por su victoria de 1914, no contaba más que con 200.000 soldados mal equipados y a los que acababa de afectar una epidemia de tifus. Podían contar con algunos contingentes montenegrinos, pero alimentaban sobre todo grandes esperanzas en la intervención del ejército de Salónica, aunque fuese todavía muy reducido.

En vísperas de la ofensiva austro-alemana, los serbios habían concentrado sus tropas de cara al Norte, y como preveían la intervención de Bulgaria, el voivoda Putnik propuso destruir preventivamente a las fuerzas búlgaras. Pero los aliados se

opusieron con el afán de mantener a Bulgaria en la neutralidad hasta el último momento. Perdida esta partida, la suerte del ejército serbio estaba ya echada, porque frente a las fuerzas de los austríacos y de los alemanes, con gran superioridad de equipo, y la retaguardia amenazada por la intervención búlgara, los serbios no pudieron defender, como esperaban hacerlo en el desfiladero de Bagdran, la ruta de Nich. Amenazado de un movimiento de cerco, el ejército serbio intentó varias veces abrir brecha en retirada en dirección a Salónica, pero los búlgaros impidieron estas tentativas y las de Sarrail para darles la mano. No tenían más salida para escapar de la destrucción que la huida a través de la montaña en dirección al mar. Miles de refugiados seguían al ejército que intentó abrirse camino por Prizren y Albania. Fue el éxodo de todo un pueblo, un nuevo Anábasis. Montados en carros arrastrados por búfalos, el viejo rey Pedro, el pueblo, los fugitivos, atravesaron en pleno invierno la meseta de Chkor, de Kralevo a Scutari. Atacados por las tropas irregulares albanesas, muriéndose de hambre, de frío y de sed, vivieron un calvario como la historia ha conocido pocos.

> Los fugitivos entraron en Scutari separadamente [...]. Habían empezado por cambiar sus armas por pan; después entregaron sus botas por un mendrugo y sus vestidos por unos bocados. Todos parecían verdaderos cadáveres ambulantes a punto de perecer.
>
> No exhalaban queja alguna, sino una sola palabra: *leba* (pan). En la noche del 16 al 17 de diciembre fueron recogidos 46 cadáveres.

Los grupos que se habían abierto un camino más al Sur se sintieron heridos por la acogida recibida en Vallona, donde los italianos que habían desembarcado y ocupado la ciudad no querían más que desembarazarse de estos desgraciados y hacerlos retroceder hacia la sierra.

Mientras tanto, los franceses ocupaban la isla de Corfú, violando una vez más la soberanía del territorio griego, para poner a los restos del ejército serbio bajo la protección de los cazadores alpinos. Estos restos, una vez reequipados, embarcaron para Salónica y reforzaron el ejército de Sarrail, que se consumía de impaciencia por

no recibir los refuerzos que se negaban a enviarle Joffre y los «occidentalistas». El fracaso de la operación de los Dardanelos y de las dirigidas contra los búlgaros habían prestado argumentos a la campaña de descrédito organizada contra los «orientalistas» y coreada por Clemenceau, quien no cesaba de zaherir a «los emboscados de Salónica», tanto por convicción como por odio a Briand. Los refuerzos llegaron, sin embargo; primero, los ingleses, y después, los rusos y los italianos. Pero los búlgaros, violando a su vez el territorio griego y ocupando la región de Dédeagach, acabaron de sitiar el campamento, amenazando con paralizarlo. La falta de medios, la inseguridad y la desavenencia no servían para mejorar las relaciones entre los aliados.

La expedición de Serbia terminaba con un éxito para las potencias centrales. Conrad hubiera deseado llevar el éxito adelante y arrojar al mar el campamento de Salónica, pero Falkenhayn se negó. Consideraba que sus tropas, amenazadas de tifus, corrían el riesgo de no poder ser aprovisionadas con normalidad. Conrad rompió con él y realizó por sí solo la conquista de Montenegro.

Por segunda vez los ejércitos alemanes lograban un éxito decisivo; pero, una vez más, Falkenhayn se negaba a transformarlo en una victoria total. Hindenburg se lo había reprochado en Rusia, Conrad en los Balcanes; poco después actuó en Verdún de la misma manera y perdió el mando a consecuencia de este fracaso.

La expedición Straf

En tanto que Falkenhayn volvía al tipo de estrategia del punto fuerte y preparaba la ofensiva de Verdún, Conrad intentaba demostrarle las ventajas de un ataque en el punto más débil, en el frente italiano. En una carta fechada el 18 de diciembre de 1915, explicaba que una ofensiva en el sur del Tirol llevaría a Italia a una situación «fatal».

> Ciertamente [razonaba Conrad] sería más importante un ataque contra Francia, pero este no debe emprenderse antes de la ofensiva contra Italia y

> de que nuestras fuerzas, retenidas todavía en los Balcanes, queden libres [...]. Una derrota forzaría a Italia a pedir la paz, porque su situación interna sería insostenible, mientras que cuanto más esperemos más reforzado estará el ejército italiano.

Estas razones eran válidas, pero Falkenhayn sabía que entraba en ellas también la pasión y se negó a escucharlas. Los austríacos ardían en deseos de castigar a los italianos, quienes reivindicaban, con el pretexto de que eran fronteras naturales, regiones esencialmente germánicas con ciudades como Meran y Bozen (hoy Merano y Bolzano), etc., razones que venían a añadirse a los restantes motivos de odio o de desprecio. Pero Conrad, a pesar de la negativa de ayuda de Falkenhayn, decidió llevar adelante el asunto por su propia cuenta; conocía bien la región del Tirol, contaba con el efecto de la sorpresa y esperaba terminar la ofensiva antes de que los rusos y las fuerzas de Salónica organizasen una ofensiva simultánea contra la doble monarquía.

El asalto debía haber empezado el 10 de abril de 1916, pero la nieve era demasiado espesa y hubo que retrasarlo al 20 de abril, después al 1 de mayo y por fin al 15 del mismo mes. Contar con la sorpresa no era ya posible; pero, sin embargo, las fuerzas austríacas abrieron brecha en la primera y en la segunda línea italianas, penetrando incluso en la tercera línea, más que los alemanes en Verdún o los anglo-franceses en el Somme. Ocuparon Asiago y cogieron 45.000 prisioneros, pero un contraataque italiano les reveló la importancia de los refuerzos que estos habían podido reagrupar. En el mismo momento los rusos atacaban en Galitzia, donde el deshielo se habría producido antes de lo previsto. Conrad von Hotzendorf prefirió levantar el campo y abandonar a los italianos el terreno conquistado; inmediatamente envió al frente del Este, que había desguarnecido de forma imprudente y sin prevenir a Falkenhayn, la mayor cantidad posible de tropas.

Así pues, la victoria se transformaba en fracaso y Conrad, a quien la meteorología había engañado por dos veces, no gozó de la suerte favorable que consagra a los grandes capitanes.

Las fuerzas italianas fueron considerablemente reforzadas en el transcurso del año 1916, como lo había previsto Conrad, y en lo sucesivo se planteó en términos diferentes la elección del tipo de estrategia, tanto para las potencias centrales como para los aliados. El enemigo no tenía ya ni punto fuerte ni punto débil, y de allí en adelante el «estilo indirecto» podía vulnerarle mucho más que las grandes ofensivas frontales; el fracaso de las grandes ofensivas de 1916 iba a justificar este aserto.

No obstante, la estrategia del punto débil iba a conseguir una revancha espectacular: en 1918 se levantaba por Oriente la aurora de la victoria.

---

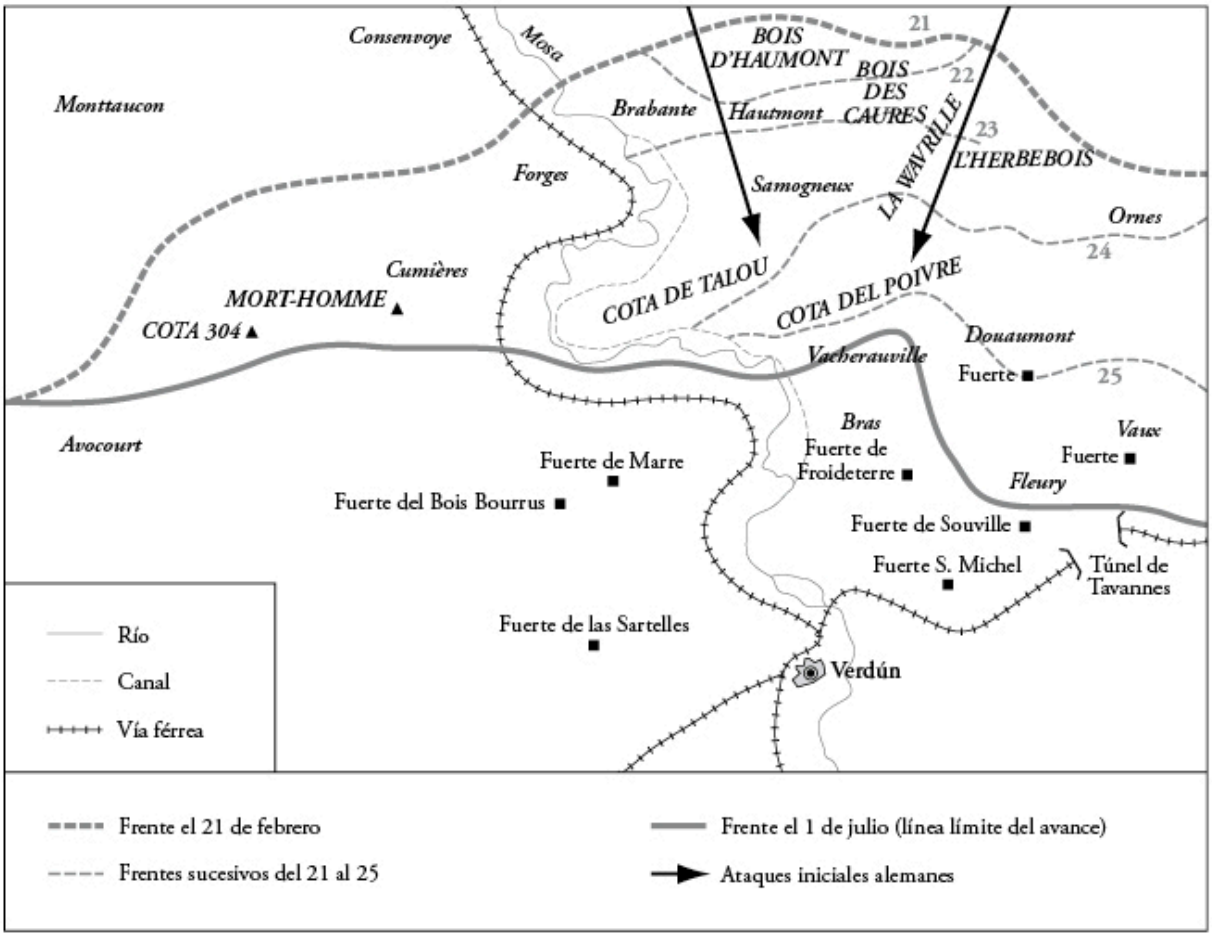
11 Según el general Falkenhayn, cuyas cifras pueden ser discutidas, pero constituyen sin duda una indicación válida, el informe de las fuerzas enfrentadas era el siguiente:

Frente occidental	*Alemanes*	*Aliados*
Mediados de octubre 1914	1,7 millones	2,3 millones
Principios de mayo 1915	1,9	2,45
Mediados de julio 1915	1,88	2,83
Mediados de septiembre 1915	1,97	3,25
Principios de 1916-febrero 1916	2,35	3,45
Principios de julio 1916	2,26	3,84
Frente oriental	*Austro-alemanes*	*Rusos*
Mediados de septiembre 1914	563.000	950.000
Final de diciembre 1914	1.155.500	1.688.000

Final de enero 1915	1.017.000	1.843.000
Final de abril 1915	1.323.000	1.767.000

12 Véase p. 271.

13 Australian and New Zeland Army Corps. [*N. del T.*]



Mapa 2. La batalla de Verdún, 21 de febrero a 19 de diciembre de 1916.

CAPÍTULO 9
Verdún y las grandes batallas

El porqué de Verdún

En los campos de batalla del Somme hubo tantos muertos como en Verdún, y el año anterior en Champaña las pérdidas francesas habían sido todavía más graves; pero, sin embargo, lo que se celebra es Verdún y sus combates los que se exaltan. ¿Por qué Verdún?

La guerra se encaminaba ya hacia un tercer año de duración. Por dos veces austríacos y alemanes habían estado a punto de vencer, pero habían fracasado como atacados de una súbita impotencia. En 1914, obligados a evacuar Bélgica y a batirse en retirada hasta el Marne, los franceses habían conseguido rechazar al adversario como por milagro, aunque ayudados, eso sí, por una oportuna diversión de fuerzas operada por los rusos en el frente oriental. En 1915 la situación había sido a la inversa: el frente occidental quedó estabilizado desde Flandes hasta los Vosgos, y alemanes, austríacos y turcos deshicieron el frente ruso; pero los repetidos ataques de los franco-británicos en los frentes de Artois y de Champaña les impidieron proseguir su marcha triunfal. Ese mismo año ambas coaliciones arreglaron su estrategia para completar su plan de ataque, y en lugar de dirigirse únicamente al enemigo principal, desencadenaron simultáneamente una ofensiva contra aquel de sus enemigos que consideraban más débil. Así, Serbia fue devorada en unas cuantas semanas, y, por el otro lado, la operación de diversión de fuerzas realizadas por los aliados contra Turquía abortó ante el estrecho de los Dardanelos.

Por ambos lados habían sido muy elevadas las pérdidas, sobre todo en 1915; pero por aquellas fechas se pensaba, tanto en un campo como en otro, que constituían el salario de la victoria. La doctrina del mando ayudaba a sostener este estado de espíritu. «Ataquemos, ataquemos...», ordenaba. «No deis tregua ni reposo al enemigo», lanzaba Joffre, que se había convertido, después del Marne, en el padre de la patria. Dejando creer así a los soldados que la ofensiva era siempre cosa del día siguiente, les quitaban toda energía para el acondicionamiento de las trincheras, las mismas que, del lado alemán, se construían de hormigón. A finales de 1915, el *poilu*[14] comenzó a dudar, prendido día tras día a las alambradas del enemigo, expuesto a sus gases y padeciendo los estragos de su artillería; pero le tranquilizaron asegurándole que la próxima ofensiva –la de 1916– sería la definitiva, porque para esas fechas dispondrían de mayor número de armas que el enemigo.

Sin embargo, en la retaguardia, la hermosa seguridad de antaño había dado paso a la incertidumbre, a la inquietud y a la confusión. Se observaba por todos sitios desengaño, irritación, peleas; los Gobiernos no se atrevían ya a creer que la guerra había de ser corta, pero tampoco que fuese larga, y se hablaba entonces de «guerra de desgaste». Las poblaciones mostraban signos de fatiga, los primeros balbuceos en favor de la paz. En Francia era donde el pacifismo progresaba con mayor lentitud, porque estaban aún ocupados por el enemigo más de diez departamentos. Pero «la moral se mantiene», decían, porque en realidad amenazaba con tambalearse y el poder se inquietaba.

El esfuerzo de la guerra se llevaba entonces al máximo y se esperaba un nuevo milagro en la primavera próxima; pero, un mes antes, el enemigo atacó primero: era Verdún.

El objetivo de Falkenhayn era salir al paso y evitar las ofensivas aliadas previstas para el verano y decididas en Chantilly. En la mente del alto mando alemán

> […] no se trataba esencialmente de tomar Verdún..., sino de detener a las fuerzas francesas atrayéndolas a este campo de batalla que defenderían pie

a pie..., desangrar el ejército francés gracias a su superioridad artillera.

Un ejército francés exangüe sería incapaz de llevar a buen término la ofensiva en el Somme, que estaba prevista, lo mismo que el ejército italiano había sido reducido a la impotencia atacándolo en Asiago en condiciones semejantes. ¿Qué iban a poder hacer entonces los rusos, apenas repuestos de los sufrimientos de la campaña de 1915?

Las circunstancias de la batalla

Las circunstancias de la batalla fueron dramáticas. En el momento en que los defensores de Verdún presentían un ataque gigantesco, el alto mando procedía a desarmar los fuertes con objeto de reorganizar la defensa del frente francés «en profundidad»[15]. Los alrededores de la ciudad recordaban más el aspecto de una obra abandonada que de una ciudadela en alerta. El general Herr y el coronel Driant, responsables de su defensa, lanzaron llamamientos alarmados, pero fue en vano. La evacuación había precedido a la instalación de un nuevo sistema de protección de la fortaleza; a principios de 1916 Joffre juzgaba improbable un ataque alemán contra Verdún y Castelnau consideraba suficiente la primera línea de protección. No obstante, bien pronto las concentraciones de tropas enemigas confirmaron los temores de los defensores y Joffre envió refuerzos, pero era ya demasiado tarde; el adversario había cortado las líneas del ferrocarril que llevaba a Verdún y el drama estaba consumado antes de que la ruta de Bar-le Duc estuviese acondicionada y convertida así en la «Vía Sagrada». Las tropas del Kronprinz arrollaban las primeras defensas francesas en proporción de cinco contra dos, y Douaumont fue tomado del 21 al 25 de febrero de 1916. Los alemanes habían disparado el primer día un millón de obuses.

Joffre, sorprendido por la importancia del ataque, no comprendió sus móviles más que después de ocurrido, y entonces, guardándose muy bien de desguarnecer el frente del Somme, donde Foch

preparaba la ofensiva «decisiva», dio instrucciones a los defensores de Verdún de que resistiesen con el mínimo de hombres y de artillería, sin abandonar tampoco la orilla derecha del Mosa, cosa que tanto Langle de Cary como Pétain, nombrado para el mando de este frente, consideraban únicamente como extremo recurso.

Durante seis meses los combatientes de Verdún obedecieron al pie de la letra esta orden, y desde el primer día, desguarnecidos y reducidos a la porción congrua, no tuvieron nunca, como fue el caso de los del Somme, el sentimiento de que eran los más fuertes y de que iban a llevar adelante la ofensiva «de la victoria»; fueron los niños abandonados del año 1916.

Características de la batalla

Desde el primer día la batalla fue un infierno en una constante improvisación; destruidas las primeras líneas, no había sido prevista ninguna red de pasadizos o de trincheras para soportar el choque de un segundo asalto; no había ya frente, sino un entresijo, un desperdigamiento inextricable de posiciones que se intentaba en vano conectar unas a otras, tales como Mort-Homme, la cota 304, la cota de la Oca, etc. Cada unidad aislada, y bombardeada a veces por su propia artillería, estaba totalmente entregada a sí misma, sin conocer más que una consigna: «resistir». Cada una de ellas tenía la convicción de que la suerte de la batalla podía depender únicamente de ella. Nunca se dio el caso de tantos hombres animados así, todos juntos, de una certeza semejante, ni jamás tantos asumieron esa responsabilidad con renuncia tal. Así, soportando el segundo choque, permitieron al mando reconstituir un orden de batalla, mantenerlo y vencer.

Las órdenes se deslizaban por el campo descompuesto de esta inmensa batalla gracias a los «corredores», constantemente en la brecha, que llevaban a los hombres bombardeados, ametrallados, asaltados por nubes de gas, que no sabían dónde ir ni qué hacer, desprovistos de todo o deshechos, mejor que la vida, el final de la

incertidumbre; porque nada fue peor en Verdún que la espera obsesiva del enlace con los vivos, y la respuesta idéntica siempre de que había que resistir aún y que esperar... ¿Esperar qué? El final del bombardeo, la hora del ataque enemigo, esperada febrilmente para salir de la trinchera improvisada y, muy verosímilmente, morir.

Con sus avanzadas, sus islotes, sus barreras y cierres formados por montones de cadáveres, ningún campo de batalla había conocido nunca pareja promiscuidad de vivos y muertos. Al llegar el relevo, el horror subía a la garganta y señalaba a cada uno el implacable destino de enterrarse vivo en el suelo para defenderlo y de, una vez muerto, seguir defendiéndolo y quedarse en él para siempre. La duración del sacrificio variaba según los batallones, y en cuanto una parte del efectivo quedaba fuera de combate, tocaba la hora del turno de relevo con la sola certeza de que uno mismo, o el camarada, o ambos, habían de morir.

El general Pétain soportaba mal que se le limitasen los efectivos y obtuvo que se le renovasen constantemente, constituyendo así el «torniquete de los combatientes». Desde entonces, Verdún se convirtió en la batalla del ejército casi entero, que en estas fechas comprendía un poco más de trescientos treinta batallones de infantería –sin contar los cazadores–, doscientos cincuenta y nueve de los cuales pasaron a Verdún, mientras que solamente ciento nueve participaron en la batalla del Somme. Estas cifras, poco conocidas, tienen su importancia porque muestran que, para Francia, Verdún constituyó la gran prueba, la prueba puramente nacional en la que solo participaron tres o cuatro batallones de tropas coloniales, frente a los dieciocho de la batalla del Somme, y sin ninguna participación inglesa. Por tanto, dado el material inferior de que dispuso, la batalla de Verdún puede interpretarse en cierto modo como una victoria de la raza, en claro contraste con la del Somme y con agosto de 1918, en que la victoria se debió a los cañones y a los carros de combate, o con la primera batalla del Marne, que fue una victoria del mando.

Rechazados los grandes asaltos de marzo y de junio se llegó a un equilibrio. «¡Valor, que serán nuestros!», gritó Pétain. La batalla había tomado dimensiones tan gigantescas que Falkenhayn perdió de vista sus objetivos iniciales, cayó en el juego y quiso tomar la ciudadela. A partir de mediados de agosto perdió más hombres que el adversario; desde entonces el fracaso era seguro y al Kronprinz le dolió como ninguna otra derrota. Falkenhayn perdió el mando, en tanto que se remontaba la estrella de sus vencedores: Nivelle, que recuperó los fuertes de Vaux y Douaumont, y sobre todo Pétain, el general de la defensiva, siempre cuidadoso de no derramar en vano la sangre de los soldados de infantería.

Los soldados de Verdún no conservaban ya sus ilusiones de juventud, no pensaban que iban a ganar la guerra en una sola batalla, pero tenían al menos la certeza de que los alemanes no pasarían. Habían sufrido todos juntos para salvar al país y Francia entera conocía su sacrificio y la prensa exaltaba esta victoria por encima de todas las demás, pues a decir verdad era la primera victoria obra de toda la nación. Francia pagaba con más de 350.000 víctimas el honor de haberla ganado. Esta es la razón por la cual, al cabo de cincuenta años, millones de hombres la recuerdan; en los días de la batalla ya no eran «los del 14», que habían partido alegremente, sino «los de Verdún», ciudadanos y guardianes del solar patrio.

La ofensiva de Brusilov (mayo de 1916)

En el momento en que la batalla de Verdún batía el pleno, los aliados lanzaron las tres grandes ofensivas proyectadas en la conferencia de Chantilly.

Los rusos se lanzaron al ataque los primeros para responder al llamamiento de los italianos, amenazados de ser aplastados en Asiago.

Después del desastre de 1915, la sociedad rusa había reaccionado ante la incuria de los dirigentes incapaces de proveer al ejército de

municiones o de material y quería salvaguardar su patrimonio y salvar al país. Los círculos de negocios constituyeron asociaciones privadas, pero de interés público, que racionalizaron la producción de armas y de municiones, tales como el Comité de las Industrias de Guerra y la Unión de Zemstvos, etc. Una «unión de zemstvos y de ciudades» vino a asegurar el avituallamiento del ejército paralelamente a los ministerios, reputados como incapaces.

Gracias a estos esfuerzos, el ejército estuvo mejor abastecido en 1916 que en 1915, y el 22 de mayo el general Brusilov desencadenó una ofensiva en Galitzia. Su idea era llevar a cabo una preparación de artillería en el frente de cuatro ejércitos a la vez, para ocultar a los austro-alemanes dónde pensaba dirigir el esfuerzo principal. Aprovechándose del efecto de la sorpresa, este fue concentrado sobre la región de Lutsk, donde en unos días los rusos rompían el frente austríaco. Conseguido esto, los ejércitos de Brusilov emprendieron una marcha triunfal que fue el mayor éxito militar obtenido por uno de los campos entre 1914 y 1918. Sin embargo, en el ala derecha de Brusilov, los ejércitos de Evert no consiguieron ponerse en línea y los alemanes les infligieron graves pérdidas. Brusilov intentó reemprender solo el ataque en julio y sus fuerzas y las de los austro-alemanes trabaron una batalla de exterminio que puso fuera de combate sin resultado a 3.000.000 de soldados: las «carnicerías de Kovel».

Esta batalla de Galitzia había entregado a los rusos 416.924 prisioneros, 1.000 cañones y un territorio de 25.000 kilómetros cuadrados; había salvado al ejército italiano del desastre, aliviado el frente occidental de las dieciocho divisiones alemanes transportadas urgentemente al Este y reducido la presión ejercida por las potencias centrales en el frente de Salónica, desde donde tuvieron que trasladar cinco divisiones al frente ruso. Y, finalmente, el éxito de la ofensiva de Brusilov fue el origen de la intervención de Rumanía al lado de los aliados.

Los ejércitos del zar no habían logrado nunca un éxito tan deslumbrante ni nunca tampoco, desde Gumbinnen, habían sentido

los austro-alemanes soplar en tal forma el viento de la derrota. Sin embargo, el éxito no tuvo consecuencias en Rusia misma; el cansancio no se expresaba todavía en una revuelta contra el régimen, pero sí por una indiferencia crónica ante las victorias más deslumbrantes. La hostilidad hacia la autocracia era tan viva que los triunfos mismos se hacían insoportables.

La entrada en guerra de Rumanía

Los rumanos habían entrado en guerra al pairo del avance de los rusos, pero su intervención era esperada desde hacía mucho, porque Rumanía tenía su «Cuestión de Alsacia-Lorena», que era la de Transilvania, colocada bajo la soberanía de la doble monarquía.

Las simpatías del rey Fernando por el káiser habían alimentado antaño las ilusiones de los rumanos, pero la muerte de aquel liberó la hipoteca que tales simpatías hacían pesar sobre el país. No obstante, el gobierno de Bratianu vaciló mucho antes de intervenir a favor de la *Entente;* los éxitos alemanes en Rusia frente a los fracasos aliados en los Dardanelos y en Salónica no animaban a ella. Además, la tentación de una política de recambio que, a falta de la anexión de Transilvania, permitiese unir la Besarabia al territorio nacional, seducía también a algunos medios hostiles a Rusia. El éxito de la ofensiva de Brusilov hizo cambiar el viento, y después de repetidas tergiversaciones, Rumanía declaró la guerra a las potencias centrales el 27 de agosto de 1916. Pero había esperado demasiado; los rusos desfilaban ya en Galitzia y Brusilov empezaba a acortar el frente, de tal modo que los rumanos recibieron de plano el ataque de las fuerzas importantes que se dirigían hacia el frente oriental, colocadas bajo el mando personal de Falkenhayn, quien llevó a cabo contra los rumanos una expedición de castigo. La sección horizontal del país, con su territorio en forma de L vuelta, era muy vulnerable; los austro-alemanes atacaron por el Norte, los búlgaros por el Sur y en unas semanas fueron «devorados» el ejército y el territorio

entero de Rumanía. El 29 de noviembre de 1916 entraban en Bucarest las fuerzas del general Mackensen.

Los rumanos se replegaron en Moldavia, a la extrema izquierda del frente ruso, pero no tuvieron ya más que un papel simbólico. Quedaron resentidos contra los rusos, a quienes acusaban de no haberles ayudado en el momento del peligro, y a su vez los rusos expresaban abiertamente su desprecio hacia este ejército que, en lugar de ayudar a Rusia cuando estaba amenazada, a finales de 1915, no había intervenido hasta el día en que las fuerzas rusas pudieran servirle de escudo.

Las batallas del Isonzo

La ofensiva italiana empezó también con retraso, el 6 de agosto, y esta sexta batalla del Isonzo no duró más que doce días, sin conseguir más éxito importante que la toma de Gorizia, después de la cual, sin que se sepa por qué, el mando italiano no aprovechó su ventaja. En septiembre, octubre y noviembre desencadenó tres nuevas ofensivas, pero en vano; los italianos perdieron 75.000 hombres y algo más los austríacos, pero estas cuatro batallas del Isonzo no llevaron a ningún resultado a pesar de la superioridad numérica de los italianos. Al mismo tiempo ocurría algo semejante en Francia, donde, a pesar de la doble ventaja en material y en hombres, los franco-británicos no consiguieron romper las líneas enemigas en el Somme.

La ofensiva del Somme

Con el ataque de Verdún, Falkenhayn había querido «desangrar» al ejército francés y paralizar así la gran ofensiva que este contaba con desencadenar en el verano en la región del Somme. Joffre había interpretado muy bien las intenciones de su adversario y había limitado al mínimo los refuerzos que no había tenido más remedio

que enviar a Verdún. A pesar de ello, la iniciativa de los alemanes desvirtuaba el gran proyecto levantado por el mando francés. En principio, Joffre contaba con dedicar al proyecto cuarenta y dos divisiones, pero en marzo de 1916 tuvo que reducirlas a treinta y cuatro, a fines de abril a treinta y el 22 de mayo a veintidós divisiones. Del mismo modo, el frente de ataque pasó de medir 70 kilómetros a 30, y a final de cuentas los británicos alinearon casi el doble de divisiones que los franceses; es decir, veintiséis divisiones inglesas frente a las catorce francesas. En estas condiciones, Douglas Haig no comprendía por qué tenía que depender de la buena voluntad de los franceses para «su ofensiva», y una vez más se estropearon las relaciones entre los dos mandos. Nunca se ha sacado la cuenta de los hombres que murieron a causa de todas estas querellas de amor propio.

El mando francés, fundándose en las lecciones de la batalla de Champaña, quería «impedir que el enemigo tapase la brecha abierta en sus líneas con divisiones frescas». Siguiendo las enseñanzas de Pétain y de Foch, se trataba

> […] de causar al enemigo tales pérdidas que fuese posible después atacarle a fondo [...]. Las pérdidas serían causadas no por el asalto [...], sino por los ataques ejecutados por efectivos pequeños y preparados por un bombardeo formidable y por el empleo de todos los instrumentos de destrucción conocidos (obuses explosivos, asfixiantes, incendiarios, emisiones de gas inflamable, de ondas eléctricas), etc.

Esta batalla «de desgaste», en que la artillería tenía que conquistar el terreno y la infantería ocuparlo, acabó en asaltos sucesivos.

> Con razón les llamamos asaltos sucesivos [...], porque, en efecto, después de un asalto, son tales las pérdidas sufridas por la tropa, que esta es incapaz de realizar un segundo esfuerzo... Hay que relevar a la infantería y conceder a la artillería el tiempo necesario para ejecutar su nuevo trabajo; de allí las pausas obligadas entre los sucesivos ataques.

La victoria suponía una superioridad aplastante de la artillería del que atacaba, y, en efecto, los aliados tuvieron el doble de piezas que

los alemanes; por vez primera sintieron los efectos del esfuerzo industrial realizado por los franceses y los ingleses. Con cerca de 2.000 piezas en línea, los franceses disponían de un cañón por cada 18 metros y los ingleses cada 50.

El 1 de julio de 1916, 100.000 hombres se lanzaron al asalto después de una formidable preparación artillera que duró cerca de seis días (el famoso fuego graneado). Los objetivos eran Bapaume, Péronne y Nesle. Hacía un calor tórrido, los soldados de infantería llevaban una carga muy pesada y los ingleses tenían que recorrer mesetas ligeramente inclinadas por las que tenían que subir corriendo. Consiguieron tomar la primera y la segunda posición, pero fueron barridos por las ametralladoras delante de la tercera. Más al Sur, las tropas coloniales francesas avanzaban también, arrebatando a los alemanes 80 kilómetros cuadrados de organizaciones fortificadas y llegando a las puertas de Péronne. Pero no pudieron ir más lejos, pues en adelante, a pesar de su superioridad en hombres y en artillería, del dominio del aire y de la sorpresa causada por los primeros tanques, los franco-británicos no pasaron de las insignificantes aldeas de Thiepval, Mametz, Combles y Chaulnes. Luchaban dos contra uno, pero los alemanes habían sabido construir verdaderos fortines subterráneos que convertían en invulnerables sus defensas en profundidad. Las tentativas de los aliados de los días 20 de julio y 3 y 20 de septiembre fracasaron lo mismo que las otras, pese a que fueron precedidas por un formidable bombardeo que hizo de la región un lugar irreconocible, donde toda traza de vida humana y vegetal había desaparecido.

«No atacaremos –había dicho Douglas Haig– más que cuando la artillería lo haya destruido todo; entonces la infantería saldrá de las trincheras y ocupará el terreno». Al segundo día de la ofensiva, los ingleses habían perdido ya más de 40.000 hombres, pero Douglas Haig siguió sin dar orden de interrumpir la ofensiva, y la misma testarudez criminal se advierte en los franceses, quienes sufrieron pérdidas monstruosas para un resultado insignificante. Al final de la batalla los británicos habían perdido 419.654 hombres; los

franceses, 194.451, y los alemanes, 650.000; así pues, la batalla del Somme había causado más de un millón doscientas mil víctimas.

El mando inglés atribuyó el fracaso a la inexperiencia de las tropas, pero, no obstante, las volvió a lanzar varias veces al sacrificio. Douglas Haig había creído que «los alemanes quedarían impresionados por la voluntad combativa de la raza inglesa». En los primeros días de la batalla estimaba que los alemanes habían perdido el 30% de sus efectivos y que bastaba con continuar, porque «en seis semanas el mando alemán sería incapaz de encontrar un solo hombre válido». La batalla del Somme, desastrosa por las pérdidas humanas y estéril en el plano militar, reveló el espíritu de fanfarronería de los grandes jefes militares; la limitada obstinación de Douglas Haig no tenía nada que envidiar a la cortante seguridad de Foch, cuyos consejos seguía apreciando Joffre. Quince semanas de esfuerzos no habían llevado a ningún resultado. Los ingleses dieron por terminada su ofensiva y Joffre también ordenó a Micheler que reanudase los ataques «amplios y profundos». Poincaré y Briand juzgaron que la cosa había durado bastante y Joffre fue relevado del mando.

Las ofensivas inútiles de 1917

Para reemplazar a Joffre, que había sido ascendido entre tanto a mariscal de Francia, el Gobierno eligió al general Nivelle, uno de los vencedores de Verdún, menos asociado con el fracaso de las ofensivas de 1915 y de 1916 que los grandes comandantes de ejército. Se pensaba que Pétain carecía del suficiente espíritu de ofensiva y que era necesario un jefe que tuviese la audacia de explotar al máximo las ventajas de material de que disponían ya los aliados. Nivelle respondía a estas condiciones, y como era además buen orador, consiguió conquistar a los políticos por su manera clara de exponer los planes; les convenció de que había pasado la hora de los combates de desgaste y que había que librar «una batalla de ruptura de frente». Douglas Haig se mostraba escéptico, pero estaba

mal situado para dar consejos después del fracaso del Somme; Lloyd George no escuchó sus objeciones y le obligó a ponerse a la disposición de Nivelle. Lyautey, el nuevo ministro de la Guerra, y el general Pétain mostraban también grandes reservas con respecto a los proyectos de Nivelle, pero vacilaban en formular públicamente sus dudas uniéndose a Douglas Haig, por temor a empañar «la hermosa victoria que el mando francés acababa de ganar a sus aliados».

El mando de Nivelle empezó no obstante bajo malos auspicios. Su nombramiento causó despecho en los Estados Mayores, porque el vencedor de Vaux y de Douaumont había saltado por encima de varios comandantes de ejército como Castelnau, Pétain, Franchet D'Esperey, Sarrail y Foch. Había otras razones de desconfianza, tales como la simpatía que el nuevo generalísimo gozaba en los medios parlamentarios y también con Lloyd George, agradablemente sorprendido al ver que un general francés era capaz de tener ideas claras y de expresarlas a la vez en un buen inglés. Los jefes militares estaban en guardia, sabiendo que Lyautey y después Painlevé, ministros de la Guerra, uno tras otro, no aprobaban completamente los proyectos ofensivos de Nivelle y la seguridad que este mostraba les parecía sospechosa. El nuevo comandante en jefe escribía:

> Romperemos el frente alemán cuando queramos con la condición de no atacar por el punto más fuerte y de llevar a cabo la operación por sorpresa en veinticuatro o cuarenta y ocho horas... Lograda así la rotura del frente, tendremos terreno libre para ir donde queramos, a las costas del Mar del Norte, a la capital belga, al Mosa o al Rhin.

El Chemin des Dames

El mando alemán conocía perfectamente estos proyectos. Tenía a su frente ahora a Hindenburg, que había reemplazado a Falkenhayn después del fracaso de Verdún. Para prevenir la ofensiva francesa, anunciada a toque de corneta, emprendió la operación «Alberic», que suponía un repliegue de veinte a cuarenta kilómetros a

posiciones preparadas de antemano. Entregó, pues, sin combate el saliente del Serre, las villas de Lassigny, Roye, Noyon y Bapaume, con lo cual el mando alemán obligaba a los aliados a reconsiderar sus planes de la primavera si no querían desembocar en una zona a merced de la artillería enemiga, inundada en parte y que se había hecho casi completamente inutilizable.

Durante estos sucesos, la revolución de febrero estalló en Rusia, y cualquiera que fuese el resultado de tales acontecimientos, la fecha de la ofensiva rusa tendría necesariamente que retrasarse. ¿Sería necesario aplazar el ataque conjunto de los franceses, los rusos, los italianos y los soldados de Salónica? Así lo creían Douglas Haig, Pétain y Painlevé, pero Nivelle no era de la misma opinión; creía que la eventual desaparición de los rusos hacía aún más urgente la ofensiva, porque era necesario actuar antes de que las tropas alemanas refluyesen de Este a Oeste, y consideraba que la maniobra de Hindenburg había sido hecha a la medida de sus deseos. «Si hubiera tenido que dar órdenes a Hindenburg –declaraba– le hubiera dicho que se retirase como lo ha hecho».

Las razones de este repliegue intrigaban realmente a los dirigentes y no sabían si debían alegrarse o inquietarse por la reconquista de Lassigny y de Noyon.

Poincaré y Painlevé decidieron discutir en consejo de guerra las probabilidades de la ofensiva, gesto descortés hacia el generalísimo. Franchet D'Esperey y Castelnau se inhibieron de la cuestión; Micheler defendió sin mucha convicción el punto de vista de su jefe y únicamente Pétain, que no había sido nunca favorable a la idea de una nueva ofensiva, tomó claramente posición contra el mantenimiento de un plan que, según él, no tenía posibilidad alguna de éxito a causa de la retirada alemana. Nivelle pidió ser relevado del mando. Los ministros presentes protestaron inmediatamente, queriendo evitar una nueva crisis del mando e, inhibiéndose de sus responsabilidades, declararon que Nivelle tenía su confianza y que si él creía en conciencia que la ofensiva tenía alguna probabilidad de triunfar, no había que vacilar en desencadenarla. Nivelle tomó acta

de esas declaraciones y prometió que, caso de fracasar la ofensiva, le pondría fin al tercer día. Tranquilizado de este modo, Pétain se adhirió al proyecto, pero, según el relato de un testigo, se percibía muy bien que la ofensiva había sido aprobada en una unanimidad forzada y por no dar la impresión frente a los ingleses de que se retractaban.

El 9 de abril de 1917, los anglo-canadienses se lanzaban a la operación preliminar prevista por el mando aliado y tomaban en dura lucha la cresta de Vimy. Pero otra operación de diversión realizada en la zona del repliegue alemán fracasó por completo. El 16 de abril, Nivelle lanzó un llamamiento anunciando a los combatientes la victoria próxima. El ataque principal fue desencadenado entre el Oise y la montaña de Reims; Nivelle esperaba tomar la línea de picos que domina el valle del Ailette, por encima de la llanura del Laon, por la que transcurre un camino de tierra llamado Chemin des Dames. Pero no lo consiguieron ni el general Mazel ni el general Mangin, que mandaban los V y VI Ejércitos, a pesar de las enormes pérdidas producidas. Por la tarde se dio la orden de lanzar los tanques, pero estos, mal ideados, con sus depósitos de gasolina en la parte delantera, fueron presa fácil de las ametralladoras pesadas de los alemanes. Las tropas de Nivelle sufrieron el mismo descalabro y así, el tercer día, el generalísimo dio la orden de que cesase el ataque principal, como había prometido; pero prosiguieron aún durante varias semanas, sin resultado, las operaciones secundarias llamadas «de explotación». La ofensiva había fracasado por completo, y costó más de 40.000 muertos solo en los primeros días. Painlevé relevó a Nivelle de su mando.

El fracaso del Chemin des Dames marcó un viraje para el ejército francés; los motines[16] que se produjeron a continuación convencieron a Pétain, nombrado general en jefe en sustitución de Nivelle, de que se había acabado el tiempo de las ofensivas inútiles, que había que pasar a la defensiva, y para vencer, esperar a «los tanques y a los americanos».

Passchendaele

Douglas Haig no se sorprendió de este fracaso ni de los motines subsiguientes, pues estaba siempre asombrado de que el ejército francés no reaccionase con mayor presteza ante estas hecatombes. Pero, no obstante, en lugar de aplicarse la lección, creyó que la falla de los franceses señalaba la hora de la gloria de los ejércitos británicos, que representarían por fin el papel principal en el frente occidental. Hizo ver a su Gobierno que había que inmovilizar a los ejércitos alemanes para que no explotasen las dificultades del ejército francés, aunque, por otra parte, estas habían sido superadas ya en el mes de agosto, como confirma el ataque a la Malmaison. Pétain le dio la razón y pidió a Haig que no disminuyese la presión que ejercía contra los enemigos mientras él no hubiese logrado devolver la salud y la moral al ejército francés.

Douglas Haig se decidió a realizar un proyecto elaborado a principios de 1917, desencadenando una gran ofensiva en Flandes, desde Cambrai a Passchendaele, apoyado por los belgas y por los contingentes franceses del general Anthoine. Por vez primera hizo un uso masivo de los tanques, que en 1916 no había utilizado más que en pequeños grupos. Los tanques consiguieron abrir brecha, pero los batallones de reserva no intervinieron a tiempo y las baterías alemanas acabaron por reducirlos. Esta batalla de Passchendaele fue una de las más sangrientas e inútiles de la guerra, pues causó la muerte de más de cuatrocientos mil combatientes para no llegar a resultado ninguno.

Escarmentados por estos fracasos, los aliados no prepararon ningún plan de ataque para el año siguiente y decidieron permanecer a la defensiva en espera de que fuese más clara que en 1917 su superioridad en artillería, tanques y aviones. Por su lado, los alemanes no creían ya, después del fracaso de Verdún, que habían de conseguir la victoria en 1917 por medio de una ofensiva triunfante, sino que contaban con otras armas; las del estilo indirecto.

14 *Poilu:* soldado francés de la Primera Guerra Mundial, veterano. [*N. del T.*]

15 Véanse los argumentos de Joffre, pp. 192-193.

16 Para los motines, véanse pp. 343 y ss.

CAPÍTULO 10

El material humano y la guerra del material

La guerra vivida por los combatientes tiene su historia, que no es la gran Historia: posee su cronología propia, sus dramas y sus fases prolongadas. Tienen lugar primero las ilusiones con que parten para la guerra, después el descubrimiento de la dura realidad. Viene más tarde la época de las primeras trincheras y de las esperanzas de las ofensivas inútiles fallidas repetidas veces y marcadas por el recuerdo de tragedias, como los gases, la muerte de los camaradas clavados a las alambradas y el barro pegajoso de la sangre de los muertos. Luego vino la estancia en el infierno que para los franceses fue Verdún; para los italianos, el Isonzo; para los alemanes y los ingleses, el Somme o Flandes, y para los rusos, la gran retirada de 1915. Más tarde, aparece el divorcio con «los de la retaguardia», la desesperación oculta y la cólera, el sacrificio final del año 1918 y, por fin, la conciencia de una solidaridad entre hermanos de armas que después de la guerra dio lugar al nacimiento del espíritu de «excombatientes».

Paralelamente a esta historia se opera otra transformación que no es tampoco la gran Historia de la guerra, sino la de sus técnicas, vivida día a día por todos los combatientes y ganada (o perdida) por el oscuro ejército de los inventores. Se conocen sus obras, pero se ignoran sus nombres, porque la sociedad occidental conserva una mentalidad arcaica y permanece animada de una moral caballeresca y no acepta de buen grado que la guerra pueda ser ganada o perdida más que por capitanes.

La guerra vivida por los combatientes

Galtier-Boissière tuvo la revelación brusca de la guerra el 22 de agosto de 1914, cuando, como muchos otros, su cuerpo de ejército retrocedía en la retirada general. Hasta entonces no había conocido de la guerra más que marchas y contramarchas.

> De repente, unos silbidos estridentes nos lanzan cara a tierra, aterrados. La ráfaga acaba de estallar encima de nosotros. Los hombres, de rodillas, encogidos, con la mochila sobre la cabeza y estirando la espalda, se pegan unos a otros. Por debajo de la mochila echo una mirada a mis vecinos: anhelosos, sacudidos de temblores nerviosos y con la boca contraída en un rictus terrible, les castañeaban los dientes, y con la cabeza baja tienen aspecto de condenados ofreciendo la cabeza a los verdugos. Esta espera de la muerte es terrible. El cabo, que ha perdido su quepis, me dice: «Si hubiese sabido que esto era la guerra, chico, si va a ser así todos los días, prefiero que me maten enseguida». No somos soldados de cartón, pero este primer contacto con la guerra ha sido una sorpresa bastante dura. En su alegre inconsciencia, la mayor parte de mis camaradas no había reflexionado jamás en los horrores de la guerra y no veían la batalla más que a través de los cromos patrióticos; desde nuestra salida de París, el Boletín de los Ejércitos nos conservaba en la inocente ilusión de la guerra para andar por casa y todos creíamos en la historia de los *alboches* que se rinden por un bollo. Persuadidos de la aplastante superioridad de nuestra artillería, nos representábamos la campaña como un paseo militar. El trueno de hace un instante sacudió nuestro sistema nervioso, que no esperaba semejante sacudida, y nos hizo comprender que la lucha que comenzaba sería una prueba terrible. «Oiga, mi teniente, parece que se defienden estos cerdos».

Los primeros asaltos no fueron tampoco las cargas bien reglamentadas con que soñaban las imaginaciones. Max Dauville cuenta así:

> En la pradera avanza una compañía de tiradores... Los hombres. doblados en dos y con la mochila a la espalda y el fusil en la mano, corren pesadamente para tumbarse y seguir a la primera señal. Uno de ellos pasa cerca de mí, su cara de campesino cambia de repente en una mueca dolorosa y, continuando a paso de carrera, levanta el brazo a cuyo extremo se bambolea la mano con los dedos cortados por la mitad, por una bala...

> Los hombres se echan al suelo... El soldado continúa dando saltitos y aún oigo sus gritos: «Mi teniente, mi teniente, ¿dónde está usted?».

El médico vuelve a encontrar a estos niños perdidos en el puesto de socorro:

> Siguen llegando los heridos a este cafetucho; han extendido paja a toda prisa sobre las baldosas azules. Los sacos abiertos sobre las mesas desembuchan vendas, frascos oscuros, instrumentos niquelados... Fuera, mientras hablo con un camillero, una bala le parte la pierna de cuajo; se ha oído un ruido seco, como de una tabla de madera que se partiese, y el hombre cae dando gritos... Uno de nuestros hombres vuelve titubeando con los ojos fijos: una bala le ha atravesado la cabeza; su sangre corre por la paja formando una aureola roja y muere al poco. Los heridos entran y salen sin parar... Hay que darse prisa porque, apenas vendado un herido, aparecen en la embocadura de la puerta caras con los rasgos demacrados que están esperando. Otros desgraciados, inertes, esperan en la camilla.

Las trincheras

A partir de noviembre de 1914 los soldados se habían enterrado para poder sobrevivir. Los alemanes dieron el ejemplo estableciendo verdaderas redes de trincheras con paralelas, líneas de partida, pasadizos de enlace, laberintos y abrigos. Los ingleses les imitaron, pero los franceses y los rusos arreglaron con menos cuidados las trincheras. No se imaginaban que iban a permanecer enterrados durante cerca de tres años y que en ellas vivirían las batallas del mañana: Champaña, el Somme, Verdún. Construían provisionalmente, en tanto que alemanes e ingleses aceptaban esta nueva forma de guerra.

El enredijo de salientes y entrantes se hizo ver rápidamente como necesario para evitar que se les enfilase. En cuanto construían la red y la estructura de las trincheras, la atención de los soldados se aplicaba a la instalación de los puestos de vigía. Primero se colocaban las alambradas, maniobra especialmente peligrosa bajo el tiro de las ametralladoras enemigas; después se confeccionaban

sacos de tierra para protegerse de los bombardeos y, últimamente, se instalaban aspilleras para colocar a los observadores. Como las líneas de los adversarios estaban a veces muy cerca, se disputaban el menor montículo, y vigilar al enemigo importaba tanto como no ser visto.

Una novedad nacida de la guerra de trincheras fue el arte del camuflaje. Hasta 1914, los jefes militares habían aprendido, en primer lugar, a saber concentrar sus tropas en un lugar dado. Más que la concentración importa ya el camuflaje, sobre todo el de las piezas de artillería. Inicialmente, la utilización de los zepelines y después de las «jaulas de gallinas», tuvo por objeto vigilar al adversario y no atacarle, segundo objetivo que no se consideró hasta más tarde.

La guerra de trincheras exigía un armamento especial. Los alemanes fabricaron una bala con núcleo de acero y contra los blancos aéreos se utilizaron las balas luminosas y las incendiarias para hacer explotar globos y depósitos de aviones.

Agazapados en las trincheras, los franceses se sentían vulnerables. Además de las minas, tuvieron pronto que temer a las amenazas que venían por el cielo, las terribles explosiones de los *Minenwerfer,* que lanzaban en vertical proyectiles de 50 a 100 kilos que podían caer a muy poca distancia –de 100 a 500 metros si era necesario–, mientras que el tiro de los cañones era demasiado horizontal. Estos *Minen* desprendían un soplo especialmente temido que destruía trincheras enteras. Durante mucho tiempo, los franceses no tuvieran nada con que hacerles frente y se sentían desarmados. Sin embargo, Joffre se había interesado antes de la guerra en una especie de mortero cuya muestra se estaba fabricando en el momento de la movilización, pero a consecuencia de la marcha, el segundo día de aquella, del oficial encargado del estudio, hubo que suspender su realización. Mientras tanto, se trató de utilizar el cañón del 75, pero su tiro, como el de los otros calibres, era demasiado disperso. En 1915 se halló la réplica en el «obús de aletas de los cañoncitos de trinchera», «los niños mimados» de las

trincheras francesas, que eran muy eficaces y estaban servidos por artilleros que vivían de cerca la vida de los de infantería.

La otra dificultad en caso de ataque era la red de alambrada. Los soldados disponían de pinzas para cortarlas, pero en número insuficiente, y con gran frecuencia morían antes incluso de haber abierto un paso. Se indicó el hecho a Millerand, el ministro de la Guerra, que imperturbable propuso la utilización de limas. «Que las corten con los dientes y que pasen sobre un puente de cadáveres», respondían los oficiales italianos. Se ensayó el carro porta-bombas, maniobrado como una marioneta y que hacía explosión en contacto con los alambres, pero fue un fracaso como la carretilla-escudo o el soplete oxhídrico del químico Georges Claude. Al final, se utilizaron las ametralladoras, que a costa de un consumo fabuloso de balas cizallaban los postes donde se fijaban los alambres y abrían así un paso; del mismo modo se utilizó el cañón del 75.

Las armas nuevas. Los gases

La lucha en proximidad provocó una vuelta a la utilización de las granadas. Faltos de suficiente provisión de ellas, los *poilus* tuvieron que amañarlas ellos mismos, utilizando botellas, pero después fueron equipados con granadas lo mismo que los alemanes. Las trincheras asistieron al nacimiento de otras armas nuevas que hicieron la guerra aún más atroz y mortífera. En primer lugar apareció el lanzallamas, invención alemana que se experimentó desde el mes de octubre de 1914. El portador del lanzallamas era vulnerable si se podía apuntar al depósito que llevaba consigo; estos hombres suicidas eran, sin embargo, muy temidos, porque los alemanes escogían a los corredores más rápidos, pero rara vez volvían vivos. Después vino la utilización por los alemanes de los gases asfixiantes en Langemark el 22 de abril de 1915. El ensayo se intentó en un frente de seis kilómetros, duró cinco minutos y produjo una nube de 600 a 900 metros, dotada de una velocidad de 2 a 3 m/s. El efecto fue inmediato y fulminante, pero los alemanes

no explotaron el éxito porque los soldados de su infantería no se atrevieron a conquistar el terreno ocupado por sus propios gases y no se había preparado ninguna tropa de reserva dotada de máscaras. Los alemanes tenían miedo de no poder controlar las capas de gas si el viento cambiaba, y la orientación del frente suponía para ellos desventaja, porque los vientos del Oeste son los que dominan entre Flandes y Argonne. Además, el mando alemán no consideraba este ataque más que como una experiencia y no se le venía a las mientes que se pudiese explotar ampliamente este descubrimiento científico. Hubo, sin embargo, varios ataques con gases que la opinión internacional condenó vehementemente, considerándolo como un atentado a las «leyes de la guerra». A esto respondieron los alemanes que los gases eran respuesta a las bombas de fósforo francesas y a las bombas inglesas de picrino, lo cual no parece exacto. Fuese lo que fuese, los ingleses utilizaron a su vez las capas de gas en Loos en septiembre de 1915, mientras que los franceses utilizaron obuses de gases, práctica que pronto siguieron los ingleses y los alemanes. Durante los años 1916 y 1917, Francia utilizó sobre todo los obuses de fosgeno, Alemania los gases verdes y amarillos y en ambos campos sobre todo la iperita, que infectaba una región durante días enteros, contaminaba los vestidos y corroía la piel.

La utilización de los gases no permitió nunca, sin embargo, conseguir otra cosa que algún éxito local, debido la mayoría de las veces a la sorpresa, y lo mismo ocurrió con los ataques de lanzallamas. Para conquistar las trincheras y poner fin a esta forma de guerra hubo que esperar un arma completamente nueva que hizo su aparición más tarde: el carro de asalto.

Vida y muerte en las trincheras

La guerra de las trincheras tenía sus reglas, sus ritmos y sus costumbres y pocos fueron los combatientes a quienes no tocó vivir tales episodios. La duración de la estancia en las trincheras era

vulnerable, dependía del tiempo que tardaba en morir una parte de la sección y llegase el momento del relevo. En los bolsillos de los muertos del Argonne o de Verdún se han encontrado cuadernillos donde consignaban impresiones y recuerdos. Los utilizamos aquí junto al testimonio de los supervivientes, pues señalan los momentos significativos de la vida y de la muerte en las trincheras: la llegada, la instalación y la espera, el ataque, los dramas, el calvario de los heridos, y, para los vivos, el relevo y el retorno.

El ayudante-jefe Daguenet, del Regimiento de Infantería 321, ha descrito la llegada:

> Al recorrer el pasadizo de Haumont los obuses alemanes nos enfilaron y el pasadizo se llenó de cadáveres por todos sitios. Los moribundos, entre el barro, con los estertores de la agonía, nos piden de beber o nos suplican que los rematemos. La nieve sigue cayendo y la artillería está causando pérdidas cada instante. Cuando llegamos al mojón B no me quedan más que diecisiete hombres de los treinta y nueve que tenía al salir.

He aquí la decoración de una trinchera en la región de Champaña:

> Un olor infecto se nos agarra a la garganta al llegar a nuestra nueva trinchera, a la derecha de los Éparges. Llueve a torrentes y nos encontramos con que hay lonas de tiendas de campaña clavadas en los muros de la trinchera. Al alba del día siguiente constatamos con estupor que nuestras trincheras están hechas sobre un montón de cadáveres y que las lonas que han colocado nuestros predecesores están para ocultar a la vista los cuerpos y restos humanos que allí hay.

Un poco más lejos, Raymond Naegelen ha contemplado esta escena:

> A lo largo de todo el frente de la colina de Souain yacen, desde septiembre de 1915, los soldados barridos por las ametralladoras, tendidos cara a tierra y alineados como si estuviesen en plena maniobra. La lluvia cae sobre ellos inexorable, y las balas siguen rompiendo sus huesos blanqueados. Una noche, Jacques, que iba de patrulla, ha visto huir a las ratas saliendo por debajo de sus capotes desteñidos, enormes ratas engordadas con carne humana. Latiéndole el corazón, se arrastraba hacia un muerto cuyo casco había rodado; el hombre mostraba su cabeza vacía de carne en una mueca siniestra, desnudo el cráneo, devorados los ojos. La dentadura postiza se

había deslizado sobre la camisa podrida y de la boca abierta saltó una bestia inmunda.

Y esta sobre la espera en la trinchera:

Nos ha llegado la orden de la brigada: «Tenéis que resistir cueste lo que cueste, no retroceder bajo ningún pretexto y dejar que os maten hasta el último antes que ceder una pulgada de terreno». De ese modo –dicen los hombres– la cosa está clara. Es la segunda noche que vamos a pasar sin dormir. En cuanto oscurece, el frío cae sobre nosotros y nuestros pies son como bloques de hielo.

Los soldados se enteran de que el ataque se va a producir enseguida:

Las horas se deslizan lentas, pero inexorables. Nadie puede tragar nada porque tenemos un nudo en la garganta. Siempre, siempre la idea angustiosa de si dentro de unas horas estaré aún en este mundo o no seré ya más que un cadáver horrible despedazado por los obuses. Sin embargo, se aproxima la hora H. No quedan más que treinta minutos, veinte, diez, las agujas del reloj avanzan constantemente sin que nada pueda pararlas; no separo de ellas los ojos y cuento... Con el bolsillo abarrotado de cartuchos y el fusil de un muerto en la mano, me levanto lentamente sobre las rodillas. Las 17.58, las 17.59..., las 18.00, abro la boca para gritar: «¡Adelante!», cuando me ciega un fogonazo rojo que me tira al suelo. Tengo atravesada la rodilla derecha, una herida en el vientre y otra en la mejilla. A mi lado, otros caen heridos, muertos...

El capitán Delvert, del Regimiento 101 de Infantería, que ocupa la posición R. I. con su compañía, describe así el espectáculo que le ofrece el fuerte de Vaux:

Hoy, desde las 18 horas, las cuestas de Vaux desaparecen bajo nuestros obuses. Desde aquí se les ve caer precisamente sobre las líneas blancas que dibujan en la tierra las trincheras y los pasadizos de los *boches*[17]. Por la noche, bajo las estrellas, remontan fogonazos verdes que vienen de nuestras primeras líneas en el fondo del barranco: «¡Alargad el tiro! ¡Alargad el tiro!», gritan nuestros pobres camaradas, y otras llamadas surgen por todos lados. Fogonazos rojos en la meseta de Hardaumont, fogonazos rojos del fuerte de Vaux. Fogonazos rojos, allí a lo lejos, detrás de Fumin. ¡Cuántas llamadas desesperadas en esta tierra sombría!

Un poco más lejos, son los alemanes quienes lanzan un ataque:

> A las 16 horas cesan los tiros de los alemanes. Es el ataque. A 200 metros vemos salir de la tierra a un oficial alemán con el sable desenvainado, seguido de la tropa en columnas de cuatro, arma al hombro. Se diría un desfile del 14 de julio. Nos quedamos estupefactos y, sin duda, el enemigo contaba con este efecto de sorpresa, pero al cabo de unos segundos recobramos el ánimo y nos ponemos a tirar como endiablados; nuestras ametralladoras constantemente despiertas nos sostienen. El oficial alemán acaba de morir a 50 metros de nuestras líneas con el brazo derecho extendido en dirección a nosotros, y sus hombres caen y se amontonan detrás de él. Es inimaginable.

Muchos soldados murieron enterrados, y así nos cuenta Gustavo Heger, del 28 Regimiento de Infantería:

> Desentierro a un *poilu* de la 270, más fácil de sacar. Hay todavía varios enterrados que gritan; los alemanes deben oírles porque nos abrasan desde cubierto con sus ametralladoras. No es posible trabajar de pie y por un momento tengo casi ganas de marcharme, pero la verdad es que no puedo dejar así a los camaradas... Intento desprender al viejo Mazé, que sigue gritando; pero cuanta más tierra quito, más se hunde; lo desentierro por fin hasta el pecho y puede respirar un poco mejor; me voy entonces a socorrer a un hombre de la 270 que grita también, pero más débilmente, y consigo liberarle la cabeza hasta el cuello, mientras llora y me suplica que no le deje allí. Deben quedar otros dos, pero no se oye nada y vuelvo a cavar para despegarles la cabeza. Me doy cuenta entonces de que los dos están muertos. Me tumbo un poco porque estoy agotado; el bombardeo continúa.

En Verdún, toda una sección del campo de batalla reunía a sus heridos en un túnel fuera de uso, el túnel de Tavannes. El lugarteniente Benech, que fue llevado allí herido, anotó sus impresiones:

> Llegamos al túnel. ¿Estaremos realmente condenados a vivir aquí? Prefiero la lucha al aire libre, el abrazo de la muerte en terreno descubierto. Fuera se tiene el riesgo de una bala, pero aquí el peligro de la locura. Una pila de sacos de tierra se levanta hasta la bóveda y cierra nuestro refugio. Fuera sigue la tormenta en la noche y el martilleo continuo de los obuses de todos los calibres. Por encima de nosotros, bajo la bóveda que retumba, algunas bombillas sucias arrojan una claridad dudosa y enjambres de

moscas danzan a su alrededor en zarabanda. Acuden al asalto de nuestra epidermis con su zumbido irritante y los manotazos no logran apartarlas. Las caras de todos están húmedas y el aire es tibio y nauseabundo. Acostado en la arena cenagosa, sobre el carril, mirando a la bóveda o la cara contra la tierra, hechos un ovillo, estos hombres embrutecidos esperan, duermen, roncan, sueñan y ni siquiera se mueven cuando un camarada les aplasta un pie. En algunos sitios corre un chorro. ¿Es agua u orina? Se nos agarra a la garganta y nos revuelve el estómago un olor fuerte, animal, en el que surgen relentes de pólvora, de éter, de azufre y de cloro, un olor de deyecciones y de cadáveres, de sudor y de suciedad humana. Es imposible tomar alimento. Solamente el agua de café de la cantimplora tibia y espumosa calma un poco la fiebre que nos anima. Los demás puestos de socorro no gozan ni siquiera de unos instantes de seguridad... Me llega un cabo muy joven, solo, con las dos manos arrancadas de raíz por los puños, que mira sus dos muñones rojos y horribles con los ojos desorbitados.

Después de este calvario viene el retorno. El lugarteniente Gaudy lo ha descrito de un modo conmovedor:

No he visto nada más desgarrador que el desfile de los dos regimientos de la brigada *57* y 144 R. I. que se alargaron ante mí, en este camino, durante todo el día. Aparecieron primero unos esqueletos de compañía que conducía a veces un oficial salvado que se apoyaba sobre un bastón; todos andaban, o más bien avanzaban, a pasitos, con las rodillas dobladas, inclinados sobre sí mismos y tambaleándose como si estuviesen borrachos. Siguieron después unos grupos que quizá eran escuadras o secciones, no se sabía; iban con la cabeza baja, la mirada sombría, abrumados por el peso de la mochila y con el fusil rojo y terroso colgando del correaje. El color de los rostros no se diferenciaba apenas del de los capotes, hasta tal punto estaba todo recubierto de barro que se había secado para que otro nuevo viniese a mancillar todo una vez más; los vestidos, como la piel, estaban totalmente incrustados de ese barro. Los automóviles se precipitaban con sus ronquidos, en columnas cerradas, desparramando esta lamentable marea de los supervivientes de la gran hecatombe, pero ellos no decían nada, no gemían siquiera porque habían perdido la fuerza hasta de quejarse. Cuando estos forzados de la guerra levantaban la cabeza hasta los tejados del pueblo se advertía en sus miradas un abismo increíble de dolor, y en ese gesto sus rasgos aparecían fijados por el polvo y tensos por el sufrimiento; parecía que esos rostros, mudos gritaban alguna cosa aterradora: el horror increíble de su martirio. Algunos soldados de la

segunda reserva que estaban mirándoles a mi lado permanecían pensativos y dos de ellos lloraron en silencio como si fuesen mujeres.

A lo largo de la ruta de retorno, los obuses se habían encarnizado con esta muchedumbre moribunda y varios que ya se creían salvados habían muerto.

Los «expertos» ante la guerra de trincheras y el papel de la caballería

La guerra de trincheras había burlado las ideas de los militares tanto al Oeste como al Este. Es verdad que la guerra ruso-japonesa había hecho uso de trincheras, pero de manera episódica, y según los expertos había demostrado que «las pérdidas en hombres son debidas en un 85% al tiro de fusil, en un 10% a la artillería y en un 5% al arma blanca»; era esta una mala lección que subestimaba enormemente el papel de la artillería y valoraba el de la bayoneta y el sable. Se engañaron igualmente con respecto al papel de la caballería. Esta cumplió ciertamente su misión en el frente oriental y obra suya fue la maniobra de Tannenberg; durante tres años los cosacos fueron en este frente la punta de lanza de las ofensivas rusas, y en Oriente y en los Balcanes la caballería rusa desempeñó un papel decisivo hasta el fin de la guerra, hasta el punto de que la brigada de Jouinot-Gambetta abrió las puertas de la victoria. No obstante, al Oeste, la guerra cambiaba de estilo, y, como lo había previsto el general Pedoya, la caballería se convirtió rápidamente en un arma anacrónica; los jefes no se desplazaban más que en automóvil y las trincheras no tenían necesidad de soldados de caballería. Sin embargo, el mando los había conservado en la reserva en la hipótesis de una penetración por rotura de frente. A esto obedeció la tentativa llevada a cabo en Champaña, en septiembre de 1915, que fue el «canto del cisne» de la caballería, como escribió Jacques Meyer. Los jinetes estaban preparados para cargar por encima de los pasadizos y las trincheras... Tuvieron que desmontar y en lo sucesivo el destino de la caballería fue ser...

desmontada. Como muchos otros, el capitán Sézille se negaba a ver la realidad y bajo el título de «Medidas preparatorias para la ocupación de las trincheras», este experto precisaba, en la sección del reglamento que le estaba reservada, las medidas que tenía que tomar la caballería:

> El escuadrón llegará a caballo, al anochecer, al emplazamiento fijado, situado habitualmente a tres kilómetros de las trincheras. Pondrá pie a tierra, a excepción de un jinete por cada tres, al que incumbe el cuidado de volverse con dos caballos en mano, uno a la derecha y otro a la izquierda del suyo propio. La columna se pondrá en marcha a pie en dirección de las trincheras y cada pelotón ocupará en ellas una posición... Durante el día, los hombres evitarán mostrarse en las aspilleras; se reaccionará contra la ociosidad de la tropa ocupándola en la mejora de la guarida subterránea... Evítese en las trincheras el sueño profundo... En las de segunda línea el servicio será análogo, pero un poco dulcificado por el alejamiento. Sin embargo, se está en ellas más expuesto a los obuses enemigos.

Este texto, escrito en 1915, da la medida de las sorpresas que provocaron las nuevas formas de la guerra, las cuales llevaron a los militares a reconsiderar el papel de la artillería y a integrar mejor en la batalla a la aviación, y, finalmente, obligaron a los inventores a descubrir, costase lo que costase, el arma suprema que acabaría con las trincheras y las alambradas. Ese arma era el tanque.

La artillería

Los franceses disponían en 1914 de 3.793 cañones del 7*5,* que era el arma para todos los usos de la artillería de campaña. El material pesado no existía a nivel de batallón ni de cuerpo, sino únicamente de ejército. Los franceses disponían en total de 300 piezas pesadas y los alemanes de 2.000, pero estos disponían además de unos 2.500 cañones del 77. La inferioridad de los franceses en este aspecto obedecía a las ideas que imperaban entonces en el país sobre el papel respectivo que la artillería y la infantería habían de tener en la ofensiva. «La artillería no prepara los ataques, sino que los apoya;

debe intervenir para apoyar la infantería en cuanto esta comienza su acción de acercamiento». Se consideraba que el cañón del *75* tenía que ser la criada para todo y se le utilizó incluso para hacer saltar las redes de alambradas. Los alemanes no compartían estas opiniones, puesto que se sabe que en 1914 juzgaban que Francia no se atrevería a lanzarse a la guerra precisamente por su falta de artillería pesada[18].

En cuanto tomó el mando, Joffre recusó las ideas recibidas al respecto, pero el material pesado que los ejércitos necesitaban no estaba disponible en agosto de 1914. La capitulación de Amberes, que pasaba por la plaza mejor fortificada de Europa, le convenció unas semanas más tarde de la inutilidad de dejar sin empleo e inmovilizar el material pesado de las fortalezas, y esas fueron las razones de que diese orden de desarmar parcialmente los principales fuertes para poder dotar a sus ejércitos del viejo material de Pange con que estaban equipados. Por eso se encontraron en parte desarmados los fuertes de Verdún cuando se produjo el ataque alemán de febrero de 1916. Para que la artillería aliada dispusiese de material pesado nuevo hay que llegar hasta julio de 1916, cuando se preparaba la ofensiva del Somme. Para esta fecha los aliados habían logrado borrar la delantera que les llevaban los alemanes, evolución que se reproducía también en la aviación.

Aeroplanos y dirigibles

El aeroplano era un arma nueva que había hecho una fugitiva aparición durante la guerra ítalo-turca en Tripolitania, y a partir de esa fecha los expertos habían examinado el papel que podrían representar en caso de conflicto los aviones, los dirigibles y los globos. Según el comandante Besseyre des Horts, se creía que el aeroplano, más rápido y menos vulnerable, convenía más para la observación, y que el dirigible, susceptible de transportar una carga pesada, valía sobre todo para el bombardeo. Se estimaba igualmente que el avión se adaptaba a la guerra de movimiento y el

globo o el dirigible a la guerra de sitio, pero nadie pensaba en la de trincheras. En realidad fue así como se utilizaron las armas aéreas durante las primeras semanas de la guerra, y los alemanes mostraron una especial inclinación por los dirigibles, los zepelines, mientras que los aliados empleaban cada vez más las *salchichas* y los aviones.

Los aliados disponían en 1914 de 220 aviones y las potencias centrales de 258, a los que añadían una flota de varias decenas de dirigibles. En 1914 los talleres de Friedrichs-hafen construían un zepelín cada seis semanas, que asociados a los Tauben llevaron a cabo numerosas misiones de bombardeo sobre París y Londres. El 19 de enero de 1915 seis zepelines atravesaron el Mar del Norte, lanzaron bombas sobre la capital inglesa y volvieron intactos a su base. Esta proeza fue renovada. Por el contrario, las incursiones inglesas sobre Cuxhaven o las expediciones francesas sobre Friburgo de Brisgovia no tuvieron nunca tanta amplitud ni el carácter espectacular de las alemanas.

En los combates aéreos, que se multiplican a partir de diciembre de 1914, los Fokker alemanes disponían de una superioridad muy marcada. Es verdad que el francés Roland Garros fue el primer piloto de combate que dispuso de una ametralladora sincronizada con el movimiento de la hélice, pero fue hecho prisionero y los alemanes emplearon el procedimiento por su cuenta. Durante mucho tiempo se siguió disparando con pistola y con mosquetón. Los aviadores ametrallaban también a la infantería con pequeñas flechas de acero de unos 20 gramos de peso, que resultaban mortales a causa de su velocidad de 100 m/s. Al principio de 1916, los alemanes conservaban la ventaja en las iniciativas espectaculares; el avión gigante Schukert XVIII destruyó la base de hidroaviones ingleses de Dunquerque, mientras los zepelines seguían bombardeando Londres. Uno de ellos, que había salido de Jambol, en Bulgaria, realizó un extraordinario periplo, llegando hasta la altura de Jartum para llevar medicamentos y refuerzos a las tropas alemanas de Tanganika; pero al saber por telégrafo que la guarnición que quería socorrer había

tenido que rendirse a las fuerzas inglesas, este L 59 dio media vuelta, logrando realizar sin escala un vuelo de más de 6.800 kilómetros. En 1918 los alemanes disponían de una flota de zepelines que contaba con más de l00 aparatos gigantes que podían llevar cada uno 40 toneladas de explosivos hasta una altura de más de 2.000 metros y a la velocidad de 130 k/h (90 k/h al principio de las hostilidades).

En el frente propiamente dicho, los alemanes dominaban todavía el aire con gran diferencia en la ocasión de la batalla de Verdún, pero los franco-británicos les hicieron frente desde el verano de 1916. Bréguet, Nieuport, Spad y los cazas británicos lucharon en pie de igualdad con sus adversarios. Hasta finales de 1917 duró la época de los grandes duelos que ilustran los «ases», esos héroes individuales que simbolizan el espíritu de la guerra de 1914. Casi todos perecieron en combate. Los más gloriosos fueron el alemán Richthofen, con 80 victorias confirmadas; seguido del francés Fonck, con 75 victorias; del inglés Mannock, con 73; del canadiense Bishop, con 72; del alemán Udet, con 60; de Guynemer y Mac Follen, con 54 victorias cada uno, etc. Es igualmente la época en que los Caproni italianos se aseguraron el dominio del aire en el frente de los Alpes.

La gran innovación del año 1918 fue la creación, por parte de Alemania, de las escuadras de ataque y protección, flotillas que, volando bajo, apoyaban la marcha de la infantería. En marzo de 1918 participaron en la ofensiva de Picardía treinta y seis escuadras de seis aviones de dos plazas, pero los aliados disponían ya de una fuerza defensiva suficiente como para infligirles serias pérdidas. El aporte de la flota aérea de Estados Unidos comenzaba igualmente a hacer inclinarse la balanza en forma definitiva, y en ese mismo año 1918 de 483 aviones alemanes solo 37 consiguieron sobrevolar París, al mismo tiempo que 200 aviones ingleses de caza tenían la misión de asegurar la protección de Londres. Desde el verano, Foch disponía ya de una superioridad absoluta, poniendo en combate cerca de 600 aviones. El 11 de noviembre, Francia tenía 3.437 aviones en la línea de fuego, es decir, muchos más que en 1940.

Los tanques

Esta situación se reproduce en el caso de los tanques, que, más aún que el avión, fueron los artífices de la victoria aliada. La idea había nacido simultáneamente en Francia y en Inglaterra, donde el coronel Janin y W. Churchill, cada uno por su lado, alentaban los experimentos de fabricación de blocaos-oruga; era necesario fabricar a toda costa un artefacto terrestre que pudiese cubrir los ataques de la infantería, atravesar las alambradas, destruir los nidos de las ametralladoras y avanzar al mismo tiempo que las tropas. Los ingleses fueron los primeros en prepararse en este sentido, y para asegurar el secreto hacían creer que las placas de blindaje estaban destinadas a depósitos de petróleo; por eso bautizaron a sus carros con el nombre de tanques. En septiembre de 1916, en la ofensiva del Somme, los tanques *Willie* ganaban cuatro pueblos, pero no estaba a punto la coordinación con la infantería y los alemanes los recuperaron. La primera experiencia de los franceses tampoco fue muy concluyente; hicieron intervenir a sus carros en la gran ofensiva del Nivelle del 16 de abril de 1917, pero los enormes Saint-Chamond de 23 toneladas eran muy vulnerables, las ametralladoras pesadas y los cañones alemanes destruyeron 60 de 132, las dotaciones se asaron vivas y la infantería, sin protección ya, fue destrozada. Los alemanes sacaron la conclusión de que el cañón podría siempre con el tanque y cometieron con ello el error que habría de serles fatal.

Como estos carros pesados eran lentos y poco manejables, se dio preferencia a los tanques ligeros de las casas Renault, Berliet y Schneider, sin abandonar del todo a los Saint-Chamond, que eran los únicos que podrían franquear brechas de dos metros de ancho. La construcción en gran serie de estos pequeños artefactos revolucionó el arte de la guerra; lograron su primer gran éxito en Villers-Cotteret, el 18 de julio de 1918, contribuyendo en gran parte a la segunda victoria del Marne. En lo sucesivo participaron en todos los ataques, a despecho de las severas pérdidas que les infligían los alemanes (el 50% en cada acción militar). No se concebía ya una rotura de frente

sin ellos, y como se incorporaban a razón de 500 al mes, el reemplazo estaba asegurado. En agosto existían en línea 1.500 carros franceses y otros tantos tanques ingleses, que bajo la dirección del general Rawlinson lograron a su vez un gran éxito estratégico el 8 de agosto. En noviembre había más de 2.000 carros franceses en la línea de combate; eran los que pronto recibirían el nombre de «carros de la victoria».

Una guerra caballeresca en la era industrial

En 1918 los aliados pudieron, gracias al dominio de los mares y a la intervención americana, anegar literalmente a sus adversarios con la producción de más y más cañones y aviones. No obstante, y aparte del ejemplo de los tanques, los alemanes manifestaron en el perfeccionamiento del arte de la guerra un espíritu aún más vivo, y como constata el general Gascouin, en un trabajo sobre la artillería publicado durante los años veinte, «se adelantaron a los aliados en una guerra». Sistematizaron sus ventajas técnicas y orientaron la marcha de la guerra en función de los progresos de su investigación científica y de los adelantos de su industria; así, la fortificación en campaña al principio, la artillería de gran potencia después, los pequeños artefactos de trincheras, etc. La apreciación quizá sea excesiva, puesto que si el alto mando alemán supo integrar con éxito a los submarinos en su estrategia, no ocurrió lo mismo en el caso de los gases ni en el de los tanques. Mientras tanto los militares franceses siguieron considerando la guerra como un torneo en que «el mejor es quien gana»; el combate seguía siendo un asunto de honor en el que regían los principios de la moral caballeresca y se contaba más con la virtud guerrera de la sangre de los antepasados que con el progreso de las técnicas. Los años habían pasado sin que las ideas evolucionasen y así ocurría con la concepción del papel de la artillería. Ya hemos hablado de las ideas preconcebidas que presidieron la partida del ejército hacia la guerra, ideas que, a pesar de la experiencia, no se modificaron y que estaban suscritas por

«nuestros más ilustres aliados». La disposición militar del 12 de julio de 1918 conserva la formulación elemental de un catecismo sin relación con la era técnica en que se prescribía. Dice así:

> El mando se orientará hacia la práctica de procedimientos de ataques simples, audaces y rápidos [...]. Se conseguiría la sorpresa por la rapidez del ataque [...]. La infantería debe estar persuadida *(sic)* de que está dotada de un armamento que le permite explotar sus primeros éxitos y proseguir su avance por sus propios medios y *sin la protección de la artillería.* [La cursiva es nuestra].

Las grandes disquisiciones llamadas teóricas se ocupaban de la duración más acertada de la preparación artillera; si era demasiado corta, resultaba insuficiente; si demasiado larga, carecía del efecto de sorpresa. La formulación podía ser técnicamente más compleja, pero no sobrepasaba este nivel conceptual. Cuando Foch o Pétain declararon: «La artillería conquista y la infantería ocupa», se discutió esta fórmula como si acabasen de hacer uno de los grandes descubrimientos científicos de los tiempos modernos. En todos los países los militares analizaban la guerra a través únicamente de sus dominios y de sus armas: dominio de la infantería, concurrencia y rivalidad de la artillería, «decadencia» de la caballería, etc.

Terminada la Gran Guerra, el general Gascouin juzgaba que en lo concerniente a la artillería los Estados Mayores habían pasado por verdaderos caprichos,

> […] que tenían más que ver con una especie de fetichismo que con un análisis científico de las técnicas de la guerra; encaprichamiento primero por el tiro horizontal y el cañón fetiche del 75*;* después por las armas pesadas y muy pesadas. En 1916 se entusiasmaron con el cañoneo masivo y la destrucción integral y con los tonelajes formidables. Después vino la moda de los largos alcances y el abandono de los objetivos cortos.

Y el general concluye: «Todo esto pecaba de carencia de conocimientos positivos».

La falta de espíritu científico, la subestimación de lo que significa la técnica y la ignorancia absoluta de la relación que existe entre los

conocimientos de una época, sus posibilidades industriales y la práctica de la guerra, caracterizan la mentalidad de los que tenían la responsabilidad de dirigir las operaciones militares.

En resumen, en el período 1914-1918 el espíritu de los militares no había adelantado nada desde la época de la caballería e incluso estaban retrasados con respecto a la antigüedad griega, puesto que, en Atenas, Hefaistos, el dios de las armaduras, era por lo menos el igual de Ares, dios de los ejércitos.

---

17 *Boche* es la forma peyorativa con la que franceses e ingleses denominaban a los alemanes durante la Primera y la Segunda Guerra Mundiales.

18 La artillería rusa valía tanto como la de los austro-alemanes en calidad, a pesar de que disponía de un número de piezas dos veces menor y la falta de municiones se hizo sentir muy pronto.

CAPÍTULO 11

Estilo directo y estilo indirecto

Partiendo de una distinción fundamental en el arte de la guerra, el general Gambiez opone el estilo directo al estilo indirecto.

> El primero supone la reducción de las fuerzas enemigas por medio de la batalla, batalla que se busca y que se funda en la potencia de la acción. El estilo indirecto apunta a poner al adversario en estado de inferioridad por medio de acciones preliminares que le disloquen moral y materialmente.

El estilo indirecto encontró numerosas formas de aplicación durante la Primera Guerra Mundial. Dejando a un lado, por el momento, la campaña de desaliento que los adversarios promovieron en el campo contrario, con la esperanza de hacer flaquear la moral del enemigo, esta estrategia se aplicó de dos maneras: bien a hacer explotar desde dentro a los estados de la coalición adversa o bien a asfixiarlos.

PRIMER MÉTODO: DESINTEGRAR EL ESTADO

Las potencias centrales intentaron levantar contra el Estado zarista a las poblaciones alógenas de Rusia y suscitar la guerra santa en las posesiones francesas, inglesas o italianas de Ultramar. Los aliados, por su lado, trataron de desintegrar el Imperio austro-húngaro, sosteniendo el movimiento nacionalista de los checos y de los eslavos del Sur, y buscaron la destrucción del Imperio otomano ayudando al levantamiento de los árabes.

La defensa del derecho de los pueblos, arma de doble filo

En Europa fue la *Entente* la primera que colocó su lucha bajo el signo de la defensa del derecho de los pueblos. Tenía a la mira la suerte de las poblaciones de Alsacia-Lorena y de las minorías de Austria-Hungría, pero parece que no midió exactamente el valor y los peligros de este arma de doble filo.

En Austria-Hungría

Para decir la verdad, las iniciativas que apuntaban a destruir los estados multinacionales partieron de las organizaciones de las poblaciones alógenas. Tal fue el caso en la doble monarquía; a principios de la guerra, la más activa de estas organizaciones era el Comité Sudeslavo, que defendía la causa de una Yugoslavia unificada. Su representante en Londres, el dálmata Trumbic, fue acogido con simpatía, pero como, sin embargo, los eslovenos y los croatas sospechaban que este movimiento tenía una orientación panserbia, los aliados permanecieron circunspectos, sobre todo con respecto al proyecto de los eslavos del Sur, que iba en contra de las ambiciones italianas en el Adriático; la alianza con Roma valía más que las aspiraciones de estos nacionalistas. Y así fueron sacrificadas al firmarse el Pacto de Londres. En lo sucesivo los croatas y los eslovenos buscaron apoyo en Estados Unidos y encontraron en W. Wilson un ardiente defensor. En esta fecha los aliados se mostraban más reticentes y no daban más que buenas palabras a los checos, aunque estos disponían de numerosos apoyos en París y en Londres, tales como los historiadores Ernest Denis, H. Seton-Watson y sobre todo W. Steed, editorialista del *Times.* Cierto es que en Austria misma los efectos de la propaganda de Masaryk, Kramar y los demás líderes checos eran bastante poco alentadores, aunque la burguesía «sabotease» los empréstitos austríacos de guerra (B. Michel). «Combatís contra vosotros mismos», se leía en una de sus octavillas destinada a los contingentes de eslavos del Sur del ejército

imperial. Pero estos se batían con el mismo encarnizamiento que sus camaradas austríacos o húngaros, como si quisiesen demostrarles que eran dignos de ser sus iguales. No hubo más que un único ejemplo espectacular de deserción en masa, que fue el del 28 Batallón de Infantería, originario de Praga.

En estas condiciones y conservando la esperanza de separar a Austria-Hungría de Alemania y llevarla a concertar una paz separada, los aliados vacilaron en utilizar este arma indirecta, la cual, en cierto modo, actuaba incluso contra su política secreta, que tendía a tratar con miramientos a Austria-Hungría. Además, con ocasión de la convocación en 1916, en Lausanne, de la III Conferencia de las Nacionalidades, se reveló la ambigüedad de la posición de los aliados... La iniciativa arrancaba de las personalidades suizas que obraban con el nombre de *Unión de las Nacionalidades,* organismo creado antes de la guerra por algunos defensores del derecho de las nacionalidades oprimidas. Su orientación era claramente favorable a la *Entente* y los organizadores, como E. Burnier y E. Privat, no lo ocultaban. Al enviar las invitaciones suponían que los checos, los rumanos de Hungría, etc., harían oír sus voces, pero los representantes de las minorías oprimidas por los aliados se hicieron oír con mucha más fuerza, especialmente los irlandeses, los egipcios, los tunecinos y sobre todo los delegados de las poblaciones alógenas de Rusia, que invadieron la Conferencia; hicieron el juicio del imperialismo aliado, evocando la suerte de los marroquíes, argelinos, baltas, tártaros, kirguises, etc. La prensa helvética reprodujo parte de estos debates, ilustrando a la opinión mal informada sobre pueblos cuya existencia incluso se ignoraba y mostrando la relación, que pocas personas habían establecido, entre cuestión nacional y problema colonial.

Estos debates tuvieron un cierto eco en los medios autorizados; el 2 de julio de 1916 *Le Temps* consagró un artículo editorial a la Conferencia de Lausanne y *L'Éclair* anotaba que «era una coincidencia feliz el hecho de que en ese momento mismo M. Disoy hubiese propuesto ampliar la representación argelina en las

asambleas». Jacques Bainville escribía en *L'Éclair,* de Montpellier, recogiendo los argumentos expuestos en otro lugar de manera más explícita:

> Hace meses y hasta años que repito que el principio de las nacionalidades es peligroso para Francia..., que es por el contrario un arma que puede volverse contra nosotros y nuestros aliados. Lo que ha pasado en Lausanne ha venido a confirmar mis palabras.

Por esta razón los aliados no utilizaron en lo sucesivo este arma más que con circunspección; pero W. Wilson era favorable a la cuestión y su parecer contaba cada vez más; cuando América entró en la guerra se volvió a ello, porque parecía que ya habían pasado las probabilidades de una paz separada con Austria. A finales de 1917 y en 1918 los aliados aprobaron los términos del Pacto de Corfú, carta de la futura Yugoslavia. Con ayuda de los Gobiernos inglés e italiano, Seton-Watson organizó una campaña entre los regimientos formados con los elementos alógenos de la doble monarquía y estableció su cuartel general en Venecia; habían llegado los tiempos en que el arma de la propaganda podía mostrar su eficacia y, efectivamente, ayudó a la desintegración de los ejércitos de Carlos I en octubre de 1918.

En el Imperio turco. Las matanzas de Armenia

La acción indirecta contra el Imperio turco condujo a resultados espectaculares; al Norte, a una catástrofe: las matanzas de Armenia; al Sur, a la hazaña de un héroe solitario: T. E. Lawrence, padrino de la independencia árabe.

Repartido entre Rusia y Turquía, el pueblo armenio deseaba recobrar la independencia que había perdido desde hacía trece siglos, pero puestos a elegir entre dos amos, los armenios, que eran cristianos, preferían la tutela del zar, menos cruel que la de los turcos. Además, el zar reivindicaba en nombre de ellos la parte de territorio armenio que había quedado en manos de los turcos y

había prometido dotar a los armenios de algunas libertades religiosas y administrativas. Pero en vísperas de la guerra no se había hecho nada aún, y el movimiento nacionalista armenio pareció tomar una orientación anti-rusa. No obstante, las hostilidades resucitaron el viejo temor a los turcos y la preocupación de «liberar» a sus hermanos del otro lado de la frontera.

En 1915, el partido nacionalista armenio más importante, el Dashnaksutium, envió una misión secreta a Occidente para abogar por la causa de una Armenia independiente, y a partir de entonces los armenios de Rusia alentaron a sus hermanos a preparar la insurrección contra los turcos. Estos no tenían, sin embargo, medios para ello, pero cuando el ejército del sultán, vencido en Sarikamisch, se replegó, los armenios de Turquía creyeron que se acercaba la hora de su libertad y muchos de ellos desertaron del ejército. En Armenia los civiles acogieron a las tropas vencidas con sarcasmos y realizaron actos de sabotaje en la retaguardia. El castigo fue espantoso. Todos los armenios del Imperio fueron sacados de filas, desarmados, agrupados en batallones de trabajo y deportados. Después les tocó el turno a los civiles, incendiaron los pueblos, y hombres, mujeres, ancianos y niños, maniatados en filas de cuerda, fueron llevados a las montañas con destino desconocido. En los sitios donde la población armenia era claramente mayoritaria, como en Van, Bitlis, Sasún, etc., los civiles y los batallones de trabajo fueron asesinados a sangre fría.

Los siniestros convoyes de prisioneros se pusieron en marcha hacia el Sur a principios de verano; los más débiles morían en el camino, los supervivientes llegaron agotados a Alepo y fueron conducidos hacia el desierto, donde la mayoría murió de inanición. No existen estadísticas, pero se sabe que en Erzerún de 20.000 armenios solo quedaron 200 supervivientes. Cerca, pues, de 1.000.000 de hombres y mujeres habían sido deportados y aproximadamente la mitad pereció de inanición o a resultas de las torturas.

El levantamiento de los árabes

Al otro extremo del Imperio turco, los ingleses proyectaban el levantamiento de los árabes. En los años que precedieron a la guerra, Kitchener había estudiado el principio de una ayuda a los principales jefes de tribu; en 1914 no había sido puesto a punto, sin embargo, ningún proyecto de conjunto, pero los ingleses tuvieron la satisfacción de constatar que el jeque de La Meca no proclamaba la guerra santa.

En realidad, el movimiento nacional árabe estaba todavía en un estadio elemental. Es cierto que el sultán del Neyed, Iben Seud, tenía el proyecto de unificar la península en provecho propio, pero los demás imanes, y hasta él mismo actuaban más como señores feudales que como campeones de una causa nacional. Además, el imán del Yemen continuaba siendo amigo de los turcos.

En estas condiciones, la política de los ingleses estaba trazada de antemano; se apoyaban en ciertas tribus contra otras y, por lo que a ellos respecta, tenían como objetivo el control de la ruta de los petróleos con preferencia a la constitución de un Estado árabe, aunque fuese un estado vasallo.

Por tanto, en El Cairo, como en Delhi o en Londres, donde se elaboraba la política inglesa, contaban ciertamente con los árabes, pero en tanto que instrumentos de una política, y promover su independencia no era un fin en sí, sino un medio de debilitar a los turcos, una posibilidad como otra cualquiera. El genio de T. E. Lawrence consistió en invertir los términos del problema no por cálculo, sino por ideal, sin que ello dejase de tener los mismos efectos para los intereses de su país. Lawrence era un joven orientalista, familiarizado con el islam y con los árabes, cuya civilización apreciaba. Conocía todos sus refinamientos y había recorrido por entero la región entre La Meca y Damasco, hablaba los dialectos de las diferentes tribus, vivía su existencia cotidiana y se vestía con chilaba. Cuando estalló la guerra, disponía en el país de

toda una red de amigos entre los que se contaban Faisal, hijo del jeque, y Auda, el *Robin Hood* beduino.

Lawrence comprendió que había sonado la hora de realizar el gran proyecto, pero que era inútil intentar enrolar a los árabes en formaciones regulares, porque los turcos acabarían con ellas enseguida, y en conexión con el general Allenby, cuya confianza había sabido ganar, coordinó con el avance de las tropas inglesas los movimientos de la guerrilla árabe. Dejó a los turcos conservar el control de La Meca y condujo a los árabes a operaciones, en apariencia más modestas, pero más importantes desde el punto de vista estratégico, como fueron la toma de Wedj y la de Akaba. Y en 1918 llegó por fin la apoteosis: la entrada de los anglo-árabes en Damasco.

En contra del Imperio ruso

Los alemanes, lo mismo que sus adversarios, no se habían dado cuenta aún en 1916 de las ventajas y los inconvenientes de una política de defensa de los nacionalismos. Pero en aquel momento, cuando Alemania estaba amenazada del reforzamiento del bloqueo, F. Naumann lanzaba de nuevo la idea de *Mittel-Europa;* estimulados por sus éxitos en Europa Oriental, los alemanes se inclinaban a reconsiderar los problemas de reorganización del este europeo, y la Conferencia de Lausanne les reveló las ventajas que podía producir una política activa entre las minorías nacionalistas del Imperio ruso.

Unas semanas más tarde las potencias centrales ayudaban, en consecuencia, a la aparición de un semanario publicado en Berna que se titulaba *Bulletin des Nationalités de Russie.*

Alemania estrechó, pues, sus lazos con las organizaciones nacionalistas del Imperio ruso e incluso constituyó una «legión» finlandesa, el batallón de Locksted, que marchó para combatir en el frente ruso, y, sobre todo, las potencias centrales proclamaron, el 5 de noviembre de 1916, la independencia de Polonia, gesto espectacular que se adelantaba a los proyectos de la *Entente.* Esta

proclamación tenía, sin duda, por objeto principal el facilitar la formación de un ejército polaco que combatiese junto a las fuerzas alemanas, y no consiguió engañar al pueblo polaco; pero, sin embargo, no dejaba de ser un golpe asestado a la política de las nacionalidades que la *Entente* llevaba a cabo.

La acción de los alemanes en Irlanda y en Bélgica

La ayuda que los alemanes prestaron a los nacionalistas irlandeses suponía un golpe para los aliados que pudo ser mucho más peligroso.

Desde el principio de la guerra, los irlandeses habían declarado en la Cámara de los Comunes que permanecerían leales a la Gran Bretaña y habían aceptado que la Home Rule se aplazase hasta después de la paz. Sin embargo, los más intransigentes no se solidarizaron con sus representantes y se opusieron a la campaña de reclutamiento organizada por las autoridades. Falcke, cónsul alemán en Nueva York, alentó el movimiento de resistencia que subvencionaban los irlandeses de América; se puso en pie un ambicioso plan de levantamiento de Irlanda y los alemanes prepararon un desembarco de armas y municiones al mismo tiempo que hacían volver a su tierra natal a sir Roger Casement, jefe de la insurrección irlandesa. El proyecto fue divulgado, y cuando sir Roger desembarcó de un submarino alemán fue detenido en la orilla y ejecutado. El levantamiento tuvo, sin embargo, lugar en abril de 1916, en que 1.200 nacionalistas ocuparon durante cinco días Dublín, la capital. Esta Pascua sangrienta dejó en Dublín numerosas cicatrices e hizo que dos divisiones inglesas tuvieran que permanecer en Irlanda.

En la Bélgica ocupada, los alemanes intentaban debilitar la coalición aliada resucitando el ideal nacionalista flamenco, que antes de la guerra tenía únicamente un carácter literario cuyo centro era la Universidad de Gante. Ahora bien, en Berlín los pangermanistas se hallaban divididos con respecto a la actitud que había que adoptar

en Bélgica; unos creían que era mejor considerar el Flandes belga (y los Países Bajos) como una parte integrante del futuro Reich, y otros pensaban en abandonar estas provincias a su antigua rivalidad con tal de controlar únicamente las arterias y los puertos. Una vez que se hicieron dueños del país, los alemanes apoyaron el movimiento nacionalista flamenco, ayudaron a la enseñanza de la lengua flamenca en la Universidad de Gante y deportaron a los profesores recalcitrantes; en 1916 pusieron fin al bilingüismo en la correspondencia oficial y en 1917 decretaron la separación administrativa de Flandes y Valonia, la cual tuvo a Namur como capital. Un *Conseil des Flandes,* formado por activistas, daba su aprobación a esta política, pero, a pesar de ello, siguió siendo impopular, puesto que nacía del invasor. En febrero de 1918 estallaron manifestaciones en contra de la división; claro que mientras tanto la cuestión belga había cambiado de signo, puesto que se había comprobado que Alemania tenía la intención de anexionarse todo un sector del país.

Los turcos y los alemanes en Asia central

En Asia, los ingleses habían intentado atacar Constantinopla y levantar a los árabes. Los alemanes y los turcos, por su parte, acometieron la empresa de levantar a la India, a Asia central y a todo el mundo musulmán; tenían la intención de dominar Irán y luego, partiendo de Persia, pasar a Afganistán, desde donde podrían atacar a la vez hacia el Norte y hacia el Sur. En el Norte ayudarían a la resurrección del panturanismo, desgarrando por el flanco el imperio de los zares. Se desconoce el papel exacto que representaron en el levantamiento de los nómadas del Turquestán de 1916; la insurrección tenía por causa inmediata la negativa de los musulmanes a enrolarse en los ejércitos zaristas y por objetivo la recuperación de las tierras arrebatadas por las autoridades cuando se construyeron los ferrocarriles, pero se trataba también de una guerra santa (*gazovot*), cuyo fin era la desintegración del Imperio

ruso. Mientras tanto, los germano-turcos apoyaban en el Cáucaso la causa de los nacionalistas georgianos en el exilio, esperando lograr la creación de una Federación del Cáucaso compuesta de un reino de Georgia y un Estado armenio-azerí.

Por el Sur, turcos y alemanes contaban igualmente con sublevar a las poblaciones en nombre del islam y poner así fin al dominio de los ingleses en la India.

«El verdadero objetivo de Alemania en 1916 –escribe W. Churchill– fueron el mar Negro y el mar Caspio», juicio excesivo, pero que da la medida de la situación. La idea de llegar a la India era tan antigua como ilusionaria en la mente alemana, pero el fracaso de Gallípoli le prestó nuevo interés. Y en 1914 el cañonero alemán *Ecbatane* había intentado apoderarse de Abadán y sus refinerías y se habían hecho otras tentativas alrededor de Kuwait, pues a falta de la India los petróleos del golfo Pérsico ejercían una gran fascinación sobre los alemanes. El coronel Sykes escribía:

> Los ingleses consideraban esta región como coto reservado, pero era seguro encontrar sobre el menor pedrusco, sobre la mota de barro más pequeña, un agente alemán.

En Persia la situación era muy compleja; la dinastía era hostil a Rusia ante todo, y los ingleses, establecidos al Sur, acudían muchas veces a las llamadas de socorro de los persas contra el enemigo del Norte, hasta el punto que en 1914 habían logrado por los pelos que Persia no entrase en guerra contra los rusos y se mantuviese neutral. Por tanto, los alemanes y los turcos se encontraban con una carta que jugar en este caso. No obstante, deslumbrados por sus éxitos al Oeste, los turcos actuaron sin miramientos en el Este y resucitaron los sueños panturanistas de las poblaciones; al ocupar el Kurdistán persa con el pretexto de «protegerlo» contra un ataque de los rusos, cometieron en territorio iranio las atrocidades más tremendas. Después Enver-Pachá ocupó Ramadán, de donde le desalojaron los cosacos a principios de 1917, y así el territorio persa se convertía en un coto cerrado donde turcos y rusos ajustaban sus viejas cuentas

ante los ojos horrorizados del Gobierno. Los persas perdieron todo afán de participar en el conflicto.

En el Sur, las iniciativas alemanas tuvieron otro estilo; una misión civil dirigida por Wassmuss, a quien se ha llamado el Lawrence alemán, se dedicó a compartir la vida de los indígenas y sublevó contra los británicos a las tribus del sur de Irán, contribuyendo a la capitulación de Kut en abril de 1916. En la costa, los tangistaníes amenazaron también a los establecimientos ingleses de Bushir, mientras que más al Este agentes turcos y alemanes marchaban a levantar Afganistán partiendo de Meshed. Las victorias de Allenby, en Palestina y en Siria, pusieron fin a estas tentativas en el momento que Wassmuss conseguía dominar, en Chiraz, a las poblaciones en modo suficiente para que el Gobierno pidiese a los fusileros ingleses que abondonasen el país.

En África y en Asia oriental

Al estilo indirecto pertenece también la acción puesta en práctica por Alemania y Turquía en África. La rebelión de los senusis en Tripolitania inquietó a los ingleses porque temían que se extendiese a Egipto. Los franceses sentían también alguna inquietud, pero Argelia fue poco afectada por el contagio de la guerra santa, a pesar de que, según Oppenheim, los musulmanes de Argelia y de Túnez odiaban profundamente a Francia. En Marruecos, los alemanes suministraban armas a los príncipes de Siba a través de su consulado en Barcelona. Pero en el África negra, ingleses, franceses y belgas desbordaron en una semana a las tropas alemanas de Camerún y de Togo.

En el sudoeste africano, los alemanes apoyaron la rebelión del coronel Saint-Moritz, jefe bóer de África del sur, que veía en la guerra anglo-alemana la ansiada ocasión de resurrección de su patria perdida, pero las tropas sudafricanas de los generales Botha y Smuts acabaron con ella y con las tropas alemanas del coronel Seitz (julio de 1915).

En África oriental, los alemanes y sus tropas de áscaris resistieron a los anglo-belgas hasta la firma del armisticio. El objeto del general Von Lettow era inmovilizar las fuerzas enemigas y hacer su situación insostenible, y lo consiguió porque la posición geográfica de Tanganika le permitía poner en juego las líneas interiores y atacar tan pronto a las guarniciones de Kenia, en el Norte, como a las de Nyasalandia, al Sudoeste.

De hecho, esta «guerra de las tribus blancas», como la llamaban los indígenas, desacreditó a los colonizadores y envenenó el triunfo de los aliados. Los territorios bajo dominación británica asistieron a la resurrección de movimientos milenaristas, sobre todo en Nyasalandia, donde se extendió el rumor del retorno del mesías liberador Mzilima.

La guerra apresuró, además, el proceso de movilización de los espíritus donde ya existía una conciencia anticolonialista, o bien la suscitó de nuevas. Así, cuenta Nehru que en la India:

> Se tenía poca simpatía a los ingleses a pesar de las ruidosas manifestaciones de lealtad, y moderados extremistas se alegraban igualmente de las victorias alemanas [...]. Sin embargo, después de muchas discusiones, se decidió cooperar, considerando que valía la pena que nuestros jóvenes se beneficiasen del entrenamiento militar [...]. Los soldados que volvían de los frentes lejanos no eran ya los robots serviles del comienzo, se habían hecho mentalmente adultos y cuajaba entre ellos el descontento.

El mismo fenómeno ocurrió en Indochina y en Marruecos; una octavilla senusi, repartida en 1916, subrayaba las humillaciones que sufrían los musulmanes de Argelia y de Túnez.

Así pues, históricamente, a la larga, la guerra debilitaba la posición de las grandes potencias coloniales.

En Extremo Oriente daba a los japoneses la ocasión de observar por vez primera que una gran potencia europea –Alemania– era arrojada de Asia[19]. El mito de la primacía. de Europa y de su unidad pertenecía ya decididamente al pasado.

SEGUNDO MÉTODO: LA AXFISIA

Desde 1914 los aliados quisieron arruinar el comercio marítimo de las potencias centrales, esperando así destruir el fundamento de su economía. Cuando se vio que la guerra no podría ganarse en una sola batalla, sistematizaron la lucha en el plano económico con el fin de agotar las fuentes de aprovisionamiento de las potencias centrales. La carencia de materias primas y de productos destinados a las fabricaciones de guerra habría de llevar a estas a la capitulación, a no ser que ocurriese por una «crisis económica suscitada por la escasez». El precedente de las guerras napoleónicas estaba bastante próximo para hacer posible que renaciese la idea de un bloqueo económico de Alemania y de sus aliados.

Alemania tampoco había considerado la hipótesis de una guerra larga y menos aún la de una guerra económica; pero es cierto que no pensaba tener contra ella a Inglaterra. Sorprendida por las medidas que apuntaban a cercarla y asfixiarla, no se inquietó mucho en los primeros tiempos, porque el comercio con los países neutrales bastaba a asegurar sus intercambios con Ultramar. Sin embargo, cuando los aliados se pusieron a intentar controlar el comercio de los países neutrales, comprendió que el arma económica podría serle fatal, y tanto los alemanes como los austríacos reaccionaron. Al principio utilizaron la guerra submarina como arma preventiva y amenaza, pero sin resultado; después Alemania intentó romper la tenaza de la Home Fleet; la flota alemana rompió lanzas valientemente con los ingleses y le echó a pique más navíos que los que ella misma perdía, pero la tenaza seguía cerrada, y en lo sucesivo la Kriegsmarine no pudo salir siquiera del mar Báltico. La victoria de Jutlandia había sido una victoria inútil.

Todo cambió, sin embargo, en 1917. Bajo la presión de los militares, el káiser se decidió a practicar la guerra submarina a ultranza: los cálculos de sus marinos confirmaban que la guerra submarina permitiría volver el arma económica contra los que la habían utilizado en primer lugar y aseguraban que antes de un año

obligaría a Inglaterra a capitular. De hecho, en lugar de aterrorizar y hacer arriar bandera a los países neutrales, la guerra submarina suscitó la intervención americana, que al final provocó la derrota de las potencias centrales. Pero faltó poco para que Alemania lograse un clamoroso triunfo.

El bloqueo

El comercio marítimo desempeñaba un papel capital en la economía alemana, pues gracias a él se proveía de algodón, manganeso, estaño, metales raros, materias grasas vegetales y otros diez productos necesarios para una industria moderna y altamente competitiva. Las tres quintas partes de este comercio se realizaban bajo pabellón alemán; en 1914 representaba un tonelaje de 5.200.000 toneladas, a las cuales se añadían 1.000.000 de toneladas pertenecientes a la doble monarquía. En el momento de la declaración de guerra, 734 navíos se refugiaron en aguas neutrales y no le quedaron a Alemania más que 600 navíos aproximadamente, que representaban 2.875.000 toneladas, de las cuales unas 600.000 fueron capturadas y varios millares más hundidas a fin de verano. Al cabo de unas semanas el comercio de las potencias centrales había desaparecido de los océanos.

Para aprovisionarse, Alemania apeló inmediatamente al comercio de los países neutrales. Estaban autorizados por el derecho de gentes a comerciar con los beligerantes a condición de no oponerse a la inspección de uno de los beligerantes, de no violar el bloqueo y de no transportar objetos de contrabando. Este último punto podía ser el único obstáculo al mantenimiento de las relaciones económicas entre los neutrales y las potencias centrales, puesto que si la superioridad naval de los ingleses era absoluta, la proclamación del estado de bloqueo no era posible mientras los alemanes pudiesen comerciar libremente en el mar Báltico o con los vecinos que habían permanecido neutrales en el continente, como Holanda, Dinamarca y Suiza.

Para poner fin, por tanto, al comercio de Alemania con Ultramar, los aliados se vieron obligados a utilizar la noción de contrabando, tal como había sido definida en las conferencias de La Haya y de Londres algunos años antes de la guerra. Habida cuenta de la naturaleza de la mercancía, se distinguía entonces el contrabando absoluto, que comprendía una decena de artículos (armas, municiones, etc.), y el contrabando condicional (víveres, ropas, etc.). A petición de los ingleses, que en aquella fecha defendían los derechos de los neutrales, se añadió una tercera lista, la de los artículos que no podrían ser nunca declarados contrabando de guerra y que comprendía el caucho, el algodón, los abonos, los minerales, el papel, etc. La declaración de Londres de 1909 especificaba que los artículos de contrabando total serían embargables si se demostraba que estaban destinados a territorio enemigo; los artículos de contrabando condicional no lo serían más que si el navío seguía ruta hacia territorio enemigo; esto significaba que en 1914 víveres destinados a Alemania y desembarcados en Rotterdam no podían ser embargados. En desventaja por su situación insular y la estructura de sus intercambios y su dependencia del extranjero para el aprovisionamiento, los ingleses se negaron a suscribir este tratado. No podían admitir que un navío argentino les trajese víveres y que pudiese ser embargado o echado a pique con cuerpos y bienes. Por eso, cuando estalló la guerra Gran Bretaña fue el único país que no había firmado el Tratado de Londres.

Desde el 6 de agosto de 1914 los americanos pidieron a los beligerantes que fijasen su actitud respecto al comercio con los países neutrales. Ingleses y franceses respondieron con *L'Ordre en Conseil* [La orden en Consejo] del 20 de agosto y el *decreto* del 25 de agosto, declarando que aplicarían el Tratado de Londres, pero apoderándose de *todos* los artículos de contrabando tradicional, cualquiera que fuese el puerto de destino, si no podía demostrarse que no estaban destinados al enemigo. Los americanos protestaron de inmediato y tanto más vivamente cuanto que los aliados

alargaban la lista de los artículos de contrabando, haciendo figurar en ella artículos que en Londres los ingleses habían declarado que nunca podrían ser considerados de contrabando. Además, la desviación sistemática de los navíos constituía una presunción general de fraude contraria a las tradiciones del derecho internacional. Así, entre enero y julio de 1915 fueron controlados por el War Trade Department 2.132 navíos de los 2.466 arribados a los puertos neutrales del Mar del Norte.

No obstante esta actividad, el bloqueo afectaba poco la vida económica de las potencias centrales. Las exportaciones de Alemania guardaban una relativa estabilidad gracias a las entregas que se hacían en Ultramar por intermedio de Escandinavia. En lo que concernía a las importaciones, su disminución estaba lejos de alcanzar la proporción con que contaban los aliados; así, en los meses de diciembre de 1914 y enero de 1915 las entregas de Estados Unidos a Alemania pasaban realmente de 68 a 10 millones de dólares, pero las exportaciones a los países neutrales vecinos de Alemania aumentaban mucho, llegando de 25 a 65 millones de dólares.

En febrero de 1915, el Gobierno alemán dirigía a los países neutrales un inventario de las violaciones a los usos internacionales cometidas por los aliados. La lista de estas violaciones crecía cada día con nuevos productos que Inglaterra declaraba trasladar de una lista a otra.

Acoplaba el derecho a su conveniencia, no dudando en declarar zona de guerra todo el Mar del Norte, lo que venía a ser como establecer el bloqueo a lo largo de las costas de los países neutrales.

Los primeros tiempos de la guerra submarina

En respuesta a estas violaciones, Alemania lanzaba su primera declaración de guerra submarina, y todo navío de comercio enemigo encontrado en aguas británicas sería destruido sin respeto a la tripulación, a las mercancías o a los pasajeros, incluso si provenía de

un país neutral. La amenaza levantó una reprobación unánime; los países neutrales se convertían en las víctimas de una violación particularmente cruel del derecho de gentes. En 1915 el torpedeo del *Lusitania,* en el que viajaban numerosos ciudadanos americanos, hizo virar totalmente la opinión de los países neutrales. Los ingleses aprovecharon para ampliar aún más la lista de los productos de contrabando, incluyendo poco a poco todos los artículos con destino a las potencias centrales, cualquiera que fuese su vía de circulación. Los americanos protestaron de nuevo con vigor.

Como el comercio entre los países neutrales se había desarrollado en proporciones considerables y como gracias a la reexportación los alemanes podían avituallarse, los ingleses quisieron poner freno a este tráfico. Controlaron sus propias exportaciones de carbón y aceite pesado con destino a los países neutrales y sobre todo instauraron el sistema de cupo. Desde 1914 los países neutrales y los alemanes rivalizaron en ingenio para escapar al control de los ingleses. Así, los suecos transformaron los lingotes de cobre en miles de estatuillas que representaban a Hindenburg; las pasaban bajo la rúbrica de «objetos de arte» y, por tanto, no entraban en las categorías previstas en las listas de contrabando. Otro motivo de cólera fue el asunto del *Kim,* que llevó a Dinamarca doce veces más cantidad de manteca de cerdo de lo que este país importaba antes de la guerra; era evidente que estaba destinada a los alemanes, que la transformaban en glicerina. El sistema de cupo permitió a los aliados no dejar entrar en los países neutrales más cantidad de productos de la que les era efectivamente necesaria y que los ingleses calculaban fundándose en los años de cupo medio de antes de la guerra.

Hacia mediados de 1916, todas estas medidas acabaron por dar sus resultados. En Alemania, la falta de abonos había hecho bajar la cosecha de cereales en más de un tercio, el consumo de carne en dos tercios y las importaciones de cobre en cinco sextos. El descenso progresivo de los aprovisionamientos de algodón (que aceleró después la entrada en guerra de Estados Unidos) provocó un

derrumbamiento de la fabricación de los productos textiles que la invención de los sucedáneos (*ersatz*), como el tejido de celulosa, no consiguió contener. En 1918, la crisis de los textiles se consideraba aún más grave que la de la alimentación. Era más grave también que la de los explosivos, porque las importaciones de forrajes para animales y de grasas que venían de Suiza y de Holanda, etc., eran difícilmente controlables y la industria alemana realizaba prodigios para transformarlos en glicerina. Estos progresos técnicos de la industria alemana recordaba los realizados en la Francia napoleónica en tiempos del bloqueo y permitían constatar que Alemania podría pasarse sin el comercio con el mundo occidental y que, a fin de cuentas, los países del Este eran más indispensables para su equilibrio económico porque su producción era complementaria de la de Alemania. Los partidarios del *Drang nach Osten* se encontraron reforzados en sus convicciones por esta experiencia, que no fue olvidada después de la guerra.

A fin de cuentas, el cerco económico de Alemania y de sus aliados había entorpecido el funcionamiento de su máquina de guerra, pero no había tenido ningún efecto decisivo. El arma económica utilizada empíricamente por los aliados al principio de la guerra no había sido empleada de manera sistemática más que desde 1916 y aún en 1918 no estaba a punto, puesto que en esta fecha Inglaterra firmaba un acuerdo económico con Suecia para que esta limitase sus exportaciones de hierro a Alemania. Por tanto, es excesivo creer que la guerra submarina fue una respuesta al bloqueo marítimo; cuando Alemania decidió proclamarla a ultranza pensaba poder así «hacer caer de rodillas a Inglaterra». Y presentó este «arma total» como respuesta al bloqueo para legitimar su empleo.

La guerra submarina «a ultranza»

Hasta la fecha que acabamos de citar, los submarinos lanzaban una advertencia a los navíos que permitía ahorrar vidas humanas, dando la posibilidad a las tripulaciones de utilizar sus lanchas de

salvamento; pero, de este modo, el submarino al señalar su posición resultaba vulnerable, porque los aliados habían comenzado a armar algunos de sus navíos de comercio con cañones. Además, el capitán del navío en cuestión podía alertar a los buques patrullas o a los destructores que se encontrasen en la vecindad. Bastaba con que los aliados asegurasen sistemáticamente la escolta de los navíos de comercio para que los torpederos hundiesen rápidamente a los submarinos que habían lanzado la advertencia. En estas condiciones la guerra submarina no tenía ningún porvenir y Tirpitz presentó la dimisión del mando supremo en señal de protesta a mediados de 1916. Se decidió entonces que se obraría de otro modo, y el sucesor de Tirpitz, el almirante Von Capelle, aseguraba que la guerra submarina, llevada a ultranza, podía permitir el hundimiento de 600.000 toneladas de navíos por mes. En menos de un año habrían así destruido gran parte de la flota comercial inglesa, asfixiado la economía del Reino Unido, y el almirante aseguraba que Inglaterra capitularía antes de seis meses de semejante campaña. Bethmann-Hollweg se opuso al torpedeo de los navíos neutrales porque temía que Estados Unidos, amenazado en sus intereses, entrase en guerra a favor de los aliados, pero Von Capelle y Ludendorff convencieron al káiser de que esto no era cierto y Norteamérica podía ser impresionada precisamente por la potencia de Alemania. Y aunque no fuese así, hundirían a los navíos americanos antes incluso de que llegasen a Europa. De este razonamiento se desprende que la intervención americana era un mito y no un riesgo con el que se contase. El 9 de enero, el káiser se rindió a estas razones y el 31 de enero Alemania y Austria-Hungría proclamaron la guerra submarina a ultranza. El dispositivo alemán estaba preparado y los submarinos pasaron inmediatamente al ataque. En el mes de febrero hundieron ya 540.000 toneladas de navíos, un 10% menos de la cifra fatal anunciada por el Estado Mayor de la marina; en marzo, 578.000 toneladas de navíos fueron enviados al fondo de los mares, y a partir de abril, 847.000 toneladas. El Almirantazgo alemán podía cantar

victoria. A este ritmo Gran Bretaña arriaría la bandera antes de seis meses, quizá en menos tiempo aún.

En Londres fue tal el pánico de los medios dirigentes y de algunos almirantes, como Jellicoe, que dirigentes políticos, como lord Landsdowne, consideraron la posibilidad de firmar la paz. Lloyd George y Churchill condenaron este derrotismo, persuadidos de que sería posible encontrar un freno al ataque alemán. Mientras tanto, el peligro les parecía lo suficientemente grave, sin embargo, puesto que se consideró la posibilidad de abandonar el frente del Mediterráneo para recuperar tonelaje. Pero abandonar Salónica e interrumpir la marcha sobre Bagdad constituiría tal confesión de inferioridad, que abandonaron el proyecto. Los almirantes estaban desorientados y se negaron a dar escolta a los navíos de comercio, tarea «indigna» de un crucero de Su Majestad. Además, la caza del submarino se mostró de lo más decepcionante; de 142 encuentros entre destructores y submarinos, solamente seis dieron un resultado positivo. Había que proteger los itinerarios establecidos para los convoyes; las fábricas británicas hicieron un esfuerzo prodigioso para aumentar la producción de minas y más de 100.000 de estas fueron entregadas en menos de seis meses; más de 8.000 navíos de guerra sirvieron en lo sucesivo de escolta; es decir, 100 por cada submarino alemán.

La necesidad de organizar convoyes se impuso poco a poco, aunque el Almirantazgo no lo había experimentado más que a título de ensayo y sin convicción por tratarse de una idea que procedía de los elementos civiles.

Los resultados se hicieron sentir rápidamente y el número de navíos hundidos en aguas territoriales británicas fue en regresión constante. Véase la lista:

Feb.	Mar.	Abr.	May.	Jun.	Jul.	Agos.	Sep.	Oct.	Nov.	Dic.
212	297	335	230	230	201	148	141	118	103	107

Más tarde los aliados descubrieron otros medios de hacer frente a la guerra submarina.

El número de submarinos en acción no había pasado nunca de 101; aunque Alemania renovaba y aumentaba el número de los sumergibles en acción, el Almirantazgo alemán no había contado en sus cálculos con el aporte en tonelaje que podría constituir para los aliados el apoyo de los estados secundarios. Además, si estos países neutrales declaraban la guerra a Alemania, se añadiría al cálculo citado el tonelaje de los navíos que se habían refugiado en los puertos neutrales en 1914 y que allí estaban detenidos. Gran Bretaña hizo presión sobre Siam, Brasil, Nicaragua, Perú, etc., que intervinieron en estas condiciones, permitiendo a los aliados franquear el difícil verano de 1917.

Además, el Almirantazgo alemán no había preparado con suficiente cuidado el plan de reparación de los sumergibles averiados, los cuales tenían que esperar turno en los arsenales equipados para su reparación, que no eran muy numerosos. Los ingleses explotaron este gollete de estrangulamiento, embotellando los puertos de Ostende y Zeebrugge y vigilando a los sumergibles cuando salían.

Así, después de haber estado a dos dedos del éxito en la primavera de 1917, Alemania fracasaba una vez más por una especie de impotencia fatal que caía sobre ella cada vez que la victoria parecía al alcance de su mano. A estas decepciones se añadía un temor. Los alemanes habían creído poder poner a Inglaterra fuera de combate y evitar o hacer inútil la intervención americana. Pero Inglaterra había recuperado la hegemonía del Atlántico y Estados Unidos entraba en guerra, aportando una contribución decisiva a las fuerzas de los aliados, contribución que iba a desempeñar un papel determinante en la derrota de las potencias centrales.

TERCER MÉTODO: LA DESMORALIZACIÓN DEL ADVERSARIO

El último expediente de estilo indirecto era la propaganda. Para desmoralizar al enemigo los beligerantes utilizaron todos los medios de acción a su alcance, incluida la difusión de las ideas propiamente internacionalistas y pacifistas, aunque sus promotores fuesen hostiles a la política de *todos* los beligerantes (véase el capítulo 16).

Desde el comienzo de las hostilidades los alemanes gozaron de una ventaja sobre sus adversarios cuyos territorios ocupaban en gran parte y donde, por tanto, podían publicar periódicos de gran tirada, tales como *La Gazette des Ardennes,* los *Antwerpsche Tydingen,* la *Gazet van Brusel, Glos Stolicy,* de Varsovia, etc.; así podían dar a conocer a grandes sectores de la opinión el punto de vista de las potencias centrales, y luego, dada la movilidad de los frentes, algunas de estas ideas alcanzaban a las poblaciones de la retaguardia. Los medios oficiales de París conocían perfectamente los temas desarrollados en *La Gazette des Ardennes,* sabían que contribuían a alimentar las querellas políticas y a debilitar la Unión Sagrada o la solidaridad entre los aliados. *La Gazette* no dejaba de recordar las simpatías del social-patriota Marcel Sembat por Alemania, a la que consideraba antes de la guerra como «el país más democrático de Europa»; asimismo, *La Gazette* atizaba la antigua desconfianza de los franceses frente al aliado británico, insistiendo en las inmensas pérdidas sufridas por los franceses mientras los ingleses dejaban que los franceses se dejaran matar por ellos, etc.

Los franceses difundían también periódicos en Alsacia y al otro lado de las líneas alemanas, como *Die Feldpost,* que mostraba las responsabilidades de Alemania en la guerra actual, los horrores cometidos por el káiser en Bélgica, los de la guerra submarina, etc. En Venecia, los servicios de Seton Watson difundían, incluso en Austria, informaciones que tenían por objeto mostrar que el objetivo del káiser era, a fin de cuentas, resucitar en su provecho una gran Alemania.

Pero los amos de la intoxicación fueron, sin ningún lugar a dudas, los americanos, pues gracias a sus avances en el dominio de las

ciencias sociales utilizaron técnicas más elaboradas que los franceses o los alemanes. Así, para introducir la idea de una revolución, sus servicios amañaban este «telegrama procedente de Estocolmo»:

> El ministro de Alemania en Estocolmo ha pedido al ministro de Asuntos Exteriores de Suecia que secuestre el número del 14 de julio de 1917 del *New York Herald Magazine of the War* porque publica en primera página una fotografía del káiser con esta leyenda: «¿Qué haremos con el káiser después de la guerra?». Se declara que el ministro de Justicia sueco ha ordenado la retirada del periódico.

La siguiente octavilla, lanzada por la aviación americana en agosto de 1918, da buen ejemplo de su arte de la propaganda:

> ¿Estaréis esta vez también tan fuertes como en julio de 1918?
> ¿Se hacen vuestros enemigos más fuertes o más débiles cada día?
> ¿Las pérdidas terribles que habéis sufrido en 1918 han traído la paz victoriosa prometida por vuestros jefes?
> ¿Tenéis todavía esperanza en la victoria final?
> ¿Estáis dispuestos a sacrificar vuestra vida por una causa sin esperanza?

Este texto iba compañado de una tarjeta postal, reproducción exacta de las tarjetas militares en uso en el ejército alemán y que rezaba así:

> Escribe la dirección de tu familia, y si los americanos te cogen prisionero entrega esta tarjeta al primer oficial que te interrogue; la hará llegar a tu familia para que se tranquilice con respecto a tu suerte.

Y en el anverso:

> No os inquietéis por mí. Para mí se ha acabado la guerra. El ejército americano da a sus prisioneros la misma alimentación que a sus propios soldados, carne, pan blanco, patatas, habichuelas, ciruelas, café, mantequilla, tabaco, etc.

---

19 Véase p. 233 y ss.

CAPÍTULO 12

Guerra mundial, guerra total

El conflicto, nacido en 1914, se había extendido a todo el planeta, convirtiéndose en guerra mundial y obligando a los beligerantes a apelar a todas las actividades de la nación. Es verdad que la movilización económica y la de los espíritus no constituían un fenómeno nuevo y que la Revolución francesa lo había conocido ya; Thomas Mann estableció un paralelo entre la situación de Alemania, la nación más avanzada del nuevo siglo, cercada por enemigos retrógrados, y la Francia de Robespierre. Este testimonio vale también por el paralelo que sugiere entre unas crisis sin relación aparente entre ellas, pero que tuvieron ambas por efecto el fortalecimiento del Estado y del totalitarismo.

La intervención americana

La intervención americana fue un verdadero golpe teatral. A finales de 1916 nadie imaginaba que el pacifista Wilson iba a arrastrar a su país a la guerra. Desde 1914 había multiplicado los esfuerzos por poner fin al conflicto y representaba el papel del profesor de moral. Y así había condenado sucesivamente todas las violaciones cometidas por los beligerantes, fustigando a los alemanes cuando habían invadido Bélgica, a los ingleses cuando habían establecido el bloqueo y violado los derechos de los países neutrales, y de nuevo a las potencias centrales con ocasión de la guerra submarina. «El torpedo que echó a pique al *Lusitania* ha hundido también a Alemania en la opinión mundial». Las simpatías de Wilson iban de

uno a otro campo determinadas por la idea que tenía del derecho de gentes.

Parecía que el interés del país había de reforzar las convicciones pacifistas del presidente; Wilson tenía miedo de que estallase el *melting-pot* americano si los nacionalismos tradicionales resurgían con ocasión de una guerra que destruyese la cohesión de Estados Unidos. Los americanos de origen alemán o irlandés, hostiles a Inglaterra, eran muy numerosos. Su anglofobia se manifestó con violencia cuando las tropas británicas reprimieron la insurrección de Dublin, en la Pascua de 1916. Una alianza de Estados Unidos con Gran Bretaña podía comprometer, por tanto, la unidad de la nación. Además, muchos intereses americanos fueron lesionados por la política de bloqueo instaurada· al principio de la guerra, ya que esta restringía las ganancias con que podían contar los exportadores de la extensión de los intercambios con las potencias centrales, complementarios de las ventas concertadas con los aliados.

Parecía aún más inverosímil una alianza con las potencias centrales a pesar de todos los motivos de queja abrigados contra Inglaterra, puesto que eran muchos los lazos económicos y sentimentales que ligaban a la mayor parte de la población con los aliados. La intervención parecía, por tanto, una inconsecuencia aun cuando, con la proclamación de la guerra submarina, los intereses y la vida de los ciudadanos americanos se encontraban directamente amenazados. Además, en las elecciones de noviembre de 1916, tanto los demócratas como los republicanos habían pujado sobre estos temas, colocando la pantalla electoral bajo el signo de la defensa de la paz. Los demócratas habían ganado siendo los primeros en lanzar el eslogan «Si queréis la guerra, votad a Hugues; queréis la paz, votad a Wilson», y había renovado su victoria ganando la batalla propiamente electoral. Así, a principios de 1917 nada permitía presagiar la entrada en guerra de Norteamérica al lado de los aliados; parecía más bien que el boicoteo por parte de Gran Bretaña de ciertas firmas americanas, que a través de los

países neutrales comerciaban con Alemania, indisponía una buena parte de la opinión.

En realidad, a diferencia de Bryan, Wilson y su consejero, el coronel House, no eran exactamente pacifistas, alimentaban la ambición de ser los artífices de una paz justa cuyas condiciones dictarían ellos a los dos grupos beligerantes. En 1915 y 1916 se multiplicaron los ofrecimientos concretos para «una paz sin vencedores ni vencidos». Intentaron incluso imponer su mediación a los beligerantes amenazándoles con intervenir contra aquellos que rechazaran sus planes. Todas estas tentativas fueron rechazadas tanto por los aliados como por las potencias centrales, porque unos y otros tenían ambiciones anexionistas que no querían revelar, y las proposiciones «generosas» de Wilson les hubieran puesto entre la espada y la pared, obligándoles a revelar la distancia existente entre las declaraciones de sus Gobiernos, sus actos y sus intenciones. El presidente de Estados Unidos se sentía personalmente herido ante estas actitudes, y su deseo de imponer su concepción de la paz prevaleció sobre los sentimientos propiamente pacifistas que pudiese abrigar. ¿Creyó que sus ideas triunfarían más fácilmente si América participaba en la guerra? Sea lo que sea, la torpeza y los equivocados cálculos de los militares alemanes dieron la vuelta a la situación. Los alemanes esperaban impresionar a América hundiendo sistemáticamente todos los navíos que se acercaban a las costas británicas, y proclamando la guerra submarina a ultranza creían abatir a Inglaterra antes de que Estados Unidos estuviese dispuesto para intervenir, en el caso de que los americanos reaccionasen ante la nueva política alemana. De hecho, el interés de los industriales y de los granjeros americanos era continuar entregando material y productos agrícolas a los aliados, que eran con mucho su mejor cliente. Samuel Gompers aportó el apoyo de los sindicatos. Los ingleses habían ofrecido comprar *igualmente* la parte de las exportaciones destinadas a las potencias centrales y que el bloqueo detenía en ruta; así, los americanos no dejarían de ganar. En estas condiciones la guerra submarina a ultranza lesionaba gravemente los

intereses de los americanos, puesto que sus tratos comerciales con los aliados se habían cuadruplicado desde el principio de la guerra. La prensa tomó posiciones a favor de los aliados, concediendo una publicidad cada vez mayor a los crímenes cometidos por los alemanes. Muy a la ligera estos multiplicaban las víctimas de nacionalidad americana, contribuyendo así a que se produjese una profunda indignación. Bryan y algunos pacifistas intentaron resistir a la corriente cuando se torpedeó al *Laconia* y al *Algonquin,* cuando los alemanes rechazaron la última nota de Wilson abogando por una paz sin conquista y con ocasión del asunto del telegrama Zimmermann, que actuó como la mecha sobre un barril de pólvora; pero todos estos extremos hicieron bascular a los dirigentes americanos y a la opinión hacia el campo de la guerra.

El secretario de Estado alemán prometía a México las tres provincias perdidas en 1848 si intervenía militarmente contra Estados Unidos, y daba a entender que Japón podría proceder a un viraje de las alianzas. Captado por los servicios ingleses, el telegrama había sido transmitido a México a través del territorio americano.

Al mismo tiempo, la caída del zarismo tranquilizaba la conciencia de Wilson y sus amigos, haciendo ver que si participaban en la guerra no serían ya los aliados de una autocracia, sino miembros de la fraternidad de los pueblos libres.

Bajo el efecto de estas emociones, Wilson propuso al Congreso la entrada en guerra de Estados Unidos, y el 4 de abril la decisión fue tomada por enorme mayoría.

La falta de preparación de Estados Unidos

América no estaba preparada para el conflicto y necesitó varios meses para preparar y equipar a las tropas destinadas al combate, mientras que seguía siendo dudoso si estas conseguirían siquiera atravesar el Atlántico. La cuestión angustiosa se planteó durante el verano de 1917; el apogeo de la guerra submarina, el debilitamiento

de la moral del ejército francés, la hecatombe de los soldados ingleses en Flandes, el fracaso de la ofensiva Kerenski, fueron otros tantos sucesos que hicieron temer un instante a los aliados que los alemanes consiguieran el triunfo antes que los americanos hubiesen podido intervenir. La llegada a Europa de un contingente simbólico de soldados americanos, en julio de 1917, tuvo, al menos, el efecto de remontar la moral de los aliados, y cuando desfiló, el 4 de julio, desencadenó un entusiasmo nunca conocido en la historia de París. Fue durante esta manifestación cuando el coronel Stanton pronunció, al parecer, las palabras históricas: «¡Henos aquí, La Fayette!».

Se sabía que los americanos no estaban preparados, pero no que estuviesen tan mal equipados. Como ayuda inmediata los aliados les pedían aviones, si era posible en número de 16.000 para el primer trimestre de 1918. Ahora bien, no había en Estados Unidos más que 55 aeroplanos en condiciones de volar y casi todos muy anticuados; lo mismo ocurría con la artillería. En cuanto al ejército, comprendía 200.000 hombres, de los cuales 67.000 constituían la Guardia Nacional.

La movilización interior se realizó de manera muy espectacular. «Wilson, presidente de la América en guerra, quiso hacer olvidar a Wilson, el apóstol de la paz». Promulgó el *Espionage Act* (15 de junio) e hizo detener a 1.500 personas, entre las cuales se encontraban los jefes de las corrientes pacifistas, como Víctor Berger y F. V. Debs, mientras que el mismo Bryan era apartado.

Había confiado a G. Creel el cuidado de organizar la propaganda de guerra. Se acudió a los cantantes, a los músicos, a los artistas, como Charles Chaplin, Irving Berlin, etc. Caldeado así el ambiente, el público boicoteó a las empresas que pertenecían a ciudadanos de origen alemán o austríaco y se reprodujeron las escenas de xenofobia que recordaban a las del verano de 1914. A eso siguió el entusiasmo colectivo y los yanquis partieron a la guerra con «la flor en el fusil», como los franceses o los alemanes. Gracias a la «cadena» cinematográfica Hearst, conocían perfectamente la guerra

y sus horrores, pero preferían ignorarlos y la propaganda se encargó de hacérselos olvidar en un santiamén. Así, diez millones de americanos pacifistas y pacíficos se convirtieron en diez millones de *Sammies* belicosos y patrioteros. Este ejemplo significativo de las virtudes de una campaña de prensa es también revelador de la complejidad de los niveles de una conciencia colectiva. Ciudadanos de un continente «libre», el americano había considerado pasada de moda a «la guerra civil europea». Pero, en lo sucesivo, participaba en ella a doble título: como cuidadano iba a la guerra para hacer triunfar el derecho y la justicia, y como individuo se despojaba de su antiguo estatuto de inmigrado judío o irlandés y realizaba por primera vez su deber cívico, integrándose así a la patria que sus padres habían elegido; solo esta idea bastaba para estimular su entusiasmo.

Gracias a los esfuerzos de Creel, Baruch, Baker, América hizo un esfuerzo económico extraordinario. En pocos meses logró equipar cuatro millones de hombres, de los cuales 1.850.000 partieron para Europa. En noviembre de 1918 disponía ya de 3.200 aviones de combate, mientras que su flota mercante aseguraba el relevo de los navíos ingleses en el Atlántico. Así, América revelaba los gigantescos medios de que disponía su economía y la flexibilidad de su estructura. Es verdad que sus posibilidades habían sido multiplicadas por la inyección de las reservas monetarias invertidas por Europa en Estados Unidos y alentadas también por la amplitud de las ganancias realizadas en tres años y que no tenían ya común medida con las del viejo mundo.

A corto plazo la intervención americana era muy provechosa para los aliados: el apoyo de su potencia económica, el refuerzo de los *Sammies,* que aseguraban el rápido relevo de las tropas de reserva, el reforzamiento del bloqueo y la lucha antisubmarina; la aportación de la flota de los antiguos países neutrales latinoamericanos y de los navíos alemanes refugiados en sus puertos eran otras tantas ventajas concretas e inmediatas que vinieron a añadirse al efecto psicológico y moral. Por lo demás, este efecto fue más palpable en

Berlín que en París o en Londres, donde la opinión pública subestimaba mucho tiempo el peso y el carácter de la ayuda americana con el pretexto de que los yanquis no eran «verdaderos soldados». «Si bien la entrada en guerra de Estados Unidos fue una garantía de éxito en el plano militar, económico y financiero –observa Pierre Renouvin–, restringió desde el punto de vista diplomático su libertad de acción». En efecto, el Gobierno de Washington interpretó más el papel de un asociado que el de un aliado, y su actitud pasada demostraba que tenía opiniones diferentes a las de la *Entente* en la cuestión de los orígenes de la guerra y de sus objetivos. W. Wilson tenía conciencia de estas divergencias, pero juzgaba prematura toda tentativa de imponer sus ideas a sus asociados: «Ya habrá tiempo cuando se acabe la guerra».

La intervención americana y la guerra en Asia

La entrada en guerra de Estados Unidos modificó las condiciones de la guerra tanto en Asia como en Europa. Desde 1914 Japón había entrado en el conflicto al lado de Gran Bretaña, aunque el tratado concluido entre las dos potencias no le obligase a ello. Al principio su objetivo era doble; ocupar el lugar de los alemanes en Extremo Oriente y aprovecharse del «vacío» dejado por los europeos para reforzar sus posiciones en China. Realizó estos objetivos triunfando militarmente sobre las guarniciones alemanas de Chan-Tung e imponiendo a China las «21 demandas» que preparaban el protectorado del Japón sobre este país. Para evitar los efectos de esta capitulación, el Gobierno chino de Yuan Che-Kai había querido declarar inmediatamente la guerra a Alemania; así hubiera participado en la conferencia de la paz, y bajo la protección de las potencias hubiera podido salvaguardar su integridad territorial. Pero Japón se opuso y las potencias tuvieron que inclinarse; tan indispensable era para ellas la ayuda de la flota japonesa para transportar a Europa a los *Anzacs* y a los trabajadores annamitas o

chinos. Los británicos y los franceses presentían ciertamente lo imprudente que era debilitar así la defensa de un territorio que Japón codiciaba desde hacía mucho tiempo; pero al fin de 1916 los peligros de la guerra submarina se imponían a los demás: la necesidad hacía ley.

La intervención americana dio la vuelta a la situación. El Gobierno de Washington no estaba dispuesto a dejar las manos libres a los japoneses y solamente la participación de China en la guerra era capaz de frenar las ambiciones japonesas. Sin embargo, tras la muerte de Yuan Che-Kai y el fracaso de la tentativa de restauración, la opinión de los medios dirigentes estaba dividida y el país se adentraba de nuevo por la vía de las luchas civiles (1916). Sun Yat-Sen y los amigos de la Joven China eran hostiles a la entrada en la guerra, porque esta consolidaría la posición del clan de los militares, quienes convencidos de ello formaron una Junta que tomó el poder en junio de 1917; dos meses después el Gobierno chino declaraba la guerra a Alemania, a continuación de lo cual Sun Yat-Sen formó un Gobierno rival en Cantón.

Los japoneses reaccionaron con vivacidad ante estas «injerencias» de los occidentales en los asuntos chinos, que consideraban de su incumbencia exclusiva, de acuerdo con los términos de las «21 demandas». Los americanos temieron entonces que los japoneses se retractasen de sus alianzas y se asociasen con Alemania y México. Con ocasión de las negociaciones Lansing-Ishii, tuvieron que batirse en retirada y reconocer que los japoneses tenían intereses «especiales» en China. El Gobierno de Tokio ayudó también a los militares chinos, cuya maniobra «patriótica» apareció a cielo descubierto. La réplica táctica de la diplomacia americana iba a reforzar la posición de Sun Yat-Sen. Los chinos, juzgándose traicionados por sus aliados, se apartaron de América y de Europa, y dos años más tarde, con ocasión de las negociaciones para la paz, expresaron su resentimiento con violencia.

Hacia la guerra total

En 1917 no había nación que no tuviese que ver directa o indirectamente con la guerra. A las que intervinieron en último término, sus asociados pedían tanto ayuda económica como el apoyo de sus armas, lo cual era una novedad con respecto a los primeros años de la guerra. En 1914 la alianza con Rumanía había sido medida por los alemanes en términos de divisiones de infantería, pero en 1916 se evaluaba en millones de quintales de trigo.

El problema de los efectivos se planteaba, en verdad, más que nunca para los beligerantes, víctimas de la sangría de 1915 y 1916; pero el ejemplo de Rusia probaba de manera espectacular que la potencia numérica era ilusoria mientras no estuviese en relación con el potencial de la economía y también con su capacidad de transformarse en industrias útiles para la defensa. Esto constituía un descubrimiento, porque en vísperas de la guerra no había más que dos sectores de la economía verdaderamente asociados a las perspectivas de un conflicto bélico: la fabricación de material de guerra y la utilización de los ferrocarriles. Además, el concepto de guerra estaba ligado a la noción de campañas militares: los soldados marchan, combaten y vuelven. Por tanto, los dirigentes y los Estados Mayores habían estimado las posibilidades de la victoria en función de cómo estuvieran los almacenes militares. Ya hemos dicho que la hipótesis de una guerra continua y duradera no había sido imaginada por nadie, porque se suponía que la sociedad y la economía no podrían funcionar mucho tiempo en ausencia de los movilizados, y así cuando en 1914 los magnates de la industria pesada propusieron al káiser un programa de municiones que abarcaba varios años, el ministro de la Guerra y el Estado Mayor lo rechazaron, como si viesen en esta proposición una tentativa de aprovecharse de las circunstancias para aumentar abusivamente sus ganancias.

Movilización y racionalización

En estas condiciones, la idea de una movilización de la economía nació muy tarde, mucho después de hacerse patente la necesidad de intensificar la producción de armamentos, que tampoco se impuso hasta finales de 1914. En 1915 los militares de los dos campos tenían todavía la convicción de ganar aquel mismo año; en 1916 comenzaron a asociar el éxito de las operaciones militares a la producción de las fábricas de armamento, y en 1917 el nexo entre la realización de un programa de armamento y la producción industrial apareció por fin con claridad. El problema global de una «economía de guerra» no se percibió más que al hilo de las experiencias vividas por cada país y a medida que la necesidad la impuso.

Durante los primeros meses de la guerra los países beligerantes pasaron solamente una crisis de adaptación debida a la movilización de los hombres, a la utilización de los medios de transporte por el ejército y a la ruptura de las relaciones exteriores. Pero más tarde, esta crisis evolucionó en función de la facultad de adaptación de la economía a las necesidades de la guerra y a las modificaciones del «mapa de la guerra». Así, la ocupación de la cuenca minera del norte perjudicó duramente a la economía francesa y la de Polonia afectó a la industría rusa. El bloqueo marítimo paralizó varios sectores de la economía de las potencias centrales antes que la guerra submarina crease un punto de estrangulamiento particularmente peligroso para la máquina de guerra aliada. Posteriormente, la intervención de Estados Unidos modificó la relación de las fuerzas económicas en el mismo momento en que estas comenzaban a pesar en el destino de la guerra tanto como el potencial militar y humano.

Movilización de las economías

El juego de todas estas variantes interfirió con unas constantes que se encuentran en el caso de todos los beligerantes, pero que no

intervinieron con el mismo vigor ni con la misma rapidez en un país que en otro. En todos ellos, el mecanismo de producción no cesó de disminuir, puesto que los campos de batalla absorbían cada año un número de víctimas cada vez mayor, mientras que seguían aumentando las necesidades de material, de armas y de municiones. Los primeros síntomas de una economía de escasez aparecieron al mismo tiempo que la necesidad de conceder «a toda costa» prioridad a ciertas actividades económicas. La reducción del comercio exterior, debida al bloqueo o a la guerra submarina, orientó a los países beligerantes hacia una economía autárquica, y este proceso fue necesariamente más rápido en Alemania, donde se unió a un progreso técnico y científico particularmente notable en el dominio químico, en el que había que paliar la penuria de petróleo, de materias grasas y de metales raros. Desde ese momento, como únicamente la autoridad central podía racionalizar la utilización de los bienes disponibles, de la mano de obra y de las fábricas y asegurar además una distribución justa de los bienes de consumo, en todos los países el Estado empezó a hacerse cargo de la economía de la nación, sector tras sector. El orden varió en cada país en razón de la urgencia y en función de las estructuras de la economía o de la tradición nacional. Así, por ejemplo, Inglaterra, que no había tenido nunca necesidad de movilizar su potencial humano, fue la primera en racionalizar el empleo de los hombres y en asegurar su distribución sistemática en el frente, en la fábrica o en el campo. El ejemplo de una coordinación racional de las actividades industriales fue dado por Alemania, que muy en desventaja por la interrupción de sus relaciones comerciales con el exterior y después por el bloqueo, creó una Oficina de Materias Primas ya en 1914 *(Kriegsrohstoff-Abteilung* o *K. R. A.).* Poco a poco el Gobierno procedió a una reorganización industrial que tendía a la institución de una especie de capitalismo de Estado, según los propios términos de W. Rathenau, que era su animador. Decía:

> Por un lado, ello significaba un paso en dirección al socialismo de Estado, porque el comercio ya no era libre, sino que obedecía a una

> reglamentación. Por otro, significaba una tentativa de alentar la autoadministración de nuestras industrias. El sistema de las Oficinas de Guerra estaba fundado en la autoadministración, la cual no significaba, sin embargo, libertad ilimitada. La K. R. A. fue establecida bajo una estricta supervisión gubernamental. Las Oficinas servían el interés del público en general y no distribuían ni ganancias ni dividendos... Sus Comités de coordinación servían de intermediarios entre las sociedades representativas del capitalismo y el Gobierno. Todo esto constituía una innovación que podía ser aceptable en el porvenir.

Francia y Gran Bretaña se encontraban en una situación menos difícil que Alemania o que Rusia, puesto que para ellas el mar estaba libre y no conocieron más que parcialmente la movilización de la economía. Francia tuvo, sin embargo, que improvisar un servido de fabricaciones de guerra y poner una moratoria a la movilización o desmovilizar a ciertas categorías de trabajadores que inconsideradamente habían sido enviados al frente. La transformación de las fábricas para fines militares y la renovación de la mano de obra (gracias a las mujeres sobre todo) se hizo siguiendo la ley de la oferta y la demanda. En Gran Bretaña el problema se planteó de modo diferente, puesto que el mando había enviado al frente un número de tropas muy superior al que podía equipar y que el Gobierno había reafirmado su doctrina de «*Business as usual*»[20]. El Gobierno inglés consideraba que, liberado de la concurrencia alemana, la guerra abría posibilidades infinitas al comercio del país y que cualquier reglamentación no haría más que perjudicar la libre expansión de la actividad económica de la nación. Esta expansión de los intercambios comerciales exteriores permitiría al país enriquecerse y pagar a cualquier precio el armamento necesario. No obstante, el *War Office* sintió la necesidad de organizar un servicio unificado de fabricaciones de guerra para coordinar las compras y que acabó por quedar sometido al control del Estado.

Esta movilización de la economía tuvo como consecuencia una concentración de las actividades de la nación en las industrias llamadas «de defensa», cuya definición se amplió a medida que la guerra se convertía en una guerra total. El cambio fue

particularmente claro en las dos grandes potencias que, bajo el punto de vista económico, eran menos avanzadas, Rusia e Italia. En Rusia el número de obreros que trabajaban para la defensa pasó del 24 al 76% de la población obrera; en Italia, del 20 al 64%. En Francia, en Alemania y en Inglaterra el esfuerzo de conversión fue relativamente menor porque la economía de estos países disponía de una base mucho más potente. Así pues, Alemania continuó conservando el total más elevado de obreros destinados a la defensa –3.500.000–; sin embargo, en Gran Bretaña y en Estados Unidos fue donde las actividades no destinadas a la defensa continuaron ocupando el mayor número de trabajadores.

La baja de la producción y la aparición de la penuria

A pesar de estos esfuerzos de transformación, la producción económica de los países beligerantes sufrió una baja ligera en la industria y catastrófica en la agricultura. El cuadro de la p. 241, en lo que a la industria se refiere, el descenso de la producción de carbón, de hierro colado y de acero en Alemania, Francia, Rusia, Gran Bretaña e Italia. La industria inglesa fue la única que consiguió resistir de forma victoriosa a esta tendencia en algunos puntos[21]. En el dominio agrícola, particularmente perjudicado por la marcha de los trabajadores, la producción bajó entre 1913 y 1917 del 50 al 70%, según los sectores, en Alemania, el 50% en Rusia y del 30 al 50% en Francia. A ello siguió el racionamiento de la población civil, con la introducción de un sistema de cartillas para el pan, la carne, las patatas, etc. Alemania fue de todos los países en guerra el primero que conoció la escasez y estableció sistemáticamente el racionamiento de la población; ya desde 1914 la Oficina de Cereales fijó la composición de la harina panificable, introduciendo en ella cierta proporción de fécula de patata (fue el pan K) y limitó el consumo del pan. La utilización de las materias grasas para fabricar glicerina limitó el consumo de grasas alimenticias, restricciones que fueron pronto seguidas por las de otros productos. En 1916 los

poderes públicos centralizaron las operaciones de contabilidad alimenticia, estableciendo el racionamiento general de todos los grandes productos de consumo; Inglaterra, en cambio, no tuvo necesidad de racionar más que algunos productos procedentes de Ultramar, como el café y la mantequilla. Francia sufrió el racionamiento de la carne, el azúcar, etc., pero las clases populares no padecieron realmente la falta de alimentación como en Austria y Rusia, donde el sistema de distribución reveló su insuficiencia y donde se impuso la necesidad de instituir cartillas de pan, a pesar de que en 1913 el país era el primer productor y exportador de trigo del mundo. En la doble monarquía, Hungría no tuvo particulares dificultades, a diferencia de Austria, de los países eslavos y del ejército, especialmente mal alimentados. «Los gusanos en el alimento no sientan mal al estómago», anunciaba un comunicado de los ejércitos en 1918. El tifus prendió en la población mal alimentada y, como en Turquía, el índice de mortalidad aumentó enormemente.

En las clases populares de las ciudades alemanas y austríacas, las mujeres fueron las que más padecieron del hambre, presentando síntomas de desaparición de la regla, acompañada, salvo excepción, de una esterilidad temporal.

De este modo la guerra total no desangraba solo los ejércitos, sino que destruía igualmente las fuerzas vivas de las naciones, contribuyendo así a plantear problemas insolubles (véase el capítulo 13, «Lo posible y lo imposible»). Aunque se unieron y se realizaron todos los esfuerzos para producir aún más hierro colado, más cañones y más balas, siempre se necesitaba más y las cantidades fabricadas iban descendiendo. Así, en 1917, durante la ofensiva del Chemin des Dames, había menos cañones por kilómetro de frente que cuando tuvo lugar la batalla del Somme en 1916.

Friedrich Friedensburg ha recopilado las cifras de producción de hierro, carbón y acero durante la guerra. Su curva dibuja una historia de la guerra paralela a la de los combates y muestra elocuentemente hasta qué punto la entrada en guerra de Estados Unidos fue decisiva; así como explica por qué estaba Hindenburg tan

impaciente en la primavera de 1918 por asestar un gran golpe y acabar las hostilidades antes de que el peso de la intervención americana actuase en su totalidad.

POTENCIAS CENTRALES / ENTENTE

	Agosto 1914	1915	1917
Carbón	331/394	355/346	340/841
Acero	21/19	24/13	16/58
Hierro	22/22	25/16	15/50

La movilización de los espíritus

Para vencer al enemigo, los gobiernos tuvieron que apelar al poder coercitivo de las fuerzas militares y económicas, pero procedieron también a la movilización de los espíritus. Las técnicas de la propaganda han sido estudiadas con gran maestría por Harold D. Lasswell. Se pusieron al servicio de tres ideas principales: que la causa defendida era justa, que la derrota traería el triunfo del Mal y que la victoria era indudable. Este último punto era el único en ser utilizado también por la propaganda destinada a desalentar al enemigo.

La culpabilidad de los alemanes en el desencadenamiento del conflicto fue uno de los temas principales de la prensa aliada. Ya el 3 de agosto de 1914 *Le Petit Journal* dibujaba los grandes rasgos de la crisis del verano y ponía de relieve la «duplicidad maquiavélica» de la diplomacia alemana. Los alemanes no se quedaron atrás y bajo la dirección de A. O. Meyer demostraban la responsabilidad de sus enemigos en *Zum Geschichte Verstandnis des grossen Krieges.* En 1918 esta polémica resucitó en las conversaciones preliminares del Tratado de Versalles, y cincuenta años después estaba todavía viva. De todas maneras, en Alemania, el peligro de la invasión rusa era razón suficiente para continuar la lucha, lo mismo que para los franceses lo era la necesidad de liberar su territorio nacional. En

Inglaterra la prensa señaló igualmente hasta qué punto la ocupación de Bélgica era una amenaza para el porvenir de Inglaterra.

A partir de la proclamación de la Unión Sagrada cada uno de los gobiernos lanzó un llamamiento a sus adversarios políticos de la víspera. El káiser declaró que no existían ya partidos políticos y que tenía a todo el pueblo tras de sí; el zar hizo lo mismo y fue aprobado por el marxista Plejánov. En París, el antimilitarista Gustave Hervé declaraba que «la patria de la revolución estaba en peligro». La exuberancia, el misticismo y el frenesí patriótico iban acompañados de una apelación al juicio de la Historia y de la misericordia divina. *«Gott mit uns»,* se dice en todas las lenguas, pero parece que este frenesí alcanzó un delirio sin igual bajo la pluma de Henri Lavedan y de los publicistas franceses, con expresiones como las siguientes:

> Creo en el valor de nuestros soldados, en la sabiduría de sus jefes... Creo en el poder de nuestro derecho, en esta cruzada por la civilización. Creo en la sangre de las heridas, en el agua de la bendición; creo en las plegarias de nuestras mujeres, en el heroísmo de las esposas, en la serena piedad de las madres, en la pureza de nuestra causa y en la gloria sin tacha de nuestra bandera. Creo en nuestro gran pasado y en nuestro porvenir aún más grande. Creo en nuestros conciudadanos, vivos o muertos. Creo en nosotros y creo en Dios. Creo, creo.

El general Fayolle, responsable de la vida de millares de hombres y a quien se suponía en su sano juicio, escribía: «Juana de Arco ha de mirarnos con satisfacción desde lo alto del cielo». *La Croix* proclamaba que «la Historia de Francia era la historia de Dios». El contagio alcanzó a los espíritus más elevados. Henri Bergson escribía así en el *Boletín de los Ejércitos de la República* del 4 de septiembre de 1914:

> [...] El conflicto actual nos muestra dos fuerzas en oposición. [...] La fuerza que se desgasta (la alemana) porque no se apoya sobre un ideal superior y la que no se desgasta (la francesa) porque se apoya en un ideal de justicia y de libertad.

Inglaterra tampoco se libró del contagio y algunos acentos anuncian ya el espíritu nacional-socialista que iba a ganar la Alemania de Weimar.

> Ha llegado la hora de cubrir con un velo las obras de los que han expresado de forma patente el espíritu de los hunos de nuestro tiempo. El porvenir pertenece al joven héroe que tenga el valor de condenar las obras de Haendel, Mendelsshon, Wagner, Brahms y Ricardo Strauss y que sepa hacer brotar de su ser... los acordes que resuciten el espíritu indomable de los que van al encuentro de la muerte cantando el *Tipperary.*

En Alemania los intelectuales juzgaban que su país luchaba para defender la *Kultur* contra unos pueblos tan frívolos como los franceses y tan estériles como los ingleses. En *Handler und Belden,* el economista Werner Sombart escribía tranquilamente:

> El mundo se reparte en dos campos: el de los mercaderes –que son los ingleses– y el de los héroes –que son los alemanes–. Los alemanes tienen que ver necesariamente el triunfo de su causa, porque es el triunfo de la civilización.

La victoria del enemigo tenía que ser el triunfo del Mal. Félix Sartiaux escribía en *Morale kantienne et Morale humaine*:

> Uno de los rasgos más sutiles del carácter alemán es su hipocresía, que aparece disfrazada de ingenua sinceridad. Se ha citado muchas veces el juicio del historiador latino Veleyo Patérculo, quien juzgaba que los germanos eran una raza de mentirosos natos.

El enemigo alemán es además cruel, aunque «según el testimonio de Reine, el cristianismo lo haya dulcificado»; lleva a cabo una guerra sin piedad, mientras que «ninguno de nuestros escritores militares –escribía Ernest Lavisse– no ha enseñado nunca la doctrina de la guerra feroz». Después de la guerra, G. Demartial demostró que algunos oficiales franceses habían efectivamente preconizado la destrucción y el terror. Asimismo, el *Engineer* del 25 de septiembre de 1914 había propuesto que se arrasasen todas las fábricas alemanas para aniquilar para siempre la competencia alemana. Pero

revelar esto durante las hostilidades hubiera sido obrar «contra los aliados» y la censura no hubiese dejado expresarse a estos «anti-franceses». Por lo mismo, no se tenía que saber que, el 26 de junio de 1916, los franceses y los ingleses habían matado o herido a 26 mujeres y 124 niños en el bombardeo de Karlsruhe.

Para excitar el ardor combativo de la nación era necesario suscitar su indignación y persuadir a los combatientes de que eran los soldados del derecho y de la justicia. Los servicios responsables hacían el inventario de los crímenes del enemigo. Así, el Gobierno francés publicó los *Documentos relativos a la guerra 1914-1915.* Informes y actas de la encuesta de la comisión establecida para constatar los actos cometidos por el enemigo y violando el derecho de gentes (1915).

Estos crímenes eran los siguientes:

1. Violación de la neutralidad de Luxemburgo y de Bélgica.
2. Violación de la frontera francesa antes de la declaración de guerra.
3. Prisioneros muertos o heridos.
4. Pillaje, incendios voluntarios, violaciones, asesinatos.
5. Utilización de municiones prohibidas.
6. Utilización de líquidos inflamables y de gases asfixiantes.
7. Bombardeo de fortalezas sin advertencia previa y de ciudades no fortificadas. Destrucción de monumentos artísticos, religiosos y benéficos.
8. Métodos de guerra pérfidos.
9. Crueldades infligidas a la población civil.

Los alemanes no se quedaban atrás. En *Der Weltkrieg und der Zusammenbruch des Volkerrechts,* el doctor Ernst Müller-Meiningen estableció también el catálogo de los crímenes cometidos por los aliados contra el derecho de gentes, que en 1915 se distribuían así:

1. Cómo Bélgica estaba en connivencia con los aliados.
2. Violación de los acuerdos sobre la neutralidad del Congo. Guerras coloniales.
3. Utilización de pueblos no civilizados en la guerra entre europeos.
4. Violación de la neutralidad del canal de Suez.
5. Violación de la neutralidad china por parte de Japón y ataque inglés a Kio-Cheu.

6. Utilización de balas dum-dum y otras semejantes.

7. No respeto de los usos y costumbres para con los diplomáticos alemanes.

8. No respeto y violaciones de los derechos de la Cruz Roja.

9. Utilización de francotiradores y malos tratos a los civiles.

10. Métodos de guerra inhumanos y contrarios a los convenios nacionales.

11. Atrocidades de los rusos en Prusia Oriental.

12. Persecuciones contra los judíos y otras atrocidades de los rusos en Polonia, el Cáucaso, etc.

13. Bombardeo de ciudades por aeroplanos, utilización de obuses de gas.

14. Violación de la neutralidad de los mares, bloqueo, etc.

El detalle de estos crímenes atestiguaba la barbarie de un enemigo implacable, y algunos relatos, como la ejecución por los alemanes de la enfermera Edith Lavell, alcanzaron una gran popularidad. Los aliados los explotaron con más habilidad que sus adversarios, como lo prueba la reacción de los países neutrales ante los «crímenes» de los unos o de los otros.

El «lavado de cerebro»

El último *leitmotiv* de la propaganda era crear la ilusión de la victoria y ensalzar la superioridad de los jefes, de sus armas y de su fuerza. La tranquila calma del tío Joffre, la fuerza tranquilizadora de Hindenburg, «el salvador de la patria»; la infalibilidad de Kitchener, «el organizador de la victoria», fueron imágenes y mitos que la propaganda inventó y difundió gracias a unos medios de acción desconocidos en las guerras anteriores: una prensa potente, las actualidades cinematográficas, los discos. Al mismo tiempo, los bulos y las falsas noticias circulaban por cada país, manteniendo un clima de optimismo obligatorio. Este «lavado de cerebro» se acusó más entre los aliados que en Alemania o en Austria, donde por lo menos los periódicos publicaban el comunicado militar del enemigo. Graux ha recogido, en lo que respecta a Francia, las informaciones

inexactas y los falsos rumores que la prensa difundió y que intoxicaron la opinión. Muy pronto los servicios de censura y de autocensura metamorfosearon a los periodistas en propagandistas; ¿eran conscientes de ello o víctimas de la autopersuasión, como los políticos mismos?

De todas maneras, el hecho era que gracias al control establecido sobre las agencias Reuter, Havas, etc., los servicios de censura no comunicaban a los periódicos las «malas noticias». Así, los ingleses ignoraron la pérdida del acorazado *Audacious* el 27 de agosto de 1914, lo mismo que los franceses creyeron equivocadamente que ganaban la guerra en Alsacia cuando perdían, al Norte, la batalla de las fronteras. Lo mismo sucedió durante años enteros, en que la verdad oficial tuvo por objeto «dar ánimos a la retaguardia y al soldado». Del mismo modo, al impedir la publicación de cualquier información que pudiese hacer dudar de la legitimidad de la causa defendida, de la buena fe o de la competencia de los dirigentes, la censura no tuvo límites en su arbitrariedad, y en nombre del patriotismo cayó sobre los enemigos tradicionales del poder establecido; a saber, anarquistas, liberales y librepensadores.

En 1917 la atmósfera se hacía cada vez más densa entre los aliados, y las instrucciones dadas a la censura revelan el nerviosismo de los medios dirigentes. En Londres, el Gobierno no quiere que se publique la menor información sobre el estado de los almacenes de harina, sobre el racionamiento de los víveres y la extensión del reclutamiento. A imitación del Gobierno francés, el Gabinete belga, refugiado en El Havre, prohíbe que se dé cuenta de las huelgas que han tenido lugar en las fábricas que administra. En París, el capitán Riboulet muestra una vigilancia constante, y siguiendo el ejemplo de los ingleses no comunica más que una vez por semana la lista de los navíos hundidos. Muchas fábricas no podían funcionar ya por falta de carbón y prohíbe que se hable de ello en los periódicos, así como de la limitación del número de días en que se puede consumir chocolate o café.

El 13 de febrero, el Registro de consignas de la censura extiende su vigilancia a los comunicados de la Academia de Medicina; no hay que permitir que se escriba que la mezcla de harinas de maíz y de trigo puede producir la pelagra, y conviene, «con respecto al trabajo de las mujeres encinta, detener las estadísticas deprimentes sobre la disminución de la natalidad, la mortalidad infantil... y no decir nada del formidable crecimiento de la sífilis desde la guerra». La aportación masiva de trabajadores chinos y de soldados annamitas causó numerosos incidentes; se acusó a los primeros de ocupar el puesto «de nuestros hijos y nuestros hermanos», a quienes, a partir de ese momento, se saca de las fábricas para llevarlos al frente. Los chinos constituían también una mano de obra barata que el Gobierno podría utilizar para desarmar el movimiento de reivindicaciones de los trabajadores. Así pues, son incontables ya los incidentes entre franceses y extranjeros que avivan la xenofobia y el racismo, y la censura ordena que no se comenten.

Pero el arma se volvió pronto contra sí misma, pues la multiplicación de «espacios en blanco» en los periódicos testimoniaban que Francia no era ya el «país de la libertad». Los excesos de la autocensura hicieron que el público empezase a dudar de la información oficial y de la información en general, que ya había llegado a hacerse sospechosa. La prensa faltó desde entonces a su misión esencial, la de informar y criticar.

La opinión pública, así drogada por los periódicos, los carteles, los libros, el cine y las canciones patrióticas, perdió día tras día sus facultades para ejercer un papel cívico. Las ceremonias oficiales, la conmemoración de las victorias, el culto de los muertos, la batahola de las trompetas y tambores y el tintineo de las medallas transformaron al ciudadano del siglo XX en soldado nacional, persuadido de que toda crítica era indisciplina y traición cualquier denigración, pues el servicio del país exigía la fe en los dirigentes y en la certeza de la victoria.

«Te seguiremos con el corazón lleno de fe», recitaría bien pronto la muchedumbre hitleriana. La renovación mística encarnada por

estas muchedumbres había nacido quince años antes por toda Europa.

---

20 Véase pp. 255-258.

21 Fue la industria estadounidense la que, desde la siderurgia hasta el cine, aseguró el relevo, conservando esta ventaja hasta nuestros días.

CAPÍTULO 13

Lo posible y lo imposible

La guerra duraba desde hacía tres años. Diecisiete millones de hombres habían muerto, estaban heridos o habían sido hechos prisioneros. Los combatientes no se atrevían ya a confiar en una victoria cercana. Los pueblos no tenían la misma fe en sus gobernantes, los soldados en sus jefes ni las naciones en sus alianzas. Los planes de todos los beligerantes se habían revelado como ilusorios y hasta las armas de la propaganda parecían carentes de sentido. La deuda de las naciones, ya exangües, crecía desmesuradamente: solo ventajas sustanciales podrían estimular aún las energías y permitir que las finanzas se recobrasen. De esta forma los fines de la guerra se van hinchando a medida que disminuyen las posibilidades de alcanzarlos. Quizá, sin embargo, esos objetivos hubieran sido accesibles si dentro de cada coalición los coaligados hubieran sido solidarios entre sí; pero no lo eran. Los aliados, al igual que las potencias centrales, se entregaban entre sí a una sorda lucha por la hegemonía. Guardando en secreto sus enormes ambiciones, cada nación lucha en provecho propio, en tanto que en su interior cada grupo, cada camarilla, busca también su provecho, con la esperanza de someter a la nación a su ley.

El problema de los efectivos

La incertidumbre se acrecentaba: ¿eran efectivas las posibilidades de victoria? Todos se lo preguntan, en el frente, en el Gobierno, en la retaguardia, pero nadie se atreve a plantear en alta voz una cuestión

tan cruda. Al menos los dirigentes hacen balance tratando de calcular hasta dónde pueden ser estirados los resortes de las naciones. «No es suficiente vencer; hay que vencer *y* vivir», escribe el historiador Aulard. «Una nueva hemorragia como la de Verdún y Francia sufriría un colapso», se lee en *L'Heure* a comienzos de 1917. De los 3.600.000 hombres que Francia tenía bajo las armas en el año de 1914, no quedan por esta época más que 964.000 supervivientes en línea; 2.636.000 habían muerto, habían sido hechos prisioneros, estaban heridos o habían desaparecido. Los huecos se colmaban, ciertamente, gracias a la llamada prematura de nuevas quintas. No obstante, los efectivos bajo las armas no llegaban más que a los 3.114.000 hombres; menos, pues, que en 1914. Italia había perdido ya 877.000 soldados; Inglaterra, más de un millón; Rusia, 5.810.000 hombres; a falta de equipo y de material, los recursos infinitos de Rusia parecían ilusorios. Los franceses y los ingleses disponían, desde luego, de tropas coloniales. Tiradores argelinos y marroquíes participaron en la segunda fase de la batalla de Verdún; fueron utilizados masivamente con los senegaleses en la batalla del Somme. Se acusó, incluso, a Mangin de disponer demasiado generosamente de la sangre de estos soldados: no parece, sin embargo, que más tarde economizase más la de sus conciudadanos. Sin embargo, los jefes militares se resisten a utilizar los soldados de color. Escribe Fayolle:

> Cerca de Arras, un regimiento senegalés ha retrocedido. Es una carnicería Esas gentes *(sic)* son incapaces de hacer la guerra europea.

Además, esta «trata» suscita disturbios en el África negra, donde la población se inquieta al no ver regresar a los soldados. La censura impide que se aluda a los incidentes que estallan en Dahomay y en Senegal. En Marruecos, Gouraud y Lyautey temen que la salida de los tiradores debilite el *maghzen.* Se recurre entonces a los tiradores annamitas. Estos llegan en 1917, y también trabajadores chinos; pero el alto mando prefiere utilizarlos en la retaguardia. Annamitas y chinos se encargaron así de relevar a los obreros que fueron

enviados al frente. Pero, por rencor o por xenofobia, los que marchaban al frente se quejaron de tener que dejar a sus mujeres trabajar al lado de los amarillos, «que habían ocupado sus puestos».

Cuadro 1

LAS DIVISIONES EN PRESENCIA

	Potencias aliadas												*Potencias centrales*			
	Fr	GB	R	Bl	Sb	It	Rm	Gr	Pg	US	Total aliados	Total P. cent.	Alem.	AH	Bg	Tq
1914																
agosto	74	20	108	6	12						220	143	94	49		
diciembre	74	67	108	6	12						267	212	117	57		37
1915																
mayo	81	77	112	6	12	36					324	248	149	64		38
1916																
febrero	99	79	136	6	6	38					364	283	159	60	12	52
agosto	102	81	142	6	6	47	21				405	304	169	70	12	53
1917			288*													
junio	116	87	202	6	6	59	15	3	1		521	369	232	80	12	45
octubre	116	87		6	6	66		3	1	3**	505	369	234	78	12	45
1918															12	
marzo	114	85		12	6	53		4	2	5	281	365	234	78	12	41
julio	114	85		12	6	56		7		25	305	356	235	72		37
octubre	114	85		12	6	58		10		32	324	325	214	74		37
noviembre	114	85		12	6	58		10		42	329	278	210	66		17

Las potencias centrales dispusieron de la superioridad numérica desde enero hasta octubre de 1018.
Los aliados, desde agosto de 1914 hasta enero de 1918, y de nuevo en noviembre de 1918.
Bl: Bélgica; Sb: Serbia; Rm: Rumanía; Pg: Portugal; Bg: Bulgaria; Gr: Grecia; Tq: Turquía.
* A finales de 1916 se construyeron 76 divisiones con regimientos reducidos a seis batallones (en vez de cuatro).
** Una división US posee un efectivo doble al de una división europea.
FUENTE: Mirovaïa Voïna v. cifrah, Moscú, 1934, p. 14.

A falta de efectivos, la quinta de 1917 había sido llamada el 29 de diciembre de 1915, y pronto fue llamada la quinta de 1918. Se mantienen movilizados hombres cada vez mayores: en 1914 la mitad de los movilizados tenían de veintinueve a cuarenta y siete años; en 1918 esta edad media había pasado de los treinta y tres a los cincuenta y un años. A finales de 1916 el Gobierno «autoriza» a los condenados de derecho común a marchar al frente; en octubre la ley Dalbiez obliga a someterse a reconocimiento médico a todos los soldados de servicios auxiliares y a los que han sido dados por

inútiles. Se organiza entonces la caza de los emboscados, que reclamaba Gallieni en 1914. Paul Morand cuenta:

> Se convoca hasta a los ciegos. Marcel Proust espera que le llamen. Si le citan por el día, como es lo más probable, no podrá ir al reconocimiento porque de día duerme. Marcel teme, por tanto, que le declaren desertor. Ha preguntado a Luden Daudet si su hermano León podría conseguir para él, como favor especial, un reconocimiento médico a medianoche.

Las potencias centrales hacen la misma llamada a sus últimos recursos en efectivos. En 1917 el alto mando alemán disponía aún de dos millones de soldados de 1914. La ley sobre el servicio civil patriótico, votada el 2 de diciembre de 1916, delata dificultades graves, aunque sobre el papel las reservas contasen con más de diez millones de movilizables. En 1918, cuenta Bertolt Brecht, se movilizó a un soldado muerto. Más duramente castigado, el ejército austríaco no cuenta más que con 383.000 soldados de 1914, aunque sus reservas se elevan todavía a más de siete millones de soldados. No obstante, su equipo es cada vez más lamentable. Con los turcos y los búlgaros, las potencias centrales ponen en línea más de diez millones de combatientes; esto es, tres millones menos que los aliados. La desproporción se acrecienta con la entrada en guerra de Estados Unidos y la llamada sistemática a las tropas de la Commonwealth, sobre todo *Anzacs* y canadienses, así como hindúes. Los alemanes intentan también utilizar a los hombres válidos de los territorios que ocupan, especialmente a los belgas. En octubre de 1916 habían sido deportados 100.000 belgas más allá del Rhin. En Polonia son pocos los voluntarios que se inscriben en la legión formada por Pilsudski.

La financiación

El coste de la guerra se acrecienta cada día. Es enorme: solamente en Francia, de 1914 a 1918, los gastos exceden los ingresos en ciento cuarenta millones de francos oro. Según los cálculos de Fisk,

el coste total se elevó a más de ochenta mil millones de dólares en 1918; es decir, tanto como la renta nacional de Gran Bretaña, Australia y Nueva Zelanda juntas. Un día de guerra costaba a los alemanes siete millones de marcos en 1870, treinta y seis millones en 1914 y ciento cuarenta y seis millones a comienzos de 1918. Cubiertos en parte por los préstamos y en parte por las emisiones, estos gastos rebasaban ampliamente los ingresos de los Estados. Mientras que en 1913 el comercio de los beligerantes con Estados Unidos, Argentina y Brasil se liquidaba con un saldo, a favor de estos últimos, de quince mil millones de francos, se llegó a los cuatrocientos diecinueve mil millones en 1918.

«Business as usual?»

«Business as usual», esta expresión de Winston Churchill causó gran efecto; fue un eslogan afortunado que se adaptaba admirablemente al humor de los ingleses en 1914. Esto no quería decir de ninguna forma que los intereses particulares no tuvieran que subordinarse a las exigencias de la victoria, sino que la victoria pasaba por el camino del *business.* Como cien años antes, en los tiempos de la lucha contra Napoleón, Inglaterra sería el banquero de la coalición. Ello quería decir que tenía que enriquecerse; la guerra no debía impedir el desenvolvimiento de sus negocios, ni interrumpir la ley de la oferta y la demanda. En 1916, cuando las primeras colas anunciaban la penuria, los asesores del Gobierno pensaban que «tirar la leche o dársela a los cerdos no era un despilfarro poco razonable; la ley no tenía por qué castigar a quienes se entregaran a esta clase de operaciones».

En Inglaterra la tradición liberal autorizaba una postura tan neta como esta. En el continente, el espíritu jacobino había rebasado las fronteras de Francia y, en caso de guerra, la vida económica se acomodaba a un intervencionismo acrecentado por parte del Estado, asociado a una tradición autárquica. Sin embargo, tanto en Inglaterra como en el continente, la búsqueda del propio interés

llevó a actitudes bastante parecidas que no siempre estaban de acuerdo con los intereses de la nación. Esta dicotomía no parece, sin embargo, haber turbado tanto a los dirigentes como los ardides de los pacifistas.

¿Hasta qué punto son legítimos los *negocios* y dónde comienza la traición? Por lo que hace al comercio interior, la frontera podía ser difícil de definir; pero ¿podía serlo cuando se trataba de las relaciones con el enemigo? La cuestión se planteaba a los aliados de manera más radical que en Alemania o en Austria-Hungría, ya que ellos habían establecido el bloqueo de las potencias centrales. Hacerles morir de hambre, destruir los mecanismos de su economía, suscitar así el descontento y el pacifismo, privar a los ejércitos enemigos de las materias primas necesarias para su aprovisionamiento en armas y municiones, tales eran los objetivos declarados y públicos del bloqueo.

En estas condiciones, todo aprovisionamiento del enemigo de manera directa o indirecta se convertía en una traición. ¿Cómo podía conciliarse esta política con la fórmula *business as usual,* cuando Alemania era uno de los mayores clientes del Imperio británico? Públicamente, todo tráfico con el enemigo fue condenado, pero en la práctica continuó. La censura coadyuvó, los gobiernos fueron tácitamente cómplices. Es cierto que cada beligerante creía que este tráfico comportaba más ventajas que inconvenientes. No obstante, todos no podían tener razón; pero esta fue otra cuestión que no planteó a los dirigentes grandes dramas de conciencia.

En lo que concierne a los capitales, la importancia de este tráfico es difícil de precisar; haría falta conocer las cuentas de ciertos bancos que tenían intereses en distintos países situados en los dos campos, tales como Barclays Bank y otros por el estilo. Por el contrario, poseemos informaciones serias en lo que toca a los productos. Partiendo del territorio francés, parece que las «fugas» fueron modestas: forrajes y ganado bovino franquearon la frontera helvética con destino a Alemania. Es cierto que el Gobierno francés tenía interés en cerrar los ojos, ya que las exportaciones que

provenían de Alemania eran mucho más graves: estaban relacionadas con las municiones[22].

En Alemania, explica Feldman, el ejército exigía obuses del mejor acero, y por esta razón a partir de 1915 el Ministerio no renovó los contratos Thomas. Mientras que, obligados y forzados, los industriales transformaban su mercancía, fabricando poco a poco obuses de tipo Martin, los *stocks* de obuses Thomas eran vendidos, a través de Suiza, a Francia y a Italia. Cuando en 1916 Gran Bretaña interrumpió sus propias exportaciones de acero, la demanda de los neutrales, de los franceses y de los italianos se acrecentó bruscamente. Por la falta de divisas, el Gobierno alemán dejó a los industriales reconvertir una parte de su producción, a condición de vender los obuses a precios de cártel para prevenir cualquier carrera de baja de precios entre los magnates alemanes. Estos pronto prefirieron vender obuses Thomas al enemigo a vender obuses Martin al Ministerio. En la batalla del Somme el alto mando se encontró por vez primera peor aprovisionado de municiones que el enemigo. Entonces exigió con urgencia el máximo de obuses, aunque fueran Thomas. Los productores se los ofrecieron al Ministerio, pero al precio de cártel. El Ministerio exigió el precio justo; los industriales se negaron a entregarlos. Así fue como vendieron al enemigo, a través de los neutrales, obuses que no proporcionaron a sus propios soldados. Esta situación no duró mucho; Hindenburg tenía necesidad de la ayuda de los industriales y ordenó al Ministerio que les pagase «el precio que quisieran».

La amplitud de las exportaciones británicas con destino a Alemania fue mucho más considerable. Los neutrales fingían hacerse compradores de productos británicos. Ante el riesgo de perder su amistad, era difícil negárselos, argumento que tranquilizaba la conciencia de todos los exportadores. El Gobierno pidió a los neutrales garantía de que los productos comprados en Inglaterra no serían reexpedidos a Alemania. Desde entonces, Estocolmo los revendía a Copenhague o viceversa antes de entregárselos a Alemania. El valor de estos intercambios pudo ser calculado por

Consett, agregado de la embajada británica en Copenhague, que fue testigo indignado de semejante tráfico y que se extrañaba de que sus revelaciones no conmovieran más a sus superiores.

Según sus cálculos, que no parecen muy seguros, aunque tienen, sin embargo, un valor indicativo, Holanda importó doce veces más cacao durante la guerra que durante los cuatro años que la precedieron, y sus exportaciones a Alemania se acrecentaron casi otro tanto. Lo mismo ocurrió con el algodón. En Inglaterra y en el frente estos productos empezaban a faltar, así como el aceite para los motores y para los frenos, que pasaba de Gran Bretaña a Suecia, de Suecia a Copenhague y de Copenhague a Berlín. Sucedía lo mismo con el cemento, y así los famosos blocaos de las trincheras alemanas provenían en gran parte de Inglaterra a través de Holanda; igualmente el níquel de los cañones y la gasolina de los aviones.

El caso de los productos estratégicos es particularmente grave. La mayor parte de los explosivos estaban hechos a base de glicerina, que requería para su fabricación una gran cantidad de semillas tropicales, como la copra y la soja. Alemania estaba enteramente desprovista de ellas. Antes de la guerra, el Imperio británico era su principal proveedor, así como Rusia, en lo que se refería a las materias grasas no tropicales. Las estadísticas reunidas por Consett muestran que, de 1915 a 1918, las importaciones de Dinamarca se doblaron bruscamente, siguiendo justo la curva de las ventas inglesas y la de las compras de Alemania a Dinamarca; este hecho se ha comprobado en lo que hace a la copra, a la soja, así como al cobre, productos todos que constituían el punto de atasco más caracterizado de la industria de guerra alemana.

Conciliar los hábitos de la economía de paz, acrecentar sus beneficios y vencer al mismo tiempo: tales eran los objetivos de las potencias. Es cierto que cada cual intentaba al mismo tiempo someter y despojar, no solo al enemigo, sino también al aliado..., mientras le exigía el máximum de sacrificios: lo posible y lo imposible.

Egoísmo sagrado y cohesión de las alianzas: el ejemplo belga

El ejemplo de Bélgica ilustra esta inconsecuencia y revela igualmente la incertidumbre de los compromisos, la situación difícil de las pequeñas naciones y las intenciones ocultas de las más grandes. «El desdichado y pequeño pueblo belga» era el tema favorito de la propaganda aliada, pero su destino era asimismo objeto de la solicitud oficial de los alemanes, que jugaban a ser los protectores de la «nación flamenca». Los alemanes decían que habían invadido el país para prevenir una ofensiva francesa; su presencia en Amberes y en Bruselas obedecía solamente a motivos militares. Por su parte, el rey Alberto I declaraba que defendía por el honor del nombre el último pie cuadrado del territorio nacional que no había sido violado. El rey, como neutral, quería permanecer fiel a los tratados, sin tener nada que ver ni con la *Entente* ni con los ocupantes.

¿Qué valor tenían las afirmaciones de los unos y de los otros?

En 1914, con su territorio invadido, los belgas juzgaron que «si los alemanes habían violado sus compromisos, los aliados no habían sabido cumplir los suyos». Después del repliegue precipitado de los ejércitos franceses, los belgas querían conservar Amberes, la más poderosa de todas las plazas fuertes europeas.

Reforzada por franceses y por ingleses, la ciudadela hubiese hecho pesar una seria amenaza sobre el flanco derecho de los alemanes.

Amberes resistió, ciertamente, pero sin la ayuda del grueso de las fuerzas aliadas, ya que estas querían obligar a los belgas a pegarse a su izquierda y a retroceder con ellas. Estimando que las tropas que enviasen a Amberes serían sacrificadas inútilmente, Joffre y French se negaron a enviar más refuerzos que las tropas encargadas de ayudar a cubrir el repliegue de las fuerzas belgas cuando la ciudadela se viera obligada a capitular. Unas semanas más tarde, lo

que quedaba del ejército belga tuvo que ir a colocarse a la izquierda de los franco-británicos, aunque no sin rencor.

Otro motivo de amargura surgió acto seguido. Joffre y French, victoriosos en el Marne, propusieron amalgamar las tropas belgas en el interior de los ejércitos franco-ingleses, a razón de una brigada por división. En suma, los aliados pedían al rey que aceptase disolver su ejército. Alberto I respondió con altivez que «su país estaba ocupado y no podía dar pruebas de su existencia más que por su ejército».

A partir de entonces una desconfianza recíproca se deslizó en las relaciones entre los belgas y los aliados. Estos pensaban que el rey no desempeñaba lealmente su cometido, cosa que le reprochaba asimismo el propio Gobierno belga, refugiado en El Havre.

En realidad, dudando de la victoria de los aliados y juzgando que la guerra acabaría en una paz de compromiso, Alberto I quería mantener a la vez la ficción de la neutralidad belga y la defensa del territorio nacional contra el invasor sin asociarse a la *Entente.* Sus ministros, en cambio, querían jugar abiertamente la carta franco-inglesa; no dudaban de la derrota de Alemania y creían que el comportamiento del monarca era equívoco y que aquella semineutralidad podía hacer que los belgas perdiesen la oportunidad de sentarse en la conferencia de la paz y aprovechar los beneficios de la victoria. Los ministros de El Havre, nada faltos de apetitos, esperaban que la paz les proporcionase, además de unos considerables daños y perjuicios, el Luxemburgo y el Flandes holandés.

La carta de la guerra continuaba indecisa; las posiciones siguieron siendo las mismas hasta finales de 1917. Varias veces el rey se negó a asociarse a operaciones militares comunes que hubieran podido tener como consecuencia la destrucción del territorio nacional. Alberto I negó igualmente a Pétain en 1917 lo que había negado a Joffre en 1914. Es cierto que el soberano tenía ya por entonces razones serias para desconfiar de sus «aliados»; el coronel House le confirmó en 1916 que los ingleses y los franceses se habían puesto

de acuerdo para ofrecer el Congo Belga a Alemania en caso de una paz de compromiso. Así, a guisa de indemnización de guerra y para liquidar las cuentas, «el desdichado y pequeño pueblo belga» recibiría el producto de la venta de su propio Congo.

Por su parte, los alemanes intentaban negociar con Alberto I.

Si podían firmar por separado una paz con Bélgica, llegarían a demostrar a los americanos y a los neutrales la falsedad de las acusaciones proferidas contra ellos.

En Zúrich tuvo lugar una negociación, de noviembre de 1915 a febrero de 1916, gracias a los lazos que unían a la familia real belga con los Wittelsbach de Baviera. En primer lugar, estas negociaciones se ocuparon de la neutralidad de Bélgica; era para defenderla y no como aliado de la *Entente* por lo que Alberto I continuaba defendiéndose. Actuando según las instrucciones de Alberto I, Waxheiler reconocía, no obstante, que «la neutralidad era una ficción y que aquel principio podía ser abandonado».

El «Rey-Caballero» no excluía un acercamiento con Alemania «bajo una forma que respetase los sentimientos del pueblo belga y a condición de que no comportara ningún carácter de dependencia». Se habló incluso de un acuerdo defensivo entre consocios al mismo nivel. El rey propuso que los alemanes pusieran fin a la ocupación del país; estaba dispuesto a dejar a los alemanes el control de los ferrocarriles que llevaban a Francia y aceptaba que las fuerzas alemanas ocupasen Maubeuge, Condé y Givet. Los alemanes tendrían a su cargo la defensa de la parte sur del país y los belgas la parte norte. Como precio del abandono de su neutralidad y como compensación de las adquisiciones territoriales que Alemania pudiera hacer, se habló de las anexiones de que Bélgica se beneficiaría; Waxheiler exigía la línea del Mosa al norte de Charleville, la región en torno a Maubeuge, Roubaix y Tourcoing y, a expensas de Holanda, el territorio de la izquierda de la embocadura del Schledt. Los alemanes rechazaron estas condiciones. El memorándum Torring, inspirado por la Wilhelmstrasse, decía de manera más

explícita lo que el káiser entendía por «abandono de la neutralidad»: se trataba nada menos que del abandono de la soberanía.

Viendo entonces con más claridad las intenciones del káiser y juzgando que la causa de los alemanes estaba perdida desde la entrada de los norteamericanos en la guerra, el rey estableció lazos más estrechos con los aliados a partir del verano de 1917.

* * *

Así, en el momento en que Alemania deseaba concluir una paz de compromiso con los belgas, exigía de ellos condiciones imposibles. Por su parte, los aliados no habían aceptado la colaboración militar del ejército belga más que en ciertas condiciones, a pesar de que tenían necesidad urgente de su ayuda. Despreciando el sacrificio de los combatientes, los dirigentes trataban así de satisfacer su necesidad de prestigio. La lucha por el liderato entre los coaligados fue otro aspecto de esta «guerra dentro de la guerra».

Las relaciones entre los aliados

Los franceses, con su territorio invadido y creyendo en el mito del «rodillo compresor» que ellos mismos habían forjado, se sentían decepcionados por el esfuerzo de guerra de los rusos. Desde luego, abrigaban el recuerdo agradecido de los acontecimientos de 1914, pero pensaban que en 1915 habían devuelto a los rusos lo que les debían. Los rusos no retenían más que a un millón y medio de soldados alemanes y austríacos, mientras que en el Oeste los aliados se enfrentaban con más de 2.300.000. Los rusos contestaban que no fueron los franceses, sino los rusos, los que sembraron el pánico entre los enemigos en 1914 y que seguían hallándose a dos jornadas de Hungría. Los militares pedían a los aliados que les entregaran material, especialmente aviones. Uno de los jefes de la misión francesa en Rusia, el coronel Langlois, explicaba a sus jefes que, «efectivamente, Rusia no produciría al mes el número de obuses que

necesitaba». Sin pestañear, el coronel añadía: «Pero no será ello inconveniente ninguno, porque el programa ruso tampoco se aplicará por lo que hace a los cañones». La misión francesa, condescendiente para con los rusos, recomendaba las entregas, pero sus preferencias iban por otros derroteros; el coronel Rampont escribía en el otoño de 1916:

> Lo que les falta a estos rusos es el trabajo preciso y aplicado. Sería menester que el ejército ruso adoptara *nuestros* métodos y que veinticinco mil hombres formados por nosotros se batieran en el frente occidental.

La idea no era nueva; desde hacía varios meses estaban en curso negociaciones para expedir al frente del Oeste las tropas rusas no equipadas. Pero en 1916 se precisaron los términos del acuerdo. Disponiendo de una superioridad precaria en artillería y aviación, los aliados no podían entregar material a los rusos más que con parsimonia. En vista de los riesgos cada vez mayores de la guerra submarina y la manera como, al parecer, sus consocios utilizaban el material, convirtiendo las entregas en una cosa aleatoria, hicieron comprender a los rusos que no aceptarían y cumplirían los encargos más que si se enviaban a Marsella o a Salónica contingentes rusos más numerosos. Esta manera de asimilar el material humano a las peticiones de armamento hirió tanto más la sensibilidad de los rusos cuanto que los riesgos que ellos mismos corrían en el mar no habían sido tenidos en cuenta. Los rusos necesitaban material a cualquier precio y tuvieron que inclinarse.

El litigio anglo-ruso era más duro y, por esta vez, unilateral. Los rusos reprochaban a los ingleses el batirse con soldados de los demás; querella que no eran los únicos en compartir. Boulatsen escribía en el *Russkij Grajdani*:

> El jefe de los francmasones ingleses, sir Asquith, promete llevar las cabezas coronadas de Alemania y Austria ante un tribunal internacional compuesto por parlamentarios y abogados, por no haber podido avanzar más de dos metros en su propio frente, los ingleses cuentan con los soldados rusos para hacer de comisarios...

A estas quejas tradicionales se añadía la inquietud de los medios dirigentes ante la injerencia económica de los ingleses en los asuntos rusos, en el petróleo y en la Marina, sobre todo. Los rusos observaban la reanudación de las inversiones inglesas en el Cáucaso y en Asia central, mientras las misiones financieras rusas recibían una acogida bastante reservada cuando querían llevar a cabo un empréstito en Londres. Así, en 1916, la misión Bark no pudo conseguir más que préstamos a tres y a seis meses. De otro modo, el interés resultaba un 1% más elevado que los préstamos hechos a los otros clientes.

El Gobierno ruso juzgaba, sobre todo, que la política inglesa en el Mediterráneo era un golpe bajo contra Rusia. Ya en 1915 los británicos habían organizado la operación de los Dardanelos sin consultarles. La instalación de un ejército en Salónica, la carta forzada a Grecia, los acuerdos Sykes-Picot, constituían nuevos y graves agravios; resultaba claro que, una vez más, Gran Bretaña conducía su política en relación con Turquía sin tener en cuenta los intereses de Rusia, con el fin de marginar a los rusos de Constantinopla y de los Estrechos.

La desconfianza entre los italianos y los otros aliados se explicaba por el carácter equívoco de la política romana desde la declaración de la guerra; una vez rotas las hostilidades con Austria, los italianos se negaron a declarar la guerra a Alemania y, llevando una especie de «guerra aislada» en Albania, en conflicto abierto con los serbios, los italianos no coordinaban la acción de su flota con la de los aliados en la lucha emprendida contra la guerra submarina. Por su parte, los italianos estimaban que sus aliados no respetaban sus compromisos, prometiendo a los eslavos del Sur (los futuros yugoslavos) territorios sobre los que ellos habían obtenido ya promesas secretas, pero firmes. Los fracasos militares de Cadorna pusieron después sordina al descontento de los italianos. Sin embargo, incluso antes de que Austria fuese vencida, el problema del Adriático y de Trieste había sido planteado ya.

Franceses, ingleses y rusos tampoco se trataban entre sí con miramientos. Los rusos habían sido marginados de las operaciones contra Turquía, de las primeras negociaciones de las que iban a surgir los acuerdos de Sykes-Picot y del pacto de Londres. Por su parte, los franceses y los ingleses sospechaban que el zar y sus ministros querían concluir una paz por separado; la emperatriz Alejandra era de origen alemán, de la familia Hesse, y se decía que era partidaria de las potencias centrales; se sabía que dominaba a su marido y los medios informados otorgaban importancia a palabras pronunciadas por el gran duque de Hesse en favor de la paz o a la misión de Protopopov en Escandinavia.

Efectivamente, había en Rusia una corriente favorable a una paz separada con el káiser. Esta corriente manaba de los medios de extrema derecha, agrupados en torno a las Centurias Negras. Las Centurias Negras estimaban que «si el Gobierno quería que Rusia volviera a encontrar la calma y el orden, tenía, ante todo, que arrojar a *la canalla judía* –término con el que las Centurias Negras calificaban a los diputados de la Duma–, concluir una paz con la Alemania imperial y romper las relaciones con la Gran Bretaña». Esta corriente era muy minoritaria, pero incluía a miembros de la Corte o a gentes íntimamente relacionadas, en especial a Rasputín, que consiguió que nombrasen a uno de sus miembros, Sturmer, primer ministro. La hostilidad general de los grandes duques y de los militares contra cualquier paz por separado y el apoyo global de la burguesía liberal a la guerra a ultranza impidieron a Sturmer y a su ministro Protopopov llevar adelante las conversaciones a que habían dado comienzo con los alemanes. El zar, por otra parte, se manifestaba hostil a ellas. La alerta, sin embargo, no había dejado de sonar en las cancillerías occidentales y pareció necesario tratar a los rusos con menos desenvoltura. Este fue el objeto de la Conferencia de Petrogrado en diciembre de 1916, en la que lord Milner, el general Wilson, el general Castelnau y Gastón Doumergue prometieron acrecentar la ayuda económica y militar a Rusia. Tranquilizados por la lealtad del zar, salieron inquietos de Rusia, sin

embargo, por el estado del país. Creyeron, no obstante, unánimemente que no estallaría ninguna revolución antes del final de la guerra.

Durante estas negociaciones, los franceses y los rusos habían concluido un acuerdo secreto sobre los fines de la guerra. Los ingleses fueron mantenidos al margen. Es cierto que, más todavía que los rusos, los ingleses sostenían con los franceses relaciones poco afables, impregnadas con frecuencia de desconfianza y agresividad.

Una guerra dentro de la guerra: las relaciones franco-inglesas

La táctica de la diplomacia británica en julio de 1914 había resucitado brutalmente la vieja tradición anglófoba y había deteriorado gravemente la *Entente Cordiale.* Cincuenta años más tarde se comprendieron las razones del Foreign Office, que quería obligar a los franceses a jugar hasta el final la carta de la paz. Las seguridades dadas a los rusos prueban que Gran Bretaña se proponía mantenerse fiel a su palabra; el aliado francés pudo creer, sin embargo, que había sido abandonado y sentirse poseído de un legítimo rencor. Posteriormente, la desbandada de los ingleses en agosto de 1914, la desenvoltura de French, que vacilaba entre desembarcar o replegarse detrás del Sena cuando el alto mando francés vivía el drama más atroz de su historia, fueron recuerdos que los jefes del ejército francés olvidaron con dificultad. A partir de entonces, pese al acuerdo de Londres en relación con los términos del cual los miembros de la *Entente* se comprometían a no firmar una paz por separado, y pese a los cien mil combatientes ingleses perdidos en el Marne, el encanto de la alianza había quedado roto. Las dos ofensivas inglesas en Artois y las batallas del Somme y Passchendaele no cambiaron nada, ni tampoco el millón de soldados ingleses perdidos antes de acabar el año de 1916 en distintos frentes.

Como los rusos, los franceses reprochaban a los ingleses batirse con soldados de los demás o luchar solo para salvaguardar su imperio. De los quinientos mil ingleses que se batían en Francia en 1915, Joffre decía, por otra parte: «No me atrevería jamás a confiarles la defensa de los frentes; si se quedaran solos, serían arrollados; no tengo confianza en ellos más que cuando están encuadrados por los franceses». En 1917, Pétain pensaba de la misma manera: «El alto mando inglés era incapaz, sus tropas eran utilizadas con torpeza». Es cierto que los ingleses habían recusado siempre las concepciones de Joffre y las de Pétain. A comienzos de 1918, no podían ponerse de acuerdo sobre la constitución de una reserva general única que hubiese planteado el problema de un alto mando supremo.

El resentimiento de los franceses se había alimentado por un rencor particular: lejos de reconocer la superioridad de los franceses en el combate, esto es, de aceptar desempeñar el papel de segundones, los ingleses consideraban con frecuencia que los franceses tenían mucho que aprender sobre la manera de llevar a cabo una guerra victoriosa. Después de todo, Waterloo, Sedán y Fachoda eran las últimas grandes fechas de la historia militar francesa. Los ingleses reprochaban a Joffre, Foch y Mangin no tomar en consideración de manera suficiente las pérdidas en hombres, juicio que la historia hubiese visto de manera más equitativa si no hubiese emanado de los responsables de Passchendaele.

Los objetivos de guerra de los aliados

El problema de los fines de la guerra amenazó igualmente a la cohesión de las alianzas. Además, la *Entente* no lo examinó más que cuando se vio forzada a ello, cuando fue menester consultarse para ofrecer a Italia el precio de su viraje o bien cuando las gestiones de Wilson hacia finales de 1916 hicieron necesarias conversaciones secretas y respuesta pública.

Dejando aparte el retorno de Alsacia-Lorena, «cuya imagen surgió bruscamente, desde los primeros combates de 1914, de la sombra discreta en donde se había visto todavía envuelta unos días antes», las ambiciones de los dirigentes franceses fueron relativamente modestas. Se referían más al restablecimiento de una situación pasada o a las garantías para la seguridad del país que a la práctica de una política de poder. Cuando los medios dirigentes defendían una política expansionista, pensaban más en conseguir una compensación frente a las ventajas que podían alcanzar sus aliados que en engrandecerse ellos mismos. Esta perspectiva no carecía, sin embargo, de consecuencias de largo alcance.

Así, en 1915, ya el presidente del Comité de Forjas, Robert Pinot, planteaba la cuestión del Sarre, «vista la situación extremadamente crítica en la que se encuentran las minas de hulla francesas con un déficit de 20 Mt en 1913». A su modo de ver, no se trataba de una compensación por las pérdidas sufridas a causa de la ocupación y de la guerra, sino de una adquisición definitiva. Por su parte, los círculos nacionalistas, sostenidos por una cohorte de historiadores, tales como Lavisse, Sagnac, etc., planteaban la cuestión de la anexión de la orilla izquierda del Rhin. Según Mauricio Barres, Francia debía asegurarse «Una zona de defensa contra las infiltraciones alemanas». Las poblaciones podrían tener la posibilidad de elegir entre la unión con Francia y la independencia unida a la neutralidad. El «Comité de la orilla izquierda del Rhin» recordaba las afinidades de esas poblaciones con la civilización latina; Barres insistía en su catolicismo y el historiador Aulard invocaba el comportamiento de los renanos en la época de la Revolución francesa. Briand juzgó que estas declaraciones eran inoportunas y daban pie a la propaganda enemiga y a la de los socialistas, que, hasta aquel momento, proferían acusaciones sin pruebas. El jefe del Gobierno dio orden a la censura de «prohibir todos los artículos a favor o en contra de la paz [...], todos los artículos que discutieran acerca de sus condiciones. No se tolere ninguna excepción». Briand no dejó por ello de hacer que progresaran las conversaciones

privadas con los rusos. «Tomad Maguncia, tomad Coblenza; id más lejos, si lo juzgáis útil», declaraba Nicolás II a Maurice Paléologue, el embajador de Francia.

La victoria de Verdún, el éxito de la ofensiva de Brusilov y la entrada en la guerra de Rumanía abrieron nuevas perspectivas. Aparte la neutralización de la orilla izquierda del Rhin, se consideró la posibilidad de «quebrar el imperio alemán y el militarismo prusiano».

Delcassé había dicho en otro tiempo unas palabras a Isvolsky aludiendo a las colonias alemanas y a los derechos de Dinamarca sobre el Sleswig. Hasta había recordado el caso de Hannover, cuya independencia quizá deseaba Inglaterra. Estas ideas volvieron a cobrar consistencia en 1916. Joffre, por su parte, indicaba a Poincaré los fines que era preciso conseguir: la anexión de la cuenca del Sarre; en la orilla izquierda del Rhin, la formación de tres o cuatro estados, que estarían «separados políticamente de Alemania», aunque ligados a Francia por una unión aduanera; la creación de cabezas de puente en la orilla derecha del río, frente a Estrasburgo y Gemersheim, y la reestructuración del mapa político de Alemania, a fin de reducir la extensión de Prusia.

Así pues, se trataba de destruir a Alemania como gran potencia y hasta como Estado. Según Lorentz, que recibió unos meses más tarde al príncipe Sixto de Borbón-Parma, llegado para examinar en secreto las posibilidades de una paz por separado entre la doble monarquía y la República francesa, Poincaré ofrecía Silesia y Baviera a Austria-Hungría.

Estos proyectos no fueron comunicados jamás a Gran Bretaña; en relación con la orilla izquierda del Rhin, Briand recordó solo la necesidad «de una cobertura para toda Europa». En cambio, la misión Doumergue-Castelnau habló de ello sin ambages al zar; más que el objeto mismo de la conferencia, que era la ayuda aliada a Rusia, la cuestión de la orilla izquierda del Rhin fue el centro de conversaciones secretas, estrictamente franco-rusas. El acuerdo se hizo sobre la base de la constitución de Estados autónomos,

independientes de Alemania y neutralizados, a lo largo del Rhin. Su ocupación serviría de garantía para la ejecución de las cláusulas de la paz. A cambio, los franceses permitirían a los rusos mantener sus reivindicaciones sobre Constantinopla. Los rusos pensaban que los estrechos eran la compensación ofrecida a cambio de la devolución de Alsacia y Lorena; a cambio de la orilla izquierda del Rhin, ellos pedían «libertad de acción en su frontera occidental», es decir, que abandonase Francia la causa de la independencia polaca. Briand vaciló antes de aceptar, pero se resolvió a hacerlo el 10 de marzo de 1917. Este tratado secreto, concluido sin que Inglaterra hubiera sido informada de ello, caducó unos días más tarde, arrastrado por la revolución. ¿A qué presiones no habría cedido Briand en un momento en que la propaganda no cesaba de clamar por la lucha de Francia en favor de la defensa de los derechos de los pueblos? ¿Quería disponer de una carta de triunfo contra las pujas nacionalistas de la derecha o de Clemenceau? ¿O bien juzgaba necesario satisfacer al zar y prevenir cualquier veleidad para concluir una paz por separado en el momento en que se producían los disturbios en Petrogrado? Al menos, el tratado comprometía a Rusia y proporcionaba una garantía a Francia.

Por su parte, los ingleses tenían la intención de apropiarse el antiguo Imperio alemán, «cuya reconquista sería irreversible». Tenían también ambiciones en el Imperio turco, rico en recursos petrolíferos, sobre los cuales habían puesto los ojos desde hacía tiempo. Los franceses habían puesto los suyos sobre Siria y dieron comienzo a unas negociaciones secretas a las que Rusia fue asociada e Italia marginada. Estos acuerdos Sykes-Picot delimitaban las zonas respectivas que se reservaban las tres potencias en relación con la posible creación de un reino o de una federación árabe. Palestina sería beneficiada con un estatuto especial; los sionistas esperaban establecer allí el hogar de la colonización judía. Tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña, los sionistas actuaron en este sentido, obteniendo del Gobierno inglés una promesa que se hizo pública a finales de 1917 (Nota Balfour). Al

norte del Imperio turco, las provincias de Erzerún, Trebisonda, y Ardayan pasarían a la soberanía del zar.

Los objetivos de guerra de los alemanes

Las desavenencias entre las potencias centrales se referían asimismo a la dirección de la guerra tanto como a sus fines. Pero, sobre todo, la voluntad de poder de los dirigentes alemanes fue origen de conflictos mortales para la solidez de las alianzas y para el porvenir de la propia Alemania.

El mérito de Fritz Fischer consiste en haber mostrado que este espíritu dominador no fue solamente obra de los círculos militares o pangermanistas, a los que hubiesen intentado resistir las gentes «razonables», sino que fue compartido por una gran parte de la opinión, incluidos los socialdemócratas.

Desde luego, los cambios del mapa de la guerra entre los años 1914 y 1918 hicieron estas ambiciones más o menos irreales y en el momento de los reveses el ejército se mantuvo intransigente, mientras que el Gobierno estudiaba la posibilidad de operar un cambio. Pero si la táctica variaba, el objetivo de los «moderados» y el de los «extremistas» seguía siendo parecido; se proponía la transformación de Alemania en una potencia «mundial».

Gracias al «Programa de Septiembre» se conocen los objetivos de guerra oficiales, aunque secretos, del Gobierno alemán en 1914. Como en Francia, los considerandos atestiguan su carácter defensivo:

> Se trata de garantizar la seguridad de Alemania al oeste y al este para un futuro indeterminado. Así pues, Francia tiene que ser debilitada de forma que jamás pueda convertirse en una gran potencia. Rusia tiene que ser rechazada lo más lejos de las fronteras orientales de Alemania y su dominación sobre los pueblos no rusos tiene que ser quebrantada.

Francia debería ceder la cuenca minera de Briey, Belfort y la costa desde Dunquerque hasta Boulogne. Debería desmantelar sus

fortificaciones al oeste de los Vosgos. Debería firmar un tratado que, una vez pagada la indemnización, la colocaría bajo la dependencia de Alemania. Bélgica cedería Lieja y Verviers; sería reducida a vasallaje, mientras que Luxemburgo, engrandecido con su territorio belga y con Longuy, sería anexionado. Los Países Bajos serían puestos bajo la dependencia de Alemania, aunque tomando ciertas precauciones, visto el carácter «independiente» de los holandeses. Una asociación económica de la Europa Media (Escandinavia, Francia, Austria, Hungría, Polonia, etc.) sería creada bajo el liderazgo de Alemania (la *Mittel-Europa*).

Las grandes líneas de este programa, que no comprendía más que una parte de los objetivos de guerra de Alemania, iban a permanecer sin cambios hasta el final de la contienda. Respondían con bastante aproximación a las demandas de los medios pangermanistas, que, además, exigían la anexión de Tolón. Por su parte, detrás de Thyssen, la gran industria quería la línea del Mosa, con la integración de los departamentos del Mosa y del Alto Saona. Guillermo II añadía a todo esto una idea personal: la de que las regiones anexionadas debían ser «vaciadas de su población».

Ajustando cuentas con Francia, estos fines de guerra obedecían igualmente a las pasiones anglófobas de la Marina, deseosa de obtener el máximo de ventajas al Oeste para hacer trizas a Gran Bretaña, enemigo principal, según opinión unánime. Para asegurar la victoria contra Gran Bretaña, el almirante Tirpitz y el industrial Hugo Stinnes eran hasta partidarios de una paz de compromiso con sus otros enemigos. No obstante, otros intereses exigían también anexiones al Este, y fue así como resultó que la diplomacia alemana deseaba en realidad una doble paz victoriosa. Jagow escribía:

> Yo no soy de esos que quieren una alianza a cualquier precio con Rusia solamente para poder acabar con Inglaterra... Rusia es el enemigo más débil y vencer a Inglaterra no es tan fácil como dicen esos señores. Alemania no va a definir sus fines de guerra solo para satisfacer los intereses de la gran industria.

Si Hugo Stinnes, Krupp, Thyssen, etc., se mostraban acordes en su deseo de reducir a Francia «a un territorio sin reservas de carbón ni de hierro, que no sería ya por mucho tiempo un rival económico en el mercado mundial ni un peligro político en el concierto de las potencias», sus objetivos de guerra no se limitaban a Europa occidental.

Bajo la firma de su presidente, Class, la *Alldeutscher Verband* había redactado un programa que preveía el regreso de Rusia «a las fronteras de la época de Pedro el Grande», la adquisición de las provincias fronterizas de Polonia, Lituania y las provincias bálticas. Los industriales no pedían más, a excepción de Thyssen, que hubiese querido igualmente la cuenca del Don con Odesa, Crimea, la región de Lvov y el Cáucaso, «por sus yacimientos de manganeso». Estos objetivos representaban el fin esencial de la guerra para la gran industria: «eliminar la tutela intolerable que Gran Bretaña ejerce sobre Alemania en los negocios mundiales», ya que por el Cáucaso, Asia Menor y Persia, esperaba Thyssen conseguir una frontera con la India y con Egipto. Ya Hugenberg había dividido estos territorios en dos partes: una *Kulturland,* que estaría poblada con colonos alemanes, y una *Vorland,* especie de zona oriental de transición frente a Rusia; se habían previsto vastos traslados de mano de obra y a cada pueblo se le había asignado una tarea precisa que cumplir. Así se hubiera llegado a un replanteamiento total del mapa étnico y económico de Europa. Algunos años más tarde, Hitler iba a tomar este programa por su cuenta: se le puede encontrar enunciado, punto por punto, en las *Conversaciones sobre la guerra y la paz.*

En Ultramar, las ambiciones de los hombres de Estado alemanes eran de la misma naturaleza. En vísperas de la batalla del Marne, el secretario de Estado para asuntos coloniales, Wilhelm Solf, dirigía a Bethrnann-Hollweg un memorándum que había sido redactado en previsión de una paz posible con Francia y con Bélgica.

Solf sugería que Portugal, aunque neutral, cediese Angola y la mitad norte de Mozambique, para poder unir el oeste y el este

africanos-alemanes. Además, el Imperio alemán debería incluir el Congo Belga, el África ecuatorial francesa hasta el lago Chad, la totalidad del Togo y de Dahomey, así como el norte del Senegal y de Gambia, hasta Tombuctú. El arco del río Níger sería así la frontera norte de este imperio, cuya joya debía ser Katanga. Los proyectos de Zimmermann iban más lejos. Imaginaba un Imperio alemán que englobaría el África central, entre el Sáhara y el Zambeze, y que también comprendería Madagascar, las Azores, Madeira y Cabo Verde. Estos territorios permitirían controlar las rutas del Imperio británico entre la India, África del sur y Australia. Ulteriormente, gracias al prestigio que ejercería este nuevo imperio de las Indias africanas, la América Latina se desviaría de la influencia de Estados Unidos. En el Este, las posiciones alemanes de Chan Tung abrirían el camino a un protectorado sobre China; así, más allá de Mesopotamia, el eje Berlín-Bagdad se dividiría en dos ramas. Una, por Persia, Afganistán y el Asia central, llegaría a China, alargándose luego hasta Samoa; la otra, por Arabia y la India africana, extendería sus tentáculos hasta Santa Catarina, en Brasil.

Estos planes salvaban la integridad territorial del Imperio británico, potencia mundial que se tenía por invencible. Cuando pudo parecer que no era así, cuando el apogeo de la guerra submarina y también cuando la ofensiva de marzo de 1918, los objetivos de guerra de los marinos, de los industriales y de los hombres políticos se extendieron todavía más. En África, Mozambique entero, así como Rhodesia del norte, Uganda y Kenya completarían el conjunto anteriormente previsto, añadiéndole la Gambia británica, con Bathurst, Dakar, la Guinea portuguesa y todo un sistema de bases navales. Más al Este, Reunión se añadiría a Madagascar, y en Asia, el norte de Borneo; el control de las otras islas de Insulindia se llevaría a cabo «desde dentro», gracias al dominio que se tendría sobre los Países Bajos.

La «guerra alemana»

Estas ambiciones, que se apoyaban ora sobre una concepción de la historia, ora sobre los intereses bien entendidos del pueblo alemán o los intereses de los grupos de presión, no tenían común medida con las de los aliados. Es verdad que, «bien afianzados y no faltándoles espacio nacional», las potencias enemigas habían tenido cada una su momento: el turno de Alemania había llegado. Esta idea, inspirada en Ranke, arrojaba al pasado la gloria de Inglaterra, hoy en día una «vieja nación», mientras que el pueblo alemán, que había visto crecer bruscamente su poderío y su población, representaba la juventud y el porvenir del mundo.

> Esta guerra, que pocos de nosotros deseábamos, que dormitaba en el subconsciente de muchos, cuyos objetivos habían intentado conseguir pacíficamente nuestros hombres de Estado, que nuestros enemigos tenían en secreto, que los acontecimientos revelan a cada uno de los alemanes; esta guerra... hará de Alemania una potencia mundial.

Ha llegado, pues, el momento de «la guerra alemana», como hubo un momento de la «guerra española», de la «guerra francesa», de la «guerra inglesa». Alemania debe alcanzar su rango junto a otras tres potencias: el Imperio británico, Rusia y Estados Unidos. «Ahogada entre dos potencias mundiales al oeste y una al este», Alemania tiene que abrirse camino y justificar «un imperio intermedio». En verdad, Alemania abrigaba ambiciones de mayor alcance que enunciaba el geógrafo A. Hettner:

> Nosotros, los alemanes, debemos imponer a los pueblos utilitaristas, egocéntricos o frívolos, nuestra civilización. Nosotros, los alemanes, queremos expandir nuestra cultura y ser los educadores del mundo.

Se ha supuesto durante mucho tiempo que, frente a las ambiciones anexionistas de los militares alemanes, los círculos civiles y gubernamentales habían intentado precisar fines de guerra más razonables. Los trabajos de Fritz Fischer muestran que tal suposición era errónea: los propósitos de Bethmann-Holweg, de los círculos pangermanistas y de la mayoría de los dirigentes eran semejantes. Sin embargo, el canciller los guardaba en secreto para engañar y

debilitar al enemigo, tensar al máximo las fuerzas de la nación y adormecer a los socialistas. Por otra parte, según añadía Hugenberg, «ante tan hermosas anexiones, los trabajadores quedarán mudos de asombro». De todas maneras, era preciso que, una vez terminada la guerra, la industria alemana contase con medios que le permitieran enfrentarse con las demandas de los trabajadores. Bethmann-Hollweg tenía otro motivo para ocultar sus objetivos de guerra; hubiesen inquietado a los aliados de Alemania, debilitado la cohesión de las alianzas y hecho menos segura la victoria.

Las relaciones germano-turcas y germano-austríacas

He aquí en qué situación se hallaban las relaciones con los turcos. En 1914, estos esperaban, al menos, recuperar Chipre, la Armenia rusa y Egipto. Las pretensiones de Alemania sobre los petróleos de Mesopotamia, los fosfatos del Hedjaz, sus ideas sobre la reorganización del mundo, etc., empezaron a inquietar seriamente a los turcos; a largo plazo, amenazaban la independencia económica del imperio. Sobre todo, este conflicto se manifestó en Trascaucasia, donde, después del Tratado de Brest-Litovsk, el papturañismo se enfrentó con el pangermanismo. La primera baza puesta en juego era el dominio del mar Negro, donde los alemanes tenían posiciones desde que ocupaban Ucrania. El 1 de febrero de 1918, los turcos y los alemanes llegaron a las manos a propósito de los asuntos de Georgia, donde Ludendorff sostenía las nacionalidades unidas a la causa de Alemania, mientras que los turcos querían controlar el conjunto de Trascaucasia, «que pertenecía a su esfera de influencia». Los ingleses procedentes del Sur marchaban ya sobre Bakú; los turcos y los alemanes tuvieron que establecer un *modus vivendi,* pero su alianza empezó a tambalearse, como le había pasado a la del káiser con Austria-Hungría.

Los objetivos de guerra de la doble monarquía eran más modestos que los del Imperio turco. Los círculos dirigentes se preguntaban incluso sobre las ventajas de una posible anexión de

Serbia y Montenegro. Temiendo de antemano la agitación que estas minorías provocarían en el imperio, Burian se inclinaba por la constitución de Estados satélites, a los que se añadiría Alemania. Aparte algunas rectificaciones de frontera del lado de Rumanía y de Italia, la doble monarquía no formulaba con firmeza más que un solo objetivo de guerra: la creación de un estado polaco bajo su patrocinio. Este proyecto se acomodaba mal con los planes de los alemanes. Después de negociaciones difíciles, se pensó en dejar Polonia a los alemanes; a cambio, Austria recibiría Rumanía. Sin embargo, era evidente que Alemania quería también los petróleos rumanos, como soñaba con controlar toda Europa central. El proyecto de la *Mittel-Europa* iba a hacer del aliado un satélite.

El nuevo monarca intentó encontrar las modalidades para una paz con los aliados, puesto que ya la potencia alemana y los planes de la *Mittel-Europa* le amenazaban tanto como la acción de las fuerzas centrífugas; el káiser había intentado, a pesar de los austríacos, tratar con los rusos y Carlos I intentó, a pesar de Guillermo II, negociar con los franceses y con los ingleses. Pero estas negociaciones secretas, emprendidas por el príncipe Sixto de Borbón-Parma, fracasaron. Sin embargo, Austria se había comprometido a defender la causa de la devolución de Alsacia-Lorena a Francia; a cambio, Carlos I estaba dispuesto a abandonar Polonia a Guillermo II con una contrapartida simbólica, ofrecida a Austria en Rumanía. Sin embargo, por aquella fecha, en marzo de 1917, los apetitos anexionistas de las dos coaliciones eran demasiado vivos para que aceptasen una paz sin conquistas. La negociación fracasó en la parte que había que ofrecer a Italia. Esta negociación, emprendida sin el consentimiento formal de Alemania, enfrió singularmente las relaciones entre los dos aliados. Indignó asimismo a la nueva República rusa, a la que Poincaré se había olvidado de poner en guardia. Antaño, la Francia laica y republicana trataba al zar con más miramientos.

Unas semanas después, en nombre del emperador Carlos, Czernin entregaba a Guillermo II un memorándum en el que se declaraba

que,

> [...] la fuerza militar de Austria se acercaba a su fin; dada la situación desesperada de las poblaciones, el hambre, los efectos de la revolución de febrero en las poblaciones eslavas, el espíritu de revuelta entre los obreros y los alógenos, el emperador de Austria-Hungría pedía que la paz fuese concertada en las próximas semanas.

Guillermo II vivía con la esperanza de una victoria total en el Este y luego en el Oeste; respondió con un «no» a Carlos I. La carta que el joven emperador había dirigido a su primo merecía, sin embargo, que se pusiera atención en ella:

> Comprended que combatimos ahora con un enemigo de nuevo tipo, más peligroso que la *Entente*: la revolución internacional [...]. Os ruego que no os contentéis con ver solamente las ventajas inmediatas y pensad que solo el fin de la guerra, decretada lo más rápidamente posible, nos permitiría deshacer esas nubes que se amontonan en el horizonte.

---

22 Se referían igualmente al material ideológico… Charles Pathé explica en sus memorias cómo recibía negativos de guerra alemanes por intermedio de los americanos (antes de 1917).

TERCERA PARTE

La guerra, en tela de juicio

La guerra exigía de las naciones lo imposible. A la marcha de los soldados siguió el relevo de las mujeres; luego, la llamada de las quintas más jóvenes. La puesta en marcha de una economía de guerra sucedió a todo esto, con todas sus sujeciones. El terrorismo de las propagandas recurrió, en fin, a las últimas energías de la sociedad y el rostro de Europa quedó trastornado de la misma manera que habían sido trastornadas su existencia cotidiana y su visión del porvenir.

Por lo demás, la mezcolanza de hombres, la aventura, a menudo trágica de su permanencia en el frente, los breves retornos al hogar, con ocasión de permisos, dieron a los movilizados una conciencia aguda de su solidaridad. Los combatientes se convirtieron en una especie de clase aparte, la clase de los sacrificados. Frente a «los de retaguardia», aprovechados o emboscados, sintieron una hostilidad sorda que no ha dejado huellas en la gran historia de la guerra, pero que, sin embargo, ha marcado a toda una generación.

La crónica se ha ocupado, de mejor grado que de estos otros conflictos, del conflicto de los poderes civiles y militares, de los jefes de ejército o de los líderes parlamentarios. También es cierto que tales litigios fueron a desembocar en la historia política tradicional, en donde hemos visto algunas manifestaciones: el resurgimiento de contiendas más antiguas. Sucedió lo mismo con la degradación de la Unión Sagrada y el renacimiento de la agitación obrera y socialista, adormilada desde el verano de 1914. La guerra modificó las perspectivas y, brutalmente, resucitó el espíritu revolucionario.

Expresándose al descubierto, el descontento de las gentes modestas ocultaba otro malestar: el de las clases medias. Por una parte, tenía las mismas causas económicas de descontento; pero la

degradación de su estatus social hizo reaccionar a los pequeños burgueses de manera distinta que a las clases populares.

El antagonismo entre el frente y la retaguardia, el descontento de los trabajadores manuales y de las clases medias y la reanudación del movimiento revolucionario, así como el resentimiento general contra los que se aprovechaban de la guerra, fueron otros tantos fenómenos que delataban un malestar, un estado de cólera.

La guerra proseguía, pero ¿estaban bien dirigidas las hostilidades? Y la cifra elevada de las pérdidas, ¿estaba justificada? ¿No era el precio de la victoria demasiado elevado, y en ese caso, no tenía el país interés en concluir una paz negociada? ¿Tenían los dirigentes civiles y militares el sentido de lo posible y de lo imposible? ¿No les proporcionaba la prolongación del estado de guerra la oportunidad de acrecentar abusivamente su influencia sobre la sociedad? Otros tantos problemas y moratorias que no recibían respuesta pública. No obstante, los cambios ministeriales, el cambio de los hombres responsables y las crisis que estallaban en el frente o en la retaguardia revelaban la existencia de una perturbación profunda, de una situación extremadamente grave.

Las clases dirigentes, tratando de ocultar la verdad al país, lo cual es una forma de propaganda, trataban instintivamente de legitimar su derecho a gobernar. Tras la mascarada de las consultas electorales, pretendían apoyar ese derecho en la competencia, en el servicio al público, cuando no, por las buenas, en el viejo derecho divino. Como los grandes jefes eran por naturaleza eficaces e infalibles y la victoria se empeñaba en escapárseles, aquellos dirigentes tenían que descubrir a cualquier precio a los responsables de sus fracasos. Así pues, el enemigo tenía espías en todas partes, y si se hubiera podido demostrar que los revolucionarios estaban en sus manos, los dirigentes hubieran destruido al mismo tiempo al enemigo nacional y al enemigo de clase. En realidad, esta posibilidad no se presentó hasta 1917, tras la caída del zarismo, cuando la suerte de las clases dirigentes pareció amenazada con el destino trágico de la burguesía y de la aristocracia rusas. Pero hasta

entonces, la atmósfera de «unión sagrada» de los primeros meses de la guerra se había mantenido, al menos en público, dejando a los responsables civiles y militares las armas de la verdad oficial. Del lado de los aliados, esta atmósfera transformó en éxitos unos fracasos tan estrepitosos como el Somme y el *Chemin des Dames.* Del lado de las potencias centrales, un año más tarde, se presentó el armisticio del 11 de noviembre como el salario de la victoria. De un país a otro, donde la solidaridad internacional de las clases dirigentes desempeñaba su papel, esa misma verdad oficial hizo de la revolución la consumación del deseo más entrañable de las clases superiores.

Así, pese a la guerra, reaparecieron antagonismos muy antiguos, mientras su prolongación hacía surgir tensiones desconocidas. Era una sociedad en trance de transformación.

Según que las nuevas contradicciones se añadieran a las antiguas o que las neutralizaran, según venciesen las primeras o las segundas, las naciones fueron más o menos sacudidas por crisis que iban a desembocar rápidamente en el comunismo, más tarde en el fascismo, en el nazismo o no muy lejos. Al comienzo, solo se trataba de una sencilla pregunta sobre la dirección de la guerra y sobre sus fines; pero al final se puso en tela de juicio la propia guerra, las razones que la habían originado y, en consecuencia, el gobierno de la sociedad.

CAPÍTULO 14

Las tensiones nuevas y las viejas

Desde 1914, los militares habían sabido en Francia convertirse rápidamente en los dueños del poder. «Los prefectos no existen; los parlamentarios sufren vejaciones; los generales se han comido a los civiles». Es la revancha. Desde Boulanger y el caso Dreyfus, una parte de los cuadros directivos del ejército no aguardaba más que este momento: están satisfechos; en cuatro semanas, el asunto ha quedado resuelto. Cuando comenzaron las hostilidades, Poincaré no consiguió saber quiénes eran los generales que mandaban cada uno de los ejércitos de la República; el gran cuartel general no le comunicó la derrota de Charleroi, así como el número de pérdidas sufridas en los primeros meses de la guerra. Cuando Poincaré quiso acompañar a Joffre a la Alsacia reconquistada, se le negó el permiso. Las autoridades militares nombraban subprefectos y jueces. Pronto una circular del gran cuartel general prohibió a los prefectos telefonear sin autorización, incluso a su ministro. Unos meses más tarde, Viviani se enteraba por su florista de que el gran cuartel general iba a abandonar Chantilly. «No es cosa agradable para un jefe de gobierno», dijo en el Consejo.

Estos rangos caricaturescos valen para toda Europa. Las tensiones que revelaban no tenían consecuencias graves a la hora de la victoria; pero la cosa era distinta cuando la invasión amenazaba o cuando se alargaba la lista de los muertos; por eso, el conflicto entre la administración civil y el ejército estalló antes entre los aliados.

Poder civil y poder militar

En Rusia, burócratas y militares se echaban las culpas los unos a los otros; el ejército reprochaba a la Administración su imprevisión y esta acusaba a los militares de crear el caos. Por su parte, alejada del Gobierno, la Duma estigmatizaba a todos los que ejercían el poder. Pero los ministros y los generales aseguraban que todo iba bien. Como decía Miliukov: «O bien nos engañan los dirigentes, o son incapaces, o son inconscientes».

En la Rusia zarista, la pelea entre los burócratas y los militares no era más que un juego de sombras. En Italia fue durante mucho tiempo síntoma de un fenómeno más amplio: el desinterés general de los italianos por la guerra. Hasta Caporetto la guerra no fue para los civiles más que una especie de conflicto colonial que tenía lugar a las puertas del país. El Parlamento y los responsables de las finanzas distribuían los créditos con la misma parsimonia que si se hubiera tratado de una campaña en Libia. Ahora bien, solamente dos cuerpos de ejército de los diecisiete estaban equipados y Cadorna fue incapaz de aprovechar las ventajas que hubiese podido proporcionarle una ofensiva imprevista.

Los círculos intervencionistas hacían presión sobre Cadorna para que obrase. El generalísimo exigía doce divisiones complementarias. Después de seis meses de tergiversaciones, el ministerio le concedió ocho; pero solo sobre el papel, y quedaba una pregunta: ¿estarían dispuestas para la ofensiva de 1916? La disputa subió de tono entre el Estado Mayor y el Gobierno. En el momento de Asiago, el primer ministro, Sonnino, declaró «que no era posible ya que los destinos de Italia estuviesen en las manos de un hombre que no daba cuentas a nadie ni de sus proyectos ni de los medios con que contaba». El Gobierno llamó a Cadorna, que, por toda respuesta, envió un informe de una página. Como las tropas italianas se rehacían, el Gobierno no se atrevió a destituirle.

Después de estos acontecimientos, la Cámara retiró la confianza al Gobierno por un voto, en una sesión en la que la extrema izquierda y la derecha conjugaron sus sufragios. En realidad, el ejército no salió disminuido de estas pruebas. El ejército estimaba

que los poderes civiles debieran ponerse a su disposición y, antes de obrar, consultar a Cadorna. Así, juzgando que a las tropas les faltaba estímulo (lo que se explicaba por el modo como los oficiales les ordenaban arrojarse contra las alambradas del enemigo), el ejército estimaba que la culpa era del ministro del Interior, Orlando, a quien acusaba de debilidad ante los pacifistas; una coyuntura que se reprodujo literalmente en Francia, en donde, al día siguiente de las revueltas, Nivelle y Pétain acusaron a Malvy.

En Francia

En Francia, donde la invasión estaba a las puertas de la capital, las condiciones eran muy distintas, ya que la existencia del país parecía realmente amenazada. La pugna entre los civiles y los militares, política en su origen, tomó la forma de un conflicto de autoridad. Así, en 1914, las circunstancias ayudaron a Joffre, el mejor de los republicanos, a dotar al ejército de poderes juzgados bien pronto como exorbitantes. Durante la crisis de julio, Poincaré y Viviani estaban en San Petersburgo; en su ausencia, los miembros del Gobierno manifestaban un cierto nerviosismo. El 25 de julio Messimy, ministro de la Guerra, telegrafió a los generales y mariscales ausentes que se incorporasen a sus guarniciones. Joffre le recordó la existencia de un *Anexo II A,* que fijaba la cronología precisa de las medidas que había que tomar en caso de urgencia. «A partir de entonces el ministro no hizo nada sin consultarme», comenta Joffre. La proclamación del estado de sitio, el 2 de agosto, y la suspensión de las sesiones de las Cámaras al día siguiente, reforzaron todavía más la autoridad del alto mando. Indirectamente la derrota la acrecentó también ya que Joffre invitó al Gobierno a marcharse de París, si no quería repetir el error de 1870. El Gobierno contemporizó y la proclama del general Gallieni no contribuyó a aumentar el prestigio de los parlamentarios.

Desde entonces los miembros del Gabinete no se atrevieron a reaccionar; estaban desarmados ante los militares, y los ministros

socialistas no eran los últimos en recomendar disciplina y obediencia. En el Consejo, el papel del ministro de la Guerra, Alexandre Millerand, era el de asegurar buenas relaciones entre civiles y militares. Impedía a los ministros reaccionar contra los actos del alto mando, dejando entender que sin él el alto mando sería capaz de entregarse a actividades banderizas. Es cierto que algunos jefes no estaban completamente desprovistos de intenciones reaccionarias: «El clericalismo se viste de militar para lanzarse mejor a la guerra contra la República», escribía Abel Ferry, sobrino de Jules Ferry. Los lazos de Castelnau y de Foch con los medios clericales eran conocidos, así como las ideas muy retrógradas de Franchet d'Esperey. Los generales «republicanos», como Sarrail, no gozaban de toda la confianza de sus colegas. Ahora bien, según Millerand, si el ejército colonizaba poco a poco al Estado y se arrogaba los poderes civiles, y si sus jefes utilizaban el argumento de la necesidad «patriótica» para abusar de sus poderes, no había realmente que temer intrigas banderizas mientras Joffre estuviese a la cabeza del ejército. Así, el generalísimo no tenía abogado mejor que su ministro, y Joffre se aprovechaba de ello para disminuir a sus rivales, como Gallieni, y asegurar los cimientos de su reinado. Estalló un conflicto a propósito del asunto Sarrail: en agosto de 1914 Joffre había ordenado a Sarrail abandonar Verdún; Sarrail se había negado a obedecer y los acontecimientos le habían dado la razón. Joffre esperó su hora, y el fracaso de una operación llevada a cabo por Sarrail le permitió sancionarle, reemplazándole hábilmente por Dubail, conocido como «buen republicano». Mal dispuesto ya contra Joffre, el Gobierno no se dejó engañar y nombró a Sarrail para el mando del ejército de Oriente. «Fecha histórica –comenta Abel Ferry–; por vez primera el Consejo invalidaba una decisión del generalísimo» (julio de 1915).

Esta lucha llevada a cabo contra Joffre no era más que uno de los aspectos de la contraofensiva general de los parlamentarios. Estos tenían un largo camino que andar, porque, vencidos en el terreno militar, los generales habían tomado su desquite en el frente interior.

Desde hacía mucho tiempo, soñaban con aplastar a esos diputados, a quienes identificaban con «la Gueuse», la República, responsable de su propia decadencia, identificada asimismo con la decadencia de la nación. La declaración de guerra había puesto fin a esta situación insoportable. Por lo demás, para el general Rouray, durante las hostilidades no existían diputados; castigó a Jobert, representante del Yonne, que se había enrolado voluntariamente, por el siguiente motivo: «Con el pretexto de que es diputado en tiempos de paz, escribe al ministro».

Entre los militares y los parlamentarios había una incompatibilidad absoluta de espíritu y de humor. En nombre del «secreto militar», los jefes militares se negaban a dar cualquier información al Gobierno, a los diputados y a la nación. Sin embargo, como decía Abel Ferry a Poincaré: «Todas las ofensivas las han conocido el Gobierno, las Cámaras, el público, los conductores de automóviles y los periódicos extranjeros un mes antes de su desencadenamiento». «Se conocían el lugar, los medios, el día, o, al menos, la semana en que iba a producirse». El ejército no dejaba, sin embargo, de imponer silencio al país. Las derechas saltaban de alegría. «Francia marcha mejor porque la tribuna está muda», declaraba el general Lyautey, que, con ocasión de inaugurarse las sesiones parlamentarias, comentó: «Iba todo tan bien cuando no se hablaba ni se escribía».

Se daban cuentas del material; no se daban cuentas de las existencias, ni de las órdenes sangrientas e inaplicables. Sin embargo, las derrotas del año 1915, las hecatombes, acabaron por ser medidas y conocidas y suscitaron cuestiones y críticas. Solidario de los jefes militares, el Gobierno había reforzado la censura en nombre de la Unión Sagrada. Así, hacía callar a los periodistas y a los diputados. El Parlamento se rebelaba, sostenido bajo cuerda por algunos miembros del Gobierno. «¿No es posible nuestra unión más que en el silencio perpetuo? –exclamó Chaumet–. ¿Es que no podemos entendernos más que a condición de no decirnos nada?». Era prematuro criticar de frente a los militares. La tomaron con el ministro Alexandre Millerand que, obstinado y corto de alcance, les

hacía frente, cubriendo a todo el mundo. Sin embargo, en el estado en que se encontraban los asuntos dejados por Etienne y Messimy, Millerand era incapaz de precisar el número de fusiles o de cañones de que disponía el ejército, y esta ignorancia le hacía muy vulnerable. Tal situación irritaba especialmente a Poincaré, que, a diferencia de Guillermo II, no había tomado la precaución de informarse del estado de los almacenes antes de entrar en la guerra. Convertido en blanco predilecto de la comisión del ejército, en especial de Clemenceau, Millerand tuvo que soltar lastre después de la interpelación de Accambray en sesión pública. «Descuartizado vivo» por sus colegas de gabinete, tuvo que aceptar la presencia a su lado de cuatro secretarios de Estado, que tomaron parte de sus atribuciones, sobre todo Albert Thomas, en Municiones. Esta crisis provocó la caída de Viviani y su sustitución por Aristide Briand.

La victoria de los parlamentarios

Gracias a las comisiones del ejército y a los comités secretos del Estado, los papeles respectivos del Gobierno y del alto mando en la dirección de la guerra habían sido ya definidos y delimitados. Gaston Monnerville ha publicado textos que durante mucho tiempo permanecieron inéditos, y que revelan los esfuerzos repetidos de Paul Doumer, Georges Clemenceau y Jules Jeanneney para que el Parlamento recuperase sus derechos. Jeanneney declaraba:

> El espléndido aislamiento de que el cuartel general del Ejército se ha creído capaz, la omnipotencia áspera, sin participación alguna, que ha ejercido al abrigo de todo control, incluido el control parlamentario, la atmósfera de idolatría que se ha sostenido patrióticamente en torno a él, han impedido reconocer los errores y el valor de las sugerencias que le habían sido hechas.

El principio del control parlamentario en los ejércitos había tomado pie, pero continuaba siendo ilusorio. El año anterior, trastornado por las carnicerías inútiles, Abel Ferry había convencido a Millerand para

que fuera al frente y viese la situación real de nuestro sistema defensivo y las condiciones de vida de los combatientes. El ministro, fatigado ante tanta insistencia, aceptó; pero no hizo nada para que su inspección no fuera una de esas visitas amañadas, como las que el alto mando organiza tradicionalmente: las trincheras estaban barridas, los soldados vestidos impecablemente, etc. Posteriormente, una delegación parlamentaria quiso ver cómo andaban las cosas más de cerca y se presentó en el cuartel general del general Urbal: quería proceder a una inspección de las primeras líneas; el general le impidió, «con una cortés impertinencia, ver nada más que la retaguardia del servicio de jornadas».

Tras la salida de Joffre, el 2 de diciembre de 1916, el éxito de Nivelle provenía precisamente de que «el vencedor de Douaumont» estaba animado de un espíritu muy distinto para con los parlamentarios. Exponía sus planes y sus problemas a los políticos que iban a interrogarle; fue el fin del «secreto». La época Nivelle, que terminó en una tragedia, marcó así un giro. Los fracasos del sucesor de Joffre garantizaron el desquite de los poderes civiles, que en la época de Painlevé y de Clemenceau definieron las funciones respectivas de Pétain, de Joffre y de Foch, humillación que era consecuencia de las baladronadas de Nivelle y que sus colegas no le perdonaron nunca.

1917-1918: los civiles vuelven a hacerse con la situación. No se trata, sin embargo, más que de una victoria pírrica, porque el control del Parlamento se hacía en el momento en que las tropas francesas volvían a tener ventaja, lo que hacía más difícil buscar responsabilidades o aplicar sanciones. Cada vez más engallados, los militares arrojaban sobre las gentes de la retaguardia, los pacifistas y el ministro del Interior, Malvy, su «cómplice», la responsabilidad de las derrotas pasadas y, poco después, de los motines. La derecha y Clemenceau les coreaban. Además, los militares habían sabido jugar la carta de la solidaridad de los combatientes para levantar a los soldados contra la inspección de los parlamentarios y otras gentes de la retaguardia. Como observa Michel Baumont, la posguerra pudo

así convertir en héroes a todos los jefes militares, salvo a Nivelle, y olvidar o desacreditar a los diputados y senadores que se preocuparon, sin embargo, tanto o más que ellos por salvar la vida de los combatientes.

Los civiles y los militares en Gran Bretaña

Al otro lado del canal, en Inglaterra, la gloria de Kitchener era tanto más fastidiosa cuanto que él era uno de los raros jefes civiles o militares que había previsto obstinadamente una guerra larga. Su manera franca de hablar se acomodaba mal con las costumbres parlamentarias; más difícil de gobernar que la India, declaraba en alta voz que la guerra, tal y como la llevaban los franceses, era un holocausto y que jamás dejaría que los soldados ingleses murieran sepultados en las trincheras. El Gabinete supo sacar provecho de esas palabras; le asoció en lo sucesivo al campo de los «orientales» con tanta habilidad que Kitchener tuvo contra él a los comandantes del ejército expedicionario en el continente. Después de debilitarle de esta forma, el primer ministro le quitó el mando de la estrategia, que pasó a manos de la totalidad del Gabinete. Los adversarios de Kitchener le imputaron enseguida la responsabilidad de los fracasos sufridos en Artois; eran debidos a la falta de municiones, por tanto, al ministerio. Los ministros retiraron enseguida a Kitchener el control de las municiones, así como su distribución. En un abrir y cerrar de ojos, los ministros civiles habían desarmado al coco. Kitchener siguió siendo todavía durante algún tiempo ministro y murió en el mar en el curso de una misión a Rusia.

El conflicto entre el Gobierno y los militares rebrotó unos meses más tarde, cuando Douglas Haig y Robertson quisieron arrebatar a Lloyd George, entonces primer ministro, la dirección estratégica de la guerra. En verdad, estos dos veteranos del ejército de las Indias aceptaban difícilmente que un plebeyo dirigiese los asuntos del imperio. Pero Lloyd George se adelantó a sus generales: cuando la Conferencia de Calais, aceptó colocar a Douglas Haig bajo la

autoridad de Nivelle, a pesar de las tradicionales querellas de precedencia entre los jefes aliados. Haig no se lo perdonó. Después del fracaso del *Chemin des Dames,* Douglas Haig, pese a la oposición de Lloyd George, quiso lanzar su propia ofensiva. Después dijo que había querido así ayudar al Ejército francés, que era por entonces presa de motines. En realidad, tras el fracaso de los franceses, Haig soñaba con que el Ejército inglés tomara la dirección de las operaciones y hubiese querido que los británicos lograran un triunfo solos, como lo habían conseguido los franceses en Verdún, tanto más cuanto que semejante triunfo equivaldría a desautorizar a Lloyd George. Este no pudo impedir que Douglas Haig se lanzara a la acción. La ofensiva de Passchendaele fue un desastre que hizo, de una y otra parte, casi cuatrocientas mil víctimas. Lloyd George se negó a enviarle refuerzos. Douglas Haig pudo de esta forma cargar la responsabilidad del fracaso sobre el Gobierno. ¿Cuántos *Tommies* fueron víctimas de esta absurda querella? Además, estuvo a punto de acarrear consecuencias trágicas para los aliados, porque en 1918 los ingleses no pudieron oponer al alud de las fuerzas alemanas que se les echaba encima sino tropas fatigadas. Por esta época, hostil a la unidad del mando interaliado, Robertson había presentado su dimisión. Douglas Haig tuvo que ponerse a las órdenes de Foch y aceptar las decisiones de su gobierno.

Los almirantes contra Lloyd George

Conflictos igualmente graves enfrentaron a los gobernantes ingleses con los almirantes de la *Home Fleet.* En la primavera de 1915, el almirante Fisher había condenado la empresa de los Dardanelos y atacado personalmente a su promotor, Winston Churchíll. El almirante se vio obligado a dimitir. Sin embargo, cuando el primer ministro Asquith rehízo su Gabinete después del conflicto entre Douglas Haig y Kitchener, descartó a Churchill también.

Una nueva crisis estalló al año siguiente, cuando la reanudación de la guerra submarina. Juzgando que la suerte de los barcos

comerciales no era cosa suya, el Almirantazgo seguía, en marzo de 1917, sin darles instrucciones para el caso de que fueran atacados por los sumergibles. Perseguir a los submarinos, bien estaba, pero interesarse por los buques de carga no era cometido de los *dreadnoughts* de Su Majestad, y mucho menos darles escolta.

Lloyd George pasó todas las fatigas imaginables para hacer comprender a los almirantes que lo importante no era echar a pique submarinos, sino conseguir que los barcos mercantes llegaran a puerto. Ahora bien, los almirantes juzgaban impracticable la organización de los convoyes. Argüían que los barcos mercantes tenían una velocidad variable, que eran muchos, que las rutas marítimas eran múltiples, etc. En realidad, disponiendo de barcos de guerra soberbios, los almirantes no querían rebajarse a tareas tan indignas. Gracias a la adhesión de algunos jóvenes capitanes, el Gobierno pudo organizar algunos convoyes que llegaron triunfalmente a Bristol y a Liverpool. Los almirantes tuvieron que inclinarse ante los hechos.

En Alemania: la Cancillería frente al Estado Mayor General

En Alemania se asistió al proceso inverso. Es cierto que la victoria no había dejado de sonreír a los militares, aunque algunos fracasos locales interrumpieran su marcha triunfal; el Marne costó el mando a Moltke, y Verdún a Falkenhayn. Por lo demás, si la guerra duraba, la culpa era del Gobierno y de los diplomáticos, que no habían sabido prevenir ni la intervención de Inglaterra ni la de Italia. El territorio nacional permanecía inviolado y los militares consideraban el porvenir con optimismo. En esto se diferenciaban de Bethmann-Hollweg, que, pesimista por naturaleza, lo veía siempre bajo los auspicios más sombríos. Hacer públicas las ambiciones expansionistas de Alemania le parecía demencial, cosa que originaba otra fuente de discordias; el canciller creía que aquello comprometía la paz en el interior y pasaba así por timorato, de manera que, tanto

el Estado Mayor como los círculos de las derechas, le reprochaban no dejar hablar suficientemente a las espadas.

Se anunciaba el momento de medir fuerzas. Durante la primavera y el verano de 1916 tuvo lugar, a propósito del frente oriental, una primera escaramuza entre la Cancillería y el Estado Mayor y luego a propósito de la guerra submarina.

En realidad, después del fracaso de Verdún y de la prueba del Somme, Bethmann-Hollweg no creía ya en una victoria total. Falkenhayn compartía sus puntos de vista, pero el apoyo de aquel amigo personal del káiser le había parecido a Bethmann-Hollweg siempre insoportable y el fracaso de sus planes militares en el Oeste no le había desagradado lo más mínimo. El canciller reprochaba al general jugar demasiado a diplomático y a hombre de Estado. Al frente de los ejércitos hubiese querido un general victorioso «que no hiciera política». El canciller creyó que el general Hindenburg era el hombre de la situación. Durante el verano de 1916 se presentó la oportunidad: Falkenhayn estimaba que Austria y Rusia estaban agotando sus fuerzas y que la hora de una ofensiva diplomática en el Este había acaso sonado. En estas condiciones valía la pena enviar refuerzos al Somme y a Verdún. Bethmann-Hollweg, por el contrario, creía que la paz llegaría por una victoria militar en el frente del Este, que quizá fuera el preludio de una paz general. Sostuvo los planes ofensivos de Hindenburg, a quien apoyaba el príncipe de Baviera. Para esta circunstancia excepcional, Francisco José aceptó poner sus tropas bajo el mando alemán, cosa que acrecentó aún más el prestigio del vencedor de Tannenberg. Con la ofensiva Brusilov y la entrada en la guerra de Rumanía, los argumentos de Falkenhayn se revelaron como desprovistos de fundamento y el fracaso definitivo de Verdún le obligó a pasar su mando al equipo Hindenburg-Ludendorff.

Esta fue una victoria engañosa para Bethmann-Hollweg, pues ignoraba que Hindenburg estaba en el campo de los que querían la guerra total. Así, por ejemplo, estaba de acuerdo con las ideas de Tirpitz sobre la guerra submarina. Cuando Bethmann-Hollweg no

quiso reemprenderla por las promesas hechas a los norteamericanos y el almirante dimitió, Hindenburg y Ludendorff fueron de los que le alabaron en voz muy alta, acusando de traición al canciller. En octubre se hicieron a su vez los campeones de la guerra submarina a ultranza, «cualesquiera que fuesen las consecuencias». Bethmann-Hollweg arguyó que la decisión era enteramente de su competencia, puesto que se trataba de un acto de política exterior que podría provocar la entrada en la guerra de Estados Unidos; pero, el Reichstag lo desautorizó a consecuencia de una coalición «indigna» de la extrema derecha y la extrema izquierda; la extrema izquierda estaba encantada viendo al canciller-guerrero en minoría.

Unos meses más tarde, Norteamérica declaraba la guerra a Alemania. Los hechos parecían dar la razón al canciller; pero los militares hicieron valer que, en vista de la Revolución rusa, la victoria estaba ya al alcance de la mano. Bastaba con pedir a la nación un último esfuerzo. Ludendorff e Hindenburg preconizaban la movilización de todas las fuerzas del país, a cualquier precio. Los dos jefes militares pensaban que el mando militar debía ejercer desde entonces su autoridad sobre todas las actividades del país; así querían sistematizar el servicio civil, cosa que era posible desde el momento en que la autoridad militar había concluido con los sindicatos una serie de acuerdos directos relacionados con la utilización de la mano de obra. Ludendorff soñaba con militarizar a todos los jóvenes, muchachos y muchachas, desde los dieciséis años; el ejército los enviaría a campos de entrenamiento militar o a las fábricas, según fueran las necesidades. Poco a poco, acabaría la distinción entre los civiles y los militares, dando paso a una sociedad igualitaria auténtica, que sustituiría a la vieja sociedad de antes de la guerra; como declaraba Von Moellendorf, «era preciso que una conciencia nacional-aristocrática-corporativista-socialista reemplazase a la conciencia internacionalista-democrática-parlamentaria-capitalista». Un programa que el nazismo iba a realizar más tarde y que pretendía «unificar la patria» haciendo

marcar el paso a toda la nación, a fin de acabar con la desigualdad que separaba a los de la retaguardia y a los de la primera línea.

COMBATIENTES Y NO COMBATIENTES

Este divorcio entre combatientes y no combatientes hizo su aparición en todos los campos beligerantes, aunque el hecho tuviese una amplitud distinta de un país a otro. Los «diarios de las trincheras» y las cartas de los soldados muestran el alcance de esas quejas contra la retaguardia, especialmente en Alemania, Francia e Italia. Recorramos *Le Ver Luisant, La Fusée, Le Canard du Boyau* y otras diez publicaciones, tan efímeras como estas. Un rasgo común nos llama la atención: no se habla nunca de la victoria, de la vida en la retaguardia ni de la política; eso es cosa de los demás. *La Fusée* se declara «antipolítica, antiboche y antitriste». En su extremada soledad, los hombres que la redactan piensan que solo la risa puede ayudar en la lucha contra la angustia cotidiana. Sus carcajadas estallan en cada línea, pero dejando un eco de resentimiento y amargura. La guerra dura, la muerte acecha y el combatiente presiente que es víctima de un engaño monstruoso; pertenece a la clase de los sacrificados, mientras que los de la retaguardia, militares o emboscados, viven sin ninguna preocupación, como no sea la de asombrarse porque la victoria se haga esperar tanto. En varios libros excelentes, André Ducasse, Jacques Meyer y G. Perreux han conseguido resucitar este espíritu de las trincheras y recordar el comportamiento de los «otros».

> Cuando los *poilus* se cruzan con los ciclistas, los ordenanzas y los cocineros del Estado Mayor, estos les dan de beber y de comer, les ofrecen cigarrillos, les colman de atenciones, para hacerse perdonar la seguridad de que gozan.

En la retaguardia, los Estados Mayores son todavía más odiados, «con sus kepis del último modelo Delion, sus cinturones y correajes

cruzados sobre el pecho, sus bastoncitos y sus botas enceradas de jinetes».

Los archivos cinematográficos de Albert Kahn han conservado la imagen dolorosa de estos hombres que llegaban con permiso, con su gorrillo deforme, sus bandas en las pantorrillas manchadas de barro, apareciendo en la estación del Este de París y quedándose estupefactos ante el espectáculo de una sociedad indiferente a la guerra y a sus desgracias; una sociedad para la que la vida seguía como siempre. Continuaba sin ellos, con sus bailes, su *Foire aux Jambons,* los martes de la Comedia Francesa y los paseos por el Bosque de Bolonia.

En su *Histoire d'une compagnie,* Charles Delvert ha comentado estas imágenes:

> Sábado, 22 de abril de 1916.–París está delicioso, los árboles están verdes y el sol alegra el bulevar, animado como de ordinario. Pienso, a pesar mío, en esa Champaña que acabo de dejar, con sus casas de paredes rotas, con sus vastas extensiones sin más vegetación que algunos pinos reducidos al estado de piquetes y de vez en cuando algunas manchas de hierba leprosa entre los agujeros de los obuses, que acribillan esa tierra blanca o verdosa como un rostro cuajado de viruelas.
>
> Aquí las gentes van a sus asuntos como si nada sucediera. La avenida de la Ópera, el bulevar de los Capuchinos, el de la Magdalena, la rue Royale y la plaza de la Concordia tienen su aspecto acostumbrado.
>
> El césped está cuidado, los macizos de flores brillantes de colores frescos, los árboles tienen nuevas hojas que acaban de brotar y nunca han estado más hermosos. Por el cielo azul corren ligeras nubes de plata.
>
> Es bueno vivir.
>
> Se comprende que las gentes de la retaguardia se resignen a la guerra.
>
> Esta tarde he tomado el tren de Burdeos, a las 21.50.
>
> Está lleno de gentes que van a pasar el día al campo.
>
> Lo que consuela es la certeza de que si se queda uno seco en las alambradas no será una pérdida sensible para el mundo.
>
> Nunca se creería –testimonia P. Truffrau– que estamos en guerra. Cuanto más se alarga esta, más se divierten: almacenes iluminados, coches soberbios, mujeres elegantes con sombreritos, botas altas, polvos de arroz, manguitos y perritos, y emboscados con bonitas chaquetas de paño fino, pantalones ajustados y esos zapatos amarillos, bastante más relucientes que los que llevan nuestros oficiales. Son cosas que repiten

> incansablemente los hombres sucios, con casco, capote gastado y zapatones bastos, que vagabundean por los bulevares.

De regreso al frente, nada molesta tanto a los soldados como las jeremiadas de los de la retaguardia. Uno de ellos escribe a su mujer: «Corremos el riesgo de no comprendernos si tú hablas como se habla en la retaguardia y yo como se habla en el frente. Los sacrificios de todo orden, de toda naturaleza, son la suerte que el soldado quisiera ver compartida más allá de las líneas, a la manera del frente [...] ¿Cartillas de azúcar? "Quiere decir que hay azúcar", dice el soldado. ¿Impuestos sobre las entradas del cine? "Quiere decir que esos tipos van al cine". ¿Carbón difícil? ¿Leña a precios astronómicos? "Esos tipos tienen los pies calientes"» [citado por J. N. Jeanneney]. Ironía, amargura y cólera aparecen a fogonazos en las crónicas de los periódicos de las trincheras. He aquí que un subprefecto, lleno de buenos sentimientos, va a enterarse de las condiciones de vida del soldado. *Le Canard du Poilu* relata así su visita:

> De repente, el silbido de un obús... Nos precipitamos a ver qué pasa. Un paisano, chicos, un paisano... Como una aparición, un paisano, fresco y sonrosado, con sombrero de copa, levita y zapatos amarillos. ¿Qué demonios viene a hacer ese tipo por aquí? Es un espía. No, no; no es un espía. Sonreía con su sonrisa de buen francés: Soy el subprefecto, dice.

Pensamientos y sentimientos reprimidos se expresaban así en *La Fusée:*

> *Poilu,* Príncipe de los Combates,
> coge en tus manos purpurinas
> algunas granadas anodinas,
> lánzalas lo más lejos que puedas,
> lo más lejos, a ver si llegas
> hasta Lyon, Burdeos o Nimes,
> pero cuidado, no te confundas,
> los emboscados son las víctimas.

Los combatientes no dudaban de la legitimidad de su sacrificio. No obstante, el impudor de los partidarios de «la guerra a ultranza» les exaspera cuando se apela a ella desde la retaguardia. Un artículo del *Soldat Grajdanin* da testimonio de ello:

> «Hasta el fin», croa el cuervo, limpiando los huesos humanos en el campo de batalla.
>
> ¿Qué le importa la pobre madre anciana que espera el regreso de su hijo o el octogenario que, con manos temblorosas, conduce el arado?
>
> «Guerra hasta el fin», grita el estudiante que reúne a millares de personas en la plaza pública y les asegura que todos nuestros males provienen de los alemanes. Durante ese tiempo, su padre, que ha vendido la avena a dieciséis rublos el *pud,* está sentado en un alegre *cabaret,* defendiendo las mismas ideas.
>
> «Hasta el fin», claman los agentes de los gobiernos aliados, visitando los campos de batalla, llenos de cadáveres de proletarios.
>
> ¿Puede gritar «hasta el fin» el soldado sentado en las trincheras? No. La voz que deja oír es muy distinta.
>
> Camaradas, el que grite «la guerra hasta el fin» debe ser enviado rápidamente a primera línea. Veremos entonces lo que dice.

Así, tanto si las gentes de la retaguardia eran patrioteras o pacifistas, tanto si pensaban en la guerra o la ignoraban, tanto si era difícil su existencia o se aprovechaban de las circunstancias, la culpa la tenían estos emboscados.

«Poseen derechos sobre nosotros», exclamaba Clemenceau, al día siguiente del armisticio. Se refería a los *poilus* y expresaba el sentimiento de millones de soldados.

Ahora bien, convertidos en civiles, aquellos *poilus* idealizaron pronto su existencia pasada en las trincheras y las virtudes que se habían despertado en ellos. Enfrentados con la retaguardia, donde imperaban el arribismo, la ley del embudo y el lujo y los placeres delicados, la vida del combatiente se convertía en un ejemplo de solidaridad viril entre hombres que un único ideal había reunido, cualesquiera que fuesen sus creencias religiosas, su raza o su origen social. Así nació el espíritu «excombatiente», hecho de resentimiento y de nostalgia, con una aspiración común a ser reconocido por los

demás, con la necesidad de reunirse para revivir aquellas relaciones indecibles entre seres que habían compartido una tragedia.

Estos sentimientos se exasperaron al terminar la guerra, cuando los desmovilizados no pudieron decididamente readaptarse a la monotonía de su existencia anterior. Los años perdidos, la inutilidad del sacrificio, la indiferencia y la ingratitud de los demás hirieron su sensibilidad, su dignidad, su honor. Vencedores o vencidos, todos se sintieron humillados, y en algunos de ellos empezó a madurar inconscientemente la necesidad de una venganza. Imponer una disciplina a la retaguardia, enseñarle a vivir y a morir como habían vivido y habían muerto los combatientes, esta era la lección que querían enseñar las asociaciones creadas al acabarse la guerra y, más tarde, las Ligas de los Años Treinta. Estas Ligas se constituyeron bajo el signo del espíritu de las trincheras.

En Alemania, después de la derrota, tomando, sin saberlo, una idea de Ludendorff, Hitler declaraba que «solo los desconocidos podrían salvar al pueblo alemán [...] acondición de que esos desconocidos llegaran del frente y hubiesen cumplido con su deber durante la guerra». Tras la victoria, Mussolini y otros en Bélgica, Francia y Gran Bretaña, hablaron en idénticos términos. Como Rudolf Hess ha proclamado: «El Tercer Reich encontró su fundamento en una idea procedente de las trincheras».

Ciertamente, solo una minoría de excombatientes militó en las Ligas, y solo una minoría de los pertenecientes a ellas había hecho en realidad la Gran Guerra, pero es cierto también que ese núcleo expresaba el resentimiento de toda una clase: la clase de los sacrificados.

LAS GENTES DE LA RETAGUARDIA: CAMPESINOS Y CLASES MEDIAS

Tomando conciencia de su solidaridad, la clase de los sacrificados alimentaba un resentimiento particularmente vivo frente a quienes se aprovechaban de la guerra, punto en el que compartía la

irritación de la clase obrera. *Soldat Grajdanin* piensa, naturalmente, en el kulak que vende la avena a dieciséis rublos el *pud.* En Rusia, en efecto, los campesinos propietarios vieron que mejoraba su suerte desde el comienzo de las hostilidades. Las necesidades del avituallamiento, la marcha de los hombres y la penuria hicieron subir los precios agrícolas. En verdad, la escasez de los productos procedentes de la ciudad produce un beneficio ilusorio, porque ¿en qué podían gastar tantos rublos inútiles? La guerra, sin embargo, los enriqueció, y los campesinos pobres empezaron a pensar en convertirse también en propietarios; lo mismo sucedió en Francia y en los otros países beligerantes.

La guerra se había abatido sobre la clase campesina con más dureza que sobre las otras, ya que el 52% de los muertos fueron en Francia campesinos. Sus familias, sin embargo, no dejaron de sacar provecho. Al Este y al Oeste, la guerra puso fin al endeudamiento del campesinado. En Italia mejoró asimismo la suerte de los más desheredados, como lo atestigua la inflexión del movimiento reivindicativo en los campos (véase cuadro 1). Así, Gran Guerra hizo que la propiedad burguesa se convirtiera en el patrimonio de los campesinos, fenómeno que los contemporáneos percibieron, aunque sin medir su alcance, lo mismo que no vieron apuntar la decadencia de las clases medias.

El fenómeno fue general; tanto en Francia como en Austria, en Italia o en Rusia, el alza de los precios promovida por la escasez se abatió duramente sobre las clases medias. Más vulnerables que las otras categorías sociales, las personas de ingresos fijos vieron derrumbarse su nivel de vida: los empleados, funcionarios, pequeños rentistas, propietarios de inmuebles, jubilados, se proletarizaron y con ellos fueron bien pronto a reunirse el ejército de los publicistas, periodistas y gentes del espectáculo, que el estado de guerra o la penuria reducían al desempleo.

Kautsky y Bernstein habían predicho desde hacía tiempo que, financiada con los ahorros de la gente modesta, la guerra haría de las clases medias un nuevo proletariado. La guerra arruinó también

a los pequeños jefes de industria, a los dueños de los talleres de artesanía, etc., que con frecuencia fueron absorbidos por las grandes empresas. Este proceso fue particularmente rápido en Italia, donde el fenómeno de concentración era espoleado y donde los impuestos de guerra se abatieron de manera más desigual que en cualquier otro país sobre los comerciantes y la pequeña industria.

Rentistas, jubilados y pequeños burgueses habían suscrito la deuda del Estado, sus hijos habían ido a la guerra y ellos mismos habían comprometido el salario de su trabajo; esperaban, por tanto, que el fin de la guerra les aseguraría, con el interés de su dinero, los días de su vejez. No se les pasaba por la cabeza la idea de que pudiera hacerse una paz sin victoria.

Las perspectivas de los trabajadores y de sus dirigentes eran, por supuesto, enteramente distintas.

LA «OPOSICIÓN»

Agosto de 1914. El impulso patriótico había arrollado a la Internacional; traicionando sus juramentos, socialistas, anarquistas, militantes obreros y revolucionarios se lanzaron de cabeza contra el enemigo, como todo el mundo. Los que quisieron continuar siendo consecuentes resistiendo a aquella explosión guerrera, estuvieron a pique, según testimonio de Pericat en Francia, y Dittmann en Alemania, de ser linchados. La escasez de los testimonios que poseemos refleja lo mismo en todas partes, esto es, el pequeño número de los que se opusieron. En el corazón de cada francés y de cada alemán, el patriotismo había arrollado al internacionalismo; la educación recibida había señalado con más fuerza al adversario nacional que al enemigo social.

Durante la crisis de julio, el mundo de los militantes había permanecido fiel a su espíritu internacionalista hasta el último momento: los secretarios generales de los sindicatos francés y alemán, Jouhaux y Legien, habían permanecido en relaciones muy estrechas. Cuando la invasión de Bélgica el primer pensamiento de

Ramsay MacDonald y de Appleton fue para esos «pobres socialistas alemanes». Pero Legien, como Jouhaux, Guesde o Henderson fueron arrastrados por fuerzas irresistibles. En un momento en que la guerra era acogida con entusiasmo o con fervor, ellos daban la impresión de vivir en un mundo aparte, dando muestras de consternación y desesperación. «Aquel día, 31 de julio –escribe Merrheim, secretario de la Federación del Metal–, tuve la sensación de que todo había terminado, que Jaures creía la guerra inevitable y que la miraba espantado por la clase obrera». La víspera por la tarde, en los locales de *L'Humanité,* atestados de militantes, la opinión dominante era que «las manifestaciones contra la guerra eran inútiles ya y que el Congreso internacional no se celebraría». Mientras que entre los anarquistas «no hay nada organizado para oponerse a la movilización», entre los socialistas la muerte de Jaures aumenta la confusión general. Al día siguiente la inquietud patriótica ha ganado al país y el Comité Confederal de la CGT rechaza la huelga general por unanimidad; inmediatamente el ministro del Interior, Malvy, suspende las medidas previstas contra los jefes anarcosindicalistas y da la orden a los prefectos de no proceder a ninguna detención de las personas inscritas en el *Carnet B.*

Libres así del miedo, los dirigentes revolucionarios se escinden en dos grupos: los que se sentían vencidos y que, por un esfuerzo de análisis, intentaron comprender lo que había podido ocurrir, parte de los cuales formará luego el núcleo del movimiento pacifista; y los que siguieron sin resistencia la acometida del oleaje popular. Así, Jouhaux, ante la tumba de Jaures, no supo qué decir «en nombre de esos trabajadores que han partido, en nombre de los que van a partir y entre los cuales me cuento». No fue a la guerra, pero su aprobación siguió a la de los socialistas; aquel mismo día los socialistas habían votado los créditos militares.

Tras la «vergonzosa sumisión» del 4 de agosto, con la invasión, la Unión Sagrada acabó ganándose a los últimos vacilantes. El 26 de agosto, los socialistas Jules Guesde y Marcel Sembat aceptaban entrar en el ministerio Viviani, seguidos, en 1915, por Albert

Thomas. Por su parte, los jefes sindicalistas tomaban asiento en el Comité de Socorro Nacional y el secretario general se sentaba al lado del arzobispo. Unas semanas más tarde, convocado por el ministro del Interior, el anarquista Sebastián Faure rompía a llorar. «Por miedo de hacer el juego a Alemania se había vuelto belicoso» (A. Ferry). Así, en un mes, toda oposición a la guerra había desaparecido; justificando ese viraje, los cuatro grandes líderes socialistas, Guesde, Sembat, Longuet y Vaillant dirigían al Buró de la Internacional un manifiesto, al que se unía el belga Vandervelde, declarando que:

> Los trabajadores, alejados de toda idea de agresión, tenían la certidumbre de defender la independencia y la autonomía de la nación contra el imperialismo alemán y el convencimiento de sostener el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos y la convicción, en fin, de ser comprendidos por los socialistas alemanes. Los trabajadores consideran que el progreso social tiene que pasar previamente por la defensa de la patria.

Este manifiesto cortaba el cordón umbilical que unía aún a los socialistas franceses y a sus camaradas alemanes. Al saber que los socialistas alemanes habían votado los créditos militares para el káiser, no fue cosa de plantear el caso de restablecer relaciones. Se hicieron muchas tentativas por parte de los neutrales para restablecerlas, pero todas fracasaron.

Algunas figuras aisladas, sindicalistas, anarquistas o socialistas, agrupadas alrededor de la *Voix ouvrière,* intentaron luchar contra la corriente. Retrospectivamente, su papel ha cobrado importancia, porque estaban en relación con los emigrados rusos que iban a hacer la Revolución de Octubre; históricamente, su existencia merece asimismo ser recordada, porque supieron hacer que sobreviviera una antorcha internacionalista permaneciendo fieles a su ideal pacifista. Su acción, sin embargo, tuvo un alcance sumamente débil. Según Leónidas Martov, que redactó un opúsculo, sobre la crisis de la democracia en Francia, las primeras figuras de este movimiento fueron Louise Saumonneau, animadora de las mujeres socialistas, y Nicod. Juntos, redactaron la primera carta

circular contra la actitud tomada por el partido. Entre los sindicalistas, el primer oponente «responsable» fue Merrheim, que intentó acercar la oposición sindical a la socialista, mientras que el grupo Monatte quería impedir a los anarcosindicalistas que fundaran una nueva Internacional, que estaría cerrada a los socialistas. Estos precursores, a los que se unió A. Rosmer, no fueron durante mucho tiempo más que un puñado de gentes. No obstante, la toma de posición de Romain Rolland en el *Journal de Genève* del 22 de septiembre de 1914, dio un alcance desmesurado al «pacifismo francés». Romain Rolland no se inspiraba ni en la tradición socialista ni en el espíritu de la Internacional: *Au-dessus de la mélée* era solamente «un penetrante grito de humanidad». «Rolland magnificó la corriente francesa de oposición a la guerra».

Como en Francia, los socialistas y los sindicalistas alemanes realizaron la Unión Sagrada, la *Burgfriede.* Sin embargo, durante la crisis de julio, unos y otros habían condenado la actitud belicosa de los gobernantes austríacos: «Ni una sola gota de sangre alemana debe ser sacrificada a los déspotas de Viena», escribía *Vorwaerts,* órgano oficioso del partido de la socialdemocracia. No obstante, desde el momento en que la intervención de Rusia pareció probable, la guerra se consideró como una guerra en defensa de la patria contra los eslavos y para la salvaguardia del socialismo contra la autocracia. A la proclamación del *Kriegszustand,* el 31 de julio de 1914, los mítines en favor de la paz fueron prohibidos, y *Vorwaerts* no esbozó ningún gesto de protesta. En la reunión del partido en que había de discutirse el voto de los créditos militares, «el ambiente era tal –cuenta Eduardo Bernstein– que no fue ya cuestión de Austria, sino únicamente de Rusia y de Francia, que habían abierto las hostilidades, se pensaba, sin necesidad, a propósito de una querella balcánica». Solamente algunos diputados propusieron rechazar, por principio, los créditos militares; sin embargo, con el mismo Karl Liebknecht, habían proclamado la necesidad de la disciplina del voto y su actitud no tuvo ninguna consecuencia; se observó más bien que fue Haase, situado a la izquierda del partido,

quien expuso las razones de los socialdemócratas para agruparse en torno a la Unión Sagrada y votar los créditos militares.

El Gobierno imperial se quedó tan estupefacto que adoptó enseguida una actitud liberal para con la oposición, y entró en relaciones con los jefes sindicales para estudiar con ellos las modalidades prácticas de la conversión económica y social que iba a necesitar el estado de guerra.

Así pues, los representantes de la clase obrera, tanto en Alemania como en Francia, adoptaron ante el problema de la guerra una conducta semejante.

En enero de 1918, Jules Guesde la justificaba así:

> De la misma manera que en tiempos de paz la colaboración política y gubernamental de las clases, en materia social, es la peor de las supercherías porque ayuda a conservar la *sociedad* capitalista, cuya destrucción es necesaria para la liberación del trabajo y de la humanidad, en caso de agresión, en materia de defensa nacional, esta colaboración se convierte en un deber socialista porque ayuda a conservar la *nación* y es a la vez el marco indispensable para la acción obrera de hoy y la condición del internacionalismo del mañana.

Participación socialista en el Gobierno, en Francia; integración del aparato sindical dentro del Estado, en Alemania; tales fueron los rasgos específicos de la Unión Sagrada en Francia y en Alemania. Ni en Inglaterra ni en Rusia la solidaridad nacional alcanzó semejante unanimidad.

El caso de Inglaterra y de Rusia

En Inglaterra, los más pacifistas se hicieron los más belicistas desde el momento en que la voluntad de agresión de Alemania apareció claramente y los intereses de la nación quedaron en peligro por la amenaza que pesaba sobre Amberes.

Un puñado de socialistas, no obstante, se negó a hacer coro; con MacDonald, Ph. Snowden y la mayoría de los miembros del partido socialista británico, reconocía que la invasión de Bélgica era un *casus*

belli para el Gobierno inglés, desde luego; pero los socialistas no se consideraban obligados por ello a aprobar los actos del Gobierno; además, la guerra tenía causas más complejas que las que se derivaban de la crisis de julio.

Así, cuando Asquith propuso al secretario del Labour Party participar en la coalición gubernamental, MacDonald se negó y presentó su dimisión: «no quería participar para nada en ese asunto». Por otra parte, al día siguiente de la proclamación de la *Defense of Realm Act,* el 8 de agosto, el 15% de las empresas en huelga proseguían el movimiento, proporción mayor que en toda Europa. Periódicos como *The Pioneer* y *Forward,* de Glasgow, continuaron estigmatizando la política de sir Edward Grey, rompiendo brutalmente con los socialistas gubernamentales, como Arthur Henderson o *Jingoes,* como Hyndman, que, en minoría en el seno de su partido, batallaba solo en el semanario *Justice.*

Desde el mes de septiembre la Union of Democratic Control quedó constituida para exigir el control democrático en la política exterior del Gobierno y oponerse a la conclusión de acuerdos secretos; la Unión Democrática tuvo un gran radio de acción y pronto contó con medio millón de adheridos.

La oposición de una minoría de rusos a la Unión Sagrada fue todavía más radical, porque en Rusia los militantes revolucionarios y la clase obrera estaban menos integrados en la sociedad que en Occidente.

No obstante, quince millones de soldados respondieron sin fallar al llamamiento del zar. Se había previsto un millón de desertores; no hubo apenas sino algunos millares. La opinión rusa estimaba que la causa era justa; el país honraba la palabra dada al «hermanito» serbio; la alianza con las democracias occidentales hacía esperar, en la posguerra, un alineamiento de las instituciones de acuerdo con las de Occidente. Jorge Plejánov, el «padre de la socialdemocracia rusa», juzgaba que la lucha contra el imperialismo alemán tenía que pasar ante todo e invitaba a los revolucionarios a suspender la lucha contra la Alemania de Guillermo II.

Sin embargo, no había desaparecido toda la oposición. Desde el primer día, ciertos emigrados, como Lenin, Trostki y Martov, habían estigmatizado la «guerra imperialista» y denunciado la responsabilidad por igual de ambos campos. Sin embargo, mientras sus compañeros se contentaban con preconizar una paz inmediata, Lenin recomendaba desde septiembre de 1914 «la transformación de la guerra imperialista en guerra civil»; para Rusia, el mal absoluto era el zarismo; la victoria de sus ejércitos no haría sino consolidarlo; por tanto, los revolucionarios tenían que luchar por la derrota del Gobierno. Y esta táctica, según Lenin, no era solo válida para los revolucionarios rusos. Tal derrotismo *(porazentsvo)* tuvo poco eco. En París, entre los emigrantes bolcheviques hubo muchos que se alistaron en el Ejército francés, más sensibles a las llamadas de Plejánov que a las de Trostki, del grupo *Nache Slovo.* En Rusia se produjo el mismo contagio patriótico; desde luego, los socialdemócratas votaron contra los créditos militares y los *trudoviks* abandonaron la sesión de la Duma; pero no sin declarar que contribuirían a la defensa nacional. Solo los bolcheviques observaron una actitud de oposición absoluta.

Estos estallidos tuvieron poco alcance; cuando el Gobierno de Goremykin hizo deportar a Siberia a los cinco diputados bolcheviques, no hubo casi ninguna protesta. A la llamada del partido solo algunas fábricas respondieron con la huelga. ¿Será acaso la guerra el toque de muerte del movimiento revolucionario?

El fracaso de la Internacional

Pese a la oposición de que dieron muestras los socialistas rusos y serbios y a la reserva de algunas figuras aisladas en Inglaterra, en Alemania y en Francia, con poca diferencia de tiempo, la II Internacional resultó un fracaso. Militantes y trabajadores de todos los países en guerra encontraron pronto una justificación de su actitud. Annie Kriegel propone una clasificación de las razones

invocadas por los franceses. Como su análisis tiene un valor ejemplar, aplicamos su principio a la escala de Europa.

1. Justificaciones teóricas derivadas de la naturaleza de la guerra:

- La responsabilidad del país no está comprometida. La guerra es una guerra de defensa autorizada y hasta impuesta por la doctrina socialista.
- La clase obrera tiene interés en la victoria, lo mismo que la burguesía, porque la guerra de clases trata de no añadir a la explotación capitalista la superexplotación del capitalismo enemigo.
- La guerra no es solamente una guerra imperialista; trata de liberar los territorios invadidos por los ejércitos enemigos.

2. Justificaciones fundadas en las condiciones del socialismo internacional:

- La impotencia de la Internacional no permite otra salida.
- Los socialistas del país enemigo votaron los créditos militares de guerra y, por tanto, la Internacional no puede triunfar más que con el aniquilamiento del imperialismo enemigo.
- Todos los partidos socialistas en los países beligerantes mantienen la Unión Sagrada.

3. Justificaciones fundadas en las condiciones particulares de cada país:

- Ciertas porciones del territorio nacional han sido antaño injustamente arrancadas a la patria.
- La victoria del enemigo amenazaría el porvenir de las libertades o las posibilidades de instaurar el socialismo, del cual es garantía la nación.
- Solo el genio nacional puede aportar a la humanidad los valores de regeneración que se esperan del socialismo.

¿Hacia la asociación del capital y del trabajo?

Un cierto número de revolucionarios, enrolados en la Unión Sagrada, declaraban que la revolución y el socialismo brotarían de la guerra. Sus premisas no tenían nada en común con las de Lenin o con las de Rosa Luxembourg. Leónidas Martov analizaba así el itinerario ideológico de militantes como Hyndman, en Inglaterra, y Gustavo Hervé en Francia, a los cuales hubiera unido a Mussolini si hubiese escrito su opúsculo un año más tarde: «En primer lugar, han defendido sus propios objetivos socialistas; luego, la clase obrera ha comprendido la vanidad de tal postura y ha hecho de la solidaridad nacional el criterio de su conducta política; a continuación, se han pasado al socialismo nacional». Gustave Hervé prevé la bancarrota del socialismo de clase a la alemana y anuncia el socialismo de las gentes «reflexivas». Jouhaux prevé una era de asociación del capital y del trabajo y Rosenthal, en *Le Populaire,* traza «programas para el porvenir». En Alemania, la experiencia iba muy lejos: los sindicatos lograron obtener el reconocimiento de su legitimidad, esto es, del derecho a negociar con los patronos y la burocracia.

La oposición se rehace: Zimmerwald

Estos «éxitos» y estas razones no habían convencido a todo el mundo. En cada país los oponentes habían acabado por reagruparse a tientas. Nunca se propusieron, como preconizaba Lenin, actuar buscando la derrota de su propio gobierno; pero ponían en cuestión la naturaleza de la guerra. Se negaban a reconocer que fuese solamente de carácter defensivo o bien mostraban su desacuerdo con los argumentos que legitimaban la guerra desde un punto de vista de clase. No obstante, sin el soporte de la opinión, sus razonamientos hubiesen quedado sin alcance, aunque hubiesen logrado volver a dar vida a la Internacional. Pero la existencia de un Estado Mayor y de una teoría revolucionaria permitió orientar el

descontento, darle una significación ideológica y explotarlo en beneficio del socialismo, del internacionalismo y de la revolución.

El Estado Mayor se constituyó antes de que el grueso de las tropas manifestase la voluntad de batirse y logró elaborar las ideas que iban a regir la acción ulterior del movimiento revolucionario.

Gracias al relevo de los neutrales, italianos, holandeses y escandinavos sobre todo, habían podido renacer las relaciones entre los revolucionarios. Los que estaban de acuerdo en decir que la guerra tenía carácter imperialista y en que hacía falta volver a insuflar vida a la Internacional, que debía esforzarse por acabar con las hostilidades, se reagruparon. En Lugano, y luego en Copenhague, se hicieron llamamientos en este sentido, aunque en vano; los franceses y los belgas rechazaban el principio mismo de una reunión a la que hubieran de asistir los alemanes. Cuando los socialistas aliados conferenciaron entre sí, en Londres, no invitaron ni a los serbios ni a los mencheviques o bolcheviques rusos que habían tomado posturas hostiles a la guerra. Paralelamente, la reunión de los socialistas centrales, en Viena, permaneció cerrada a los neutrales y a los enemigos.

La primera conferencia internacional que reunió socialistas beligerantes de los campos opuestos fue la de las mujeres socialistas, en Berna. Reunida por iniciativa de la sección rusa y animada por Elizabeth Petrova (Inessa Armand), Nadeya Krupskaya, etc., de tendencia bolchevique, esta conferencia fue convocada por Clara Zetkin. Hubiera querido invitar solo a los elementos de tendencia izquierdista del movimiento, sin distinción de nacionalidades, pero tuvo que incluir elementos menos extremistas, «porque entre las mujeres era difícil distinguir la izquierda de la derecha [...] y porque muchas se negarían a asistir a una reunión que no contase más que con las izquierdas». Representantes de la socialdemocracia alemana llegaron también, aunque sin la autorización de su partido; no hubo delegadas austríacas, pero hubo cuatro inglesas, una francesa, Louise Saumonneau, varias rusas y polacas; las representantes belgas se encontraron con que su

Gobierno les negaba el pasaporte. Las resoluciones tomadas en Berna rechazaron a la vez el principio de la Unión Sagrada y el derrotismo de los bolcheviques; estas resoluciones reflejaban «el pacifismo por las buenas» de los ingleses y de los holandeses más que las ideas de los promotores. Las bolcheviques y las izquierdistas alemanas aprobaron, sin embargo, estas resoluciones, para impedir la ruptura de la conferencia.

Una conferencia de las juventudes socialistas reunió igualmente en Berna a rusos, alemanes y neutrales. Pero, del mismo modo que la precedente, no emanaba tampoco de instancias de la Internacional, que se mantenía en el deseo expresado ya en Lugano. Gracias al encarnizamiento del italiano Morgari y del suizo Robert Grimm, este deseo acabó imponiéndose, a pesar de la obstrucción de la mayoría de los Burós y de los miembros de las organizaciones internacionalistas pertenecientes a los países beligerantes. Así pues, los treinta y ocho delegados que se encontraron secretamente en Zimmerwald, en septiembre de 1915, pertenecían a la izquierda de su movimiento y tenían escaso valor representativo; ni siquiera formaban una internacional en miniatura, ya que su reunión no emanaba ni de su secretariado ni de su Buró. Antes de hacer las invitaciones, los promotores habían decidido no limitarse a los que se colocaban a la extrema izquierda, sino invitar también a los jefes más moderados, como Haase, Troelstra y Branting. Se había convenido igualmente que la conferencia no trataría de plantear los fundamentos de una nueva Internacional, sino que se limitaría a hacer un llamamiento al proletariado para una acción en favor de la paz.

Desde el comienzo, aparecieron tres tendencias. Unos veinte de los asistentes, formando mayoría, pedían ante todo que la conferencia fuese una gran manifestación en favor de la paz. No querían una ruptura abierta con los social-patriotas y la II Internacional. Entre ellos estaban los franceses Merrheim y Bourderon, representantes respectivamente del Sindicato del Metal y de la Unión de los Trabajadores del Cobre (este pertenecía al partido

socialista, aunque no se hallaba en Zimmerwald como tal). En este grupo se encontraba también la mayoría de los alemanes, entre ellos, Lebedour, los mencheviques Martov y Axelrod y algunos italianos y polacos. Los que no aceptaban estos objetivos, juzgándolos demasiado moderados, exigían una denuncia de la Unión Sagrada, una ruptura con los social-patriotas y la transformación de la guerra en guerra civil. Formaban un grupo de ocho a diez delegados, entre los cuales estaban Lenin, Zinoviev, Radek y el suizo Platten. Entre ellos se encontraba un grupo del centro, con Roland Horst, Grimrn, Trotski y Balabanova. La mayoría pertenecía, pues, a la derecha, situada a su vez a la izquierda del movimiento revolucionario en cada uno de los países representados. La izquierda se avino, sin embargo, a suscribir un texto redactado en común, el Manifiesto de Zimmerwald, que llegó a tener un gran eco en el mundo de los militantes socialistas y sindicalistas.

¡PROLETARIOS DE EUROPA!

¡Hace más de un año que dura la guerra! Millones de cadáveres cubren los campos de batalla. Millones de hombres quedarán mutilados para el resto de sus días. *Europa se ha convertido en un gigantesco matadero de hombres.*

Cualesquiera que sean los principales responsables del desencadenamiento de esta guerra, una cosa es cierta: *la guerra que ha provocado todo este caos es producto del imperialismo.* Esta guerra ha surgido de la voluntad de las clases capitalistas de cada nación de vivir de la explotación del trabajo humano y de las riquezas naturales del universo; de tal suerte, que las naciones económicamente atrasadas o políticamente débiles caen bajo el yugo de las grandes potencias que, con esta guerra, intentan rehacer el mapa del mundo, a sangre y fuego, de acuerdo con sus intereses...

Los capitalistas de todos los países, que acuñan con la sangre de los pueblos la moneda roja de los beneficios de guerra, afirman que la guerra va a servir para la defensa de la patria, de la democracia y de la liberación de los pueblos oprimidos. Mienten. *La verdad es que, de hecho, entierran, bajo los hogares destruidos, la libertad de sus propios pueblos al mismo tiempo que la independencia de las demás naciones.* Lo que va a resultar de la guerra van a ser nuevas cadenas y nuevas cargas, y es el proletariado

de todos los países, vencedores o vencidos, el que tendrá que soportarlo todo. [...]

Las instituciones del régimen capitalista que disponían de la suerte de los pueblos, los gobiernos –monárquicos o republicanos–, la diplomacia secreta, las poderosas organizaciones patronales, los partidos burgueses, la prensa capitalista y la Iglesia: sobre todas ellas pesa la responsabilidad de esta guerra nacida de un orden social que los nutre, que ellos defienden y que no sirve más que a sus intereses.

¡Proletarios!

Desde que la guerra se desencadenó, habéis puesto todas vuestras fuerzas, todo vuestro valor y vuestra capacidad de aguante al servido de las clases poseedoras para mataros los unos a los otros. Hoy en día es preciso que, permaneciendo sobre el terreno de la lucha de clases irreductible, actuéis en beneficio de vuestra propia causa por los fines sagrados del socialismo, por la emancipación de los pueblos oprimidos y de las clases esclavizadas [...].

Obreros y obreras, padres y madres, viudas y huérfanos, heridos y mutilados, a todos vosotros, los que sufrís de la guerra y por la guerra, nosotros os decimos: Por encima de las fronteras, por encima de los campos de batalla, por encima de los campos y las ciudades devastadas:

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Zimmerwald (Suiza), septiembre de 1915

Las reacciones de la clase obrera

Solicitada por la ideología de las clases dirigentes, de los socio-nacionales y de los internacionalistas-pacifistas, la clase obrera reaccionó de manera distinta en cada país, según sus relaciones con el Estado, las condiciones de su desarrollo y las tomas de posición de su Estado Mayor.

Su posición

En el seno de la sociedad de guerra, la clase obrera tenía una posición ambigua. De un lado, sus elementos conscientes habían logrado desde hacía tiempo inspirarle una verdadera vocación revolucionaria y persuadirle de que ella sola estaba capacitada para realizar la sociedad nueva que todos los oprimidos deseaban con toda su alma. Los trabajadores vivían así en la esperanza de «la lucha final». La guerra había interrumpido aquel impulso y, en Rusia particularmente, los trabajadores tenían la impresión de que les sometería más que nunca a sus amos de siempre. Su confusión y su angustia eran tanto más grandes cuanto que la opinión pública reservaba sus lamentaciones para los soldados «que ofrecían su sangre para salvar al país». Así, jamás la clase obrera tuvo tanta certeza de que ella constituía la estirpe de «los condenados de la Tierra».

Las clases dirigentes, por su parte, hacían sentir a los trabajadores que su situación era relativamente privilegiada: más valía el trabajo en cadena que la muerte en la trinchera. Las clases privilegiadas jugaban con el chantaje de la llamada a filas para quebrar la voluntad reivindicadora de las clases obreras. En Inglaterra, antes incluso de que la resolución de la movilización fuese adoptada, los tribunales enviaron a la cárcel un número creciente de trabajadores: por 15 detenciones practicadas en agosto de 1915, se habían hecho 772 en julio de 1916; el motivo invocado con mayor frecuencia era la negativa a pagar las multas. En Francia, cuenta Henry Maunory, «el ministro de la Guerra había encontrado un medio elegante de desembarazar los medios políticos de un cierto número de sindicalistas demasiado revoltosos, licenciados por inútiles o con una moratoria de incorporación a filas por motivos de salud. Amparados en reconocimientos colectivos, el examen físico de estos sindicalistas había sido confiado a médicos debidamente adiestrados y todos fueron incorporados. El coronel Goubet, jefe del Servicio de Contraespionaje, proponía enviar a los más exaltados, sobre todo a un tal R..., a ciertas regiones del Sahara, «donde el cilindraje de las carreteras coincide con el de los caracteres y de

donde no siempre se vuelve»; es dudoso que estas últimas palabras fuesen llevadas a efecto, pero el asunto de los médicos suscitó vivas reacciones en los medios universitarios.

Condiciones de existencia y sentimientos

Las condiciones de vida de los trabajadores seguían siendo precarias. Para el más desgraciado de ellos, el obrero ruso, vivir era no morirse. Doce horas de trabajo al día en la estación de Korsovka, en el Norte; once horas y media trabajaban los niños de Petrogrado y, en cualquier circunstancia, el salario era de miseria. El cine ha conservado las imágenes trágicas de esos adolescentes trepando por la mina, con una cadena en el tobillo y tirando de una carretilla de mineral. La inseguridad se acrecentaba además en los años de la guerra: en Alemania, por ejemplo, los accidentes de trabajo pasaron de 102.332 a 112.257 entre 1914 y 1918, en las industrias químicas y en las minas solamente. En Gran Bretaña, el número de muertos en accidentes de trabajo se acrecentó en un 35% durante el mismo lapso de tiempo.

Sin duda, desde hacía algunos años, las condiciones de vida de los trabajadores habían mejorado, especialmente en Occidente y en particular para los obreros de las fábricas de guerra. Calculadas en porcentajes, las subidas de los salarios consentidas desde 1915 hacían estremecer a economistas y estadísticos. Satisfechos con aquel progreso, los políticos y los jefes sindicalistas ignoraban *ya entonces* que el sentimiento de alienación social no se calcula en porcentajes. Vista la subida de los precios, los trabajadores observaban que estas mejoras eran ilusorias; además, el abismo que les separaba de las otras clases sociales continuaba siendo infranqueable y la condición del obrero seguía sin modificarse.

El papel de los prisioneros y el de las mujeres

Favorecida, al comienzo, en su lucha reivindicativa por el pleno empleo, la clase obrera se vio pronto dificultada por el aflujo de nuevas categorías de trabajadores, prisioneros de guerra o extranjeros, y, sobre todo, mujeres y adolescentes.

El empleo de los prisioneros estaba reglamentado por las convenciones internacionales que, en conjunto, fueron respetadas. No obstante, los alemanes instauraron una especie de trabajos forzados para los belgas, que, a millares, fueron a trabajar en el Ruhr. En Rusia se concedía un trato «particular» a ciertas categorías de prisioneros de origen eslavo. Se les distribuía entre los grandes propietarios, que así se aprovechaban de una mano de obra gratuita a expensas de los millares de desgraciados del campo ruso. En Francia, el caso de los trabajadores extranjeros suscitó asimismo descontento y xenofobia.

En realidad, la mayor presión sobre los salarios provenía del aflujo de mujeres y adolescentes. En Francia, entre un personal de 1.580.459 asalariados en las fábricas de guerra, los efectivos femeninos ascendían a 362.879, es decir, casi una cuarta parte. En Ruán, el 40% de la mano de obra industrial era femenina. ¿Se daba cuenta Joffre del alcance de su humorada cuando decía que«si las mujeres que trabajan en las fábricas se detuvieran veinte minutos, Francia perdería la guerra?».

Esto era cierto en Francia y cierto fuera de Francia.

En Alemania el número de mujeres que trabajaban en las fábricas pasó de 1.405.621 a 2.138.910; este número se acrecentaba en siete veces en las grandes empresas. El mismo fenómeno se observa en Gran Bretaña; en Estados Unidos había dos veces y media más mujeres obreras en 1918 que en 1917.

Paralelamente, el número de mineros de menos de dieciséis años se acrecentó siete veces en Alemania, y el de los obreros metalúrgicos, cuatro veces. En Rusia el porcentaje era similar.

Los jóvenes

Con el padre o el marido en el frente, recibiendo una miserable pensión o, en algunos casos, nada, las mujeres y los adolescentes se veían obligados por la necesidad a aceptar jornales de vergüenza; de un 30 a un 50% del salario masculino, en Rusia, como término medio; apenas un poco más en otros países; el grito de «abajo los salarios de guerra» se oyó en todos los países.

Este grito fue proferido al principio por los trabajadores inexpertos, pero el salario de la masa de los obreros se estancaba, y más todavía el de la «aristocracia obrera». Salvo en las fábricas de guerra, relativamente privilegiadas, los salarios acabaron por encogerse a expensas, por lo general, de las categorías más antiguas. Estas podían legítimamente sentirse perjudicadas. Así, en Inglaterra, el salario medio del obrero cualificado disminuyó regularmente en relación con el de los no cualificados; fijando este último en el índice 100, el salario del mecánico especializado pasó del índice 171 en 1914 al índice 130 en 1919. Se advierte un retroceso idéntico en los ferrocarriles, las construcciones navales, etc.

A finales de 1916, el alza de los precios hacía ilusorios los aumentos de los salarios concedidos a los trabajadores. Desde luego, muchas familias vivían mejor que antes de la guerra, gracias a veces al doble salario. Pero las injusticias, las restricciones y las imposiciones de toda índole no dejaban de hacer, a pesar de ello, su situación menos insoportable, coyuntura que resucitó el movimiento reivindicativo.

El descontento social concernía por entonces a todas las categorías obreras, animada cada una de sus propios motivos. Entre los jóvenes y los viejos trabajadores, los papeles, cosa curiosa, se invirtieron; las mujeres y los adolescentes comprendían mal la paciencia de que sus mayores habían dado pruebas. En Petrogrado fueron las mujeres obreras quienes animaron las primeras manifestaciones revolucionarias en marzo de 1917; pronto se vieron acompañadas por los trabajadores de las grandes empresas, jóvenes, por lo general, que habían sido ganados por las ideas

bolcheviques. En Francia, la guerra produjo igualmente un rejuvenecimiento de los cuadros revolucionarios. Según nuestros cálculos, la edad media de sus componentes era de treinta y cinco años y dos meses. Diez años más tarde, para doscientos cuarenta y seis casos igualmente consignados en los archivos, la edad media había pasado a treinta años. Los militantes responsables de menos de veinticinco años eran veintiuno en 1911, cuarenta y uno en 1921. El rejuvenecimiento resultaba particularmente claro en las provincias, donde la media en edad llegó a descender en ocho años.

Así, el aflujo de nuevos trabajadores, que al principio había dificultado la lucha obrera, dio un nuevo impulso a esa misma lucha, aunque los intereses de las distintas categorías de trabajadores fuesen antagónicos. El descontento acababa por sumarse.

El alza de los precios

El alza de los precios fue el primer revulsivo de las luchas reivindicativas. Este alza, que había sido poco sensible en los primeros dieciocho meses de la guerra, tomó impulso en 1916 y alcanzó las cimas de los índices 350, 400 e incluso 600 en 1917-1918. No es posible hacer un cuadro completo de los precios y de los salarios europeos en las actuales condiciones de la documentación; las cifras de que se dispone dejan traslucir, sin embargo, con claridad el declive particularmente brutal del poder adquisitivo de los rusos en 1917, el grave empeoramiento de las condiciones de vida en Italia y en Austria, donde la penuria y la incompetencia del Estado conjugaron sus efectos para agravar las dificultades de la vida cotidiana[23].

Los explotadores de la guerra

Otro revulsivo resucitó el movimiento reivindicatorio: la aparición de los explotadores de la guerra, llamados en Italia los «tiburones». Los

dirigentes no habían dejado de proclamar que las necesidades de la guerra requerían sacrificios iguales por parte de todos. El espectáculo de la vida cotidiana y la aparición de los nuevos ricos revelaron a los trabajadores la vanidad de estas declaraciones. Sobre este punto, los soldados de permiso y los trabajadores se mostraban solidarios. El mismo rencor animaba a unos y a otros contra los «mercaderes de cañones» y otros acaparadores, contra la legión de comerciantes al por menor, al por mayor y contra otros parásitos. En abril de 1917 un diputado revelaba en la Cámara de Diputados que una sociedad con un capital de 125.000 francos había realizado dos millones de beneficios en un año. Este diputado hubiese podido hacer públicos otros hechos que figuraban en las columnas de los periódicos financieros de Zúrich o de Londres, como, por ejemplo, la extraordinaria resurrección de las industrias de Magdeburgo, cuya decadencia parecía ineluctable en vísperas de la guerra; el crecimiento regular de los beneficios de guerra en la industria de los cueros y en las industrias químicas, donde los dividendos pasaban en dos años respectivamente del 20,3 al 37,7% y del 19 al 31%. Para los grandes patronos alemanes, «la expansión» se produjo en 1917 cuando Hindenburg dejó rienda suelta a los industriales «para que se acrecentase la producción»: en seis meses, sus beneficios declarados llegaron a los diez mil millones de marcos. Los provechos de la guerra fueron todavía más fantásticos para algunos en Gran Bretaña y en Estados Unidos. En los petróleos, por ejemplo, la Anglo Persian Oil Company tenía un déficit de 26.700 libras esterlinas en 1914. Sus beneficios pasaron en 1916 a 85.000 libras esterlinas; en 1917, a 344.100, y en 1918 llegaron a 1.090.200 libras esterlinas de beneficios. La misma progresión espectacular se produjo en el caucho, donde los beneficios se acrecentaron cuarenta veces entre 1914 y 1918. Se trataba de industrias recientes con balances todavía modestos. En las industrias químicas, metalúrgicas, etc., los beneficios fueron igualmente considerables; en tres años la Workington Iron Steel pasaba de los ciento ochenta y cuatro millones de libras esterlinas a los cuatrocientos ochenta y cinco;

Henry Briggs Sons & Company, de ochenta y un millones, a ciento ochenta y cuatro, etc. Todas estas empresas, al igual que Krupp en Alemania, Zakhorov en Rusia y Vickers en Gran Bretaña, veían extenderse su imperio.

En Estados Unidos, los beneficios de la Anaconda Cooper pasaban, entre 1915 y 1916, de los nueve millones de dólares, a los cincuenta y uno; los de la Bethlehem Steel Company, de los nueve, a los cuarenta y tres millones; los de la General Motor's, de los siete, a los veinticinco millones. Los dividendos de las sociedades por acciones progresaban de los tres mil novecientos cuarenta millones de dólares en 1914, a los diez mil setecientos treinta millones de dólares en 1917.

Rebrote del movimiento reivindicativo en Francia

Al denunciar a los explotadores de guerra y al defender las reivindicaciones salariales, los dirigentes obreros criticaban más la manera de llevar la guerra que su principio; la gestión económica del Gobierno, más que su política general. Pero ¿y los trabajadores? Severine cuenta que en diciembre del año 1915, cuando un diputado de París quiso hablar de lo cara que estaba la vida, tres mil oyentes socialistas y sindicalistas le gritaron que hablase de la paz.

La duración de las hostilidades, el comportamiento de las centrales sindicales, el descontento por las dificultades de la vida cotidiana, la tradición de desconfianza con respecto al Gobierno, eran otros tantos factores que despertaron el espíritu de rebeldía adormilado desde la proclamación de la Unión Sagrada. En Francia todas estas cosas representaron un papel más importante que las ideas propiamente zimmerwaldianas, que no despertaron más que un eco débil. Cierto es que a comienzos de 1916 se formó un Comité para la reanudación de las relaciones internacionales y su acción engranaba con el ala más avanzada del movimiento revolucionario; pero la oposición a la política de la Unión Sagrada seguía siendo moderada; la «minoría» socialista que se estaba formando exigía la

retirada de los socialistas del Gobierno y la reanudación de las actividades de la Internacional; pero no se planteaba el problema de que pudiera producirse una escisión, y la unidad del partido aparecía siempre como un imperativo categórico. Las posiciones de esta minoría se situaban, por lo demás, muy a la derecha del movimiento de Zimmerwald. Por su lado, los dirigentes revolucionarios parecían perfectamente a gusto en sus relaciones con los «burgueses». «La xenofobia de Jules Guesde competía con la de Poincaré», y para firmar un acuerdo con los patronos, Jouhaux banqueteaba con la Unión de Industriales y Comerciantes. Como muchas clases de trabajadores estaban inmersas en el clima de la Unión Sagrada y el territorio nacional seguía invadido, la propaganda pacifista «tropezaba con la triple censura del Estado, del partido o del sindicato y de la opinión», y las huelgas, poco importantes hasta el otoño de 1916, conservaron un carácter esencialmente reivindicativo. Así pues, tras la segunda conferencia de Zimmerwald, que se celebró en Kienthal, solo se hizo una tirada de diez mil ejemplares de las resoluciones votadas; mientras que al otro lado del Rhin se difundía con una tirada de más de un millón.

El papel equívoco de los sindicatos en Alemania

La verdad es que, en Alemania, los jefes del movimiento obrero colaboraron más estrechamente todavía con el Gobierno; claro que ningún socialista poseía ninguna cartera ministerial, pero los diputados socialdemócratas adoptaban posiciones que muchos tenían por escandalosas. De acuerdo con la clasificación del *Leipziger Zeitung,* una buena media docena de estos «representantes de la clase obrera» hubiesen podido inscribirse realmente en un grupo «burgués»; una quincena ser calificada de «imperialista», y un número parecido adoptaba posturas similares «mientras durase la guerra». Otros muchos que se llamaban «realistas» buscaban, sobre todo, seguir siendo solidarios de esa «mayoría». Personalidades como Ebert y Scheidenmann se

colocaban «en el centro». Scheidenmann no tenía empacho en hacer una visita oficial al frente, que, para más *inri,* estaba en la Bélgica ocupada. En una época en que la invasión de los rusos parecía un mito y en que los fines anexionistas de guerra del alto mando se discutían en público, tal visita resultaba realmente poco compatible con los principios del socialismo.

Sobre todo, desde que habían recibido la seguridad del Gobierno de que no serían molestados y de que se les consideraría como interlocutores válidos, los dirigentes socialistas concedían su apoyo más leal a las autoridades civiles y militares. El Ministerio de la Guerra y los sindicatos establecieron las reglas de un juego sutil que acrecentaba los poderes del Comité Central Sindical y protegía al Estado de las llamaradas demasiado fuertes del espíritu reivindicativo o revolucionario.

Feldman ha mostrado muy bien cómo los sindicatos se convirtieron así en agentes del Estado; denunciaban a los «agitadores» hostiles a las convenciones firmadas con las clases dirigentes o con el Gobierno y pidieron incluso ayuda al enemigo «de clase» para poner fin a la actividad de los sindicatos independientes, en la ocasión calificados como «esquiroles».

Admitidos a participar en la aplicación de la ley del servicio auxiliar del trabajo, los sindicatos estuvieron desde entonces asociados a los patronos y a los burócratas para decidir el destino de los trabajadores; estos corrían el riesgo de perder así el derecho al cambio de empleo y tuvieron que ponerse a disposición de la Oficina de Utilización de la Mano de Obra. Es verdad que el sindicato logró asegurar a los trabajadores la libertad de abandonar un empleo por un salario superior, pero siempre que mediara el informe favorable del sindicato. Los trabajadores tenían así sus intereses protegidos, pero perdían la libertad en provecho de quienes les representaban.

Los trabajadores no se dieron, al pronto, cuenta de ello, porque los dirigentes sindicales les presentaron la participación del sindicato en las decisiones concernientes a ellos como una difícil victoria

arrancada a los patronos. Lo mismo sucedía con las concesiones relacionadas con los salarios.

Tales hechos indignaron, sin embargo, a la tendencia más extrema de la socialdemocracia, que juzgaba que tanto la «mayoría» como los hombres del tipo de Legien, traicionaban el ideal revolucionario. Como señal de protesta, Karl Liebknecht se negó a votar la renovación de los créditos militares en marzo de 1915. Un diputado de la derecha del partido propuso exiliarlo. Potenciando el desafío, Karl Legien amenazó con irse del partido si esta última decisión no era adoptada. La escisión era inevitable. Bajo la influencia de las ideas de Zimmerwald, una«minoría» se formó enseguida, integrando el grupo de los Independientes con Lebedour, Haase y Kautsky. Este último, sin embargo, al igual que Bernstein, se disoció del movimiento de Zimmerwald. Por el contrario, Liebknecht, Rühle y Rosa Luxemburg adoptaron las posturas de la izquierda zimmerwaldiana y constituyeron pronto el grupo *Spartakus*.

Así pues, resultó claro que en Alemania nada había de común bajo el mismo término: entre las ideas de Zimmerwald, la táctica recomendada por K. Liebknecht o Rosa Luxemburg y la práctica de los sociosindicalistas asociados al Gobierno, había más que un cisma: dos concepciones opuestas sobre el porvenir del Estado y de la sociedad. Los acontecimientos ulteriores iban a demostrarlo.

1918: los sindicatos contra los trabajadores

Durante el verano de 1918, los patronos comprendieron que el káiser y el alto mando llevaban a Alemania a la catástrofe. Discretamente, banqueros e industriales exigieron la abdicación de Guillermo II. Abandonaban así la corona antes que los socialistas mayoritarios, antes que el Reichstag, antes que el ejército.

Simultáneamente esbozaban un acercamiento a los sindicatos y conseguían, el 9 de octubre de 1918, concluir un acuerdo con ellos. Previendo una inminente catástrofe, Hugo Stinnes y Karl Legien se asociaron para prevenir el futuro. Más que la derrota, lo que temían

era la revolución, la formación de soviets como en Rusia. La actitud de los industriales es comprensible, pero ¿y la de los sindicatos? En verdad, convertidos en uno de los engranajes del Estado del antiguo régimen, temían que una revolución les retirase aquel poder, difícilmente adquirido durante los años de la guerra. No había ninguna duda de que los soviets colocarían a la cabeza de la República líderes más extremistas que los dirigentes sindicales. A comienzos de noviembre de 1918, Karl Legien lanzó un ultimátum a los primeros soviets obreros: si intentaban desbordar al sindicato por la izquierda, este suspendería toda actividad y los patronos «decretarían el *lock-out* con sus terribles consecuencias».

A partir de aquel momento, Hugo Stinnes comprendió que había ganado la partida: el 8 de noviembre, Stinnes no cedió ni en la concesión de la jornada de ocho horas ni en el principio de los convenios colectivos y se reservó la libertad de aportar su ayuda a los sindicatos «fraccionistas». El acuerdo, a pesar de todo, fue concluido; un acuerdo que consolidaba un cierto número de ventajas conseguidas durante la guerra. Así, el sindicato se convertía en el escudo de los patronos a cambio de la autoridad que estos le reconocían sobre la clase obrera. Paralelamente, el líder de la socialdemocracia, Ebert, se convertía en el árbitro de la situación. La formación de soviets y el ejemplo ruso amenazaban el desenvolvimiento pacífico de un régimen democrático. Legien había entrado en relaciones con Hugo Stinnes; Ebert concluyó un acuerdo con el general Groener, «del cual guardaba placentera memoria el mundo obrero por su colaboración durante la guerra»: el ejército sostendría la República a condición de que la República mantuviese el orden frente al extremismo.

Los que juzgaron inmorales estas alianzas y se negaron a tomarlas en cuenta formaron, después de 1918, las dos oposiciones al régimen de Weimar: a la derecha, los nacionalsocialistas, y a la izquierda, los espartaquistas.

Desde hacía tiempo, los jóvenes habían rechazado, con un desprecio general, la organización patronal y los sindicatos,

solidarios y cómplices, que engañaban a los trabajadores, unos en su propio provecho y otros por el poder.

Estos acontecimientos tuvieron su epílogo con la llegada de Hitler; pero antes, rebelándose con fuerza semejante contra la «infame connivencia», espartaquistas y derechistas intentaron, pero en vano, hacerse con el poder; los espartaquistas en 1919 y luego la extrema derecha.

La extrema derecha fracasó en 1920, pero triunfó en 1923, cuando Hitler comprendió la necesidad de utilizar solamente la vía de la legalidad; así, estaba seguro de mantener disociados a los socialdemócratas y a los comunistas.

En Inglaterra, rebelión de la «base»

En Gran Bretaña, como en Alemania o en Francia, una porción de los cuadros sindicalistas y de los dirigentes del partido laborista habían dado su adhesión a la Unión Sagrada y practicado la colaboración de clases; la presencia de Arthur Henderson en el Gabinete simbolizaba esta política. Desde 1915, esta política tropezó con un obstáculo que se planteaba por vez primera en la historia de Inglaterra: la cuestión del reclutamiento.

Aún mejor que Poincaré, Briand, Joffre e incluso Kitchener, Asquith y Lloyd George habían comprendido perfectamente que «esta guerra era una guerra industrial..., que la producción lo era todo en aquel combate, que no se ganaría en los campos de batalla de Bélgica o de Polonia, sino en las fábricas de Francia y de Gran Bretaña». Así, habían multiplicado los casos de exención al servicio militar obligatorio. Los sindicatos habían obtenido un derecho de control, usando y abusando de este poder, como en Alemania. En 1916, teniendo necesidad de más hombres todavía, el Gobierno introdujo la práctica de la *dilución,* esto es, de diluir o sustituir con mujeres, con jóvenes, etc., a los trabajadores susceptibles de ser enviados al frente. Los obreros cualificados protestaron con violencia; se enfrentaron con el Gobierno, con los patronos y con la

dirección sindical que estaban coaligados, satisfecha esta última de poder añadir a su clientela la masa de aquellos a los que procuraba trabajo.

De allí surgió una revuelta de la base obrera. Esta revuelta se apoyaba en el movimiento de los *Shop Stewards,* los comités de fábrica que no querían que pasara a las centrales sindicales el poder de decisión en materia de huelga y de reanudación del trabajo. Su acción databa de varios años atrás, del mismo modo que eran anteriores a la guerra las causas de las grandes huelgas que estallaron en 1915 y en 1916 en las minas de Clyde o del País de Gales. Así, los mineros no se rebelaban ni contra la Unión Sagrada ni contra la legitimidad de la guerra, puesto que el 45% de ellos se había enrolado voluntariamente; pero sabían que el precio del carbón había aumentado y que, paralelamente aumentaba el beneficio de los propietarios de las minas. Cuando la patronal les negó el salario mínimo prometido desde hacía muchos años, que correspondía a un aumento que variaba de un 5 a un 20%, según las regiones, los mineros protestaron. Seguros de su derecho y deseosos de mantener la cadencia de la producción, decidieron no ir a la huelga y apelar al arbitraje del Gobierno. Asquith se pronunció en favor de pequeños reajustes, ni siquiera hechos a escala nacional. Esta vez, rebelándose contra la injusticia de la sentencia, los mineros fueron a la huelga. El Gobierno arrojó el guante, invocando las necesidades de la defensa nacional y trayendo a colación la *Munition War Act.*

El encanto de la Unión Sagrada quedó así roto y un conflicto entre patronos y empleados se convirtió en un acto de rebelión contra la autoridad del Estado. Desde entonces no gozó el Estado de la misma confianza. El problema de la legitimidad de la guerra se encontró planteado así como mera consecuencia, ya que los temas pacifistas sobre la guerra, sobre su naturaleza, iban surgiendo con la experiencia práctica de los trabajadores. En el caso de la huelga de los mineros, como con motivo de la «dilución», el comportamiento de las *Trade Unions* se había prestado a equívocos. La base *(Rank*

and File) les negó el derecho a ejercer la autoridad que sus dirigentes se habían arrogado. A partir de entonces, una buena porción de los trabajadores disoció su combate de la lucha que el Gobierno sostenía contra el enemigo nacional; la curva del movimiento de huelgas lo atestigua así.

Periódicos como *The Call, Forward* y *The Pioneer,* se hicieron abiertamente pacifistas. Encontraban aliados hasta en el Parlamento, en donde la minoría del partido laborista, el Independent Labour Party, desarrollaba temas semejantes. Una Unión del Control Democrático, muy antigubernamental, reclutó un millón de miembros antes de acabar el año 1916. Su acción cobró una amplitud particular inmediatamente después de la Revolución rusa.

En Italia: «Ni adherirse ni saboterar»

No ocurrió lo mismo en Italia, donde, hasta 1917, el intervencionismo de izquierdas fue más activo que la oposición obrera, a despecho de la postura oficial adoptada por el partido socialista, que se había adherido a las ideas de Zimmerwald. Este logró difundir sus tesis deslizándolas en *Avanti,* cuya redacción había enviado una edición falsa a las autoridades. Pero si la guerra no era muy popular, el derrotismo tampoco lo era. Además, los dirigentes pacifistas estaban expuestos al aparato de represión, particularmente severo en Italia. La reglamentación del trabajo, por ejemplo, estaba calcada sobre el Código militar y el abandono del puesto era asimilado a la deserción.

En estas condiciones, la propaganda del partido socialista bajó de tono, adoptando con Lazzari el eslogan «Ni adherirse ni sabotear» *(Ne aderire, ne sabotare).* Hasta que la fatiga no lograse invadir grandes capas de la población, cualquier otra actitud fue juzgada como aventurada. Italia había entrado bastante tarde en la guerra; a finales de 1916, tras la alerta de Asiago, los signos de descontento y de cansancio no eran todavía muy numerosos. En Rusia, en cambio, iban a derribar el régimen.

Rusia

Las huelgas se habían reanudado con amplitud extraordinaria: la penuria, el descenso del poder de adquisición y la represión despertaban un descontento creciente; se estaba también cansado de la guerra, pero los trabajadores dudaban en manifestar sus sentimientos pacifistas; era algo que chocaba contra su patriotismo y convertía sus acciones en sospechosas para la Duma. Las huelgas obedecían a motivos políticos tanto como económicos, por una especie de retorno a la tradición revolucionaria de preguerra.

Juzgando que los hechos comenzaban a darle la razón, Lenin se hizo intransigente. El 23 de agosto de 1915 escribió a Sliapnikov, que había permanecido en Rusia, lo siguiente:

> Los franceses militares ayudan al derrumbamiento del zarismo y facilitan la unión de los trabajadores revolucionarios de Rusia de los demás países:
>
> l. Nuestra victoria hará cien veces más poderoso el movimiento de izquierdas en Alemania.
>
> 2. Una vez vencido el zarismo, propondremos la paz sobre bases democráticas a todos los beligerantes, y si se rechaza nos lanzaremos a una guerra revolucionaria.

En 1916, acabando la redacción de *El imperialismo, etapa superior del capitalismo,* Lenin consideraba que estallaría una revolución, no en el país donde el capitalismo fuera más fuerte, sino en un Estado económicamente poco desarrollado. La guerra trastocaba así los términos de la dogmática marxista y hacía la explosión más probable en Rusia que en ninguna otra parte. Lenin pensaba igualmente que el levantamiento de las nacionalidades contribuiría a ello y que hacía falta alentarlas.

Las peleas entre las distintas tendencias dividían cruelmente el movimiento obrero, que, sin embargo, era unánime en su odio al régimen. En estas condiciones, los militantes podían sentir por la autocracia un odio tenaz, pero el hecho parecía sin consecuencias.

Nadie podía imaginar que el encadenamiento de las consignas, aunque fueran contradictorias, podía conducir a la revolución.

Un informe de la Policía, fechado a comienzos de 1917, describe los sentimientos de la clase obrera, las dificultades de la vida, el hastío producido por la guerra:

> El proletariado de la capital está al borde de la desesperación; se cree que la más pequeña explosión, debida al pretexto más insignificante, conducirá a revueltas incontrolables con docenas de millares de víctimas. Las condiciones de tal explosión están ya cumplidas; la situación económica de las masas, a pesar de la importante elevación de los salarios, está tocando la extrema miseria... Incluso aunque se estime que los salarios han aumentado en un ciento por ciento, el coste de la vida se ha elevado en un trescientos por ciento. La imposibilidad de conseguir los productos, la pérdida de tiempo que suponen las horas de cola delante de los almacenes, la mortalidad creciente debida a las malas condiciones del alojamiento, al frío y a la humedad, resultante de la falta de carbón..., todas esas condiciones han creado tal situación que la masa de los obreros industriales está dispuesta a dejarse llevar a los excesos más salvajes de una revuelta de hambre.

Por contagio, el descontento pasaba de la retaguardia a las tropas, desde los batallones de primera línea hasta los de la reserva; irritados ya contra sus oficiales, considerados como responsables de las hecatombes de 1915, los soldados arrojaban sobre los *barines* las culpas de todas las desdichas del tiempo. Sus cartas estaban llenas de invectivas contra los responsables y se hablaba de «un ajuste de cuentas» para cuando la guerra acabase o quizá antes.

El alza global en 1917 se muestra claramente. En Rusia empieza en 1916.

La modestia relativa del movimiento de las huelgas en Alemania y en Francia se acusa mejor en esta forma de cálculo que en el cuadro 2. Lo mismo ocurre con respecto al vigor del movimiento en Gran Bretaña e incluso en Italia.

En cuanto al año 1914, hay que recordar que la guerra comenzó en el segundo semestre y, por tanto, el declive que se extiende de

julio de 1914 a octubre de 1916 no es tan claro como tendría que mostrarse.

Cuadro 2. Movimiento de huelgas

	1913	*1914*	*1915*	*1916*	*1917*	*1918*
Rusia	2.404 887.096	3.534 1.337.458	928 539.528	1.410 1.086.384	1.938	
Gran Bretaña	1.459 664.000	972 447.000	672 448.000	532 276.000	730 872.000	1.165 1.116.000
Francia	1.073 220.000	690 162.000	98 9.000	314 41.000	697 294.000	499 176.000
Alemania	2.127 266.000	1.115 61.000	137 14.000	240 129.000	561 667.000	531 392.000
Italia *Industria*	810 385.000	782 173.000	539 132.000	516 121.000	443 164.000	303 158.000
Italia *Zona rural*	97 80.000	123 44.000	69 48.000	61 15.000	29 6.000	10 700

La primera cifra indica el número de huelgas, y la segunda, el número de huelguistas.

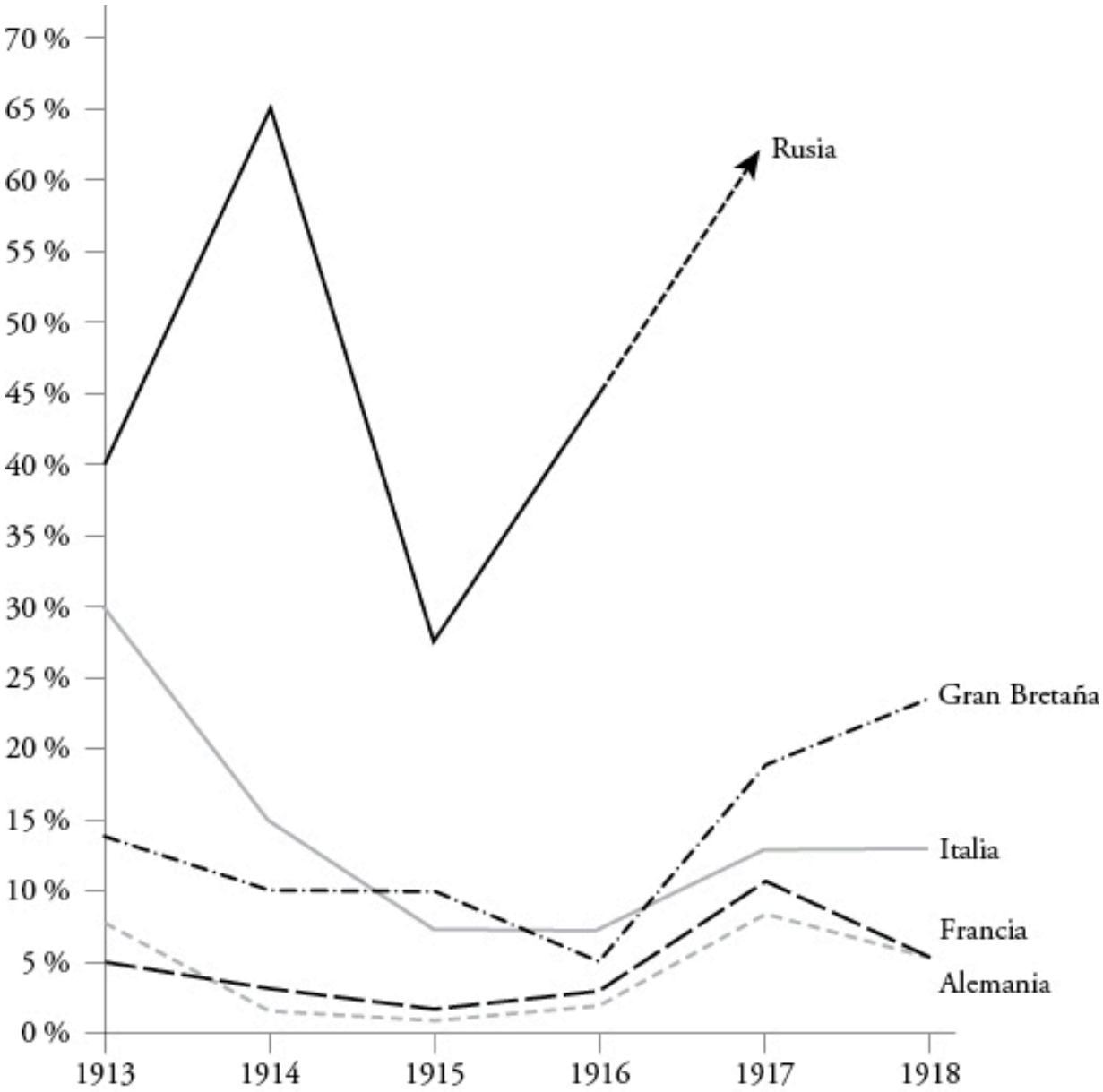


Gráfico 1. Porcentaje de huelguistas en relación al número de obreros de fábrica.

---

23 En comparación con el año 1914 (= 100), el índice respectivo de los salarios reales y de los precios alimenticios era –tres años después– en Inglaterra, de 118 y 170; en Francia, de 130 y 174; en Italia, de 138 y 184, etc. En Alemania el precio de la ropa y del calzado subió seis veces en cuatro años.

CAPÍTULO 15
Las crisis de la guerra

Variaciones en el «mapa de la guerra», divergencias sobre los fines que había que perseguir, aparición de tensiones sociales de un tipo nuevo, resurgimiento de conflictos antiguos, constituyeron otras tantas causas que motivaron «crisis» y que sacudieron a las naciones. Gastados por la guerra, los engranajes económicos amenazaban con romperse, el tejido social con desgarrarse y la relación de autoridad con desaparecer.

Modificaciones ministeriales

Por lo demás, si bien no imaginaba nadie que la Gran Guerra pudiera alumbrar varias revoluciones y, sin tardar mucho, unos regímenes tan nuevos como el fascismo o el comunismo, algunos cerebros habían presentido que «la guerra civil europea» podía poner en peligro la hegemonía de la vieja Europa, los fundamentos y los valores de la sociedad occidental. Hombres como Giolittien en Italia, Joseph Caillaux en Francia, lord Lansdowne en Inglaterra o incluso Max de Baden en Alemania, supieron elevarse por encima de las coyunturas políticas y militares; pero en el clima de histeria patriótica de los años de la guerra se les calificó de terroristas. Así le ocurrió a Joseph Caillaux en Francia, a quien sus enemigos, Poincaré y Clemenceau, acusaban de más cosas de las que realmente se le podía acusar, ya que mantenía una prudente reserva. En el fondo, las ideas «europeas» de este antiguo abogado del acercamiento francoalemán eran poco populares; Caillaux confiaba su *Bonnet*

rouge a un testaferro, Almeyrida, que iba a servir de blanco a los disparos procedentes del círculo de la Acción Francesa y de Clemenceau.

Las cosas sucedían de manera distinta en Italia, donde la tendencia neutralista recibía el triple apoyo de la extrema izquierda, de la «mayoría» giolittiana y de la Iglesia. Naturalmente, los unos deseaban la paz para prevenir la revolución y los otros para realizarla; pero sus fuerzas se conjugaban, debilitando el esfuerzo de guerra.

En Inglaterra, el memorándum presentado a finales de 1916 por lord Lansdowne, el padre de la *Entente Cordiale,* revelaba el desaliento de ciertos medios políticos y económicos. Contra este estado de ánimo, que Asquith compartía un poco, Lloyd George y Boriar Law reaccionaron, exigiendo, como Clemenceau en Francia, métodos gubernamentales más dinámicos y una total subordinación de los intereses privados a las exigencias de la defensa nacional. La formación de un gabinete de guerra restringido, del que fue eliminado Asquith, prefiguraba la concentración del poder, su personalización.

En Rusia, como consecuencia de los fracasos del año 1915, Nicolás II había reemplazado al gran duque Nicolás en el mando de sus ejércitos. Esta decisión, así como la de sostener al viejo Goremykin y luego la de llamar a Sturmer, reputado germanófilo y protegido de Rasputín, suscitaron la oposición de todos los medios, incluso de los más conservadores. A finales de 1916 se tramaba una conspiración palaciega, de la que fue víctima el *starets,* que pereció asesinado. Un complot más amplio, que reunía a los diputados de la Duma, a algunos generales y a ciertos grandes duques, tenía por objetivo desembarazarse de la persona misma de los soberanos, cuyo comportamiento e incapacidad podían ser fatales a la monarquía. Se trataba asimismo de salvar al país y de prevenir la revolución que amenazaba con estallar en las calles.

En Francia, las modificaciones ministeriales revelaban los cambios de la coyuntura política o militar. En 1915, Viviani y Delcassé

tuvieron que dar paso a Briand después de la interpelación de Accambray y la entrada en la guerra de Bulgaria. Un año más tarde, el reemplazo de Joffre por Nivelle se produjo junto con una transformación del Gabinete Briand. Este Gabinete tuvo que bregar enseguida con un Parlamento que, satisfecho de su victoria sobre el alto mando, pretendía desde entonces manejar a su voluntad al Gobierno, mientras el movimiento de las huelgas se reanudaba en el país y la posición socialista se reforzaba. A finales de 1916, la participación de los socialistas en un Gabinete «burgués» era aprobada solamente por 1.637 mandatarios contra 1.372: ¿significaba aquello el fin de los gobiernos de Unión Sagrada? Deseoso de mantener sus relaciones con la izquierda, el hábil y sinuoso Aristide Briand prefirió dejar el puesto al viejo Ribot. El líder moderado no estaba falto de perspicacia ni de sagacidad; firme y mesurado, sentía horror por la demagogia y la hipocresía; razón por la cual Poincaré y Clemenceau le acusaron de falta de carácter. Con la ayuda de Painlevé, Ribot dio de lado, sin embargo, a Nivelle después del desastre del *Chemin des Dames.* Luego, recomendando la moderación, cubrió a Pétain, que así pudo reducir la más grave de todas las crisis de la guerra que conoció Europa antes de la Revolución rusa, a saber, las sediciones del ejército.

Los motines

Abril de 1917. En el ejército francés estallan sediciones. Algunos soldados se niegan a combatir, maltratan a los oficiales; el movimiento se extiende como una mancha de aceite y alcanza a un gran número de batallones; algunas unidades quieren hasta marchar sobre París, derribar al Gobierno y proclamar la paz. ¿Va a extenderse el movimiento a todo el ejército? No; el alto mando logra reducirlo. Por su parte, después del fracaso de la batalla del *Chemin des Dames,* el Gobierno ha sustituido a Nivelle por Pétain, encargado así de levantar la moral y organizar la represión. Pero ¿a qué precio?

¿Y por qué razones tal movimiento había ganado así al ejército francés? Doble misterio.

Naturalmente, en 1917-1918 la censura prohibía que se hiciera la menor mención del drama de las sediciones; pues con ello se jugaban la «moral de la nación» y su «seguridad».

Ya se trate de las causas de las revueltas o de su represión, ese drama dio lugar a afirmaciones tanto más perentorias cuanto que unos y otros estaban persuadidos de que no se les podrían rebatir; pero gracias a los trabajos de Guy Pedroncini es posible conocer hoy la realidad de los hechos.

Según la opinión de algunos altos jefes militares, los que se negaban a combatir eran,

> […] los malos soldados; los más valerosos y enérgicos morían... La infantería contaba con un gran número de *recuperados,* es decir, de soldados dados por inútiles que habían sido, sin embargo, reclamados..., y que estaban descontentos por tener que arriesgar a su vez la piel.

Pero para la mayor parte de los generales, digamos, para las cuatro quintas partes, no cabía ninguna duda de que «el origen de estos movimientos parecía provenir cada vez más de organizaciones clandestinas que funcionaban en la retaguardia y cuyas decisiones se transmitían por los soldados con permiso». El portavoz más ardiente de esta tesis es, sin duda, Franchet d'Esperey.
El día 4 de junio de 1917, Franchet escribe a Pétain:

> La situación es clara. Se trata de una organización general que tiene su sede en París, actúa bajo la instigación de los alemanes y tiende a entregar a Francia al enemigo. Corresponde actuar al Gobierno atacando a las cabezas del movimiento.

Esas cabezas, naturalmente, eran los pacifistas, los socialistas, los anarquistas, los revolucionarios de toda laya, cómplices todos, y que habían logrado filtrarse hasta en el Ministerio del Interior.

Esta afirmación del alto mando tenía que comprobarse. Efectivamente, el movimiento pacifista logró extenderse entre los regimientos del frente, con frecuencia, a través del canal de los

maestros. Ahora bien –sostiene Pedroncini–, no fueron estos regimientos los que se sintieron particularmente animados por los movimientos colectivos de desobediencia. El análisis sistemático de la extensión de los motines en el espacio y en el tiempo permite resolver la cuestión de las causas del movimiento:

> En primer lugar se concentra de Soissons a Auberive lo esencial de las revueltas, tanto por lo que se refiere a su gravedad como a su frecuencia. Y este es el sector de la ofensiva del 16 de abril y de comienzos de mayo.
>
> Al oeste de Soissons comienza la zona prácticamente libre de todo incidente. Corresponde a la parte del frente francés en que se mantuvo la calma. Esta parte no vio alterada su calma más que un solo día: el 13 de abril, día en que el III Ejército del general Humbert lanzó su ofensiva.
>
> De Auberive a la frontera suiza el frente aparece marcado por una estrecha franja de incidentes, cuya porción más intensa tiene a Verdún por centro.
>
> Esta división del frente francés en tres sectores confirma una hipótesis: fue la ofensiva, tanto por su fracaso a causa de las malas condiciones de su preparación como por el temor de que aquella ofensiva resultara inútil, la que determinó las zonas de actos colectivos o limitados de desobediencia.
>
> El nombramiento de Pétain no cambió nada al principio, mientras las ofensivas y los ataques continuaron; los hombres esperaban que las detuviese. Desde el momento en que resultó con claridad que esta era la nueva dirección de la guerra, el movimiento perdió su fuerza y ello sucedió incluso antes de que tuvieran lugar las primeras ejecuciones. Algunas de las causas particulares y locales estuvieron actuando acá y allá ulteriormente, pero el movimiento quedó roto. Cuando Pétain quiere atacar en Verdún reaparece una indudable tensión en las unidades que van a participar en la ofensiva.
>
> Cansancio de la guerra, sin duda; pero, sobre todo, rechazo de una cierta forma de guerra; tal es la hipótesis a la que conduce el estudio de la extensión de las revueltas en el espacio.

Estas conclusiones, según se ve, no tienen más que una relación lejana con el diagnóstico de los altos jefes militares. El testimonio de los archivos es inapelable. Además, ninguno de los jefes había hablado de los errores del alto mando. ¿Es cosa que haya de asombrarnos? Painlevé ordenó inmediatamente una investigación para examinar las condiciones en las que Nivelle había preparado y

ordenado la ofensiva de abril. Nivelle fue relevado de su puesto; había cometido errores y la historia oficial hizo de él cabeza de turco, lo que no es justo, ya que el fracaso del *Chemin des Dames* fue mera continuación de otros muchos fracasos, de otras vanas tentativas, anunciadas siempre por el Estado Mayor como acciones que tenían que conducir infaliblemente a la victoria. Fue la acumulación de estos errores, la despreocupación de los jefes y la incomprensión de la retaguardia lo que explica la desesperación de los soldados y su rebelión, que estalló después del fracaso del *Chemin des Dames.*

Estos soldados dejaron un testimonio que J. N. Jeanneney ha conservado y que ha tenido a bien comunicarnos:

> Nos negamos a obedecer, no para hacer una revolución, que hubiera sido inevitable si continuamos con el movimiento. Por el contrario, nos manifestamos para atraer la atención del Gobierno y para hacerle comprender que éramos hombres y no bestias que se llevan al matadero.

Y así se grita «Abajo la guerra», etc., se canta la *International,* pero eso no impide luego «cumplir con el deber». A lo que se niegan es a servir de carne de cañón para contribuir a los ascensos de «esos señores llenos de galones».

Excluyendo los numerosos incidentes que se originaron en las estaciones, que no son explícitamente actos colectivos de desobediencia, Pedroncini calcula el número de manifestantes efectivos de treinta mil a cuarenta mil. ¿Cuál fue la importancia de la represión? *Le Progreès Civique* daba, en 1920, la cifra de 2.700, afirmación repetida más tarde por el historiador Albert Mathiez y por otros. En 1934, *Le Crapouillot* indicaba que 1.637 soldados fueron fusilados entre 1914 y 1918; de ellos, 528, en 1917. El periódico de Galtier-Boissiére añadía: «Algunos autores estiman, sin embargo, que, aparte de las ejecuciones sumarias en los campos de batalla, el número de ejecuciones regulares se aproximó a las 2.500». Recientemente se recordaba todavía que en 1917 los consejos de guerra habían pronunciado 38.315 condenas, mientras que, a la

inversa, Chastenet indica 150 condenas capitales, de las que 23 fueron ejecutadas. Se ha hablado igualmente de «diezmación» y Jean Giono, que habló de esto en uno de sus libros, replicó a Pedroncini que, por su parte, él había oído hablar, pero no había visto nunca semejante «diezmación». Como advierte *Liberté* del 1 de enero de 1968, Barbusse no empleó nunca a este respecto más que el condicional. A decir verdad, se ve claramente cómo nació esta «leyenda»: a veces se echó a suertes entre los rebeldes para elegir los que se llevaban a consejo de guerra. Ello no quiere decir que todos ellos fueran fusilados o que el alto mando procediera sistemáticamente a este sorteo. El clima de la época y la solidaridad entre los combatientes hacían imposibles las ejecuciones sumarias; los responsables se hubiesen hecho linchar. Podemos preguntarnos, sin embargo, si no fueron usadas ciertas formas de represión ilegales, tales como las de enviar a misiones imposibles a grupos de soldados mal arrepentidos o las de llevarlos a secciones disciplinarias, etc.

Es cierto que el alto mando tenía costumbres sorprendentes; así, Joffre, cuando la retirada de Charleroi, ordenó que los fugitivos fueran perseguidos y pasados por las armas; en noviembre de 1914, Pétain hizo ejecutar a un cazador «para dar ejemplo», y Joffre aprobó esta medida. La severidad y lo arbitrario de esta «justicia militar» habían suscitado la reacción de los poderes civiles, pero fue preciso esperar a enero de 1915 para que el presidente de la República consiguiera ser consultado antes de toda ejecución capital. Por entonces habían sido ya fusilados unos cincuenta soldados. Al menos, a comienzos de 1917 la justicia militar funcionaba en condiciones casi regulares y después de los motines puede considerarse que decretó 3.427 condenas en total, o sea un 10% aproximadamente de los sediciosos. De este total, 554 fueron condenados a muerte y 49 ejecutados. Cifra esta menos elevada que la transmitida por la tradición antimilitarista, pero considerable, sin embargo, y tanto más sorprendente cuanto que los verdaderos responsables (es decir, los que habían preparado mal la ofensiva y

que, sin embargo, la habían aconsejado u ordenado, cuando no se reunían las condiciones necesarias para el éxito) no fueron condenados. En todo aquel asunto, Pétain desempeñó un papel que parece claro: quiso que se llevara a cabo una represión limitada e implacable al mismo tiempo. Pétain estaba en condiciones de comprender mejor que otros generales el origen real de los motines, ya que estos encajaban con las posiciones que él mismo había adoptado frente a Nivelle y a Joffre. Al decidir, el 19 de mayo de 1917, renunciar a las operaciones costosas, Pétain hacía el gesto que los hombres querían ver traducido en hechos, antes de reintegrarse al deber. Porque las sediciones no eran «una negativa a combatir, sino a una cierta manera de batirse». Pétain lo comprendió y se aprovechó de ello; no era, en realidad, un abogado de la defensiva a toda costa, pero lo hizo creer. Adquirida así su popularidad, ya no la perdió nunca.

El movimiento de las sediciones conmovió aún más a los círculos dirigentes que el fracaso del *Chemin des Dames.* Estos círculos las asociaban al desarrollo de las huelgas y a los progresos del pacifismo. Es cierto que en Rusia manifestaciones de civiles, menos graves al comienzo, habían degenerado en algo importante: los soldados habían dado la mano a los trabajadores y habían derribado el antiguo régimen. Su primer gesto había sido el de abolir la antigua disciplina. ¿Sería el siguiente la conclusión de una paz por separado?

La revolución de febrero

En Rusia, hacia mediados de febrero, las autoridades de Petrogrado decidieron establecer las cartillas de racionamiento. El público se enteró y a la mañana siguiente las filas se habían hecho interminables a la hora de abrir las panaderías, luego en las tiendas de ultramarinos, en las carnicerías, etc. Algunas tiendas, vaciadas en pocas horas, echaron los cierres. Se formaron grupos y se rompieron los escaparates. En los días siguientes se repitieron estos incidentes.

Estallaban, por lo general, tras largas horas de espera, a veinte grados bajo cero, cuando la muchedumbre oía el *Nietu* fatídico «ya no queda».

Saltando por encima de las prohibiciones del gobernador de la capital, las organizaciones legales e ilegales movilizaron a los trabajadores, que desfilaron por la ciudad, seguidos pronto por la muchedumbre de todos los descontentos. Se gritaba: «Pan», «Abajo el zarismo», «Abajo la guerra». El espíritu general era bastante alegre y los manifestantes se llevaron tras ellos a los cosacos, encargados de mantener el orden. Esos grupos dispersos se hicieron revolucionarios el día en que los soldados, furiosos por haberse visto obligados por sus oficiales a disparar contra la multitud, se sublevaron, se unieron a los manifestantes y marcharon con ellos sobre el Palacio de Táuride, sede de la Duma. Los diputados, pusilánimes e inquietos, se preguntaron si aquel ejército iba a atacarlos o a protegerlos.

> Preocupados, emocionados, estrechándose, para darse ánimos, los unos contra los otros, los diputados sentían íntimamente que existía algo terrorífico, peligroso, que amenazaba incluso a los que habían combatido contra el zarismo. Y aquella cosa desconocida y aterradora era la Calle.

Contra el parecer de sus colegas, Kerenski se lanzó entonces al encuentro de los soldados y les deseó la bienvenida. Con su iniciativa había salvado la alianza del pueblo y de la Asamblea: ya entonces no había poder legal en la capital; los ministros habían huido; todo el ejército se había sumado al movimiento. Aquel mismo día, el 27 de febrero, un grupo de militantes y de obreros, liberados de la prisión de los Krestys, llegaba a la Duma. Hablaban de formar un soviet y pedían a Kerenski y a Chekeidze, un líder menchevique, que intercedieran para que la Duma les dejara reunirse en el Palacio de Táuride. Así, bajo el nombre de soviet, un grupo revolucionario se declaró a sí mismo Estado Mayor de la revolución. Presidido por Chekeidze y Kerenski, este grupo integraba una mayoría de socialistas moderados. Chliapnikov y Molotov eran los únicos

representantes de los bolcheviques en el Buró, que comprendía unos treinta miembros. La Duma, inquieta por la formación de este soviet, se constituyó entonces como un «Comité para el restablecimiento del orden y para las relaciones con las instituciones». El nombre explicaba el programa. Los soldados rebeldes promulgaron entonces el Prikaz I, por el que se negaban a obedecer a sus antiguos oficiales y declaraban que no aceptarían más que las órdenes provenientes del soviet. El comité de la Duma entró en conversaciones con ese soviet, con vistas a la formación de un gobierno provisional. Después de muchas discusiones, el soviet aceptó este principio «en la medida en que el Gobierno aplicase un programa con el que estuviese de acuerdo».

Los jefes del soviet aprobaron la elección del príncipe Lvov como presidente del Gobierno provisional, así como de Guchkov y Miliukov para Guerra y Asuntos Exteriores, respectivamente. Para dar al Gabinete un tinte revolucionario, los miembros de la Duma insistieron en añadir a Chekeidze y a Kerenski. El primero se negó, pero Kerenski aceptó, pasando por encima de las decisiones del Buró del soviet. Kerenski hizo un llamamiento a toda la Asamblea y procuró de cierta manera que le eligiesen por plebiscito.

Dos graves incógnitas se cernían sobre el destino de la revolución: la actitud de Nicolás II y la del Estado Mayor. En la tarde del 1 de marzo, después de cinco días de tiroteo, cuando se constituía el Gobierno de la revolución, se ignoraba qué decisiones podían ser tomadas por los unos o por los otros.

Mientras tanto, seguro de que el nuevo Gobierno no pretendía proclamar la República, el generalísimo Alexeiev había propuesto someter un manifiesto al zar. Cuando comprendió más tarde que para salvar a Miguel era preciso sacrificar a Nicolás II, invitó a los comandantes de los ejércitos a enviar al zar un telegrama recomendándole la abdicación, «para salvar la independencia del país y asegurar la salvaguardia de la dinastía». Los generales del imperio, salvo Evert, respondieron enseguida aplicando respetuosamente su revólver sobre las sienes del monarca adorado.

Nicolás II, que había dado pruebas de una pasividad increíble en los días anteriores, no intentó siquiera resistir. Se deshizo del imperio como un comandante de un escuadrón de caballería. En su diario apuntó, sin embargo: «Salgo de Pskov con el alma oprimida por lo que acabo de ver. A mi alrededor no hay más que traición, cobardía y perfidia»[24]. La efervescencia había vuelto a Petrogrado. Se había olfateado el proyecto de que Miguel sucediera a Nicolás II. La ciudad se rebeló de nuevo. Kerenski y Lvov decidieron ir a buscar a Miguel para pedirle que abdicase a su vez. Miliukov quería convencer a Miguel II de que resistiera. Pero Miguel, sin vacilar, aceptó la abdicación.

El nuevo régimen y el problema de la prosecución de la guerra

El éxito de la revolución fue tan inesperado como su desencadenamiento. El alto mando se sumó al nuevo régimen siguiendo el ejemplo de los grandes duques y de los notables. En provincias el antiguo poder gubernamental desapareció de golpe. Sin esperar que llegasen instrucciones, la población instauró enseguida nuevas autoridades. En el espacio de algunos días no huho ciudad, de Minsk a Vladivostok, que no se proveyera a sí misma de su administración revolucionaria, soviet o comité. El 17 de marzo de 1917, cuarenta y nueve ciudades habían organizado su soviet; había setenta y siete soviets de ciudades el día 22 de marzo, a los que hay que añadir los soviets de campesinos o de soldados y los comités revolucionarios de todas clases.

Así, de nuevo régimen tenía a su cabeza «un poder doble»:

l. El Gobierno, que se proponía mantener las estructuras del Estado y estar al frente de la Administración.
2. El Soviet de Petrogrado, poder de protesta, al cual iban a federarse los soviets de provincias.

Los partidos políticos eran igualmente fuerzas que ejercían su acción sobre los soviets, en espera de dirigirlos. Pero, en aquellos días, fue la opinión pública la que expresó su voluntad con más determinación; hizo conocer al Gobierno, a los partidos y a los soviets sus exigencias. El porvenir del régimen de febrero dependía de la manera como unos y otros respondiesen a ellas.

Los hombres que se agrupaban en el Gobierno habían querido siempre que se estableciera en Rusia un régimen de tipo parlamentario al modo occidental. Al tomar el poder, en marzo de 1917, no se proponían echar abajo el orden económico y social, sino renovar el Estado y ganar la guerra, dejando a una asamblea constituyente el cuidado de proceder a reformas de estructura. Diferían, sin embargo, en la elección de los métodos. Según Guchkov y Miliukov, cualquier concesión a los socialistas aceleraba la marcha hacia la catástrofe, y, por tanto, era menester comenzar a combatir a los soviets. Para hacerlos desaparecer, Kerenski juzgaba, a la inversa, que era preciso introducir en el Gobierno a los cabecillas.

A raíz de la caída del zarismo, los pueblos de Rusia hicieron conocer sus aspiraciones a un mundo mejor. A las reivindicaciones tradicionales de los obreros y de los campesinos se oponían, naturalmente, los propietarios, que echaban mano del pretexto de las necesidades de la guerra para no cambiar el orden establecido; los obreros, soldados y campesinos se daban perfectamente cuenta de las dificultades del problema. Sin embargo, solidarios y resueltos a exigir reformas y mejoras inmediatas, y divididos en el asunto de la guerra, no se atrevían a abordar aquel tema más que con mucha prudencia, «porque muchos no comprendían la consigna de "Abajo la guerra"». El grito se escapaba, sin embargo, a hurtadillas al salir de los mítines. Pero los obreros de las fábricas químicas del Parque de Artillería gritan: «Viva la guerra», así como los empleados de las fábricas eléctricas del frente del Norte. El cuerpo de los ferroviarios, sobre todo, se muestra, en conjunto, muy patriota.

En el ejército, el problema de la guerra no había sido abordado de la misma manera; los soldados se rebelaron en primer lugar contra

el comportamiento de sus oficiales. Tal fue el sentido del célebre *Prikaz* I, que significaba, no «la muerte del ejército», como el alto mando ruso o aliado se complacían en repetir, sino la muerte de un cierto concepto de la disciplina dentro del ejército.

Aquel texto dio rápidamente la vuelta a Rusia, a pesar de los esfuerzos del alto mando por impedirlo. Correspondía también a las aspiraciones de las tropas, que en todas partes en donde se tuvo conocimiento de él se aplicó:

> A cada orden que les daba, cuenta el general Dragonirovlos, soldados me respondían: «Ahora eso ya no se hace». Uno de ellos se refería siempre a un texto impreso que llevaba en la mano: «No –decía–; eso ya no se hace». Y cuando quise ver ese texto, se negó a dármelo. (Informe al general Ruskij).

Dando a algunos artículos del *Prikaz* I una interpretación bastante amplia, los soldados retiraron el mando a un cierto número de oficiales. Las razones que alegaban los soldados de la Sección V del I Regimiento de reserva traducían las quejas de los soldados con respecto a los oficiales: lenguaje grosero al tratarlos, violencias físicas contra los soldados, injusticias, sanciones excesivas, abusos de autoridad.

Estos agravios explican las violencias de que fueron víctimas los oficiales cuando la tropa vio que se negaban a reconocer que tenía que surgir en el ejército un nuevo orden. Los oficiales no dejaban de cantar las virtudes del retorno a la vieja disciplina, cosa que «abrió un abismo entre ellos y los soldados». Los oficiales, por más que trataron de explicarse y de seguir explicándose, no fueron escuchados. Los soldados eran seres humanos; querían que mejorasen las condiciones de su existencia, que el Estado pensara en lo que valía su sacrificio y en el sacrificio de las familias, muchas veces privadas de recursos. El Regimiento número XV de Tiradores expuso toda una serie de reivindicaciones que podrían compartir los soldados de todos los países:

l. Mejora del sueldo.

2. Acrecentamiento de las subvenciones a las familias de los soldados y garantía contra la pérdida de la capacidad de trabajo, medida absolutamente indispensable, ya que el ejército, una vez seguro del porvenir de los suyos, podrá consagrarse por entero a la lucha contra el enemigo.
3. Dar ciertas garantías a los soldados que, por culpa de la guerra, hayan perdido su capacidad de trabajo.
4. Introducción de elecciones para el nombramiento de cierto número de cargos.
5. Mejoramiento de las condiciones de vida del soldado y particularmente de las condiciones sanitarias.
6. Supresión del saludo militar y del cuadrarse.
7. Prohibir, como propone el Comité de oficiales, el tratar de asuntos políticos en el seno del ejército, sería volver al antiguo régimen.

Como muestra el punto 2, la aspiración de los soldados a la paz, por natural que fuese, dejaba paso a su patriotismo. Son numerosos los testimonios de los jefes bolcheviques que revelan la dificultad que encontraban al abordar este problema en las asambleas de soldados. Los soldados querían mostrarse dignos de «las responsabilidades que la revolución había hecho caer sobre ellos»; esto era «cuestión de honor entre ellos y sus antiguos oficiales». Querían arrebatarles «el monopolio del patriotismo» que estos últimos se habían arrogado.

Naturalmente, los soldados deseaban el fin de la guerra y con frecuencia pidieron al Gobierno que iniciase conversaciones serias, pero le otorgaban carta blanca sobre el procedimiento que habría que utilizar y entendían que debían llevarse a cabo y sobre la base de que la paz no perjudicara a Rusia. No obstante, las posturas de los oficiales les obligaron a revisar la propia postura y los oficiales se encontraron entonces con lo contrario de lo que buscaban: los soldados llegaron a criticar el principio mismo de la continuación de la guerra, defensiva o no, ya que presintieron que los oficiales esperaban resucitar de esta forma el antiguo régimen, cuando la aspiración suprema de los soldados era precisamente su anulación. «Decididamente –concluían los soldados y los suboficiales de la

fortaleza de Kiev–, los oficiales no han entendido nada del sentido de nuestra revolución».

---

24 Guardado en residencia vigilada, Nicolás II fue asesinado en 1918 por unos soldados rojos que temían que los ejércitos blancos de Kolchak viniesen a liberarle.

CAPÍTULO 16

Paz revolucionaria, paz de compromiso, paz victoriosa

Hasta la Revolución rusa, el problema de la legitimidad de la guerra y de sus fines fue asunto del Gobierno. Desde luego, se había ido creando una oposición, especialmente en Alemania, que protestaba, tanto del modo como la guerra era llevada como de los fines que el Gobierno perseguía. No obstante, esta oposición no tenía consecuencias porque, gracias a las armas de la propaganda, al control de la información y de la prensa y a la censura, las clases dirigentes tenían a la población en sus manos: los verdaderos disconformes seguían siendo un puñado.

Con la caída del zarismo todo cambió: en Petrogrado, el poder pasa a manos de un gobierno que no existe más que en tanto satisface las exigencias de la opinión pública. Sin duda, la opinión está dividida, pero se ve ahora libre de trabas y aborda todos los problemas que plantea el porvenir del país. Al llegar a Petrogrado, Lenin comprueba que jamás se ha dado en la historia un país tan libre como la Rusia de 1917.

De todos los problemas abordados, el más grave es el de la guerra; aprobando la fórmula «paz sin anexiones ni contribuciones», la opinión y los soviets obligan al Gobierno a sumarse a ese programa. Desde entonces, la naturaleza de la guerra, su carácter y sus objetivos eran discutidos, no solo por disconformes irresponsables, sino por una de las potencias beligerantes, por un gobierno que podía hablar con plena autoridad.

En nombre de la Rusia revolucionaria, el Soviet de Petrogrado lanzaba, el 27 de marzo de 1917, un llamamiento a los pueblos

beligerantes para una paz sin anexiones ni contribuciones. A partir de entonces, el asunto de la paz fue planteado abiertamente. ¿Sería aquella la paz revolucionaria con que soñaban los internacionalistas?, ¿sería la paz victoriosa que querían los gobiernos o sería la paz de compromiso que los conciliadores intentaban negociar?

El fracaso de la paz revolucionaria

A raíz de la revolución de febrero, la burguesía rusa había adoptado por instinto el comportamiento de una clase dirigente. Flanqueada por la mayor parte de los intelectuales, universitarios, etc., a quienes aterrorizaba la explosión de febrero, esa clase esperaba conseguir sus propios objetivos, generalmente contrarios a los de las clases populares. Quería proseguir la guerra hasta su fin victorioso y se apoyaba en los principios democráticos de sus adversarios para dejar a una asamblea constituyente el cuidado de realizar las reformas de estructura. Ponía de relieve que, en tiempo de guerra, su convocatoria era imposible, cosa que era un modo de diferir las reformas hasta la paz. Deseosa de tomar en sus manos la totalidad de la economía rusa y regenerarla, esa clase no deseaba que disminuyese el esfuerzo de guerra y por esa misma razón se oponía a la primera de las reivindicaciones obreras: la jornada de ocho horas. Se reconocía incapaz igualmente de elevar los salarios y se mostraba hostil a los comités de fábrica. Llena de ilusión respecto de sus fuerzas, la burguesía no entendía el sentido de la revolución ni era capaz de valorar la potencia del movimiento que animaba al país. Únicamente los oficiales del ejército manifestaron aún mayor ceguera.

Los hombres del Gobierno tenían, pues, que hacer frente a reivindicaciones antagónicas. Tranquilizados por la lealtad de los pequeños burgueses, de los ferroviarios, de los artesanos y de una porción del campesinado, estaban decididos a hacerse de nuevo con el ejército, cosa que sería posible con la prosecución de la guerra.

Estos hombres temieron más de lo razonable un peligro contrarrevolucionario y creyeron que adoptaban un comportamiento de hombres de Estado oponiéndose por «prudencia» a las reivindicaciones extremas. Las clases dirigentes y el Estado Mayor no quedaron satisfechas con esto, y no ayudaron al nuevo Gobierno a llevar a cabo su tarea. De esta forma, iban a empujar a las clases populares a la exasperación y acabarían por ser ellos mismos barridos.

Solo una pequeña minoría entre los militantes bolcheviques y anarquistas había previsto esta evolución. A comienzos de abril, esta minoría recibió el apoyo de Lenin, que había vuelto de la emigración, y que, en sus *Tesis de Abril,* se hizo campeón de la paz, de la oposición absoluta al Gobierno provisional, así como del traspaso de la totalidad del poder a los soviets. Desde el mes de abril, el «partido de Lenin» se había calificado como el único adversario organizado del régimen nacido en febrero.

Es cierto que ese régimen no había satisfecho ninguna de las aspiraciones de los trabajadores; repitiendo hasta la saciedad que el estado de guerra impedía llevar a cabo transformaciones o reformas, despertaba en los obreros, en los soldados y en los campesinos el deseo furioso de poner fin al régimen. Ahora bien, lejos de buscar la vía de una paz general, Miliukov obraba como si los rusos hubieran derribado al zarismo con el único objeto de proseguir mejor la guerra. Miliukov pensaba que el Gobierno lograría amarrar sólidamente el nuevo régimen a las democracias occidentales y consolidar la cohesión de la sociedad, amenazada por la explosión de febrero. Prosiguiendo las hostilidades hasta el agotamiento del enemigo, cosa que también podría producir el agotamiento de la revolución, Miliukov podría hacerse con Constantinopla, dándosela como dote a la nueva Rusia, y de paso esperaba igualmente, poniendo de relieve el peligro alemán, dividir a los vencedores de febrero y alzar todavía más al ejército contra los obreros.

El 18 de abril, Miliukov comunicó a las potencias una «nota» que había sido muy esperada. Sin embargo, contra todo lo que se

esperaba, la nota insistía sobre el impulso que la revolución iba a dar a la defensa de los derechos y de los principios por los que combatían Rusia y *sus aliados,* y recordaba que el Gobierno respetaría fielmente las obligaciones que había contraído. Pero no decía una palabra de las aspiraciones de la «democracia rusa» a una «paz sin anexiones ni contribuciones», y, por el contrario, evocaba esas «garantías» y «sanciones» que los aliados sabrían muy bien establecer más tarde para instaurar una paz duradera.

En los medios democráticos la «nota» hizo el efecto que un trapo rojo haría ante un toro. Dio ocasión a los bolcheviques para organizar una «jornada» contra el Gobierno y contra la dirección del soviet que le permitía comportarse así. Los jefes mencheviques lograron poner fin a la efervescencia; aceptaron entonces participar en el Gobierno para hacer triunfar la política definida por el soviet. Miliukov se retiró del Gabinete y habló de su impotencia para actuar. Los bolcheviques anunciaron igualmente su fracaso.

Para impedir que las operaciones ofensivas volvieran a reanudarse, los bolcheviques hicieron entonces una campaña en favor del movimiento de confraternización, esto es, una serie de simples manifestaciones que eran una especie de balbuceo en favor de la paz. Algunos soldados rusos habían tomado esta iniciativa y los alemanes tenían interés en alentarlos. Inmediatamente, el soviet los condenó y el dirigente bolchevique Frunze, que había ido al frente a organizar los actos de confraternización, se sometió a las órdenes; ello era prueba de que el soviet seguía siendo el guía indiscutible de la revolución. Unas semanas más tarde, la gira de Kerenski sirvió para demostrarlo más aún; en nombre del nuevo Gobierno y del soviet, Kerenski resucitaba en el ejército la llama patriótica que las maniobras de Miliukov habían hecho vacilar.

Para volver a insuflar en el ejército la capacidad combativa, Kerenski quiso llevarle personalmente el saludo caluroso de la revolución explicando a los soldados la razón de sus sacrificios y diciéndoles que, si era preciso, se encargaría él solo de librar mil combates con sus múltiples contradictores. Bajo la mirada escéptica

o burlona de los oficiales y también de los soldados bolcheviques, Kerenski se lanzó al ruedo donde millones de «aficionados» le estuvieron mirando, ganándose el sobrenombre de «jefe de los conservadores». El espectáculo fue bastante sorprendente y algunos de sus episodios dignos de figurar en una antología. El primero de ellos tiene lugar en la capital, antes de su marcha; en el Congreso de los Delegados del Frente, Kerenski dio pruebas de su capacidad excepcional como orador:

> Camaradas: desde hace diez años habéis sabido sufrir y manteneros en silencio. Supisteis cómo llevar a cabo las obligaciones que os imponía un régimen odiado; supisteis disparar sobre el pueblo cuando el régimen lo exigía. ¿Y qué sucede ahora? ¿No podréis aguantar por más tiempo? ¿O es que la Rusia libre se ha convertido en un Estado de esclavos en rebelión? (Intensos y varios movimientos en la asamblea).
>
> Sí, camaradas, yo no sé mentir, ciertamente no sé mentir a las gentes; no sé ocultar la verdad...
>
> ¡Ah!, camaradas, ¡que pena me da no haber muerto hace dos meses!...
>
> Si hubiera muerto entonces hubiera muerto en el más hermoso de los sueños: entonces creía que una nueva vida había comenzado para mi país y que no harían falta ya látigo ni bastón para respetarse los unos a los otros.

En vísperas de la ofensiva del 16 de junio, el ejército ruso no estaba animado del mismo espíritu que a raíz de la crisis de abril. Sin embargo, aceptaba, haciendo un último esfuerzo, confiar en sus jefes y obedecerles para lanzarse a la última ofensiva antes de la paz.

* * *

Los soldados habían otorgado su confianza a Kerenski, porque el Gobierno y el soviet, asociados desde la crisis de abril, habían declarado que tratarían de conseguir una paz general sin anexiones ni contribuciones.

Sin embargo, no se trataba ya de respetar los tratados firmados antes de febrero. ¿Quería decir esto que, Petrogrado, renunciando sin decirlo a Constantinopla, pensaba hacer que los aliados

renunciasen también a sus proyectos de anexiones? Ante todo, se tropezaba con la cuestión de Alsacia-Lorena. En el soviet, la mayoría declaraba que era preciso consultar a los habitantes, «porque, en medio siglo, la vida había cambiado de una manera radical en Alsacia-Lorena, y, con ella, habían cambiado también las tendencias de la población»; razón por la que, precisamente, los socialpatriotas de Francia se oponían a toda forma de referéndum. Pero la izquierda seguía siendo intransigente. ¿No era «la obstinación de la burguesía francesa en volver a ocupar Alsacia-Lorena lo que originaba la prolongación de la guerra, amenazando con arruinar a toda Europa y a las propias Alsacia-Lorena»?

«Una paz fundada sobre el derecho de los pueblos no sanciona el derecho de las grandes potencias a apropiarse de las colonias –añadía el bolchevique Kamenev–. Como medida preliminar, por tanto, es preciso que las tropas evacuen Alsacia-Lorena, Bélgica, Polonia, Serbia, Macedonia, Salónica, Persia, Irlanda, Egipto y Bosnia, a fin de conceder a las naciones oprimidas plena libertad en la delimitación de sus fronteras». Para Rusia «esto significa el abandono de Finlandia, Polonia, el Turkestán, Ucrania, etc.».

Y Kamenev concluía: «Una paz semejante no podrá ser establecida por los gobiernos capitalistas, sino que tiene que ser impuesta a la burguesía imperialista por las masas proletarias».

La nueva política exterior de Rusia tenía por animador y teórico a Tseretelli. El líder menchevique creía que con la entrada de Estados Unidos en la guerra y la revolución de febrero, los apetitos de las potencias occidentales serían refrenados; así, la renuncia rusa a Constantinopla podría servir de ejemplo. En Rusia, el soviet debería promover la política de paz que sería adoptada y seguida por los ministros y los partidos políticos. El soviet alentaría al Gobierno para que interviniese cerca de los aliados y que estos proclamaran unos objetivos de guerra de acuerdo con la declaración del día 3 de mayo. En Petrogrado, la presencia de los zimmerwaldianos en el Gobierno garantizaba el éxito de esta política. Pero no se estaba seguro ni de los aliados ni de las potencias centrales y la democracia rusa debía

reforzar la acción de los socialistas en los países beligerantes y ayudar a la resurrección de la Internacional, en la que Tseretelli «tenía una fe mesiánica». Una conferencia de todos los partidos socialistas en Estocolmo pondría en pie un programa de paz que tratarían de imponer esos miembros socialistas en sus países respectivos. En Rusia, la cosa estaba hecha; faltaba lograrlo en otras partes. La lucha se libraría en dos terrenos: el de las relaciones entre los gobiernos y el de las relaciones entre los partidos socialistas; cada partido socialista debería, además, actuar sobre su gobierno.

* * *

Esta política estaba fundada en varias estimaciones. Se suponía que en Alemania, Francia, etc., la izquierda socialista pesaría sobre los de la mayoría y que estos «harían más izquierdista» la política de los gobiernos. Por su parte, el ministro de Asuntos Exteriores se apoyaría en las declaraciones de Wilson y preconizaría una revisión de los fines de la guerra. Desautorizados así por Washington, Petrogrado y Estocolmo, los defensores de la guerra de conquista se verían obligados a inclinarse, y, poco a poco, los aliados y las potencias centrales se alinearían en las posiciones del soviet. Esto era calcular mal las reacciones de la Europa en guerra ante la Revolución rusa.

En Berlín y en Viena, numerosas voces afirmaron que la Revolución rusa era una «crisis de guerra»; con la toma del poder por la burguesía, Rusia iba ahora a llevar a cabo «una guerra a ultranza». Los actos del alto mando y del Gobierno probaban que en Berlín y en Viena eran sensibles a esta interpretación de los acontecimientos; la cifra de las divisiones alemanas enfrentadas con los rusos permaneció estacionaria en abril de 1917, para pasar de setenta y dos a setenta y cinco divisiones en mayo, y a setenta y ocho en junio.

Otros, cada vez más numerosos, juzgaban que el pueblo ruso, hambriento y fatigado de la guerra, estaba a punto de sublevarse

para pedir pan, libertad y paz, cuando ciertos elementos liberales rusos, partidarios de la guerra, se habían unido al movimiento para ponerse a la cabeza y explotarlo con vistas a la continuación de la guerra. Las declaraciones del 14-27 de marzo de 1917 dieron pie a esta interpretación. A partir de entonces, para explotar la voluntad de paz de una parte de la opinión rusa, el Estado Mayor austro-alemán se abstuvo de lanzar una gran ofensiva al Este, considerando que esta ofensiva podría catalizar el sentimiento patriótico, mientras que la inactividad permitiría que la desintegración hiciera su obra. El Gobierno alemán concedió, además, toda clase de facilidades a los «pacifistas» rusos que desde Suiza quisieron volver a su país: Lenin, Martov y sus amigos zimmerwaldianos obtuvieron el visado de tránsito en trece días, tiempo récord. Paralelamente, Scheidenmann y Czernin respondieron públicamente al «llamamiento» del 14 de marzo; los dirigentes austro-alemanes dieron carta blanca a los socialistas «mayoritarios» para colaborar con la democracia rusa. Estos socialistas usaron de los buenos oficios de Parvus (Helphand), unido en otros tiempos al ala izquierda de la socialdemocracia rusa y pasado ahora al social-patriotismo. Los socialistas alemanes intervinieron igualmente cerca del danés Borgberg, que, llegado a Petrogrado a mediados de abril, intentó organizar una conferencia socialista internacional; Borgberg transmitió asimismo a los rusos las condiciones de paz de los socialistas mayoritarios alemanes. Así este viaje y estas gestiones esbozaron las modalidades que debía tener la reunión de la Conferencia de Estocolmo.

En París, Londres y Roma, la revolución obtuvo muy variadas acogidas; los círculos socialistas y los liberales se alegraron de la caída del zarismo. Pero no la opinión conservadora, que intentó acreditar la leyenda de un cambio de régimen hecho con el asentimiento de Nicolás II; más tarde, sin embargo, después del llamamiento del soviet del 14 de marzo, dejó transparentar su inquietud.

Los círculos gubernamentales intentaron hacer de tripas corazón. Cuando se supo que solo los «maximalistas» eran pacifistas, y no

todo el soviet, no se sintieron por ello más tranquilizados. La prensa señaló, sin embargo, la diferencia que había entre Lenin, al que se calificó de agente alemán, y el soviet, que fue mejor tratado. Los gobiernos aliados habían saludado al nuevo régimen. Como si no hubiera sucedido nada, Nivelle dirigió telegrama tras telegrama al general Alexeiev para «exigir» el comienzo de la ofensiva; la «comedia» de la revolución no podía prolongarse. Después del llamamiento del soviet «a los pueblos del mundo entero», los gobiernos aliados pensaron en «intervenir» cerca del príncipe Lvov utilizando los buenos oficios de los socialistas e insistiendo sobre «la victoria que había que lograr sobre el enemigo comúm». Dos delegaciones salieron para Petrogrado: una de ellas estaba compuesta por una embajada «extraordinaria», con dos ministros socialistas, Henderson y Albert Thomas, y la otra era una delegación encargada de saludar a la revolución en nombre de los socialistas occidentales, y estaba compuesta por Marcel Cachin, Marius Moutet, Sanders, etc. De hecho, las dos misiones tenían por objeto dar alientos al ardor belicista del aliado ruso.

Pasadas las manifestaciones tradicionales, los socialistas aliados se dieron cuenta enseguida de la desconfianza que inspiraban. En el soviet se les acogió «con frío siberiano». «Daban la impresión de ser los agentes de Shylock que habían venido para exigir de la Revolución rusa su ración de sangre y de carne de cañón», comenta Sukhanov. Estos caballeros tuvieron que justificar su representatividad y se enteraron de que el soviet había intervenido en París y en Londres para que los representantes de la tendencia zimmerwaldiana fuesen invitados a Petrogrado; se vieron obligados asimismo a dar «garantías» con respecto a la India, Irlanda y Marruecos. Los socialistas aliados declararon que aprobaban la fórmula del soviet: «Paz sin anexiones ni contribuciones». En el caso de Alsada y Lorena se trataba de un malentendido; antes de decidir sobre su suerte, era preciso, según los rusos, consultar a la población; los franceses convinieron en ello, aunque con dificultad. Estimaban entonces que correspondía a Francia, expoliada en 1871,

dirigir las modalidades del referéndum; pero el soviet, por el contrario, consideraba que era preciso recurrir, como, por lo demás, en todas partes, a una comisión internacional. Los socialistas rusos se pronunciaban contra el pago de una contribución a los vencedores. La responsabilidad de la guerra incumbía a todos, cada cual tenía que participiar en la indemnización a las víctimas.

Sin embargo, como los rusos descartaban la idea de una paz separada, los socialistas aliados olvidaron rápidamente las dificultades de los primeros días y entablaron relaciones cordiales con sus colegas del soviet, pudiendo así, con facilidad, «animar al soldado», que era a lo que habían ido. Pero, poco a poco, contagiados por el extraordinario espectáculo y la embriaguez de una revolución conseguida, se convirtieron al ideal de los soviets.

Habían salido como defensores avergonzados e inquietos de los intereses de su Gobierno y volvieron de Rusia como portavoces gloriosos de la patria de la revolución.

La respuesta de las cancillerías occidentales a las notas del Gobierno revolucionario desconcertó a los rusos. Las potencias occidentales reconocían la justeza de los principios de la democracia rusa e incluso la conveniencia de la reanudación de las conversaciones interaliadas sobre los fines de la guerra, pero estas concesiones iban acompañadas de tales consideraciones que la *Robochaia Gazeta* llegó a escribir que «con un embalaje nuevo, los aliados querían colocar una mercancía vieja».

Fue sobre todo la respuesta de Wilson lo que suscitó la confusión. El presidente de Estados Unidos se oponía abiertamente a las concepciones rusas, afirmando públicamente «que una paz antes de la victoria reforzaría al imperialismo alemán, favorable, precisamente, a una paz de compromiso». Esta vez fue el periódico del soviet el que la tomó con esta nota «nebulosa y enfática». «No es la clase de lenguaje que debe usarse para dirigirse a la democracia rusa», concluía *Izvestia.* La nota era «un arreglo de cuentas entre el Wilson pacifista y el Wilson en guerra», ironizaba Chernov.

«El suelo se desplomaba bajo los pasos de mi sucesor Tereshchenko», observaba Muliukov. Como Lenin, tenía razón. A partir de entonces, la izquierda se preguntó si Rusia debía declararse «libre de todo compromiso».

En el espíritu de los dirigentes de la nueva Rusia, la política de paz revolucionaria descansaba esencialmente en el éxito de una conferencia socialista internacional[25]. Los delegados de todos los países beligerantes se reunirían y establecerían la fórmula que habrían de dictar a sus respectivos gobiernos.

Estos gobiernos no tuvieron que soportar la menor advertencia; las diferentes tendencias del movimiento socialista no lograron encontrar siquiera las vías de un acuerdo sobre el procedimiento. La Conferencia de Estocolmo no se reunió jamás. Desde luego, se emprendieron muchas negociaciones, incluso entre militantes socialistas de campos opuestos. Tseretelli y los mencheviques empleaban incansablemente sus buenos oficios, pero, en la misma Rusia esta política era criticada no solo por la derecha, sino igualmente por Lenin y por la izquierda zimmerwaldiana, que temía que la «paz de Estocolmo» salvara a la burguesía de la revolución mundial. Los socialistas aliados temían, sobre todo, las acciones de la opinión pública, caldeada por la propaganda belicista. Así, en Inglaterra, fue más bien la acción «patriótica» del sindicato de los obreros portuarios que la del Gobierno la que impidió al socialista MacDonald que fuese a Estocolmo.

Incluso antes de que Wilson, dando ejemplo a Ribot, negara los pasaportes a los delegados que querían dirigirse a Estocolmo, el encanto estaba ya roto desde hacía mucho y roto asimismo el impulso que podía llevar al triunfo de la conferencia. La conferencia estaba tan muerta en los espíritus como en los corazones. Muerta antes de haber nacido.

Fracaso de la paz de compromiso

La paz revolucionaria había fracasado. Los defensores de la paz victoriosa quedaban así enfrentados con los de la paz de compromiso.

En Alemania, estos últimos empezaban a ser influyentes; sus iniciativas, sin embargo, quedaban sin efecto, porque llamaban compromiso a un arreglo que no satisfacía *todos* los objetivos de guerra de Alemania.

A raíz de la Revolución rusa, los progresos de la oposición socialista crearon una situación nueva. El empeoramiento de las condiciones de la vida cotidiana, el crecimiento del descontento, la ascensión del movimiento huelguístico fueron origen de un clima verdaderamente nuevo que reanimó la vida política. A consecuencia del llamamiento del Soviet de Petrogrado, la socialdemocracia había reclamado con fuerza la conclusión de una paz sin anexiones ni contribuciones. Más tarde, bajo la influencia del *Prikaz* I y de las informaciones llegadas de Rusia, estallaron sediciones en la flota. Estos motines tenían por origen el fracaso de la guerra submarina y el trato de que eran víctima los marinos; sin embargo, los acontecimientos de Rusia eran realmente la base de aquella toma de conciencia. Los militares acusaron enseguida a los socialistas de ser los responsables. Efectivamente, en Kiel los Independientes eran los que animaban el movimiento.

Los mayoritarios cogieron miedo. Temían que el dominio de la oposición se les escapara, y exigieron de Bethmann-Hollweg la democratización inmediata del sufragio electoral en Prusia, así como el que hiciera un gesto en favor de una paz sin conquistas. El canciller pronunció algunas buenas palabras sobre el primer punto y siguió inflexible en relación con el segundo. Sin embargo, escribió a Hindenburg diciéndole que era buena cosa aprovechar la ocasión de una paz de compromiso; la guerra submarina no había estado a la altura de sus promesas, América había entrado en la guerra; la opinión, viendo decepcionadas sus esperanzas, podría manifestar su desorientación, y rechazar toda idea de paz pudiera tener en aquellos momentos «incalculables consecuencias».

Bethmann-Hollweg contaba con la conformidad de Czernin, pero el alto mando alemán no era de la misma opinión. Y mal dispuesto ya por las concesiones verbales del canciller en lo concerniente al sufragio en Prusia, acogió muy mal estas proposiciones «pacifistas» que implicaban, no obstante, el dominio de Bélgica, Polonia, etcétera. Si la moral decaía, era por culpa de los civiles, «que no sabían reanimar la voluntad nacional». En una carta al káiser, Hindenburg acusaba abiertamente al canciller y planteaba la cuestión de su relevo.

Cuando, en el Reichstag, el católico Erzberger ganó el *Zentrum* a las posiciones pacifistas de los mayoritarios, Bethmann-Hollweg quiso acercarse a esta nueva «mayoría». Pero esta no se dio por enterada. Esta nueva mayoría se proponía disociar su acción de la del canciller. Desautorizado así por el ejército y la oposición, Bethmann-Hollweg presentó su dimisión (12 de julio de 1917).

El 19 de julio, la resolución de paz propuesta por Erzberger y Scheidenmann obtuvo la mayoría en el Reichstag. Esta extraordinaria desautorización de la política imperial no tuvo, sin embargo, consecuencias; en lo sucesivo, el poder pertenecía al Estado Mayor, que continuaba en Michaelis con un canciller a su medida.

Los partidarios de la paz de compromiso tuvieron que arriar asimismo la bandera en Austria-Hungría. El joven emperador Carlos había expresado varias veces sus deseos de buscar un acomodo para poder consagrarse enteramente al arreglo de la cuestión nacional. Los primeros pasos que había dado secretamente para tratar con Poincaré, por medio del príncipe Sixto de Borbón-Parma, no tuvieron éxito, aunque Carlos se declaró dispuesto a abandonar todas sus pretensiones sobre Polonia y devolver Galitzia a Alemania, a fin de que esta pudiera restituir sin «humillarse» Alsacia-Lorena a Francia. Las negociaciones fracasaron por las concesiones que había que hacer a Italia. Carlos I no podía aceptar la pérdida de territorios a la vez en el Tirol y en Polonia. Parece, sobre todo, que ni Ribot ni Poincaré se atrevieron a atrapar al vuelo esta posibilidad. Carlos I no

osó ya tomar iniciativas y sus ministros y él se contentaron con repetir en todas las ocasiones que «Austria-Hungría ya no podía más».

* * *

En Francia, los partidarios de una paz blanca obedecían a otros motivos. Joseph Caillaux, aunque abrigaba ideas «europeas», no participaba en las ideas del pacifismo internacional, ya que, como Giolitti en Italia, temía que de la guerra surgiera un día la revolución. Atento a los destinos de Francia, Caillaux observaba que, a largo plazo, el descenso de la curva demográfica debilitaría al país en la lucha económica y moral que tenía que entablar con las demás naciones. Además, Francia, obligada por su posición geográfica a soportar el peso de la guerra, se debilitaría también más que sus aliados y que sus adversarios y perdería tanto más cuanto más durase la contienda. Por ello, desde 1915, Caillaux había sido partidario de una paz de compromiso[26]. El antiguo abogado del acercamiento franco-alemán tenía, además, otras razones: sabía que, habiéndose hecho con la realidad del poder gracias al estado de guerra, los círculos conservadores encontrarían buenas razones para mantener ese poder a toda costa. Sospechaba que las derechas y la Acción Francesa querían someter a Francia a la prueba de una guerra larga, pensando que la República no sobreviviría a ella. Este análisis, fundado o no, encolerizaba a los medios que se arrogaban el monopolio del patriotismo. Caillaux, distante y sarcástico, no era hombre de partido y, aislado, era vulnerable. La Acción Francesa y Léon Daudet se encarnizaron con él. Acusaron al antiguo presidente del Consejo de cubrir operaciones turbias, de ocultar oro en el extranjero, etc. Caillaux se vio obligado, en el discurso de Mamers, a precisar «que no consentiría una paz que no implicase la reintegración pura y simple de Alsacia-Lorena a la familia francesa». A continuación constituyó una «Liga republicana» que no tuvo más que personalidades de segundo orden, como Accambray y Pierre

Laval. El antiguo presidente del Consejo contaba, sin duda, con el apoyo de algunos periódicos de izquierda, desde *Le Canard Enchaîné* hasta el *Journal du Peuple*; pero esta solidaridad conservaba un carácter defensivo y los socialistas, embriagados con el ideal de Estocolmo, no dejaban nunca de recordar que su apoyo a Caillaux «no prejuzgaba su desacuerdo con su política de paz», calificada de «burguesa».

Durante el verano de 1917, la reanudación de las huelgas, los motines y los ecos de la Revolución rusa habían quebrantado profundamente la confianza de los círculos dirigentes. Es cierto también que asociaban hechos que eran extraños entre sí, ya que los motines no estaban ligados a la acción del pacifismo y que ni el movimiento de Zimmerwald ni el bolchevismo estaban «inspirados por los alemanes».

La rebelión de los soldados rusos que combatían en el frente francés contribuyó a la confusión. Aquella guerra no era ya la suya y muchos pensaban en volverse a casa. Painlevé temió que su influencia se hiciera sentir en todo el frente; en efecto, para salir al paso de los peligros de un ataque enemigo en los sectores mantenidos por los rusos, el alto mando juzgó que sería hábil dispersarlos, de forma que pudieron proclamar por todas partes las virtudes de la revolución. El embajador Isvolski y el general Bobrikov estaban atentos sobre todo «al empeoramiento del clima de las relaciones con nuestros aliados franceses» y aceptaron que se trasladase a los soldados rusos al campamento de La Courtine, cerca de Limoges. Los soldados se rebelaron, sorprendidos por verse tratados así por la República francesa. El general Bobrikov pidió a Poincaré el apoyo de las tropas francesas; el presidente de la República aceptó, *pero* «a condición de que se tuviera cuidado de evitar toda acción sangrienta a fin de que nuestros enemigos no puedan explotar el incidente (*sic*)». Unas semanas más tarde el campamento de La Courtine había sido reducido y los soldados rusos deportados a Mers-el-Kebir. En vista de su «influencia sobre los árabes», el alto mando francés los desplazó a Laghouat.

Los círculos socialistas seguían eufóricos y continuaban su campaña en favor de Estocolmo. Su conciencia patriótica estaba tranquila, ya que la Rusia democrática, buscando la paz, no por eso dejaba de hacer la guerra. Como las huelgas cobraban mayor amplitud y llegaban hasta las fábricas de guerra, que eran aquellas en que, sin embargo, los trabajadores estaban mejor remunerados, los socialistas se imaginaban que el Parlamento y el país les seguirían. Las derechas y Clemenceau no dejaban de acusar a Malvy, cuya debilidad y complacencia para con los pacifistas habían permitido que se produjera aquella crisis de la moral, la más grave que Francia había conocido desde 1914. El alto mando les hacía coro.

Desde febrero de 1917, Nivelle se había quejado a Painlevé: «el ejército está infestado de impresos clandestinos; es una verdadera epidemia». Nivelle hablaba de los folletos y publicaciones editados por el *Libertaire* o por el *Comité para la reanudación de las Relaciones Internacionales.* Los movilizados se suscribían a estas publicaciones y sostenían a los huelguistas con sus subsidios. En Bourges «se atrevieron a sindicarse». A raíz de los motines, Pétain había enviado otro informe a Painlevé. En lugar de acusar a los generales, sus colegas, de los errores de la ofensiva de abril, estigmatizaba la acción de los «agentes provocadores», de los pacifistas; exigía una acción contra la propaganda socialista y se declaraba hostil al viaje de los delegados a Estocolmo. Acusaba a los periódicos parisienses de ser el origen de la campaña de desmoralización, exigía la depuración de las estaciones de ferrocarril y pedía que se tomasen medidas contra los movilizados de las fábricas que hacían de agitadores, etc. En suma, iba más lejos que los temas de *L'Écho de París*, de *L'Action Française* o del periódico de Clemenceau.

Plegándose ante estos ataques, Ribot se negó a extender los pasaportes para Estocolmo. El presidente ignoró la visita que los enviados del soviet, «los peregrinos de la paz», hicieron a París. Marcado por la derrota de 1870, animado del espíritu de desquite y

de una paz victoriosa, Clemenceau alentó esta actitud; el 22 de julio, en sesión pública en el Senado, volvió a lanzar un ataque contra Malvy. Indirectamente quería atacar a Caillaux y a todos los partidarios de una paz blanca. Ribot se retiró, dejando el puesto a Painlevé. A pesar de los esfuerzos de Albert Thomas, el partido socialista no quiso participar en el Gabinete «que había negado los pasaportes». De hecho, facilitaba el camino a Clemenceau, que encarnaba el espíritu jacobino, la guerra a ultranza y la denuncia de los que se aprovechaban de la guerra. Observa Ribot:

> Clemenceau acabó por imponerse haciéndose popular en el país por sus denuncias ardorosas contra Caillaux y Malvy. La Cámara le veía llegar con inquietud, pero le estaba agradecida por la exclusiva que los socialistas habían polarizado en contra de él. Los socialistas estaban convencidos de que nadie se atrevería a poner a la cabeza del Gobierno al antiguo presidente del Consejo, cuyo nombre recordaba los violentos conflictos con los obreros, la huelga de Draveil, y así concurrieron a abrirle el camino al retirarse de la Unión Sagrada. Se equivocaron con respecto a sus propias fuerzas y a los sentimientos del país. Fueron ellos quienes más contribuyeron a la ascensión de un hombre a quien tenían por enemigo.

Clemenceau declaraba:

> Nos presentamos ante vosotros con la única idea de una guerra integral. Toda mi política tiende a un solo objetivo: mantener la moral del pueblo francés a través de una crisis que es la peor de su historia. Mi política exterior y mi política interior son una misma cosa. En política interior hago la guerra. En política exterior hago la guerra. Yo hago siempre la guerra.

En cuanto fue investido, Clemenceau se convirtió en acusador; tomando en sus manos el expediente abierto por Léon Daudet en la Acción Francesa, pidió una orden judicial contra Joseph Caillaux. Clemenceau había sacado fruto de la experiencia del asunto Dreyfus. El antiguo amigo de Emilio Zola primero encarceló a Caillaux, a pesar de que la acusación de traición no se fundaba en nada, ni siquiera en documentos falsificados. El Parlamento protestó un poco, pero dejó que las cosas siguieran su curso, rivalizando con la justicia militar en el monopolio de la arbitrariedad. Algunos socialistas

protestaron, pero Clemenceau sabía que podía apoyarse sobre el ala derecha del partido, animada por Alexandre Varenne, ya que este ala derecha tendía a escindirse. De cualquier manera, para él la paz que preconizaba este grupo estaba ya muerta, mientras que, conducida por Briand, la paz de Caillaux podía resucitar.

Desde que Malvy se fue del Ministerio del Interior, la represión tomó impulso; algunos zimmerwaldianos, como Helene Brion, y algunos anarquistas fueron detenidos y prohibidos sus periódicos. Los impresos clandestinos tomaron el relevo; según el informe mensual del *Control general de la Policía Administrativa del Ministerio del Interior*, no fueron nunca tan numerosos como durante los primeros meses del año 1918. El impreso clandestino *Poilus et civils, nos fréres*, de orientación pacifista, circulaba por veinte escuelas de señoritas de la región parisiense; un llamamiento en favor de la paz proveniente de Niza fue distribuido en veintitrés grandes ciudades; setenta y un impresos pacifistas fueron confiscados en Issoudun solamente en el mes de febrero. El movimiento de huelgas, aunque inferior al nivel alcanzado en Gran Bretaña o en Italia, hizo caso omiso de la situación dramática del frente y del bombardeo de París por el cañón «Berta». Los reveses de la primavera no le afectaron para nada, y tendió a crecer la media de treinta a cuarenta huelgas al mes, con un máximo de cincuenta y cuatro en agosto. Sin embargo, no eran huelgas que tuvieran solamente móviles económicos, sino que las sostenía un cierto clima de agitación política y de reivindicaciones; este clima, sin embargo, no fue lo bastante vivo como para que las huelgas, dos veces de cada tres, no acabasen tan pronto como las reivindicaciones salariales eran satisfechas. El movimiento no se extendió más que a una pequeña minoría de trabajadores (véase el cuadro 2). Su acción no produjo grandes efectos en la producción de armas; por lo demás, Alemania pasaba por el mismo trance y el material norteamericano empezaba a asegurar el relevo. Los partidarios de una paz inmediata no dejaron por ello de hablar en términos radicales de «una huelga general internacional» contra la

guerra. Tenían, no obstante, pruebas de la pasividad de la opinión, de su inconsecuencia, sobre todo en París, «donde los trabajadores hacían la huelga mientras pronunciaban frases patrióticas».

La apertura de las negociaciones de Brest-Litovsk desprestigió a los rusos y al ideal revolucionario que representaban. Sin decir que, antes de lanzarse a las conversaciones, el nuevo régimen había invitado a todos los beligerantes a sentarse alrededor de una misma mesa, los dirigentes franceses se aprovecharon ampliamente de los sentimientos que semejante «acto de abandono» pudiera suscitar entre los *poilus* y la retaguardia. En la primavera, los mismos términos del tratado les permitieron poner en ridículo a los abogados de la paz democrática. Con la amenaza del ataque alemán, esperado para la primavera, el espíritu de la guerra «victoriosa» triunfó decididamente. Clemenceau había conseguido «obligar a los franceses a la victoria»; su determinación emanaba del fondo del sentimiento nacional y arrolló a las fuerzas vacilantes de los partidarios de una paz sin victoria.

Lo mismo sucedió en Italia, donde los errores del alto mando y la crisis de la moral fueron causa de un desastre: Caporetto.

Caporetto

Italia era el único país en el que el Parlamento se había opuesto a la guerra. La guerra, a pesar de ello, fue declarada gracias a la acción de los círculos expansionistas, que supieron ganarse el apoyo de la calle. La experiencia mostraba hasta qué punto la fuerza del régimen representativo podía ser ilusoria; esto alentó a sus promotores. Pensaron en derribar la monarquía e instaurar un régimen nacional-revolucionario en el que el poder no emanaría ya del Parlamento, sino de las «asociaciones patrióticas», y en el que los ministerios no serían regentados por políticos, sino por expertos. Esta crisis de la tradición liberal y parlamentaria animaba el espíritu de los *fasci;* la derrota les proporcionó la ocasión de nuevos progresos.

Sin embargo, a comienzos de 1917 el intervencionismo seguía siendo vivamente combatido. La oposición de izquierdas se alimentaba del descontento de los trabajadores, víctimas del alza de precios y de la penuria. Las dificultades de la vida cotidiana eran particularmente sensibles, porque, como sucedía en Rusia, la economía había sido colocada en un estado de excesiva tensión por el esfuerzo de la guerra. Además, a falta del carbón inglés, los ferrocarriles, ya insuficientemente desarrollados, rodaban al 50% de sus posibilidades y las fábricas textiles no producían más que del 40 al 50% de la producción de antes de la guerra. Como una buena mitad de los campesinos había sido movilizada, la producción agrícola periclitaba y, en varias ocasiones, las grandes ciudades padecieron falta de pan. Las huelgas reivindicativas y las manifestaciones pacifistas se multiplicaban; la fiesta del Primero de mayo de 1917 dio la medida de su importancia. En Milán, que pasaba por ser una ciudad «intervencionista», hubo más de diez mil detenciones. En los campos, en las ciudades del Mediodía, las mujeres fueron particularmente activas; gritaban: «¡Abajo la guerra, devolvednos a nuestros maridos!». Antes de que fuese prohibido *Avanti* en once provincias, la propaganda zimmerwaldiana había seguido ganando terreno; cuando Turati, que había presidido los mítines, tomó la palabra en Milán, la muchedumbre se impacientó: «Basta de charlas; ya es hora de pasar a las obras».

Estas manifestaciones llegaron a su apogeo en Turín en el verano de 1917, justamente después del paso de la delegación del soviet. Esta delegación no fue acogida en ningún país de Europa con tanto entusiasmo. Se repetían los mismos lemas que en Milán, pero el espíritu era revolucionario. En muchos rasgos, las huelgas recordaban las de Petrogrado en febrero; las mujeres y los jóvenes desempeñaban un papel esencial e intentaban fraternizar con los *carabinieri,* gritándoles: «Vosotros sois nuestros hermanos». El movimiento, limitado a Turín y mal dirigido, no llegó a nada, porque los que lo habían suscitado no abordaron la cuestión del poder; una vez que la huelga general fue proclamada y sus jefes detenidos,

levantaron barricadas y maltrataron a los burgueses. La represión pudo así hacer su obra; hubo cincuenta muertos, ochocientos heridos y más de mil quinientas detenciones.

La oposición de izquierdas tenía poco eco en el campo. No le sucedía asimismo a la Iglesia, inquieta ante los proyectos de los intervencionistas. El papa contaba con una nueva razón para combatir la guerra. Benedicto XV, calificándola de «inútil matanza», tomó una postura sin equívocos e, intentando superar sus simpatías por Austria, ofreció a comienzos de 1917 su mediación a los beligerantes, haciendo, el 15 de agosto, este gesto público; gesto que puso en guardia a todas las cancillerías. La oferta dio pábulo a un movimiento diplomático de un tipo del que la guerra conoció varios; confirmó que, para Alemania, Gran Bretaña seguía siendo el enemigo principal y que no era cosa de abandonar el dominio sobre Bélgica, condición planteada por Inglaterra. Este ofrecimiento mostró igualmente que ni el papa, ni los ingleses, ni los americanos hacían de la restitución de Alsacia-Lorena a Francia, o del Trentino a Italia, una cuestión previa a cualquier negociación. Benedicto XV había propuesto fundar la paz, «no sobre la violencia, sino sobre la razón»; como observa Pierre Renouvin:

> Si sus sentimientos personales le inclinaban a poner término a la carnicería, los intereses de la Iglesia le empujaban a ello de manera todavía más apremiante. La guerra había roto la solidaridad de los fieles y debilitado la organización católica internacional... Si el conflicto se prolongaba, ¿no se haría más grave el peligro?... ¿Podía dejarse adelantar la Iglesia por los socialistas que preparaban la paz en Estocolmo?

Sin duda, la paz buscada por los internacionalistas no tenía nada en común con la que buscaba el papa. La primera hubiese sido impuesta a los gobiernos; la segunda los hubiera salvado del peligro revolucionario. Los efectos de estas propagandas pacifistas no dejaron, sin embargo, de sumarse unos a otros. Adoctrinada por el cura o por el militante, la retaguardia daba a conocer sus sentimientos a los soldados, cansados ya de los dos años pasados lejos del hogar. Los efectos eran previsibles; en la provincia de

Genzano se ha podido establecer una relación cuantitativa entre la actividad de las izquierdas socialistas y el número de soldados dados de baja por enfermos. En Sicilia, donde solo intervino la acción de la Iglesia, sostenida, es cierto, por una tradición de rebeldía ya muy antigua, se contaron veinte mil desertores. En el campo hubo como una especie de espíritu propicio a las rebeliones populares; querían «cargarse a los señores». «Por supuesto, nosotros formábamos parte de ellos», añade Turati.

En 1917, el número total de los insumisos era de 48.282; el de los desertores, de 56.268, cifras en constante progresión; de mayo a octubre de 1917 solamente se contó con 24.000 nuevos insumisos o desertores.

A su vez, el frente manifestaba su mal humor. Los soldados protestaban contra las durezas de la guerra y contra la inhumanidad del alto mando. En el II Ejército, este alto mando obligaba a los soldados que no estaban en primera línea a trabajos particularmente penosos, «para infundirles el deseo de volver a las trincheras». La arrogancia de los oficiales, su desprecio por la vida de los demás, recordaba el espíritu de la marina rusa. Estallaron motines en Rávena, en la primavera de 1917, al grito de: «pan y permisos»; hubo cuarenta y ocho fusilados. Los motines de Catanzaro hicieron igualmente treinta y ocho víctimas. El número de soldados pasados por las armas se acrecentaba cada año: sesenta y seis, en 1915; ciento sesenta y siete, en 1916; trescientos cincuenta y nueve, en 1917.

En septiembre de 1917, según *La Sentinelle,* de La Chaux-de-Fonds, no se podían contar ya los días en que los soldados se negaban a marchar. El alto mando estaba inquieto, porque sabía que un lazo mecánico ligaba el frente ruso con el del Isonzo; reducido a la defensiva después de la caída de Riga y el progreso de la revolución, el ejército de Kerenski no podía repetir la hazaña de 1916; el reflujo de fuerzas austríacas al frente italiano era fatal. ¿Cómo se podría rechazarlas? Cuando los austro-alemanes lanzaron su ofensiva contra el Isonzo, el 23 de octubre, no contaban más que

con una escasa superioridad numérica: cuarenta y cuatro divisiones, siete de ellas alemanas, contra cuarenta y una divisiones italianas; y 4.126 cañones contra 3.564. Una falsa maniobra de Cadorna, un acto de desobediencia del general Capello y un fracaso parcial se convirtió en una catástrofe. Roto el frente, la retirada se hizo en el mayor desorden: sorprendidas y desmoralizadas, las tropas italianas se desbandaron. Más de doscientos mil soldados se rindieron sin combatir y divisiones enteras cayeron en manos del enemigo, que hizo 293.000 prisioneros. Los fugitivos refluyeron hasta los Abruzzos. Como en Francia en junio de 1940, en que desmoralizados por la propaganda conjugada de la derecha y de la izquierda pacifista, los hombres fueron a la guerra desesperados, los italianos no encontraron siquiera la fuerza para rehacerse.

La derrota de Caporetto, detenida pronto en Piave, tiene un componente social: la negativa a obedecer y a batirse había sido una especie de balbuceo revolucionario. María Isenghi lo recuerda, citando un texto olvidado de Malaparte:

> Más tarde..., los vencidos se desinteresaron de Caporetto o sintieron vergüenza. El temor de parecer cobardes o traidores a la patria les lanzó a renegar de los más hermosos, los más valerosos gestos de una existencia de cobardes.

Caporetto y la Revolución de octubre marcaron un giro en la vida política italiana. La amenaza de invasión vivificó el sentimiento nacional y suscitó una especie de Unión Sagrada; incluso Giolitti se sumó a ello. Los grupos intervencionistas y los *fasci* jugaron a representar las fuerzas del orden y solo la extrema izquierda leninista fue afectada. Lazzari y Serrati, director de *Avanti,* fueron detenidos; el partido socialista, desmantelado. Se abrió un abismo entre la tendencia reformista y la oposición revolucionaria, que había quedado ya muy aislada.

Ni los unos ni los otros veían que, delante de sus propios ojos, crecía la influencia de los *fasci.*

25 Me permito citar, con referencia a la Conferencia de Estocolmo, mi libro *La revolución de 1917,* París, Aubier-Montaigne, 1967, cap. 8.

26 Por lo demás, subestimaba demasiado los apetitos anexionistas de los dirigentes alemanes.

CUARTA PARTE

La metamorfosis

El año de 1917 había sido marcado por el triunfo de la revolución en Rusia. En los otros países, los dirigentes lograron prevenir el contagio pacifista y resucitar el fervor patriótico. Ese mismo año, la entrada en la guerra de Estados Unidos, China, Brasil, etc., dio al conflicto proporciones casi planetarias. Apoyándose en los catorce puntos de Wilson, los pueblos de Asia y de África aprovecharon la ocasión para insuflar una fuerza nueva a su derecho a la independencia y a proclamar el genio propio de su civilización, que no había conocido nunca el oprobio de semejante holocausto.

Otra característica del año transcurrido fue que vio fracasar armas y técnicas nuevas: guerra submarina a ultranza, tanques, ofensivas llamadas «de ruptura». Cada coalición consiguió ciertamente sus triunfos, pero no fueron decisivos. Por eso, a comienzos de 1918, si bien la voluntad de vencer permanecía intacta, los dirigentes se hacían menos ilusiones que antes sobre las posibilidades de conseguir la victoria.

Pues bien, bruscamente, durante el otoño, las potencias centrales arrojaron las armas precisamente cuando, a consecuencia de Caporetto, de la paz rusa y de la capitulación rumana, parecían más fuertes que nunca. Este enigma aparente es origen de un mito, cuidadosamente mantenido, según el cual las fuerzas militares alemanas no habían sido vencidas cuando el Gobierno pidió el armisticio y habían recibido «Una puñalada por la espalda». Los responsables del derrumbamiento eran los socialistas, que habían suscitado disturbios en la retaguardia para que, debilitada y vencida así Alemania, pudieran ellos hacerse con el poder.

Una nueva era se anunciaba, pues, tanto en Alemania como bien pronto en otros países. Tanto entre los vencedores como entre los vencidos, el ejército y una parte de los combatientes iban a

identificarse con la patria y a reprochar a los parlamentarios y a los civiles el haber traicionado los intereses de la nación, cuando ellos, en cambio, se habían sacrificado por ella.

Otra transformación sobrevino: mientras que la victoria de los aliados y la paz señalaban la irrupción de Norteamérica en los asuntos de una Europa abatida y disminuida, el éxito de los bolcheviques originaba el nacimiento de una sociedad nueva. La Rusia socialista, al firmar una paz por separado en Brest-Litovsk y al levantar luego la bandera de la revolución mundial, se colocaba inmediatamente fuera del concierto de los estados del antiguo régimen. Las clases dirigentes, amenazadas, constituían un frente común y, superando las divergencias del «interés nacional», se ponían de acuerdo sobre la necesidad de combatir el régimen de los soviets, los admiradores de ese régimen y sus aliados.

El primer esbozo de tal transformación, que definió lo que iban a ser cincuenta años de vida política y de relaciones internacionales, apareció en plena guerra, cuando los bolcheviques tuvieron que enfrentarse con las fuerzas hostiles y conjugadas de las potencias centrales y de los aliados, enemigos, sin embargo, aun en el campo de batalla. En el momento en que los revolucionarios de todos los países fijaban, como respuesta al llamamiento de los soviets, sus miradas en «aquel gran resplandor que provenía del Este», la guerra se convertía en una intervención, en una cruzada.

CAPÍTULO 17

Entre guerra y cruzada

¿Por qué sobrevino lo de octubre?

La Conferencia de Estocolmo había nacido muerta. En Rusia, ese fracaso, y más aún el de la ofensiva de Kerenski, proporcionaron un nuevo motivo de descontento a la opinión. Las reformas fundamentales tardaban en producirse, y como la opinión unánime estimaba que el problema de la guerra era el más importante de todos, había que resolverlo a cualquier precio.

No obstante, a diferencia de los otros problemas, su solución no dependía solo de la voluntad de los ciudadanos; era preciso convencer al enemigo y a los aliados para que concluyeran una paz sin anexiones ni contribuciones. El fracaso de las primeras confraternizaciones atestiguó que la paz de los pueblos pasaba por los acuerdos concluidos entre los gobiernos. Estos no lograban llegar a nada. ¿Era ese fracaso culpa solamente de Guillermo? Los bolcheviques aseguraban que no. Los ministros burgueses eran igualmente responsables, tanto los de París como los de Londres o los de Petrogrado. En consecuencia, era menester derribarlos como al zarismo.

¿No eran ellos quienes, sin hacer nada por la paz, se oponían a todas las reformas de igual manera? ¿Y no eran ellos los que en Rusia condenaban a la miseria a obreros y campesinos?

En realidad, desde el otoño de 1917, la metamorfosis de la sociedad se había consumado. Los rusos no reconocían ya la autoridad del antiguo sistema social heredado del pretérito; «es el mundo al revés», decía un industrial, obligado a asistir a un mitin y

luego apaleado. En las reuniones paritarias, constituidas desde el verano, el comité de fábrica explicaba a los antiguos dueños de la economía lo que tenían ellos que saber sobre los derechos del trabajador. Ese mismo comité se hacía cargo del servicio de policía del establecimiento y ocupaba los locales de la administración. En los campos, los soviets procedían al reparto de tierras, mientras que en las pequeñas ciudades los comités populares se apoderaban de las tiendas y vendían los productos requisados en el campo. Así, mucho antes de octubre, el proletariado empezó a ejercer su dictadura y comenzó a formar el embrión de un nuevo orden político, económico y social.

El alzamiento de Kornilov puso de manifiesto que el peligro de una contrarrevolución era una amenaza real. Asociados provisionalmente Kerenski, los soviets y los bolcheviques, supieron hacerle frente. Sin embargo, prisioneros de su propia política conciliadora, Kerenski y el comité ejecutivo de los soviets quisieron tratar con miramiento a sus adversarios. De esta forma se enajenaron la opinión, que no admitió que el deseo de una paz civil llegase tan lejos como para conceder el perdón a la contrarrevolución. En las elecciones de septiembre, los bolcheviques lograron un éxito triunfal.

En los días que precedieron a la insurrección de octubre nadie imaginaba, y, sobre todo, no lo imaginaban los bolcheviques, que el partido de Lenin se adueñaría del poder de manera absoluta y para siempre. Para estrechar las filas contra la reacción, el Gobierno y los alemanes, «cómplices todos», los bolcheviques se expresaban con acentos jacobinos. En una reacción de autodefensa se reagruparon alrededor de los soviets bolchevizados, como en otros tiempos había ocurrido en torno a la Comuna amenazada. Así, las jornadas de octubre aparecen al mismo tiempo como una reacción para defender la revolución contra los que amenazaban su existencia y como una operación ofensiva, a fin de franquear una nueva etapa y de instituir el poder de los soviets.

El dilema de Brest-Litovsk

Cuando Lenin desencadenó la insurrección de octubre, no se le ocurrió ni por un momento que la revolución se limitase a un solo país ni que, reducida a Rusia, esta revolución pudiera ser socialista. No es que se propusiera extender la revolución a toda Europa, al menos por entonces; pero pensaba que una revolución circunscrita así no sería viable. La toma del poder en Rusia, el fin de la guerra por medio de una paz democrática y la revolución proletaria en Europa eran, según Lenin, los elementos inseparables de un proceso.

Así, el 8 de noviembre de 1917, no fue el cuidado de salvaguardar vínculos con los aliados lo que condujo a Lenin y a Trotski a proponer la paz a *todos* los beligerantes. «El ofrecimiento debía conducir inevitablemente a una rebelión del proletariado contra todos los gobiernos que se opusieran a él». La paz se convertía en una espada, necesaria para la instauración de la revolución social (Arthur Ransome). «Si sucedía lo menos probable –añadía Lenin–, esto es, si ningún beligerante aceptaba siquiera un armisticio, entonces, por nuestra parte, la guerra se convertiría en una guerra verdaderamente justa, defensiva; los rusos se harían aliados del proletariado de todos los países, de los pueblos oprimidos del mundo entero». De todas maneras, el Gobierno soviético sería el foco de la revolución mundial.

El decreto sobre la paz era un simple llamamiento a los gobiernos y a los pueblos. Lenin sabía que ni Francia, ni Alemania, Gran Bretaña o Italia consentirían nunca en una paz sin conquistas. Pero esperaba que se le unieran Estados Unidos, quizá Austria-Hungría, desencadenando así un mecanismo de engranaje. Por estos motivos no formulaba las condiciones de una paz socialista, sino los principios de una paz fundada sobre el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos; no hablaba ni del capitalismo, que era «el origen de la guerra», ni del socialismo, que era «el único remedio a todas las guerras»; adoptaba una fraseología wilsoniana, gracias a la

cual comprendió el presidente de Estados Unidos que el mensaje le estaba destinado. Wilson contestó el día 8 de enero de 1918, formulando sus *Catorce Puntos,* en los que afirmaba la voluntad de las democracias de fundar la paz sobre el principio del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, la desaparición de la diplomacia secreta, la libertad absoluta de navegación en los mares, la evacuación de Bélgica, la reconstitución del Estado polaco, el retorno a Francia de Alsacia-Lorena, la formación de la Sociedad de Naciones, etc.

El acuerdo, transparente en los términos, ocultaba un error profundo respecto de los objetivos; los embajadores aliados en Petrogrado lo presentían y la representación rusa en el extranjero lo daba por seguro. Efectivamente, no había nada en común entre las ideas de Wilson y las de Lenin. De todos modos, la partida no parecía que se hubiese jugado aún del todo en Rusia. Por supuesto, el Gobierno provisional no existía ya, pero parecía que los blancos de Kaledin, sublevados desde el mes de noviembre, serían dentro de poco tiempo dueños de toda Rusia.

Los bolcheviques tenían que resolver una contradicción importante: para salvar su poder y la revolución era preciso que concluyeran la paz exigida por los soldados, los obreros y los campesinos. Ahora bien, los aliados no se sumaban a la idea de una negociación; los bolcheviques se verían obligados por la necesidad a concluir la paz únicamente con los austro-alemanes. Así, reforzarían el imperialismo alemán y destruirían las posibilidades de una revolución en Alemania, asiento indispensable para la futura Europa socialista.

El 23 de noviembre, Lenin y Trotski pedían el armisticio. Al mismo tiempo publicaban los tratados secretos concluidos por los aliados, lo que era un modo de justificarse e igualmente una respuesta a la amenaza de estos de aportar una ayuda a Kaledin. Los ingleses y los franceses se hacían cada vez más hostiles, y entonces los bolcheviques lanzaron el 7 de diciembre un llamamiento a los pueblos de Oriente, en el que invitaban a la India, a Egipto y a todos

los pueblos colonizados a sacudir el yugo del imperialismo. Esta vez el bolchevismo fue tomado en serio en Londres y el Foreign Office ordenó que se impidiera por todos los medios la publicación de ese texto. A pesar de todo, el llamamiento fue oído, y, en Cambridge, Tilak pronunció ante sus condiscípulos hindúes discursos de inspiración bolchevique.

Después de haberse interrogado sobre las posibilidades de los bolcheviques para mantenerse en el poder, los alemanes se avinieron a entrar en conversaciones con ellos; estas negociaciones de Brest-Litovsk, comenzadas en diciembre de 1917, iban a durar más de cuatro meses. Kühlmann y Czernin aceptaban negociar con los rusos sobre la base del derecho de los pueblos a sí mismos, pero entendían que los plebiscitos tenían que ser organizados por las autoridades constituidas; como los ejércitos del káiser ocupaban los países bálticos, los rusos rechazaron ese procedimiento. Querían que todos los ejércitos se retiraran antes de toda consulta popular. Así se llegó a un callejón sin salida.

Por su parte, Joffé, Kamenev y Trotski pensaban que alentando el movimiento de confraternización y ganando tiempo, el espíritu revolucionario se apoderaría de Alemania, lo que pondría en peligro la «victoria» de sus ejércitos.

Los alemanes temían ser engañados. Cuando supieron que Ucrania se rebelaba contra el poder bolchevique, los militares recomendaron la ruptura de las conversaciones, mientras tanto, las potencias centrales firmaban con la *rada* de Kiev un tratado que debería hacer de Ucrania el granero de las potencias centrales. Por aquella época, a comienzos de febrero, la situación de los bolcheviques era menos buena que en diciembre. Las grandes huelgas de Berlín, Viena y Budapest se habían acabado ya; Ucrania escapaba del Gobierno de Moscú, mientras que, en Finlandia, Mannerheim levantaba la bandera de la independencia.

Trotski había asegurado que no firmaría ningún tratado anexionista de paz, y al mismo tiempo había declarado como concluso el estado de guerra. Este comportamiento había dejado

estupefactos a los alemanes. Se explica, sin embargo, por la incapacidad de los bolcheviques para incitar a los soldados que reanudasen el combate. Efectivamente, cuando el 8 de febrero los alemanes rompieron de nuevo las negociaciones, sus tropas no encontraron ninguna resistencia. «Es la guerra más cómica que he visto», observa Hoffmann. Hasta entonces Lenin había dejado obrar a sus amigos, recomendándoles únicamente que no reanudasen la guerra, incluso aunque se la calificara de revolucionaria. Desde entonces se pronunció Lenin en favor de la firma inmediata de la paz, cualesquiera que fuesen las condiciones. Estas condiciones eran muy duras; el ejército soviético tenía que salir de Ucrania; Rusia tenía que hacer la paz con la *rada* y abandonar cualquier pretensión sobre los países bálticos. Ante tales exigencias, Joffé y Trotski pensaron que no podía descartarse un llamamiento a los aliados. Desembarcados en Arkángel, ¿no eran ellos asociados «objetivos» ahora que Alemania amenazaba a Rusia con la destrucción? Por su parte, Bujarin, que seguía pensando que la paz con Alemania reforzaría el imperialismo y sería el toque de muerte de la revolución mundial, había exclamado: «Hacemos del partido un estercolero». Con el apoyo de Zinoviev, Sverdlov y Stalin, Lenin ganó la partida. El 13 de marzo Sokolnikov firmaba el tratado, ratificado por el Congreso de los soviets por 784 votos contra 261.

El equívoco de la intervención

A partir de noviembre de 1917, el general Alexeiev se había levantado al sur del país contra los vencedores de octubre. Sus tropas, al mando de Denikin, encontraron pronto un apoyo inesperado en la Legión checa, compuesta de antiguos prisioneros de guerra austro-húngaros. En realidad, estos atravesaron Siberia para volver a sus hogares, pero entraron en colisión con los soviets locales y el gobierno blanco de Samara supo ponerlos a su servicio. El ejército blanco se convertía así en una fuerza importante. Los aliados se preguntaron si no sería interesante sostener su causa, ya

que, una vez victoriosos, los blancos reanudarían la guerra y resucitarían un segundo frente. Fue así como tropas británicas desembarcaron en Murmansk y en Arkángel. Originariamente, estas tropas tenían como misión detener el avance alemán e impedir a los nacionalistas finlandeses que cortasen la vía férrea de Petrogrado a Murmansk. Pero enseguida se decidieron a sostener, de manera cada vez más abierta, a los blancos.

«El bolchevismo es un azote –escribía A. Gauvain en el *Journal des Débats*–. Si no lo combatimos, Alemania se encargará de hacerlo... Alemania aparecerá encargada de esta misión». Era preciso impedirlo, juzgaban los medios influyentes, y en especial el coronel Knox y el general Janin, jefes de la misión aliada en Rusia, alma de la intervención.

Así, antes de Brest-Litovsk, los temas de la contrarrevolución habían sido adoptados por los aliados. No obstante, el 11 de noviembre de 1918, la lucha contra las potencias centrales siguió siendo su principal motivación. Ante las exigencias alemanas, la secesión de Ucrania y de Finlandia, las amenazas de estallido del Estado ruso, se preguntaban los bolcheviques, a falta de otra posibilidad de elección, si no sería preferible la cooperación con los aliados a la colaboración con los alemanes. Por su parte, los aliados sabían que los medios más antibolcheviques eran precisamente los que preconizaban un acuerdo con el káiser en vísperas de la caída del zarismo. Por tanto, mal que bien, los aliados tenían que guardarse de sostener a los adversarios de Lenin. Es cierto que por el canal Trotski-Sadoul-Thomas (y Trotski-Robins-Henderson en Gran Bretaña), los medios parlamentarios sobreestimaban las posibilidades de una bolchevización de Alemania.

Cuando, según la expresión de Rosa Luxemburg, «la perseverante inmovilidad de cadáver del proletariado alemán» redujo a los revolucionarios rusos a la necesidad de concluir una paz con el imperialismo alemán como único poder reinante en aquel país y solo esa actitud de cadáver permitió al imperialismo alemán utilizar la Revolución rusa en su propio provecho, los aliados pudieron al fin

proclamar la legitimidad del combate que se proponían llevar a cabo contra la fortaleza del proletariado internacional.

Por lo demás, los gobiernos aliados no habían esperado esa demostración ni la conclusión de la paz de Brest-Litovsk para aportar su ayuda a los medios más hostiles a la Revolución rusa. Pese a la oposición de los socialistas, los gobiernos aliados ayudaron a Kornilov contra Kerenski y habían vuelto a reincidir en vísperas de octubre, persuadidos de que este último se vería bien pronto obligado a entregar las riendas a los militares. A raíz de la victoria del los bolcheviques, el rey de Rumanía proponía a sus aliados dar la mano a los cosacos de Kaledin e intentar efectuar un enlace, a través del Kubán, con los británicos que avanzaban en Mesopotamia. Balfour y Churchill querían reconocer al gobierno blanco. La ayuda a Kaledin fue decidida a despecho de las reservas de Lloyd George y de Wilson, ya que las otras oposiciones, «incluso reunidas, no eran más que un conjunto de charlatanes y de teóricos». Por aquella fecha, calculando con más precisión que sus aliados lo que significaría para el capitalismo el éxito de Lenin, el Gobierno inglés dirigía el baile. No obstante, el imperialismo alemán seguía aún sin abatir y Lloyd George veía la dificultad de tratar a un tiempo con los bolcheviques en Petrogrado (contra los germano-fineses) y con los blancos en Novo-Cherkask (por miedo de que pudieran acercarse al káiser). Es cierto que tanto antes como después de Brest-Litovsk, todas las partes comprometidas hacían un doble juego: los bolcheviques, que no podían decidir dónde estaba el mayor peligro, si en los aliados o en los alemanes, y conservaban el contacto con los dos campos; y las potencias centrales, que practicaban igualmente el doble juego, firmando con Lenin en Brest-Litovsk, al tiempo que sostenían los movimientos antibolcheviques de Georgia, Ucrania y Finlandia.

La intervención clara de los japoneses, que habían llegado para apoyar a los blancos y se presentaban resueltos a cobrarse en provincias marítimas, tuvo por efecto el que los bolcheviques se acercasen a los alemanes. Ciertamente, resultaba claro que el

desembarco norteamericano que siguió tenía por objetivo esencial contener las ambiciones niponas, pero no por ello se hacía menos peligrosa la intervención militar aliada para los soviets, como lo confirmó el fracaso de las ofensivas alemanas de la primavera. Desde el 3 de junio de 1918, el Consejo Superior de Guerra interaliado decidió el envío de cuatro mil a cinco mil soldados, por cada país, que «encuadrarían a los checos y sostendrían a los blancos». Los bolcheviques hicieron de inmediato un llamamiento a Alemania, que precisamente se encontraba en la imperiosa necesidad de llevar tropas al frente occidental. Fue concluido un acuerdo el 25 de agosto de 1918, y una de sus cláusulas preveía «que los soviets se abstendrían en adelante de toda propaganda en los imperios centrales». Así, mucho antes de la época estaliniana, los dirigentes bolcheviques sacrificaban la causa de la revolución europea a la necesidad de salvar el régimen instaurado en Rusia.

La cruzada antibolchevique

En sus *Cuadernos,* con fecha del 12 de octubre de 1918, Maurice Barres anota estas frases, extraídas de la *Gazette de la Croix,* el gran periódico renano: «La lucha contra el bolchevismo tiene que servir de vínculo entre las tres potencias aliadas y sus enemigos. Una Alemania fuerte resistirá al bolchevismo. Si sucumbiera, una revolución de la peor especie aniquilaría a Europa. La *Entente* no debiera olvidar este punto de vista». Este argumento no dejó indiferentes a los aliados, al menos no a Foch, según parece. Optimistas con respecto al final de la guerra, los aliados intervenían ya abiertamente en los asuntos rusos: la creación de un segundo frente, la «protección» de Rusia, no eran ya cosas dudosas; el carácter político de la intervención resultaba manifiesto. Desde el mes de octubre, la lucha contra las potencias centrales y contra los bolcheviques, hasta entonces voluntariamente confundidas, fueron claramente disociadas. Los medios dirigentes, en París y en Londres, sacaban ahora a colación el argumento de los fondos invertidos en

Rusia para legitimar su acción. Sus ambiciones y sus razones, mal conocidas todavía, inquietaban, por lo demás, hasta a los blancos. Wilson no estaba informado siquiera del plan de Clemenceau, inspirado por el Estado Mayor, plan que los ingleses no desaprobaban. El *23 de octubre de 1918* [27] lo explicaba así a S. Pichon:

> El bolchevismo se ha convertido en una fuerza con la que hay que contar. Amenaza, por medio de su Ejército Rojo, que sueña con llegar a un efectivo de un millón de hombres, con extender sobre todos los territorios de la antigua Rusia, en primer lugar, y luego por el resto de Europa, el régimen de los soviets. Esta nueva y monstruosa forma de imperialismo hace pesar sobre Europa un peligro tanto más temible cuanto que sobreviene en el momento preciso en que el fin próximo de la guerra va a provocar inevitablemente en cada país una grave crisis económica y social [...]. Por tanto, los aliados deben provocar *la caída de los soviets*[28]. Y no es cosa de lograr este resultado llevando la guerra a Rusia, sino procediendo al cerco económico del bolchevismo [...] con la ocupación por las fuerzas aliadas (desde Rumanía, Odesa, etc.) de las tierras de trigo de Crimea y de Ucrania y de las cuencas mineras del Donetz, prenda necesaria para garantizar el pago de los veintiseis mil millones prestados a Rusia, deuda que el bolchevismo ha denegado [...] Los ejércitos de Oriente y los ejércitos ingleses de Turquía proporcionarán, desde el momento en que capitule Turquía, las divisiones necesarias para constituir, alrededor del bolchevismo, no solamente *el cordón sanitario* que aislará y condenará a perecer de inanición al régimen, sino también los núcleos de fuerzas aliadas en torno a los cuales los elementos sanos de Rusia podrán organizarse con vistas a la reorganización de su país bajo la égida de la *Entente.*

La guerra de 1914-1918 había dado paso a la cruzada.

Los orígenes de la «guerra civil europea»

El 15 de octubre de 1918, una compañía del Batallón 21 de Infantería colonial, desembarcada en Arkángel, se había negado a combatir a los bolcheviques al llegar el primer rumor que anunciaba un armisticio en el frente occidental. Estos chispazos iban a multiplicarse pronto, suscitando entre los dirigentes una inquietud

más grande incluso que la agitación sostenida en la misma metrópoli por los grupos antiintervencionistas. En Francia y en Gran Bretaña, sobre todo, estos intentaban poner en guardia a la opinión contra el atentado que los jefes aliados perpetraban contra la patria de la revolución. Pero su auditorio era reducido, ya que, en el Congreso socialista de julio de 1918, aprobaron la intervención 1.172 mandatos y 1.544 solo la condenaron. Además, como advierte con razón A. Kriegel:

> estos no tuvieron, sin embargo, ningún escrúpulo en pronunciarse contra la intervención porque Francia no estaba ya interesada en el resultado favorable de la guerra.

Es cierto que en los dos campos había ya revolucionarios que ponían en primer lugar entre sus deberes de ciudadanos la defensa de la patria de la revolución. Sus mayores habían sido incapaces de impedir la guerra; ellos sabrían asegurar el éxito del socialismo. Por el contrario, otros hacían pasar la defensa del orden social por delante de la destrucción del «enemigo hereditario»; el ser social, tanto en los unos como en los otros, se había *disociado* del ser nacional. El sentimiento patriótico no lo absorbía ya como en 1914; la guerra había desempeñado un papel de revelador y también de un detonador que hacía estallar una de las relaciones de autoridad heredadas del pasado.

Así, antes de que los tratados que le ponían fin comportasen los gérmenes del segundo conflicto mundial, la guerra de 1914-1918 llevaba ya en su seno la guerra civil que todavía divide nuestra sociedad.

---

27 Señalado en cursiva por el autor.

28 Señalado en cursiva por el autor.

CAPÍTULO 18

Las ilusiones de una victoria

El mapa de la guerra a comienzos de 1918

A comienzos de 1918, los aliados se interrogaban sobre la salud física y moral de las tropas franco-inglesas. Mientras que Lloyd George esperaba ganar la guerra en Oriente, el mando francés contaba de manera esencial «con los tanques y con los norteamericanos». El frente occidental era el teatro más importante de las operaciones y el mando aliado se preguntaba si los alemanes lograrían retirar todas sus tropas del frente oriental antes de la llegada masiva de los *sammies;* para vencer, el alto mando alemán tenía que ganar esa carrera contrarreloj.

En la propia Francia, las ideas defensivas de Pétain eran combatidas por Foch, que quería reemplazarle. Pétain decía a Poincaré:

> Si la batalla que se anuncia dura más de un mes, no tendré con qué rehacer las divisiones que hayan tomado parte y me veré en la imposibilidad de emprender la necesaria contraofensiva para aliviar el frente atacado.

En su Instrucción IV, del 22 de diciembre de 1917, Pétain indicaba que no se podrían contener y romper los ataques alemanes más que librando la batalla en las posiciones de retaguardia y no en las primeras líneas, táctica que aplicaría con éxito en junio y julio de 1918, pero que era considerada por Clemenceau como una cobardía. Clemenceau se había hecho apóstol de la defensa a ultranza y no podía admitir que se abandonaran las posiciones de primera línea.

Los dos aliados solamente se sentían solidarios para fastidiar a Pershing, que no quería ver a las tropas norteamericanas amalgamadas con las de los aliados. No sin dificultades, Pershing obtuvo el mando de un sector del frente en Lorena. Esta pelea por la autoridad, llena de amor propio, retrasó la utilización masiva de las tropas aliadas durante varios meses. ¡Cuántos muertos inútiles no costaría!

Las potencias centrales eran más vulnerables de lo que parecía. Aunque Alemania hubiera podido enderezar la situación económica, el año se abría bajo sombríos auspicios; la cosecha de 1917 fue deplorable, la ración de patatas se había reducido a dos kilos y medio por semana; la de carne, a doscientos cincuenta gramos, y la de materias grasas, a menos de cien gramos. La penuria estimulaba, desde luego, la imaginación de los inventores, y a falta de algodón se fabricaban tejidos con papel y con fibras de ortiga; cincuenta millones de pares de calzado fueron hechos con suela de madera. Pero el descontento crecía y las huelgas se hacían más numerosas. En enero llegaron la huelgas al máximo, pero entonces el Gobierno actuó con mano dura y se reanudó el trabajo.

La detención de las operaciones en el Este permitía a las potencias centrales repartirse mejor las tareas. La alianza de Carlos I era, sin embargo, menos segura, así como la de Turquía[29]. Además, desde el Tratado de Bucarest reinaba la discordia con Fernando de Bulgaria, descontento porque no se le había dado la Dobruya.

Otro motivo de inquietud para Hindenburg era el ver esfumarse la esperanza de trasladar enseguida sus tropas al Oeste; en la primavera de 1918 quedaba más de un millón de soldados alemanes en Finlandia, Rusia y Rumanía. Hindenburg juzgó incluso imprudente el llevar un número demasiado grande, ya que ciertas divisiones estaban ganadas por las ideas revolucionarias y tenía miedo de que contaminasen a las demás.

Así, a comienzos de 1918, cuando los alemanes decidieron asestar un gran golpe al Oeste, las condiciones generales les eran menos propicias que unos meses antes. Estaban animados, desde

luego, por la esperanza de ganar la guerra definitivamente, pero sabían también que iban a lanzar una ofensiva que era su última oportunidad y que para ganarla tenían las semanas contadas.

Los primeros lanzamientos de octavillas en Alemania, el bombardeo regular de París por los *Taube* y por la *Grosse Bertha,* un enorme cañón oculto en el bosque de Compiègne, atizaban la guerra de nervios. La ansiedad era más profunda que en los años anteriores, como si en los dos campos presintieran que la hora de la prueba decisiva iba a sonar.

El asalto

Hindenburg y Ludendorff habían decidido lanzar una serie de embestidas contra los ingleses, que habían pasado por una ruda prueba, especialmente en Passchendaele. Los alemanes pensaban dirigir todas sus fuerzas en la confluencia del frente inglés con el frente francés; conociendo la falta de entendimiento entre Haig y Pétain, esperaban sacarle provecho. ¿Acudirían los franceses en socorro del aliado en peligro?

El 21 de marzo, primera ofensiva cerca de San Quintín. Cuatro mil cañones sostienen la acción de sesenta y cinco divisiones. Los ingleses no pueden aguantar un choque semejante; se produce la ruptura del frente y no le falta a Ludendorff más que empujar «los dos batientes de la puerta». Como había previsto, Pétain trata en primer lugar de mantener la armazón del ejército francés en previsión de un segundo ataque, que, en su opinión, era inevitable. Vacila, pues, antes de enviar las tropas de Fayolle como refuerzo a Douglas Haig. Los ingleses, juzgándose ya incapaces de defender Amiens, proyectan un repliegue general hacia los puertos de la Mancha. Al Sur los alemanes han vuelto a tomar Noyon y en París se estima que la situación es muy seria; se pone en marcha un dispositivo de la retirada del Gobierno a Tours.

Clemenceau suscita de inmediato la reunión de una conferencia interaliada en Doullens. Foch logra resucitar allí un clima de *Entente*

Cordiale. Su ardor contrasta con el desaliento de Haig y Pétain: «Me batiré delante de Amiens; me batiré dentro de Amiens; me batiré detrás de Amiens». Los aliados le otorgan poderes de coordinación en el frente occidental. Inmediatamente Foch saca refuerzos del frente francés, que llegan a tiempo para apoyar a los británicos y cerrar la brecha abierta por los alemanes.

El 9 de abril lanza Ludendorff su segunda embestida. Esta vez golpea la extremidad norte del frente anglo-portugués para hacer difícil cualquier intervención francesa. Su propósito es aislar el ejército belga y una parte de las tropas inglesas que están con él y lanzarlos al mar. Pero las treinta y seis divisiones del príncipe Ruperto no consiguen abrir brecha. Se libran combates encarnizados ante el monte Kemmel (25-28 de abril de 1918).

El 27 de mayo Ludendorff ataca a los franceses al otro extremo del frente, desde el Chemin des Dames hasta Champaña. Al principio no es más que una operación de diversión que permitirá lanzar de nuevo la operación para la destrucción del ejército inglés. Desde marzo las líneas francesas se han estirado y además se han debilitado por los refuerzos enviados a Picardía y a Flandes. Los alemanes se vieron sorprendidos, no obstante, al conseguir abrir brecha en cuarenta y ocho horas entre los diques de Soissons y Reims. El día 30 llegan al Marne. A su vez Pétain planea un repliegue general. Abandonando su plan, Ludendorff quiere lanzarse adelante. Pero los diques resisten. El 11 de junio Ludendorff da orden de detener la ofensiva.

Los éxitos de los alemanes eran indiscutibles: un avance que podía llegar hasta sesenta kilómetros, la superficie de un departamento suplementario ocupada, Amiens y Reims amenazadas. No obstante, tales triunfos no eran decisivos y Mangin obtuvo incluso un pequeño éxito ofensivo. En París, la emoción es considerable, la ansiedad se extiende; una vez más, los alemanes estaban en Noyon. El Parlamento conmina a Clemenceau a que se explique: el «Tigre» le hace frente. Al Parlamento le gustaría hundirle, pero él logra salvar a Pétain y a Foch; acaba con este

apóstrofe: «Corresponde a los vivos concluir la magnífica obra de los muertos».

Ludendorff intenta entonces una última prueba en Champaña. Es la ofensiva de la paz, la *Friedensturm* del 15 de julio de 1918. Informado del lugar y de la fecha de la operación, gracias a la captura de algunos prisioneros, Pétain repite la maniobra de repliegue imaginada por Hindenburg en 1917, y detiene así a los alemanes en las segundas líneas, preparadas de antemano. La contraofensiva Gouraud-Mangin, cuidadosamente preparada desde el fuerte de Villers-Cotteréts y sostenida por los tanques y la aviación –utilizada por vez primera de forma masiva en una batalla–, obligó a los alemanes a un repliegue general. Esta segunda batalla del Marne señalaba un giro decisivo en la guerra.

La victoria de los aliados

Nombrado generalísimo y luego mariscal de Francia, Foch puso en marcha su plan de ofensiva general, pese a las reticencias de Pétain y de Haig, que ponían de relieve las enormes pérdidas sufridas. Ni los unos ni los otros imaginaban entonces que esta ofensiva sería la última y que la guerra iba a acabarse. Clemenceau y Foch hacían planes para el año de 1919. Contaban con provocar el derrumbamiento de Austria, donde los desertores eslavos formaban ya bandas, «el ejército verde»; esperaban igualmente ayudar a los blancos a acabar con los bolcheviques y a resucitar un segundo frente.

Todos los frentes tenían que ponerse sucesivamente en movimiento: Palestina, Oriente y el frente occidental, de Flandes a Lorena, donde se encontraba concentrado ya el grueso de las fuerzas norteamericanas. Los italianos habían llevado a cabo ya grandes esfuerzos en Monte Grappa; se convino que no lanzarían su ofensiva hasta octubre.

El 8 de agosto de 1918, con más de treinta divisiones, los franco-británicos atacaron en la región de Amiens. La acción principal la

llevan los ingleses de Rawlinson. Gracias a la sorpresa, a la niebla y a los tanques, se consigue la primera gran rotura del frente desde 1914. Es «un día de duelo para el ejército alemán», dice Ludendorff; fenómeno nuevo, millares de alemanes se rinden casi sin combatir.

Después de una pausa, los franco-británicos reemprenden el ataque el 20 de agosto. Ludendorff tiene que ordenar un repliegue general en la «línea Siegfried», de Saint-Vaast a La Fere. Tiene prevista, ya muy en retaguardia, una segunda línea de repliegue de Guisa a Rethel. Los americanos atacan en Lorena, reducen el saliente de Saint-Mihiel en cuatro días; los anglo-francobelgas vuelven a lanzar su ofensiva cerca de Cambray y Ludendorff presenta su dimisión.

A mediados de septiembre, el frente occidental entero está en movimiento y las ofensivas conjugadas en los «frentes secundarios» se desencadenan a su vez.

Las primeras grandes victorias se logran en el frente de Palestina, donde, sin ninguna pérdida, Allenby triunfa en la batalla de Megiddo, el Sedán del ejército turco, el 19 de septiembre de 1918. Pronto, el ejército turco capitula. Desde Mesopotamia, otra columna viola la neutralidad de Persia para llegar a Bakú; se intenta prevenir la llegada de los germano-turcos, apoderarse de los petróleos e impedir a los bolcheviques controlar la región. Bajo el patrocinio de los ingleses, se constituye una legión armenia que lucha contra los turcos y contra los soviets.

En el Adigio, el dispositivo ofensivo de los italianos empieza a funcionar el 25 de septiembre. Un mes más tarde termina con la victoria de Vittorio Véneto.

El 26 de septiembre, después de un tiempo de espera, que fue origen de nuevas desavenencias entre los altos mandos francés y norteamericano, Pershing desencadena una nueva ofensiva en Argona, mientras que Gouraud progresa en Champaña y Douglas Haig en Flandes; los anglo-canadienses abren brecha en las líneas alemanas y logran los mayores triunfos militares, ocupando Cambrai y Lille.

En los Balcanes, Franchet d'Esperey, seguro de la lealtad del ejército griego, franquea el macizo de la Moglena, conquista Gradsko, Prilep y Ukub a los búlgaros, mientras que la caballería de Jouinot-Gambetta avanza hacia Nich. Arz no puede enviar a tiempo los refuerzos necesarios y el rey Fernando decide deponer las armas el 26 de septiembre de 1918. Los franceses no invitaron a sus aliados y concluyeron solos el armisticio. Los ingleses obraron de la misma manera al firmar el armisticio con los turcos. Herido por las cláusulas del Tratado de Bucarest, inquieto por las simpatías que el bolchevismo encontraba en Bulgaria, con su ejército en vías de descomposición y su Estado Mayor en fuga o supuestamente enfermo, como el generalísimo Yekoff, Fernando abdica en favor de su hijo para salvar el trono. Y así, como lo había previsto Briand, el alba de la victoria se había levantado por Oriente.

La derrota, escamoteada

Desde hacía tiempo, el alto mando alemán había dado a conocer su determinación de poner fin a las hostilidades. No quería que los aliados pudieran descubrir el estado real de las fuerzas imperiales, y menos aún verse en la imposibilidad de detener su marcha hacia adelante. Esperaba salvar el ejército, ya que no el régimen, negociando, cuando se encontraba aún a cien kilómetros de París. Ludendorff lo había dicho y repetido en privado. Külhmann, ministro de Asuntos Exteriores, creyó llegado el momento para lanzar una ofensiva de paz; su llamamiento a las potencias enemigas fue mal acogido por los militares. «La victoria era segura», y Külhmann fue sacrificado a esta verdad oficial. Sin embargo, al día siguiente de la segunda batalla del Marne, Ludendorff y Hindenburg aceptaban como fatal la idea de una paz sin anexiones; las que fueron ganadas en Brest-Litovsk les bastarían. Después del 8 de agosto, la derrota pareció ineluctable y Ludendorff presentó su dimisión. No se le admitió. Con la rotura del saliente de Saint-Mihiel por los norteamericanos (solamente en cuatro días, mientras que los

franceses no la habían conseguido nunca por falta de medios) y, sobre todo, con los triunfos de los británicos en la región de Cambrai, los nervios de Ludendorff y de Guillermo II se quebraron. El derrotismo ganó al alto mando que, desde entonces, exigió la conclusión de un armisticio inmediato y el envío de una nota de paz a Wilson.

El 28 de septiembre, los alemanes se enteraban a un tiempo de la capitulación búlgara, de la pérdida de Damasco y de la destitución del canciller Hertling. Conocido por sus ideas liberales y pacifistas, el príncipe Max de Baden fue llamado para sucederle. El príncipe rechazó la cancillería sin la participación de los socialdemócratas en su Gabinete, ya que de otra forma Estados Unidos se negaría a negociar con un gobierno que no juzgaría representativo. Las consideraciones de esta suerte importaban poco a los militares, que se impacientaban y seguían llevando la voz cantante, como si fueran los vencedores. La entrevista entre Max y los parlamentarios fue brutal: el Estado Mayor les dio lectura de un informe sobre la situación que revelaba la inminencia de una catástrofe. Ebert estaba blanco como el papel; Scheidemann y Max de Baden, mudos de estupor. «No queda más que dispararse un tiro en la cabeza», declaraba el ministro de Prusia, conde von Waldow. El Informe von den Bussch no exageraba en nada la gravedad de los hechos. Max de Baden vacilaba, sin embargo, en comenzar las conversaciones en tales circunstancias. «No estás ahí para buscar dificultades al alto mando», le intimó Guillermo.

Los socialistas habían aceptado participar en el Gabinete para poner fin a la guerra y para salvar a Alemania de un desastre. Cuando Wilson respondió (sin consultar a sus aliados) a la nota de Max de Baden, resultó que exigía ante todo la transformación de las instituciones políticas de Alemania. Porque el ejército se opuso a estas condiciones y Ludendorff dimitió entonces de manera estrepitosa, pudo nacer el mito de la «traición» de los civiles y ganarse a la opinión pública, que desconocía totalmente la verdadera situación militar.

A una nueva oferta de Alemania, Wilson y sus aliados respondieron con un llamamiento directo al derrocamiento del káiser. El Imperio de Carlos I se hacía ya pedazos. En Praga, el día 29 de octubre, un movimiento popular proclamaba la República checoslovaca; al mismo tiempo, el conde Karoly anunciaba el nacimiento de un Estado húngaro, y el Consejo Nacional esloveno, la formación de Yugoslavia. A su vez, al día siguiente del armisticio de Villa Giusti, la Asamblea Nacional austríaca proclamaba la República.

Si bien Carlos I renunciaba fácilmente a «toda participación en los asuntos del Estado», Guillermo I se negaba a reconocer que era el único obstáculo para la conclusión del armisticio. Guillermo creía que si transformaba la naturaleza del régimen y el Gobierno de Max de Baden y Ebert emprendía algunas reformas, los alemanes y Wilson se darían por contentos. El 24 de octubre comentando la tercera *Nota* de Wilson, Noske le desengañó, aunque solo con palabras a medias. La socialdemocracia mayoritaria, convertida en partido gubernamental, se creía obligada a una cierta reserva sobre la cuestión dinástica. No era este el caso ni de los independientes ni de los espartaquistas, que pedían la abdicación «en este momento en que todos los tronos ruedan por el polvo»; los «nacionales» iban más lejos que los socialistas: el 24 de octubre, el *Frankfurter Zeitung* afirmaba que solo la abdicación aseguraría la conclusión de una paz honorable. Pero el káiser pensaba «permanecer con el ejército» y Max no se atrevía a contradecirle; hubiera querido una abdicación voluntaria, «capaz de salvaguardar la unidad de Alemania». Hindenburg y Groener (que reemplazaba a Ludendorff) eran solidarios del emperador; según ellos, la abdicación significaba «el fin del ejército». Acusaban al Gobierno de dejar que la prensa se desencadenara y de ser responsable de la confusión. Solo el ministro del Interior, Drews, se atrevió a decir las verdades al generalísimo:

> ¿Quién había estado telefoneando continuamente para reclamar un armisticio, para prescribir el envío de una nota a Wilson y para reclamar la formación de este Gobierno?

Los socialistas eran los amos del juego; instalados en el poder, esperaban que Max de Baden consiguiera la abdicación de Guillermo II. Le amenazaban con marcharse, dándole a entender que si se iban estallaría la revolución y que ellos no serían los responsables. Pero atrapado entre su fidelidad a los Hohenzollern y los deberes de su cargo, el canciller no sabía si era preciso actuar o dimitir. Trataba de persuadir a Guillermo II, pero este, lejos de hallarse dispuesto a abdicar, eludía toda oportunidad de conversación.

Se había dado comienzo a una prueba de habilidad; a principios de noviembre, los alemanes querían concluir lo antes posible, antes de que la realidad de la derrota apareciese clara a los aliados, antes de que el territorio nacional fuera hollado. Así, el ejército retrocedía solamente paso a paso, conteniendo cualquier derrumbamiento del frente. Los aliados, lejos de sospechar la amplitud de su victoria, vacilaban en firmar. Aunque Foch y Clemenceau presentían las trampas de un armisticio apresurado, temían, con Haig, un posible cambio de la situación y, en vista del agotamiento de sus tropas, deseaban condiciones de armisticio aceptables. Ya no querían sacrificar vidas humanas inútilmente. Pershing, por el contrario, deseoso de asociar de una manera más amplia las tropas norteamericanas a la victoria, era abiertamente hostil a un armisticio prematuro, mientras que Poincaré tenía miedo de que las negociaciones desjarretaran al ejército francés.

El 3 de noviembre estallaron motines en Kiel; los marinos se negaron a salir del puerto y a entablar una batalla «nada más que por el honor». Los americanos habían pedido la suspensión inmediata de la guerra submarina y el almirante Hipper quería cruzar el fuego por última vez con la flota británica. El motín de los marinos resolvió las cosas de otra forma. Detenidos y llevados a Kiel, los revoltosos organizaron manifestaciones. Cantaban la *Internacional* y afirmaban su decisión de derribar el régimen. Se constituyó un soviet y, en pocos días, pese a la intervención de Noske, la revolución se extendió a toda Alemania, de Estrasburgo a Múnich y a Leipzig; Alemania veía instaurarse el régimen de los Consejos.

A diferencia de los soviets rusos, estos *Rätebewegungen* emanaban más de la voluntad de los soldados que de la de los trabajadores. Una parte de ellos, sin embargo, se sumó al movimiento, guiada por los jefes espartaquistas e independientes. En Kiel, siguiendo el ejemplo de Noske, Ebert, Scheidenmann y los otros jefes de la socialdemocracia o de los sindicatos, intentaban neutralizar el movimiento. Pero solo la abdicación inmediata del káiser podía restablecer su autoridad. El espíritu de las huelgas de enero empezaba ya a resucitar y la clase obrera se pasaba a los independientes y a los espartaquistas. La revolución estaba en el aire.

El 9 de noviembre, Max de Baden dimitía, cediendo el poder a Ebert. Antes, el heredero del trono de Baden y el antiguo metalúrgico habían forzado la decisión del káiser, anunciando su abdicación. En Spa, Guillermo declaró que iba a restaurar la autoridad del rey de Prusia. En realidad huyó a Holanda y fue el Gobierno socialista el que cargó con las costas de la derrota.

La victoria, escamoteada

El día 11 de noviembre de 1918, los alemanes aceptaban las condiciones del armisticio presentadas por los aliados: evacuación de los territorios invadidos (incluidos los que los alemanes ocupaban al Este desde Brest-Litovsk), repatriación de los prisioneros, entrega de cinco mil cañones y treinta mil ametralladoras, evacuación de la orilla izquierda del Rhin por los ejércitos alemanes, prohibición de trasladar las poblaciones procedentes de los territorios evacuados, prohibición de destruir en esos territorios ferrocarriles y carreteras, rehabilitación de las regiones devastadas (minas, depósitos de agua, etc.), restitución de cinco mil locomotoras y quince mil vagones, derecho de requisición en territorio ocupado, restitución de objetos robados durante la guerra, rendición de la flota de guerra, etc.

Los ingleses y los norteamericanos estimaban severas estas cláusulas; lo eran si se comparan con las primeras proposiciones de

Wilson. En realidad, eran benignas, teniendo en cuenta las devastaciones causadas en el territorio francés y las pérdidas humanas, proporcionalmente más importantes entre los aliados. Es cierto que iba a añadirse una indemnización, pero estaba igualmente claro que los anglosajones no querían una paz de castigo que resucitara el espíritu de revancha. Los norteamericanos eran ya hostiles a la entrada de las tropas francesas en Alsada y Lorena y estaban de acuerdo con los ingleses al juzgar «inútil y excesiva» la ocupación de los puentes del Rhin. Estos signos precursores de la desunión de los vencedores anunciaban los sinsabores que el Gobierno francés iba a padecer después de la guerra.

Ahora bien, si es cierto que, después de 1919, los anglosajones dispusieron de medios para hacer triunfar sus ideas, la situación no era la misma en vísperas del 11 de noviembre; entonces los franceses tenían la posibilidad de imponer sus puntos de vista.

Se ha preguntado si el miedo a su posible bolchevización no llevó a los aliados a tratar con miramientos al pueblo alemán. Se sabe que esta idea rondó por la mente de Foch, que los dirigentes del otro lado del Rhin se aprovecharon de ella y que los círculos izquierdistas de Francia se aprovecharon también; pero nada atestigua que los jefes responsables fueran especialmente sensibles a ella. Así, cincuenta años después, la duda se suscitaba todavía. Poincaré creía que era preciso imponer condiciones más duras, pero Foch y Weygand le tranquilizaron, diciéndole que los fines militares estaban conseguidos. Por un error de óptica que hoy en día parece enorme, pensaban estos que aquellas condiciones serían suficientes para poner a Alemania «a merced del vencedor».

La víspera, ni ellos mismos, ni Poincaré, vieron las ventajas que se hubieran seguido de hacer sentir al enemigo su derrota, llevando la guerra a su territorio; el 11 de noviembre, ni siquiera se les pasó por la cabeza la idea de destruir su potencial industrial o vigilar su economía. Aquellos militares habían concluido «un armisticio entre soldados». Europa y la guerra habían entrado en la edad industrial, pero ellos lo ignoraban y, como caballeros de la Edad Media perdidos

en pleno siglo XX[30], creían que una nación desarmada es una nación vencida.

Una vez firmado el armisticio, los vencedores descubrieron, en lugar de un pueblo sometido, una nación encolerizada. Desde 1914, habían logrado los alemanes mantener inviolado el *Vaterland* y ocupar todavía las tres cuartas partes de Bélgica, Mézieres y Briey el día del armisticio. Durante más de cuatro años, las tropas imperiales habían acampado en territorio enemigo, destruyendo sus fuerzas vivas. Esas tropas habían perdido una batalla, pero, salvo en algunos sectores de la retaguardia o del frente, ni los civiles ni los militares tuvieron el sentimiento de haber perdido una guerra. Las aclamaciones de la multitud lo atestiguan en un Berlín alborozado, cuando las tropas desfilan poco después del 11 de noviembre y cuando Ebert saluda a estos soldados «que vuelven invictos de un combate glorioso», consagrando así un mito del que iba a alimentarse la propaganda hitleriana.

¿Quién ganó la guerra?

Despojado de Alsacia-Lorena, de Posnania, Eupen y Malmédy, perdidos sus territorios de ultramar, dudando de la lealtad de los vencedores para organizar, como habían prometido, un plebiscito en Silesia y en Sarre, reducido su ejército a mil hombres, confiscada su flota de guerra, considerado como responsable de la guerra, según el artículo 231 del Tratado de Versalles, y condenado, por tanto, a pagar reparaciones, el pueblo alemán acusó a sus dirigentes de haberle engañado al aceptar una paz de traición. La ocupación de la orilla izquierda del Rhin durante quince años, a título de garantía, elevó al colmo su irritación. Fomentado por la propaganda revanchista, el mito de la «puñalada por la espalda» tomaba consistencia. La duplicidad de los vencedores añadía fuego a su cólera, porque pretendían haber luchado en nombre del derecho de los pueblos, cuando semejantes derechos solo jugaban a su favor:

¿No fueron incorporados a Checoslovaquia los alemanes de los sudetes, como los húngaros de Transilvania a Rumanía?

En su afán de tomar la cólera de los alemanes como prueba de victoria, los aliados no vieron que perdían la paz en el mismo momento en que ganaban la guerra. Aparte dos o tres provincias perdidas, Alemania quedaba intacta; no había sufrido ningún daño material durante la guerra; su potencial económico seguía siendo excepcional y las reparaciones previstas por el Tratado de Versalles no limitaban ni su desarrollo ni su libertad de maniobra. Mientras que Francia, maltratada y lastimada, destruida en parte, exangüe, gastaba una porción de las energías nacionales para rehacer su economía, Alemania solo tenía que transformarla.

Arruinadas por el esfuerzo de guerra y por las compras en el extranjero, Francia e Inglaterra, prósperas en 1914, vieron derrumbarse su crédito en el exterior y convertirse en cuenta deudora. Estas naciones no se beneficiaban ya de los fondos invertidos en Rusia y en el Imperio turco. Debilitada así su base financiera, perdieron la ventaja que en otros tiempos les proporcionara su ventaja financiera sobre Alemania y otros países. Estados Unidos, en cambio, podía considerarse como único verdadero vencedor de la guerra, porque había mantenido intacto su territorio, convirtiéndose en acreedor de todos los demás beligerantes.

Cuadro 3. *Balance*

	Movilizados 1914-1918 (millones)	Muertos	Heridos	% de muertos, inválidos o heridos en relación con el total de los movilizados	Aumento de bajas civiles y déficit de nacimientos (evaluación aprox.)
Francia	8,410	1,35	3,5	60	Sobre 1,200
Gran Bretaña	8	0,95	2	37	Sobre 0,800
Italia	5,250	0,5	?	--	--
Estados Unidos	4	0,1	?	--	--
Rusia	--	2,3	?	--	--
Alemania	13	1,6	4	41	Sobre 0,900
Austria-Hungría	9	1,45	2	38	--
Turquía	--	0,4	?	--	--

NOTA: Estas cifras no pueden considerarse como definitivas, pero han sido establecidas todas por los mismos autores, salvo la última columna, y, por tanto, las correlaciones y comparaciones tienen un interés indicativo.
Francia contaba, además, con 700.000 casas y 20.000 fábricas destruidas, así como con 50.000 km de vías férreas o carreteras inutilizadas; se habían dañado tres millones de hectáreas de tierra; la producción de cereales había descendido en un 40% y la producción industrial en un 50%.

En el terreno estratégico, Francia e Inglaterra también perdían la partida. Inglaterra veía su puesto en el mercado asiático ocupado por Japón, y a los pueblos de color poner en duda su hegemonía, desde Calcuta hasta Oriente Medio. En cuanto a Francia, sus dirigentes olvidaban que en 1914 el Imperio alemán veía su *Drang nach Osten* dificultado por el obstáculo temible de dos imperios: la Doble Monarquía y la Santa Rusia. Rusia quedaba amputada de todos sus territorios occidentales y arrojada hacia el Este en nombre de la cruzada contra el bolchevismo. Entre tanto, los tratados de Saint-Germain consagraban la constitución de una serie de pequeños Estados en lugar del imperio de los Habsburgo. Pronto este estado de cosas facilitó la realización de la *Mittel-Europa* y los Estados danubianos y los bálticos se convirtieron en presa fácil para Alemania, que veía que en Francia los dirigentes sacrificaban en lo sucesivo el interés nacional al interés de clase. Por otra parte, como consecuencia de haber reducido la antigua metrópoli a la dimensión de un Estado rabadilla, los aliados ofrecían a Austria como dote al pueblo alemán; Austria, humillada por su derrota, de la que sus

antiguos vasallos eran ahora testigos, prefería desaparecer para fundirse en el II Reich. Desde el 10 de noviembre de 1918, su Parlamento reclamaba la «reunión con la patria alemana».

Los orígenes de la guerra civil europea

11 de noviembre de 1918. La alegría fue general. Era la última de las guerras... París, Londres, Nueva York, festejaron el armisticio y luego la victoria, mientras que en Versalles, en Saint-Germain, en Neuilly y en Sevres, un ejército de diplomáticos fundaba la Sociedad de las Naciones y firmaba tratados que habían de asegurar la paz por cien años.

Ciertamente, los gobiernos de las grandes potencias victoriosas querían asegurarse el dominio propio de los vencedores, pero menospreciaron la cólera de Alemania, y el descontento de Italia, cuyos «intereses» fueron sacrificados en parte a los de Yugoslavia; ignoraron igualmente los desórdenes de la Europa balcánica o de Irlanda, el fuego que ardía en Asia y en el mundo árabe. Temieron esencialmente los éxitos de Bela Kun y el contagio de la Revolución rusa y, por todos los medios, procuraron prevenirlo.

* * *

Con el regreso del soldado, la reconstrucción del hogar destruido, la reconversión a la vida civil y los dramas y las alegrías que la acompañaban, los hombres y los pueblos empezaron a hacerse preguntas. Una vez recuperada la lucidez, se les planteaba la cuestión de lo que había sido su existencia pasada y de cuál sería su porvenir.

Cuando se olvidaron las ilusiones de los primeros años de la guerra, los supervivientes se encontraron con que habían sido los actores de un drama sin precedentes.

¿Cuántos se habían hecho preguntas sobre el papel que habían podido desempeñar o sobre la significación general del conflicto?

Para los inmigrados recientes, los alógenos, los judíos y otros por el estilo, el bautismo de fuego fue el derecho a la ciudadanía; nadie podría disputársela ya. Pero ¿qué ventajas les había proporcionado la guerra a los demás?

De regreso a sus hogares y pasada la alegría del final de la pesadilla, conocieron la amargura de una reconversión difícil. El Estado, hábil en halagarlos y en honrarlos con la pompa de las ceremonias que los vinculaba al orden gubernamental, no garantizaba a los antiguos combatientes los derechos que tenían sobre la nación. Es decir, que puesto que nadie había organizado su retorno, se vieron reducidos con frecuencia al paro y a la mendicidad. Promesas y discursos hacían más odiosa esta falta de interés real de los dirigentes y de la retaguardia para con todas sus desgracias. Las viejas heridas, apenas cicatrizadas, volvían a abrirse; el recuerdo amargo de los permisos, la conciencia de la injusticia, el resentimiento contra los emboscados, la retaguardia, los diputados, cómplices todos. Por reacción, la solidaridad que reinaba en las trincheras parecía idílica; se ignoraban allí las clases sociales, los privilegios; otro mito estaba a punto de nacer, un mito que el cine y la novela iban a ilustrar durante más de veinte años. Sin duda, la posguerra conoció otras cóleras y dificultades, especialmente la de los obreros, que perpetuaban la tradición revolucionaria del siglo precedente; pero aquellos disconformes inscritos en el subsidio de paro que desfilaban al paso en Londres, con el gorro encasquetado, ¿irían a sumarse más tarde y a acrecentar las filas del partido laborista o a reforzar las tropas del «fascista» Mosley?

En Inglaterra, como en otros lugares, habían sido los únicos en sacrificarse por la patria y ahora se identificaban con ella. Realmente, a menos de desautorizarse, no podían insolidarizarse con los políticos que no dejaban de glorificarlos, y en Francia, como en otros países, los excombatientes eligieron en 1919 los mismos representantes que tuvieron antes. Todos consideraban como infames a los rojos y a los que repetían, como la vanguardia surrealista y *Dadá,* que los antiguos combatientes habían sido unos

ingenuos, que habían sido engañados, unas simples marionetas movidas por el capital y los traficantes de cañones. Este planteamiento los humillaba y, como reacción, les conducía a estrechar todavía más sus filas, a legitimar su sacrificio y a adoptar los puntos de vista nacionalistas. Algunas veces, les conducía también a resucitar la idea, expresada en otro tiempo por algunos jefes militares, de hacer una milicia de toda la nación y enseñarle *manu militari* el sentido del deber.

El rencor de las principales asociaciones de los antiguos combatientes, que pronto se convertirían en *Cruces de fuego* y *Cascos de acero,* se exhaló así contra los de la retaguardia, los aprovechados y emboscados, los dirigentes políticos que perdían la paz y otros sindicatos que tenían «el impudor de reivindicar ocios y descansos cuando ellos habían arriesgado su vida las veinticuatro horas del día por su país».

Su resentimiento se expresaba asimismo contra las mujeres, quienes, en cierto modo, se habían beneficiado de la guerra, ya que la marcha de los hombres había permitido su emancipación. En general, ellas habían escapado al riesgo de quedarse solteras casándose con extranjeros que no se habían alistado o con hombres cuatro o cinco años más jóvenes que los que normalmente se hubieran casado con ellas, de no haber muerto en la guerra (L. Henry). Reducida así la diferencia de edad entre los cónyuges, el equilibrio de las parejas de la posguerra no era el de antes de 1914. La familia tradicional se disolvió, como se había disociado el sentimiento patriótico a consecuencia del éxito de la revolución y de la cruzada contra la Rusia roja. El imperativo de la moral del trabajo se había debilitado igualmente. Así, no fue un azar que, habiendo tomado el poder en Francia a raíz de la derrota de 1940, los antiguos combatientes adoptaran la fórmula: «Familia, Trabajo, Patria».

Antaño, el Estado y las clases dirigentes no tenían que enfrentarse más que con las revueltas que venían de las capas bajas de la sociedad. Estas seguían amenazando y más gravemente que

antes, ya que el éxito de la Revolución rusa dio un amarre a las fuerzas revolucionarias de todos los países. Ahora contaban con heraldos, cuya patria estaba en el Este. Pero también había descontentos de otra clase: aquellos a los que la guerra había arruinado, los rentistas y los pequeños burgueses especialmente, y aquellos en quienes se cruzaban el ideal renovador de la tradición socialista con el culto de la tierra y el gusto de la violencia, nacidos entre el barro de las trincheras.

A imitación de los *fasci* italianos, se hicieron bien pronto los portavoces de una rebelión que, por su estilo, resucitaba los ritos guerreros a los que muchos habían permanecido ligados. «Renovadora y conservadora», antisocialista y proclamándose hostil al capitalismo internacional, su acción se presentó como una cultura. Su triunfo violento en Italia, sus progresos en Alemania y en la Europa central fascinaron a una parte de los dirigentes y de las clases medias, a los que la guerra y la posguerra habían rebajado, y a los jóvenes, a los antiguos combatientes, a quienes la experiencia comunista obsesionaba y aterrorizaba.

Las clases dirigentes, sin embargo, estuvieron dispuestas enseguida a imaginar que aquella atmósfera de malestar, la desunión de los vencedores, la difícil aplicación del Tratado de Versalles, las crisis ligadas a la transformación económica y social, eran fenómenos pasajeros que la sociedad capitalista sabría resolver de la misma manera que sabría desacreditar también al socialismo. Efectivamente, el bar norteamericano, el tango, el charlestón, ocupaban ya el lugar de la madrina de guerra, del desfile militar y de *La Madelón.* Los progresos de la técnica y su utilización pacífica creaban distracciones nuevas que, con el espectáculo del deporte, el film, el *music-hall* y la promesa de las vacaciones, procuraban a la sociedad la evasión que estaba buscando. Franceses, alemanes e ingleses, que tienen la sensación de resucitar al día siguiente de la pesadilla, quieren aturdirse; en 1920, en París, hay más gente para festejar el Carnaval que para conmemorar la victoria. Sin embargo, en Alemania, en Italia, y bien pronto en la URSS, fiestas gimnásticas

de dimensiones impresionantes revelan ya sordas aspiraciones a un orden «nuevo».

Lo que este orden nuevo va a traer no serán precisamente canciones.

---

29 Véanse pp. 277 y ss.

30 Es significativo que, a pesar de haber circulado en coche durante toda la guerra, quisieran desfilar a caballo el día de la victoria.

Bibliografía

Según Dedijer, se han consagrado más de tres mil obras a la crisis de Sarajevo. Esta cifra, que da una medida, revela la inmensidad de literatura dedicada a la Gran Guerra. En París la Biblioteca de Documentación Internacional Contemporánea conserva más de cincuenta mil títulos sobre el primer conflicto mundial, a los que hay que añadir los periódicos, artículos de revistas, archivos impresos o manuscritos, documentos cinematográficos e iconográficos, etc.

La obra capital de Pierre Renouvin, *La Crise européenne et la Premiere Guerre Mondiale* (París, 4.ª ed., 1962, p. 779), comprende una excelente selección bibliográfica a la que remitimos al lector, así como a las otras obras del mismo autor.

Conviene recordar el interés excepcional de dos trabajos: Fischer (Fritz), *Griff nach der Weltmacht, die Kriegszielpolitik des Kaiserlichen Deutschland 1914-1918,* Düsseldorf, 1961, 902 pp. Existe una traducción inglesa *Germany's Aims in the First World War,* Londres, Chatto & Windus, 1967, 652 pp.

Meyer, J., Ducassé, A. y Perreux, G., *Vie et mort des Franrais,* París, 1959, 510 p., así como las otras obras de J. Meyer y de A. Ducassé.

PRIMERA PARTE

Anderson, E. y Anderson, P. (1968): *Political Institutions and social change in continental Europe in the 19th century,* Berkeley, 461 pp.

Clarke, I. F. (1967): «Forecasts on warfare in fiction, 1803-1914», *Comparative Studies in society and history,* n.º l.

Contamine, H. (1957): *La Revanche,* París.

Dedijer, V. (1966): *The Road to Saraievo,* Nueva York.

Geiss, I. (1967): *July 1914, selected documents,* Londres, 400 pp.

Girardet, R. (1960): *La Socíété Militaire en France,* París.

Haupt, G. (1965): *Le Congres manqué,* París, 300 pp.
Morazé, Ch. (1957): *Les Bourgeois conquérants,* París, 491 pp.
Stone, N. (1966): «Army and Society in Habsburg monarchy», *Past and Present,* abril.
Stenberg, F. (1957): *Le Conflit du siecle,* París.

Así como todas las grandes obras sobre la historia de los principales países que intervinieron en la guerra en los siglos XIX y XX (E. Halévy, F. Chabod, Zeman y Valiani, Florinsky, etc.).

SEGUNDA PARTE

A las obras esenciales citadas anteriormente añadiremos primero los testimonios. En el texto hemos señalado ya los que nos han parecido más importantes: David Lloyd George, Abel Ferry, A. Ribot, Gallieni, Joffre, Douglas Haig, Falkenhayn, etc. Conviene leer, además, las obras de Lenin (tomos 23 a 26 de la edición francesa) y los escritos que provienen de los diferentes horizontes ideológicos: Maurice Barres, Georges Sorel, Karl Kautsky, C. Plejánov, León Trotski, etc. La selección de los diarios más importantes tendría que ir desde *L'Action Française* a *Demain* (publicados en Suiza), y a *Pravda* o a *Rabocee Znamenïa* (bolchevique y anarquista después de marzo de 1917); debería incluir por lo menos un periódico correspondiente a cada corriente de opinión: *The Times* (más completo que *Le Temps* o que el *Corriere della Sera), The Manchester Guardian, La Victoire,* de G. Hervés; *L'Humanité, Le Journal du Peuple, Avanti,* y diarios alemanes o austríacos de varias tendencias, como *Vorwaerts, Die Leipiziger Zeitung,* etc. La lectura del *Osservatore Romano* (Vaticano) es instructiva.

Además, mencionamos algunas obras que nos han sido especialmente útiles:

Bidou, H. (1939): *Histoire de la Grande Guerre,* París, p. 696.
Cru, N. (1932): *Témoins,* París.
Duroselle, J.-B. (1960): *De Wilson a Roosevelt,* París, p. 493.
Feldman, G. (1968): *Army and industry and Labor in Germany* (1914-1918), Princeton.
Hurwitz. S. J. (1949): *State intervention in Great Britain,* Columbia, p. 321.
Lasswell, H. D. (1938): *Propaganda technique in the World War,* Nueva York, p. 233.
Paris, R. (1962): *Histoire du fascisme en Italie* (1), París.
Pericard, J. (1938): *Verdun,* París.
Paxson (1939): *America at War,* Boston, vol. 2.
Ratinaud, J. (1967): *La Corse a la mer,* París, p. 365.
Renouvin, P. (1957): *Les Crises du xxe. Siecle,* París, vol. 2.
Schérer y Grunewald, J. (1962): *L'Allemagne et les problemes de la Paix,* París. (Documentos publicados por los autores).

Cómoda actualización bibiliográfica en:
Hetzfeld, H. (1968): *Der erstie Weltkreg,* Múnich, p. 371.

TERCERA Y CUARTA PARTES

Kriegel, A. (1964): *Aux origines du communisme framçaís,* París, 2 vols.

Mayer, Arno (1967): *Politics and diplomacy of peacemaking, containment and counterrevolution at Versailles,* Nueva York, 920 pp.

Se consultará también:

Carr, E. (1950-1953): *The Bolchevik Revolution,* Londres, 3 vols.

Delmas, J. (1965): *L'Etat-Major français et le front oriental (nov. 1917-nov. 1918),* tercer ciclo, Sorbonne, tesis doctoral.

Fay, V.; Ferro, M.; Broue, P.; Kriegel, A.; De Clementi, A.; Tych, F.; Nagy, B.; Steiner, H. y Shärf, J. (1968): *La Révolution d'Octobre et le Mouvement ouvrier européen,* París, 222 pp.

Ferro, M. (1967): *La Révolution de 1917, I,* Aubier, París, 606 pp.

Guérin, D. (1938): *Fascisme et Grand Capital,* París.

Karliner, M. (1961): *Rabocee dvizenie v Anglii v gody, 1914-1918,* Moscú, 487 pp.

Kirova, K. (1962): *Revoljucionnoe dvizenie v Italii (1914-1918),* Moscú, 432 pp.

Lutz, R. H. (1932): *Fall of the German Empire,* Stanford, 2 vols.

Pedroncini, G. (1967): *Les Mutineries de 1917,* París, 325 pp.

Ulman, R. H. (1961): *Intervention and the war,* Princeton, 345 pp.

Revue d'Histoire moderne et contemporaine, número dedicado al año 1917 (enero-marzo 1918).

«From war to peace», número del *Journal of contemporary history,* 4, 1968.

Igualmente hemos consultado los archivos Klotz (B. D. I. C.) y algunos fondos de los archivos de Vincennes.

Título original: *La Grande Guerre, 1914- 1918*

Edición en formato digital: 2014

© Editions Gallimard, 1969
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2014
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-206-8484-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es